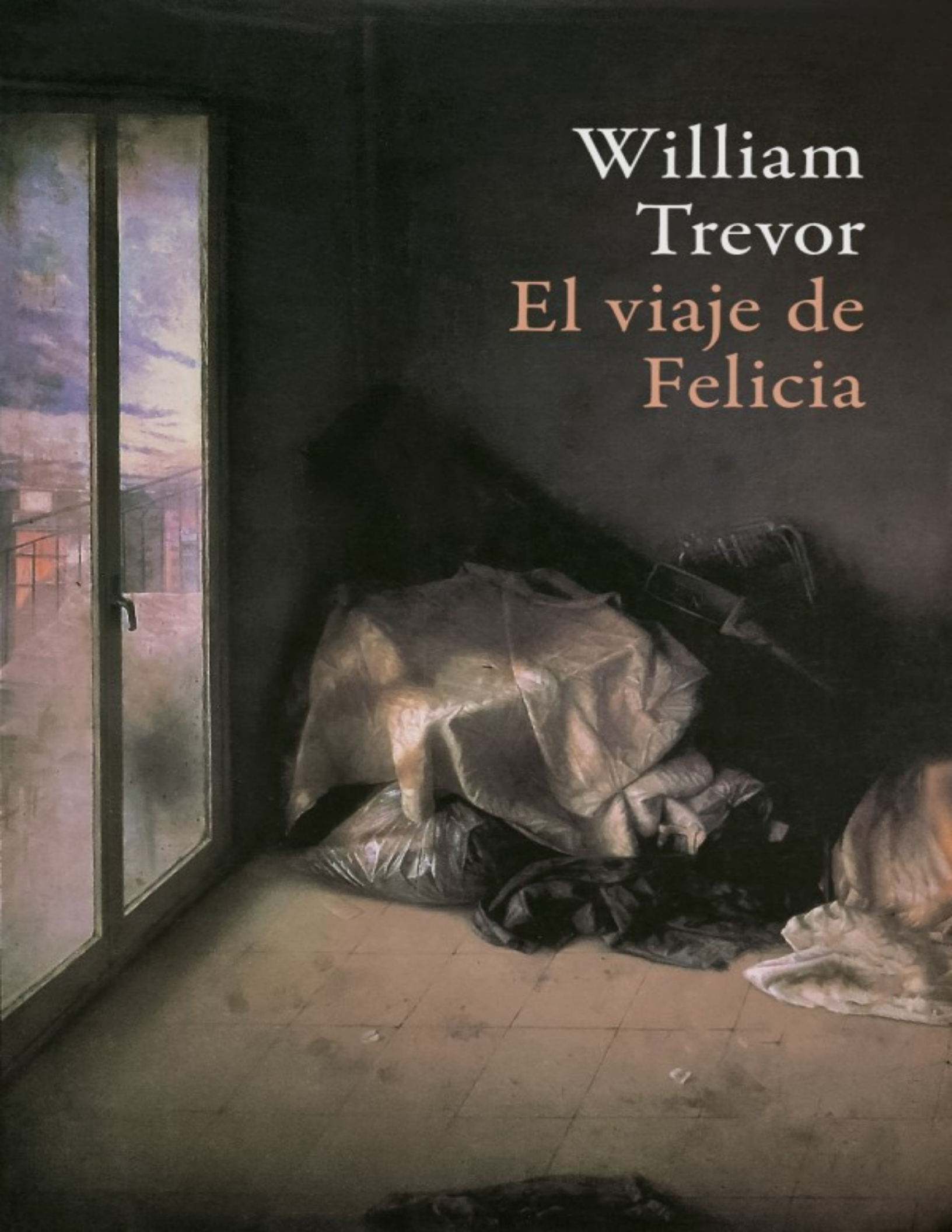


William Trevor

El viaje de Felicia

Felicia busca a Johnny desesperadamente; es decir, lo espera encadenada en cuerpo y alma. Se conocieron en Irlanda, en una boda en la que ambos fueron invitados y se amaron o creyeron amarse. Él se va a Inglaterra donde ha encontrado trabajo sin dejar su nueva dirección y ella decide cruzar el mar para reencontrarlo. En su vagabundeo, sin medios, enferma de amor, Felicia se enfrenta a la gran ciudad, en su día industrialmente floreciente, hoy negra, devastada por la crisis, el paro, el racismo, la violencia. Johnny no aparece, en cambio Felicia conoce a personajes pintorescos. Entre ellos Hilditch, inquietante compañero de infortunios, que no puede impedir la bajada a los infiernos de Felicia buscando su fantasmagórico amor, el instante de felicidad que ya se fue, en medio de un mundo que carece de solidaridad. El viaje de Felicia obtuvo en 1994 los premios Whitbread y Sunday Express. El director Atom Egoyan ha hecho una versión cinematográfica de la misma.

William Trevor

El viaje de Felicia

Para Jane

I

No se le pasa el malestar.

—Estarías mejor al aire libre —le dice una mujer en los servicios —. ¿Por qué no subes a cubierta?

En cubierta hace frío y le lastima el viento en los oídos. Vomita por la borda y se siente mejor; baja entonces otra vez adonde había estado sentada antes de ir al lavabo. Lleva la ropa que cogió para el viaje en dos bolsas de plástico verdes; y el dinero, en el bolso de mano. Tuvo que comprar las bolsas en Chawke, le costaron quince peniques cada una. Tienen el nombre de la tienda y un motivo celta por todo el borde. En el *burean de change* le cambiaron los billetes irlandeses por billetes ingleses.

No hay muchos pasajeros. Pasan sin cesar por donde está ella acurrucada colegiales, que gritan y simulan que pierden el equilibrio. Hay una familia tranquilamente sentada en un rincón, todos con los ojos cerrados. Dos ancianas y un sacerdote hablan de los hipódromos ingleses.

Es el transbordador de la tarde, no había llegado a tiempo de tomar el de la mañana.

—¡Aquella roca es el Ojo de Irlanda! —gritó un chiquillo poco después de que el barco se alejara del muelle, y entonces Felicia se sintió a salvo. Parece que haya pasado un año desde que se escabulló anoche del dormitorio que comparte con su bisabuela para llevar las bolsas al cobertizo de atrás y esconderlas detrás de un montón de tablones de entarimado viejos con los que su padre se propone hacer una cajonera para plantas. Por la mañana, mientras la anciana aún dormía, ella esperó en el cobertizo hasta que vio luz

en la cocina, lo que indicaba que su padre había vuelto de Heverin con el *Irish Press*. Entonces se fue sigilosamente por la parte de atrás camino de la Plaza; llegó a la parada veinte minutos antes de que pasara el autobús de las siete cuarenta y cinco. Había estado muy nerviosa todo el rato, con miedo de que aparecieran en cualquier momento su padre o sus hermanos; y cuando se puso en marcha el autobús, miró de reojo por la ventanilla, tapándose la cara con una mano. Se repetía sin cesar que no podían haber descubierto todavía lo del dinero, que ni siquiera habrían visto aún la nota que había dejado; pero todo eso no la tranquilizaba.

Felicia duerme un rato y luego vuelve a los servicios. Dos chicas se ponen desodorante de bola, con las blusas desabotonadas, y se pasan el recipiente.

—Disculpad —les dice Felicia después de vomitar, pero las chicas contestan que no se preocupe. Ella piensa que no puede quedarle mucho en el estómago, porque casi no había comido nada en todo el día.

—Bebe un poco de agua —le aconseja una de las chicas—. Llegaremos en veinte minutos.

La otra chica le pregunta si se encuentra ya bien y Felicia contesta que sí. Se cepilla los dientes y una mujer que hay a su lado coge el cepillo cuando ella lo posa en el borde del lavabo.

—¡Ay, lo siento! —exclama la mujer, disculpándose, cuando Felicia protesta—. Creía que era del barco.

El muy propio de ella marcharse a cualquier sitio en un momento especial como éste, habría comentado su padre al comprobar que no estaba en casa a la hora de preparar el desayuno; muy propio de la actitud que adopta últimamente. Todavía no habría visto la nota, no la vería hasta que fuera a llevarle el desayuno a la anciana.

—Se ha marchado —les habría dicho a sus hermanos, y no habrían tenido tiempo de hablar del asunto antes de que los chicos se fueran a la cantera. Se pregunta si su padre habrá ido a la policía; quizá hubiera preferido no hacerlo a pesar de todo, con él nunca sabías. Pero habrá tenido que llamar a la puerta de al lado para

pedir a la señora Quigly que cuidara a la anciana durante el día y que le diera las galletas de crema y media lata de sopa a las doce, como había hecho siempre la vecina cuando Felicia trabajaba en la fábrica de conservas cárnicas.

Anuncian la llegada. Hay un revuelo de actividad entre los pasajeros, que recogen las maletas y acuden obedientes al lugar indicado. Una ráfaga de viento frío barre la zona de desembarco cuando abren las puertas, y el pequeño grupo avanza hacia la pasarela. Su padre y sus hermanos se habrían sentado en la cocina al volver a casa al atardecer, con la nota de ella sobre la mesa; su padre movería la cabeza lenta y tristemente, como si le hubieran tratado mal a él en particular; para su padre siempre era todo peor. Uno de sus hermanos habría dicho que iría a la calle McGrattan a contárselo a Aidan y a todos los que hubieran parado en el bar de Myles Brady a la vuelta. Su padre habría preparado la cena de la anciana y luego la de ellos, la expresión imperturbable ante el fogón.

El nerviosismo de Felicia reaparece cuando entra con los demás pasajeros en un edificio vacío y desolado, donde la interroga un agente de seguridad.

—¿Documento de identidad?

—¿Identidad?

—¿Cómo se llama?

Felicia se lo dice. Él le pregunta si tiene permiso de conducir.

—Es que no sé conducir.

—¿Lleva algún otro documento?

—Creo que no.

—¿No lleva tarjeta de identidad? ¿Ningún tipo de documentación?

Felicia niega con un cabeceo. Él le pregunta si reside en el Reino Unido y ella contesta que no, que en Irlanda.

—Viene usted de visita, ¿verdad, señorita?

—Sí.

—¿Y cuál es el objetivo de su visita?

—Ver a un amigo.

—¿Y adónde se dirige?

—A la zona de Birmingham. Al norte de Birmingham.

—¿Puedo registrar sus bolsas un momento? ¿Quiere retirarse un poco, por favor, señorita?

Él hurga entre los vestidos y el par de zapatos que lleva en las bolsas. Felicia cree que le dirá algo cuando encuentre los billetes en el bolso, pero no lo hace.

—Anotaré la dirección de su amigo —le dice—. ¿Quiere dármela, por favor?

—Es que no la sé. Todavía tengo que encontrarle.

—¿Entonces él no la espera?

—En realidad no.

—¿Y está segura de que lo encontrará?

—Sí, en el lugar de trabajo.

El interrogador asiente. Debe tener más o menos la edad de su padre, piensa Felicia, y es un hombre de rostro anodino. Viste un abrigo negro, abierto por delante.

—Entonces anotaré su dirección de Irlanda —decide el hombre.

Ella le dice que es de Mountmellick, el primer pueblo que se le ocurre. Le da una dirección inventada: Saint Mary s Tenace, número 23.

—Muy bien —concluye el agente.

Felicia pasa por la Aduana sin que la pare nadie. Pregunta de dónde salen los trenes y se lo indican. Hace más pesquisas y le informan de que el tren de Birmingham no tiene prevista la salida hasta las dos y cuarto. Es poco más de medianoche.

Felicia duerme un rato en la sala de espera. Sueña que está comprando en la carnicería de Scaddan y que el señor Scaddan echa un enorme trozo de hígado en la balanza y declara que lo ha sacado del novillo con sus propias manos. No es verdad; Felicia se da cuenta de ello en el sueño; el señor Scaddan es famoso por sus historias increíbles. Entra en la tienda uno de los jóvenes Hermanos de la Doctrina Cristiana y el señor Scaddan dice que es una vergüenza, pero ella no sabe a qué se refiere.

—Salí a dar un paseo una noche —le dice al Hermano—. Por la vieja fábrica de gas.

Felicia comprende entonces.

El tren llega a la estación mucho antes de la hora de salida. Felicia comprueba que es el que tiene que coger, y se queda dormida otra vez cuando se pone en marcha. La despierta el revisor y se siente confusa y adormilada un momento, sin saber dónde está. El hombre espera paciente mientras ella busca el billete en el bolso. Los rasgos serenos de su madre están prendidos en su conciencia, residuo de otro sueño.

—Gracias —dice el hombre, siguiendo su recorrido.

El sueño sobre su madre se ha desvanecido; pero aunque no puede recordar de qué trataba le ha removido la memoria.

—Corre, llama a la señora Quigly —le ordenó su bisabuela aquel día, hace siglos—. Y dile al padre Kilgallen que venga enseguida.

La anciana sostenía una taza de té junto a los labios de la madre de Felicia, que tenía los ojos entornados y las mejillas del color del cemento.

—¡Señora Quigly! ¡Señora Quigly!

Ella tenía seis años entonces, cuando aporreaba el buzón de la casa de la vecina. Luego tuvo que correr para seguir los pasos apresurados del padre Kilgallen por la calle Mayor y la Plaza; y cuando llegaron a la casa, la señora Quigly y la anciana estaban llevando a su madre al dormitorio. Felicia escuchó luego el cuchicheo del padre Kilgallen allí y después llegaron sus hermanos de los Hermanos de la Doctrina Cristiana y Aidan fue a buscar a su padre al huerto del convento. Fue su padre quien cubrió la cara de su madre con la sábana, en los últimos minutos que estuvo con ella mientras ellos esperaban en la cocina y Aidan lloraba. La cartera con los libros de texto estaba en el suelo donde ella la había dejado, azul claro y brillante, Minnie Mouse con zapatos color rosa en la tapa.

—Lo siento —dijo la señora Quigly, quitándose el delantal, después de haberse santiguado, pues las flores que tenía resultaban ya demasiado chillonas.

—Gracias a Dios —dijo el padre Kilgallen, porque había llegado a tiempo.

—He sobrevivido a otra más —comentó la anciana.

El tren da una sacudida traqueteando en los raíles; aminora hasta casi pararse y acelera de nuevo. Felicia abre los ojos. El nebuloso amanecer distribuye casas de labranza, silos y encorvados graneros en campos sombríos. Luego hay largas hileras de automóviles que avanzan lentamente por las carreteras próximas y los rostros inexpresivos de los madrugadores en las estaciones de tren. Postes y antenas llenan el horizonte; hay pájaros rebuscando en un basurero. No se ve un solo trecho de campo vacío.

El tren se llena. Se leen periódicos en silencio, ojos que se encuentran por azar se desvían inmediatamente. Todo —la gente, las casas y los automóviles, los postes y las antenas— está amontonado como si no hubiera espacio suficiente para colocarlo. Se crispan nerviosas las caras cuando el tren amenaza con parar aunque no sea en una estación.

Johnny estará yendo a trabajar también: Felicia se lo imagina corriendo como todos los demás, pero tranquilo, sin preocupante por ello, porque él es así. Felicia retiene todo el tiempo que puede una imagen de la expresión plácida de Johnny, luego de su perfil la tarde que tomó el autobús, la última vez que le vio, cuando no sabía que ella estaba aún en la plaza; oye el murmullo de su voz como un eco lejano y susurrante.

II

El señor Hilditch pesa ciento veinticuatro kilos, aunque él no lo sabe, un total que se ha mantenido durante más de doce años, engordando o adelgazando no más de medio kilo sólo raras veces. Bautizado con el nombre de Joseph Ambrose hace cincuenta y cuatro años, el señor Hilditch usa gafas que tienen un aspecto granuloso, lleva el cabello canoso corto, viste siempre traje con chaleco, se anuda la corbata de rayas en un nudo pequeño y apretado, se limpia los zapatos dos veces al día y tiende a sonreír afablemente. La grasa que rodea sus facciones retrocede equilibradamente y aparecen los dientes bien cuidados mientras un centelleo le anima las pupilas, borrosas detrás de las gafes. Tiene un tono de voz un poco agudo.

El señor Hilditch tiene las manos pequeñas, tanto que parece que no corresponden al resto de su persona; dedos hábiles y delicados que pueden insertar una pila en un reloj de bolsillo o espetar pulcramente un pollo, siendo esta última habilidad muy útil, porque lo que más le gusta al señor Hilditch es precisamente comer. A veces considera que no ha comido bastante en una comida y entonces se regala con una chocolatina Bounty o Mars o un paquete de galletas. El complemento de la comida, lo llama él en privado.

El señor Hilditch, que había sido en tiempos empleado de facturación, es ahora jefe del servicio de comidas, un puesto muy adecuado para él. Hace quince años, cuando se retiró su predecesor en el cargo, los directivos de la fábrica le llamaron y le plantearon la posibilidad de cambiar de tarea. Como él sabía bien, era política de la empresa cubrir las vacantes con personal propio siempre que

fuera posible, y a la dirección no le había pasado desapercibido el interés del señor Hilditch por las comidas y por los comestibles; sólo tendría que asistir a un cursillo de hostelería. Él, por su parte, sabía que los ordenadores estaban cobrándose un número de víctimas cada vez mayor entre el personal administrativo y no se lo pensó dos veces cuando le hicieron la oferta: se evitaba de ese modo el despido, como recompensa por unos servicios prolongados y satisfactorios.

El señor Hilditch reside en una vivienda propia, una casa aislada que se alza en medio de los arbustos que la rodean en el número 3 de Duke of Wellington Road. Su madre había muerto en aquella casa en 1979; no había conocido a su padre. Al quedar solo en el mundo, sacó a subasta los muebles acumulados por su madre durante toda la vida y a partir de entonces hizo exclusivamente suyo el «Número Tres». Acudió a las salas de subasta los fines de semana y llenó la casa de artículos grandes y pequeños, todos de su gusto personal: aparadores y cómodas de caoba enormes, baratijas de marfil para las repisas de las chimeneas, alfombras indias de segunda mano y fotografías de desconocidos primorosamente enmarcadas. Veinte grabados a buril de escenas militares sudafricanas decoran la pared de la escalera y un paragüero de caoba y mármol se disputa el lugar de honor con un juego de cornamentas en el espacioso vestíbulo. La vivienda es lo bastante amplia para que quepa en ella todo lo que ha comprado el señor Hilditch: construida en 1867 según el proyecto de un comerciante de té, se extiende desde este soberbio vestíbulo de entrada hasta la cocina y las despensas de la parte de atrás, con salas de generosas proporciones a izquierda y derecha de la puerta del vestíbulo. En el piso de arriba se repite esa generosidad. Hay cuatro dormitorios que dan al rellano de la primera planta, y otros cuatro al de arriba. Abundan en los techos las cornisas y molduras de escayola. Aún sobresalen de las paredes lámparas de gas que ya no se usan. El señor Hilditch las limpia regularmente, una atención que ha producido a lo largo de los años un brillo mate en las protuberancias de la decoración. En primavera y verano, se ocupa de

las plantas: arranca las malas hierbas, pero no planta nada nuevo. Barre las hojas caídas en otoño y repara de cuando en cuando la cerca de madera.

La vida privada del señor Hilditch es normal y previsible por un lado, y secreta por otro. A sus colegas de la fabrica les parece básicamente tan jovial y afable como sugiere su aspecto exterior. Su volumen indica que es un hombre indiferente a la propia longevidad; y su expresión risueña indica una filosofía extrovertida. Pero en sus momentos solitarios el señor Hilditch se acerca a menudo a otros aspectos más oscuros de su ser más íntimo. Cuando la sonrisa no es necesaria, puede ser un hombre melancólico.

Pero en una mañana de miércoles de febrero, el señor Hilditch es consciente de una euforia considerable: una vez por quincena, los miércoles, el menú de la fábrica incluye pastel de pavo, y ya han pasado quince días desde que figuró en el menú. Piensa en ese hecho mientras fríe los huevos, las salchichas y el tocino del desayuno y tuesta gruesas rebanadas de Mother's Pride. Se deleita en sus pensamientos mientras come en mangas de camisa y chaleco en la mesa de la cocina y mientras lava los cacharros en el fregadero. Luego el esperado plato de la comida de mediodía retrocede, temporalmente al menos. Baja el colgadero, cuelga el paño de cocina que ha usado y vuelve a subirlo. Va al lavabo con el *Daily Telegraph* y poco después sale por la puerta principal, que cierra con dos vueltas de llave. Su pequeño coche verde espera en el camino de grava. Los arbustos que resguardan la casa de la calle están húmedos y gotean en la mañana brumosa.

El señor Hilditch conduce despacio, como siempre; no va nunca deprisa, no lo ve necesario. Como es del barrio, nacido y criado en la población que cruza ahora, ha sido testigo de algunos cambios. El más duradero y esencial se produjo en la década de los años cincuenta, en que la población se extendió y fue reconstruida en buena medida para proporcionar alojamiento y servicios a los empleados de las fábricas que llegaron a la zona por aquel entonces. Las fábricas son distintas de las que distinguían el lugar en el

pasado, siendo sus procesos de manufacturado de más ligera índole. La arquitectura es ahora simple y similar en todas partes, y los edificios de tiendas y oficinas se extienden en una red de líneas rectas, con las intersecciones en ángulo recto. Las amplias pasarelas peatonales se adornaron en los años cincuenta con grandes macizos centrales elevados de arbustos y flores; y los arquitectos de la nueva población incluyeron pujantes arcadas y cestos colgantes para flores en las farolas. Desde entonces, la tierra de los grandes macizos elevados se ha estropeado; el brezo que había en ellos ha muerto y sólo quedan los filamentos pardos entre los que las latas de cerveza y los envases de comida aportan las únicas manchas de color. Las arcadas floridas son ahora arcos de metal pelados y los cestos colgantes para flores están llenos de herrumbre. Pero las pintadas a pistola animan el hormigón pardo de un grupo escultórico: hombre, mujer y niño de torpe y estilizado paso, se dirigen de la oficina de correos a un aparcamiento de coches de muchas plantas. Entre los bloques de oficinas bajos, un mosaico sintético adorna la pared de la sucursal de una cadena de establecimientos. Los conocidos logotipos de tiendas, bancos y empresas inmobiliarias reclaman inmediatamente la atención.

El señor Hilditch opina que el pueblo es una ciudad y que debiera ser reconocida como tal. Lo es por el tamaño y por el número de habitantes, aunque no tenga catedral, siendo esto último algo que, según recuerda, su tío Wilf señaló una vez como la condición esencial en lo tocante al estatus urbano. Pero cuenta en su lugar con seis iglesias, cuatro de ellas de confesiones diferentes, más una sinagoga y una mezquita. Hay también un centro recreativo, que se inauguró en 1981 y en el que el señor Hilditch no ha puesto los pies; le parece un derroche de los fondos públicos.

Pasa ahora por delante, rodea la zona central y espera pacientemente en la rotonda, donde siempre se atasca el tráfico a esta hora de la mañana. A partir de allí, el viaje es más fluido y a los pocos minutos cruza las verjas amarillas de la fábrica. Aparca donde el número de matrícula de su coche está pintado en el asfaltado y

luego se encamina parsimoniosamente a su despacho (un rincón delimitado por tabiques de lo que había sido en tiempos un despacho más amplio), pasadas las zonas de carga y descarga. Antiguamente había trabajado allí confeccionando facturas, antes de que se hicieran las particiones, con otros siete empleados en el mismo espacio de oficinas, cada uno en una mesa.

Poco antes del mediodía de este miércoles —un día que hasta el momento nada tiene de especial para el señor Hilditch, aparte de la promesa del pastel de pavo—, acude a las cocinas para probar el menú completo. Empieza por el pastel, primero la corteza de hojaldre, luego la carne y a continuación prueba la salsa. El plato alternativo del día es menestra de buey, y lo prueba también diligentemente, así como las patatas, asadas y en puré, las coles de Bruselas y las zanahorias.

—Estupendo —felicita el señor Hilditch a sus cocineros—. ¡Muy bien!

Prueba el budín de mermelada de frambuesa hecho al vapor, la crema y la compota de manzana. Examina un listado de los costes de cada plato calculado por separado, los costes de mano de obra y electricidad y los ingredientes como un total individual. Su tarea es evitar que la empresa pierda dinero —tarea en la que rara vez había salido airoso su predecesor— y lo ha conseguido durante más de quince años, siendo el responsable de un cambio en las cuentas del servicio de comidas de la empresa que ha sido debidamente reconocido.

—Bien, está muy bien —declara cuando termina de repasar las cuentas, sintiendo aún el sabor de la mermelada de frambuesa en el paladar. Devuelve los papeles con una sonrisa, pensando que sí, que tomará de postre budín de frambuesa al vapor después del pastel de pavo. Pasea tranquilamente por las enormes y grasientas cocinas unos minutos más, conversando afablemente con el personal, compuesto en su mayor parte por mujeres que trabajan media jornada. Luego siente apetito y se dirige a la cantina. Le gusta ser el primero en llegar todos los días: le parece que realza su cargo y

llama la atención hacia el hecho de que es él quien se ocupa de esta hora de esparcimiento para todos los empleados de la fábrica, sea cual sea su categoría. Hay un comedor para el personal directivo que él tiene derecho a utilizar, pero nunca lo hace. El menú es siempre idéntico en los dos sirios.

A la una menos diez suenan las sirenas y al poco rato llegan los trabajadores, hombres y mujeres, muchachas y aprendices. Hacen cola con las bandejas junto al mostrador; hablan unos con otros a voces e intercambian bromas y comentarios picantes. El señor Hilditch sonríe a los que pasan a su lado, todos con la ropa de trabajo, algunos con periódicos bajo el brazo, el *Sun* o el *Daily Mirror*. Cree que confían en él. Confían en esa comida de la que él es el responsable, en definitiva, porque saben por experiencia que pueden hacerlo, y eso le complace. No se puede imaginar siquiera cómo sería su vida si aún siguiera haciendo facturas. Aunque con el tiempo habría llegado a ser jefe de facturación, sólo sus compañeros más próximos sabrían que existía ese título. Y no tendría derecho a utilizar el comedor de directivos, ni podría permitirse el lujo de rechazarlo.

—Tan pronto llueve como hace frío —refunfuña un hombre al pasar—. No sabe uno a qué atenerse, señor Hilditch.

—Terrible —responde sonriendo el señor Hilditch—. Pero al menos los días se van alargando.

—Buen provecho, señor Hilditch —le dice afablemente con un cabeceo una mujer que pasa a su lado.

—Igualmente, Iris.

Utilizan a menudo esa expresión, «buen provecho»; él supone que la han aprendido en la televisión. El señor Hilditch no tiene televisión. Una vez alquiló una, pero se dio cuenta de que nunca la ponía. A veces, en respuesta a los comentarios amables de los otros sobre su comida, contesta que todas sus comidas le aprovechan, una pequeña broma que siempre hace gracia.

El bullicio de la cantina aumenta. Ya no puede oír los saludos ni los comentarios de los que hacen cola junto al mostrador. Golpetean

en las bandejas platos y cubiertos, se posan con estruendo las propias bandejas. En la zona de fumadores, encienden cigarrillos; se forma otra cola para las tazas de té o de café; se extienden periódicos sobre las mesas.

El señor Hilditch disfruta contemplando la escena. Los coqueteos se inician o se continúan allí en la cantina; las jóvenes, o mujeres ya a veces, lanzan miradas a los aprendices; también prueban suerte algunos hombres que el señor Hilditch sabe que están casados. Y hay un par de relaciones estables. Un individuo llamado Frank, del taller de acabado y que tiene unos años más que el señor Hilditch, se sienta todos los días con una de las mujeres indias; y Annette, del taller de pintura, guarda un sitio en su mesa del rincón para el joven Kevin, a quien lleva quince años como mínimo. Es imposible saber lo que pasa luego, si las relaciones siguen fuera de la fabrica. Todos están enterados, pero el señor Hilditch cree que nadie diría una palabra si se encontrara con los compañeros legales de esa gente. La fábrica es otro mundo; y dentro de ella, también lo es la cantina.

Acaba el budín y hace cola para el té, intercambiando más comentarios sobre el tiempo con los que están delante y detrás de él. Vuelve a las cocinas, espera un momento en el umbral y luego sale del edificio y se dirige al despacho, que queda al otro lado de la zona de carga y descarga.

Camina por la superficie alquitranada, sin prisas, haciendo tranquilamente la digestión, y se fija en una figura solitaria que hay al fondo. Es una chica con abrigo rojo, pañuelo a la cabeza y dos bolsas de plástico. Al acercarse más a ella advierte que tiene la cara redonda, los ojos grandes y aire de estar perdida. No la conoce; no trabaja en la empresa. En las bolsas de plástico dice Chawke, con letras negras sobre verde. Nunca ha oído ese nombre; tampoco es de aquí.

—No sé si me he equivocado de sitio —dice la chica cuando él está a punto de pasar de largo a su lado, y el señor Hilditch esboza su sonrisa habitual. Irlandesa, piensa.

—¿Qué sitio buscas?

—La fábrica de segadoras de césped. Me han dicho que podría ser aquí.

—Lo siento, pero nosotros no fabricamos segadoras.

—Entonces me he equivocado.

—Creo que sí.

—¿Conoce usted el lugar que busco?

El niega con un cabeceo. Le dice que no fabrican segadoras de césped en ningún sitio cerca de allí.

—Oh.

Se queda allí plantada sin saber qué hacer, con los labios apretados y una expresión preocupada. Del pañuelo asoman mechones de cabello rubio que le revolotean por la cara; se le ve bajo el abrigo una cruz diminuta que cuelga de una cadena plateada barata. El señor Hilditch es curioso por naturaleza y se pregunta qué llevará la joven en las bolsas de plástico.

—Tengo un amigo que trabaja en el almacén de una fábrica de segadoras de césped. Lo que pasa es que no sé muy bien dónde queda.

—Te aseguro que por aquí no se fabrican segadoras de césped.

Lo más parecido a algo así estaría en el polígono industrial que quedaba a unos ochocientos metros, donde hay salas de exposición de artículos de jardinería. Pritchard vende aparatos cortacésped, allí en el polígono: Mountfield, Flymo, japoneses.

—¿No sabes la dirección de tu amigo?

La chica mueve la cabeza. Sólo sabe el nombre de la localidad y lo de las segadoras.

—Pritchard es minorista, allí no fabrican nada.

—No sé, tal vez entendí mal lo de la fábrica.

—De todos modos, prueba en el polígono industrial. A lo mejor allí pueden orientarte.

El señor Hilditch es un hombre prudente y no quiere que le vean hablar con una chica en el recinto de la fábrica. Nadie les ha visto hablando, está seguro de ello. No hay ventanas que den a la zona alquitranada; y no ha pasado nadie por allí. Nunca le han visto en

compañía de una chica en el recinto de la fábrica ni en ningún sitio de los alrededores. Nada de eso cerca, es su norma.

—Sal por las verjas amarillas, por donde has entrado —le indica la dirección apresuradamente, casi sin esperar los cabeceos de agradecimiento de la chica—. Tuerce a la derecha y sigue hasta la autovía. Tuerce allí a la izquierda. Enseguida verás el letrero del polígono. Polígono Industrial Blackbarrow, dice.

El señor Hilditch cabecea para sí, señal de que la conversación ha concluido. Luego se separa bruscamente de la chica y sigue su camino.

III

Felicia ha descubierto desde que llegó a la ciudad esta mañana que no siempre entiende lo que le dicen, porque la gente habla con un acento que le resulta extraño. Ni siquiera cuando repiten los comentarios lo entiende todo, y a veces tiene que renunciar. En el polígono industrial hace indagaciones en un edificio donde venden mobiliario y material de oficina: archivadores y sillas giratorias, así como papel a granel y grapas y cinta adhesiva transparente, todo ello amontonado de cualquier manera, no como en una tienda. Felicia sólo entiende a medias lo que le contesta la chica, pero sabe que no importa porque la joven sigue moviendo la cabeza, indicándole así que no conoce ninguna fábrica de segadoras de césped.

El polígono industrial es una repetición interminable de edificios comerciales indescriptibles, todos ellos con aparcamiento. Los nombres de las marcas proclaman: Toyota, Ford, Toys 'R' Us, National Tyre and Autocare, Kwik-Fit, Zanussi, Renault Trucks, Pipewise, Readybag, Sony, Comet. Junto a Britannia Scaífolding están Motorway Exhausts, luego C & S Roofing, Deep Drilling Services y Tomorrow's Cleaning Today. En una intersección un poco más adelante, Allparts Vehicle Dismanders comparte la esquina con OK Blast & Spray Ltd.

Las calles de hormigón del polígono son largas y rectas. Nadie las recorre sin más por el placer de hacerlo. Cada cual va a lo suyo. Se hacen negocios por todas partes, compra-venta, distribución y compra, descuento por pago en efectivo. Felicia tarda casi dos horas en encontrar Artículos de Jardinería Pritchard y Patio Centre.

—Quiere una giratoria, ¿verdad? —responde el vendedor a su pregunta y ella le pregunta entonces si aquello es una fábrica, si hacen allí las segadoras de césped.

—Tenemos talleres propios en el recinto para la asistencia técnica. Recomendamos a nuestros clientes el servicio anual, aunque eso es algo que queda completamente a su criterio. La querrá eléctrica, ¿verdad?

—Estoy buscando a un amigo. Trabaja en el almacén de una fábrica de segadoras de césped.

La actitud del individuo cambia. No puede ayudarla, afirma categóricamente, y la decepción vacía su tono de expresión.

—Me han dicho que aquí podrían indicarme dónde queda la fábrica.

—Nuestras máquinas se fabrican en talleres de todo el país. Lo siento. Creo que hay otra persona que requiere mi atención.

Una pareja mide muebles de jardín con una cinta métrica de sastre. Le dicen al vendedor que quieren algo para su invernadero. Felicia se marcha.

En el concesionario de Wolkswagen la atiende amablemente un hombre, pero no conoce ninguna fábrica de segadoras de césped en las proximidades. Luego recuerda algo cuando ella ya se marcha y menciona el nombre de una localidad que dice que queda a unos cuarenta o cuarenta y dos kilómetros. Se da cuenta de que la joven está desconcertada por lo que le dice y escribe el nombre en el margen de un folleto.

«Le falta un tornillo», es una expresión que utiliza su padre, y «le falta una hora de sol»; se pregunta si el hombre estará pensando lo mismo.

Nadie puede ayudarla. Recorre el polígono industrial, investigando en todas partes; pregunta en un emporio del bricolaje y en Britannia Scaffolding. En OK Blast & Spray Ltd. una mujer le hace un plano, pero tras seguir todas las flechas que hay en él acaba en un almacén de artículos de fontanería que está cerrado. Vuelve a Artículos de Jardinería Pritchard y a Patio Centre con la esperanza de

que el vendedor ya no esté ocupado. Pero el vendedor no le hace caso, está de peor humor que antes.

Regresa a la ciudad caminando cansinamente, por el herboso arcén de la amplia autovía. Pasa a su lado una sucesión interminable de camiones y coches; el estruendo de los motores aumenta cada pocos minutos; llevan los faros encendidos, por la niebla. La maleza achaparrada sobre la que camina es gris, negra en algunos sitios, está adornada alrededor con desperdicios desparramados: cajetillas de cigarrillos aplastadas, bolsas de plástico, latas y botellas, hojas de periódico arrugadas, cajas de cartón.

Había tomado una taza de té y una ración de tarta de fruta a media mañana. No ha comido nada desde entonces pero no tiene hambre, aunque sabe que en cuanto llegue a la población tendrá que buscar un sitio para pasar la noche. Le duelen los brazos de cargar con las dos bolsas; tiene los pies hinchados y varias ampollas; y un talón despellejado. Ya sabía que no iba a ser fácil; ya lo sabía antes de marcharse; no esperaba otra cosa. Todo es culpa suya, por no haber conseguido la dirección. No puede echar la culpa a nadie.

Pero a pesar de todo se alegra de estar aquí, más cerca de él. El día de la boda de Aidan, en la que ella fue dama de honor de Connie Jo, cuando cogió su ramo de flores de otoño, ni siquiera sabía que existiese él, aunque el día había sido especial desde entonces porque precisamente aquel día había aparecido de pronto y eso había sido el principio de todo. En la iglesia de Nuestro Salvador ella había estado pensando que era desgarbada, que su cara no reaccionaba a los cuidados suavizantes del maquillaje de Carmel y que seguramente se le había quedado lacio el cabello. El tul y el encaje cubrían la lisa mitad superior de su cuerpo y lamentó no haber seguido el consejo de Carmel y haberse rellenado el sujetador con bolitas de algodón. «¡Dios santo, qué desgarbada eres!», solía decirle Carmel cuando tenían doce años; y ella creía que seguía siéndolo a los diecisiete, el día de la boda de su hermano. «Sí quiero», contestó Aidan al padre Kilgallen en el altar, y lo mismo hizo Connie Jo. Después, en la escalinata, sonrieron al fotógrafo calvo:

Connie Jo y ella, y Moss McGuire con su flor de padrino en el ojal, clavel y helecho, parecido al de Aidan. Fueron caminando desde la iglesia hasta el hotel Hickey de la Plaza, con confetti pegado a los hombros, y entraron así en el salón Kincora, donde la hermana pequeña de Connie Jo estaba ya pidiendo Pepsi Cola. Y la hermana Benito, a quien le encantaban las bodas de sus alumnas, estaba aposentada en la tapicería escarlata de una butaca pintada de dorado, una más del conjunto de las que se alineaban apoyadas en las paredes. El escarlata estaba sucio donde se pandeaba y el dorado de las patas desconchado en algunos sitios o astillado. Susurraba suavemente por los altavoces Barry Manilow.

Los rostros de aquella tarde de octubre se amontonan en los pensamientos de Felicia mientras avanza por la autovía; oye el eco de retazos de conversación. La madre superiora y otras monjas se habían unido a la hermana Benito, especialmente invitadas porque el padre del novio era el jardinero del convento. Artie Slattery había regalado la tarta nupcial y estaba junto a ella con su rolliza esposa. El viejo Bedley, que asistía a todos los entierros y a todas las bodas como lo más natural del mundo, estaba esperando a que llegara la comida. El sargento Breen, libre de servicio, y Fogarty, el mecánico de tractores, cruzaron el vestíbulo del hotel pasando del bar de la entrada al salón a petición del padre de la novia. El señor Logan era el propietario del Ritz, un cine de dos salas, y de la discoteca Dancetime y estaba muy elegante con traje de rayas y pajarita azul, como le correspondía por ser el hombre de negocios y el soltero más notable del lugar. La madre de Connie Jo recibía a los invitados a la puerta, incapaz de borrar de su expresión la idea de que su hija se había casado con un hombre de clase inferior, un yesero. Connie Jo era amiga de Felicia, lo había sido desde la época del colegio, al que Felicia había tenido el privilegio de asistir por la relación que su padre tenía con él. De vez en cuando, una monja se enfadaba y le recordaba que estaba allí por tolerancia. Las monjas no eran siempre severas, pero las que aún seguían la tradición de honrar a personajes santos con sus nombres se lo habían parecido a Felicia

antes de conocer mejor a algunas de ellas: la hermana Antonio Ixida, la hermana Ignacio de Loyola, la hermana Francisco Javier, la hermana Benito, la hermana Justina.

—¿Cómo van las cosas en las canteras? —preguntó Tim Bo Gargan a los hermanos gemelos de Felicia. Las cosas iban muy bien, contestaron ellos y lo dejaron ahí, no más comunicativos en el banquete nupcial que en cualquier otro sitio.

—¿Qué tal, Felicia? —le preguntó el pequeño Crowley, hablando por la comisura de los labios, que era como él creía que hacían los gánsteres americanos, y echando miraditas a Carmel, que era quien le interesaba. Al final reunió valor suficiente para preguntarle cómo le iba, provocando la risa de Rose, la prima de Carmel.

—Cuando quieras, Aidan, tienes un puesto en la tienda de bicis y coches de niño de la calle McGrattan —dijo el padre de Connie Jo.

Tim Bo Gargan sustituyó a Scott Joplin al piano, pero desistió ante las protestas. Fueron sirviendo el dulce.

—Oh no, ni hablar. Estás estupenda, Felicia —le dijo Connie Jo, y Carmel y Rose convinieron en que lo estaba sin duda. El pequeño Crowley encendió una cerilla en la uña del dedo gordo y dijo que le habían contado que Fogarty se había pasado toda la mañana intentando poner en marcha un tractor en el prado de un granjero y que por eso olía tanto a gasolina.

—Tomaremos la tarta enseguida —anunció entonces la madre de Connie Jo, interrumpiendo las conversaciones de los invitados; luego cortaron la tarta y aplaudieron, con las copas y las tazas de té en alto. Los chiquillos abrían y cerraban las puertas del ascensor.

—¡Te buscan! ¡Te buscan! —gritaban corriendo escaleras arriba, y una chica a la que Felicia no conocía le dijo que Dessie Flynn había puesto los restos de la ensalada de pollo en una cama.

—Guardad ese confetti hasta que salgan —les rogó Hickey, del hotel, cuando la novia y el novio se disponían a marcharse—. Guardad el confetti para la calle, chicos.

Salieron todos del hotel detrás de Aidan y Connie Jo y les vitorearon cuando subieron al coche que les había alquilado el padre

de Connie Jo.

—Bray —proclamó Tim Bo Gargan muy seguro—. Me parece que van a Bray.

El coche cruzó la plaza. Los invitados volvieron a entrar en el hotel y, en aquel preciso momento, pasó por la acera Johnny Lysaght. Y entonces se paró a mirar y la vio con su traje de dama de honor. Felicia se ha dicho muchas veces desde entonces que aquel momento no perderá su intensidad mientras viva: la espalda de su padre, su cabeza gris mientras cruzaba las puertas giratorias y ella se había vuelto para echar una última ojeada a su hermano y a su amiga en el coche nupcial adornado con cintas y en su lugar se había topado con la mirada de un hombre que pasaba por allí; y había sonreído porque él sonreía; y Felicia se había dicho después que en aquel instante había reconocido el principio del amor.

Aquel momento aún sigue vivido en su mente cuando llega a las afueras de la ciudad a la que la ha llevado el amor. Los tenderos de tez oscura están cerrando ya sus pequeños locales.

Descuelgan de los vanos de las puertas los revisteros y recogen los puestos de las hortalizas. Las casas que separan unas de otras estas tiendas solitarias son grises; impera el cemento descolorido, el metal de los pequeños marcos de las ventanas está oxidado y el óxido atraviesa las capas de pintura. La basura sigue presente, arrastrada desde la carretera o caída de los cubos, y se acumula en un pequeño espacio delante de cada tienda.

—¿No tuviste suerte? —dice una voz, y Felicia se vuelve y ve a aquel hombre gordo con quien había hablado por la mañana, que la sonríe en el coche avanzando a su paso junto al bordillo. Se para entonces y el coche se para también; es un vehículo verde antiguo, con la parte trasera abultada, y tan pequeño que parece imposible que quepa dentro aquel individuo. Ahora lleva sombrero; sus rasgos son borrosos en el interior oscuro del coche.

Felicia niega con la cabeza. A él le entiende mejor que a los demás: el haber tenido que esforzarse tanto en el polígono industrial ha aumentado su cansancio.

—No, no estaba allí.

Le explica que un hombre le ha anotado el nombre de otro pueblo y saca el folleto del vendedor de un bolsillo del abrigo. Él lo mira y cabecea, comentando que quizá el hombre tenga razón en cuanto al pueblo. Es donde está Thompson Castings; él mismo había pensado en Thompson poco después de que ella se fuera. Pero no encontraría un autobús que fuese en aquella dirección hasta el día siguiente.

—Me quedaré aquí, entonces.

—¿Tienes adónde ir?

—Voy a buscar un sitio.

Felicia había decidido buscar una pensión barata poco antes de que apareciera él. Había visto durante el día una estación de autobuses y había pensado que allí podrían indicarle alguna; estaba a punto de preguntar a alguien en la calle dónde quedaba cuando el coche se detuvo a su lado.

—Marshring —dice el hombre gordo—. Allí hay muchas pensiones.

Felicia le pregunta dónde queda Marshring.

—Sigue recto por aquí y tuerce en la segunda bocacalle a la derecha. A la izquierda, al final, está Marshring. Hay Marshring Crescent y la avenida. Queda a diez minutos andando.

Ella le da las gracias y él cabecea y sonríe. Sus gafas centellean en las sombras cuando vuelve la cabeza y sube la ventanilla.

—Gracias de nuevo.

Felicia sigue su camino y al final llega a la calle indicada. Baja por ella hasta Marshring Crescent; allí ve letreros en casi todas las ventanas ofreciendo habitaciones. Cama, desayuno y cena, 11 libras, dice uno. Felicia empuja un portillo ornamental y pasa entre dos pequeñas zonas de jardín sin cultivar. Se pregunta luego si ha cerrado el portillo y se vuelve a mirar para comprobarlo. Ve al final de Crescent Marshring lo que parece el coche verde jorobado, pero supone que se equivoca.

Esa noche, a las doce menos cinco, el señor Hilditch sube lentamente las escaleras hacia el dormitorio.

Su tío Wilf había ido a Irlanda después de la Primera guerra mundial. Había ido a acabar con los disturbios y había regresado con algunas anécdotas, nada del otro mundo, sólo historias militares. Había muerto hacía unos doce años, a los ochenta y ocho, y aún seguía contando sus historias militares de escaramuzas en Francia y en Bélgica y renegando contra los disturbios de Irlanda.

Fue el oír de niño las cosas que contaba su tío Wilf lo que hizo que el señor Hilditch quisiese alistarse en un regimiento, un deseo que creció con los años. Pero cuando llegó el momento, no le admitieron a causa de la vista y de los pies. Había deseado alistarse durante tanto tiempo que insistió en su solicitud, creyendo que tal vez en el departamento de intendencia o en la cocina no fueran tan exigentes, sin saber cómo estaban reguladas esas cosas.

—No hay ninguna posibilidad, hijo —le había dicho un sargento de reclutamiento, un individuo pequeño, insolente e insensible, con un bigotillo negro minúsculo. El disgusto sigue allí desde entonces, inmovilizado en el tiempo.

Es curioso las vueltas que dan los pensamientos, reflexiona el señor Hilditch. Es curioso cómo empiezan con el rostro de una chica indecisa y retroceden luego hasta el tío Wilf y aquel sargento de reclutamiento. Ella había entrado en el número 19.

IV

Felicia se despierta en plena noche y recuerda retazos de sueños mientras éstos se desvanecen.

—Te he traído una concha —dice la hermana Benito; y un chico corre delante de la procesión de Corpus Christi y alguien saluda en una ventana. Ve el letrero de Canteras Flanagan en una de las camionetas que conducen sus hermanos, aparcada junto al bar de Myles Brady cuando pasa la procesión. Al pasar por el garaje de Aldritt se ve el vapor de la gasolina a la intensa luz del sol, y a un hombre que llena el depósito del coche en los surtidores.

—Ángeles que vuelan bajo —dice la hermana Francisco Javier; pero eso no es algo que empezara en un sueño, aunque quizá apareciera en alguno. La hermana Francisco Javier lo decía siempre que se refería a las hermanitas que trabajaban entre los paganos de África. Lo mismo que la madre superiora solía contar cómo había partido santa Ursula con sus compañeras a navegar por el mundo porque quería seguir siendo santa.

—¿No has pensado nunca en la vida religiosa, Felicia? —le preguntó una vez inesperadamente la madre superiora. Y cuando ella se lo contó luego a Carmel y a Rose, le dijeron que tenía cara de monja.

Cuando la gente iba al mar le traía conchas porque su madre había muerto. Ella las colocaba en la cómoda del dormitorio que compartía con su bisabuela, pero la anciana las tiraba siempre sin querer, y había tenido que guardarlas en un cajón. Ella había visto el mar por primera vez en este viaje. «*La mar, la mar, alta mar…*» Un día, recitando aquello en clase, no pudo recordar lo que seguía. Y se

había quedado allí parada, de pie, y se había ruborizado, avergonzada porque la tarde anterior se lo sabía de carrerilla.

Felicia cierra los ojos en la oscuridad, pero no se duerme. Se lo impiden los pormenores del viaje: el malestar, la mujer que cogió su cepillo de dientes en los servicios, las preguntas del guardia, un tren y después otro, sus pesquisas para localizar la fábrica, la patrona de rostro afilado que le había servido pastel de patatas y fruta de lata en el comedor vacío, y la taza de té después. Y allí está Johnny luego, aliviando el cansancio y los fracasos del día: sus ojos de color gris verdoso, el cabello oscuro, la barbilla perfecta y afilada, los pómulos altos. Lo ve entre la multitud de una fábrica, el primero del grupo que sale de Thompson Castings, lo ve apresurarse, como si tuviera el presentimiento de que ella estaba esperándole, ve sus movimientos ágiles, angulares.

—El otro día creí que eras tú la novia —le dijo cuando la vio en la calle el lunes, después de la boda, y la abordó a la puerta de Chawke.

Felicia disfruta reviviendo la escena, es mejor que cualquier sueño o cualquier fantasía, porque es real.

—Oh, no, no —dijo ella, moviendo la cabeza, sin añadir que creía que no se casaría nunca. Una mujer cambiaba de ropa a los maniquíes en el escaparate de Chawke, poniéndoles modelos de verano.

—Johnny Lysaght —dijo él, con la misma sonrisa amistosa que cuando la había visto con su traje de dama de honor—. ¿No me recuerdas?

Ella le recordaba vagamente de tiempo atrás, de cuando iba aún al colegio de los Hermanos de la Doctrina Cristiana. Era unos siete años mayor que ella, ocho quizá; ya no vivía allí. Volvía de vez en cuando a ver a su madre.

—¿Qué tal? —preguntó ella.

Allí echada con los ojos aún cerrados, Felicia oye su propia voz preguntándole aquello descaradamente, porque no se le ocurrió nada que decir. Él nunca había pertenecido al grupo de Lomasney ni

a la pandilla del pequeño Crowley; él había sido más independiente, se había ido a Dublín al salir del colegio y poco después se había marchado a Inglaterra. Tenía acento inglés.

—Muy bien —contestó él—. ¿Y tú, Felicia?

—Sin trabajo.

—¿No estabas en el sitio de la carne?

—Cerró.

Él volvió a sonreír. Le preguntó por qué había cerrado Slieve Bloom Meats y ella se lo explicó; además era un tema de conversación. Una mujer no había dado parte de un corte en la mano que se le infectó, y luego se había rastreado un brote de intoxicación alimentaria hasta un lote de riñones y carne de vaca en lata. A la señora Grennan el pequeño corte le había parecido un rasguño de nada, a pesar de que no cicatrizaba. El doctor Mortell se lo había visto y le había dado una receta, pero ella había seguido trabajando porque cuando alguien se ponía enfermo luego había veces que lo despedían cuando volvía al trabajo; la fábrica no había ido muy bien desde 1986, en que hubo otra alarma, una general en todo el ramo de los productos cárnicos. En el barrio decían que habría cerrado de todos modos tarde o temprano, y la señora Grennan creía con bastante razón que ella había sido el chivo expiatorio. Felicia había oído a otra mujer que la consolaba diciendo: «Mira, se ha acabado el trabajo y de poco sirve lamentarse. ¿Qué importa de quién fuera la culpa?».

En la calle, junto a Chawke, Johnny Lysaght le preguntó si había trabajado en algún otro sitio y ella contestó que no, sólo en Slieve Bloom; había empezado a trabajar al dejar el colegio de las monjas. No entró en detalles. No le había dicho que después de tres meses sin trabajo no veía ninguna posibilidad de encontrar otro empleo, al menos en el pueblo. Sólo tenía experiencia como envasadora y aunque no hacía falta mucha preparación podía realizar rápidamente aquellos movimientos con los que se había familiarizado, y había aprendido a localizar enseguida una lata mal envasada. Para ser cajera de un supermercado había que estar más preparada y las

tiendas pequeñas preferían empleadas eventuales, estudiantes o mujeres mayores. Y en Recubrimientos Erin o en el hospital nunca quedaban vacantes. Con paciencia, podías conseguir algún trabajo en la cocina de algún bar que diera comidas o en el hotel Hickey, pero igual tenías que esperar un año. Su padre le decía de vez en cuando que había hablado de ella con la hermana Ignacio. La hermana Ignacio era con la que más trataba él en su trabajo en el huerto del convento. Por otro lado, el que ella estuviera en casa facilitaba las cosas: cuidaba a su bisabuela, que ya no salía de la habitación, ni siquiera de la cama; y se encargaba de hacer la comida y la limpieza, que antes hacían entre todos.

—No tiene gracia estar sin trabajo —dijo Johnny Lysaght, apoyándose en el escaparate de Chawke. Quitó el celofán de una cajetilla de cigarrillos y le ofreció uno. Ella dijo que no con la cabeza.

—No, desde luego —repuso ella—. Ni pizca.

Con el trabajo, había perdido también la libertad; libertad para sentarse con Carmel y Rose y Connie Jo en el Diamond Coffee Dock, para ir una tarde al cine Ritz sin tener que calcular primero lo que le costaría. A las pocas semanas del cierre de la fábrica de productos cárnicos ya se había gastado todos los ahorros y era muy lógico —como había dejado bien sentado su padre— que todo el dinero del paro que entraba en la casa se dedicara a la alimentación y a los demás gastos generales. La familia tenía que trabajar unida, sobre todo la de un viudo.

—Vamos a Sheehy a tomar una copa —propuso Johnny Lysaght.

—No puedo, tengo que volver a casa.

Eran las tres y media de la tarde. Aún tenía que comprar chuletas y verdura. Hacían la comida principal a las seis menos cuarto porque sus hermanos no podían volver a casa de las canteras a mediodía y a su padre le daban algo en la cocina del convento a las doce y media. Tenía que poner a hacerse las chuletas a las cuatro, con medio nabo partido y una cebolla en rodajas. El guiso tenía que empezar a hacerse a y cuarto.

—¿Y luego? —propuso Johnny Lysaght—. ¿A las siete? ¿A las siete y media?

En la cama de la casa de huéspedes, Felicia recuerda cómo había vacilado, a pesar de su deseo de decirle que sí. Recuerda lo torpe que se había sentido y que no le había contestado.

—¿A las siete y media? —propuso de nuevo Johnny.

—¿Quieres decir en Sheehy?

—¿Qué tiene de malo Sheehy, Felicia?

Él se había reído entonces y ella se había reído también, sintiendo una oleada de alivio en el estómago. Él todavía tenía en la mano el paquete de cigarrillos; echaba el humo sonriendo. ¿Por qué se interesaba Johnny por ella? Carmel o Rose o cualquier otra chica en que pudiera pensar lo dejarían todo para salir con él. Y eran muy guapas; ella no era gran cosa.

—Hasta luego —le dijo él suavemente.

Las cadencias de la voz de Johnny y sus miradas risueñas poblaban los pensamientos nocturnos de Felicia. Mientras se alejaba de él —hacia la carnicería de Scaddan a comprar chuletas de cordero y sebo y luego a McCarthy a comprar las hortalizas— casi le daban ganas de ponerse a gritar, dominada por una euforia que no había experimentado jamás. Y había seguido sintiéndola mientras pelaba las patatas en el fregadero y mezclaba la harina de arroz con la leche, mientras batía un huevo y partía las hortalizas. De vez en cuando le llegaba del otro lado del vestíbulo el gruñido impaciente de su bisabuela o su llamada para que recogiera las piezas del rompecabezas que se le habían caído al suelo; la puerta del dormitorio estaba abierta siempre durante el día, por si le pasaba algo. «¿Cómo ha pasado el día?» Estas eran siempre las primeras palabras de su padre cuando entraba en la cocina a las cinco y cuarto; pero aquella tarde su pregunta tenía un tono animoso nuevo. Y no había irritación en su tono cuando explicó los pormenores del día a su abuela en voz baja —aunque lo bastante alta para que le oyera Felicia desde la cocina—: que había rastrillado la hierba cortada que quedaba y la había colocado en el depósito de

compost, que la hermana Antonio Ixida había estado hablándole otra vez de las gaulterias. Luego se oyó el grito habitual en la habitación de la anciana:

—¿Quién eres, a ver? ¿Qué quieres de mí?

Felicia no quiere pensar en la anciana, pero no consigue olvidarla del todo cuando intenta desviar el pensamiento. Recuerda que —aquella tarde de lunes maravillosa y distinta— había puesto cubierto para Aidan en la mesa, olvidando que ya no vivía allí, que su hogar estaba en la calle McGrattan, en el piso de la tienda de bicicletas y cochecitos de niño de sus suegros. A las seis llegaron de las canteras sus otros dos hermanos, tan parecidos en el carácter reservado como en la apariencia física, y se habían sentado inmediatamente a la mesa de la cocina a esperar la comida.

—Sí, ella sigue luchando —les había comunicado su padre al volver de su visita al dormitorio, llevando consigo el aura de la anciana. La presencia de ésta reanimaba en él un cierto espíritu, pues su historia hacía mucho que estaba enraizada en sus sentimientos: setenta y cinco años antes, cuando llevaba un mes casada, su marido había muerto con dos compañeros por la libertad de Irlanda, era un hecho venerado en la casa gracias a la insistencia de él. La tragedia la había dejado desamparada, con el hijo que esperaba; la había obligado a ganar lo que podía fregando suelos de oficinas y de casas particulares durante el resto de su vida activa. Pero el infortunio se vio ennoblecido durante todos los años que duró por la fe firme en una antigua causa. Haciendo honor al derramamiento de sangre que había habido, la anciana sobrevivió a su hija, al marido de su hija y a la esposa del único hijo de ambos. Y cuando sobrevivió también a su propio raciocinio, el padre de Felicia honró por su cuenta la sangre derramada: se sentaba todas las tardes con sus álbumes de recortes de aquella época revolucionaria, tres gruesos volúmenes de catálogos de empapelado que le había dejado quedarse Multilly, el de la ferretería, cuando las muestras se pasaron de moda. Durante toda su vida, hasta donde llegaban sus recuerdos, a Felicia le habían enseñado —entre dalias y rosas,

lunares y rayas, superficies lisas y en relieve— recortes de periódicos, fotografías y copias de documentos pegados con mucho cuidado. En el centro de la declaración que constituían —el ancla de toda la colección, le había repetido su padre muchas veces— figuraba la necrología conjunta de los tres patriotas locales, que la anciana había conservado entre sus posesiones hasta que decidió que se conservaría mejor en las hojas de los álbumes de recortes. La seguía en importancia una copia manuscrita de la proclamación de Patrick Pearse de un gobierno provisional, fechada el 24 de abril de 1916, los siete signatarios reseñados con la misma caligrafía de escribano. Las columnas de prensa hablaban del incendio de la oficina central de Correos y de los sucesos de Boland s Mills, del desembarco de Roger Casement de un submarino alemán en Banna Strand, del bombardeo de Liberty Hall. Estaban documentados allí los ataques a los cuarteles de Beggar s Bush y al Mendicity Institute y también la ocupación británica del hotel Shelbourne y las ejecuciones de Pearse y de Tom Clarke. Había tarjetas de las misas por los patriotas locales y cartas de simpatizantes y una fotografía de los féretros. También había un artículo sobre las antiguas leyes penales y otro sobre el Batallón irlandés. Había una postal con la casita de Patrick Pearse en Connemara; otra con la bandera tricolor ondeando en un mástil. También estaba íntegra allí la canción del soldado.

Según el padre de Felicia, aquellos álbumes de recortes eran un monumento a la nación y el tributo de una mujer valiente, el registro del mérito de su sacrificio. Él había escrito breves y pulcras notas en tinta roja y las había pegado aquí y allá para establecer una continuidad entre los documentos. Allí estaban las veneradas opiniones de Eamon de Valera entre flores fisgonas:

> La Irlanda con la que hemos soñado sería el hogar de un pueblo que valorase la riqueza material sólo como la base de una existencia justa, de un pueblo que se diese por satisfecho con el bienestar frugal y dedicase su ocio a las cosas del espíritu; una

tierra cuyo campo animasen acogedores caseríos, cuyos campos alegrasen los sonidos de la laboriosidad, los juegos de niños vigorosos, los concursos de jóvenes atléticos, la risa de lindas muchachas cuyos fuegos del hogar fuesen foros para la sabiduría de los ancianos. Sería, en suma, el hogar de un pueblo que viviese la existencia que Dios desea que vivan los hombres.

—¿Nada nuevo? —preguntó el padre de Felicia aquel lunes por la tarde, refiriéndose al desempleo de ella.

—Nada.

—Aún tengo a la hermana Ignacio en alerta roja.

El día que Slieve Bloom Meats dejó claro que el cierre de la fábrica era definitivo, él había hablado con la madre superiora cuando ésta había terminado el oficio. Posteriormente le había mencionado el asunto a la hermana Ignacio.

—¿Se sabe algo de Maguire Pigs? —él preparó un puré de salsa y patatas para la anciana y le echó harina de arroz.

—Contabilidad. Han cogido a Lottie Flynn.

—Y el dentista, ¿cómo se llama?, tiene una tarjeta en Heverin solicitando una asistenta a media a jornada.

Felicia había llenado la pimentera en el escurridero mientras su padre servía una chuleta y patatas y una cucharada de verdura en cada plato y los colocaba en la mesa. Luego le llevó la bandeja a la anciana.

—Está que da vergüenza —dijo cuando volvió—, la placa de la puerta del dentista. Y lo mismo las de los médicos y los abogados. En otros tiempos esas placas resplandecían como patenas.

Felicia había estado enamorada de Declan Fetrick cuando tenía doce años. Él era mayor, trabajaba ya en la sección de carnes empaquetadas de Centra. Ella solía ir allí sola, y simulaba leer las etiquetas de las latas de sopa; cogía tarros de pasta de gambas y de pollo y jamón y luego fingía que había cambiado de idea y los dejaba. Una de las mujeres que trabajaban allí por la tarde empezó a mirarla con desconfianza, pero a ella no le importó eso. Nunca le

dirigió la palabra a Declan Fetrick, un muchacho escuálido que intentaba dejarse bigote, y nunca le había confesado sus sentimientos a nadie, ni siquiera a Carmel o a Rose o a Connie Jo, pero todos los días y todas las noches durante casi un año pensaba en él, e imaginaba sus brazos rodeándola con fuerza y el pelo suave del bigote.

—Delaney, así se llama ese dentista —dijo su padre—. No me extraña que no pudiera recordar el nombre, la placa está tan sucia que no se ve. ¿No te convendría la media jornada en realidad? Ofrece setenta a la hora. Nueve horas a la semana. Si lo piensas, quizá te fuera mejor que la jornada completa.

Era lo que él quería para ella; le había tranquilizado que no estuviera capacitada para la vacante de Maguire Pigs. Un trabajillo de media jornada la sacaría del paro y le permitiría seguir haciendo las tareas de la casa y cocinar para él y sus otros dos hermanos. Un trabajo de jornada completa supondría tener que pagar a la señora Quigly para que atendiera a la anciana al mediodía, como cuando trabajaba en Slieve Bloom. Estaba segura de que su padre lo había pensado; probablemente lo hubiera hablado con las monjas.

—Yo creo que sería perfecto para ti. Si no lo del dentista, otra cosa parecida.

—Prefiero la jornada completa.

—Pero eso es lo que hay en perspectiva. Es lo que ofrecen, hija.

—Sí —contestó Felicia; y cambiaron de tema; su padre repitió lo que le había explicado a la anciana; que la hermana Antonio Ixida no paraba de darle la lata con las gaulterias. Cuando acabaron de comer y de recoger, Felicia se cambió el jersey y la falda y se puso maquillaje en el dormitorio, observada fijamente por la anciana que siempre estaba despejada después de comer.

—¿Vas a salir, hija? —le preguntó su padre, al verla con el abrigo puesto. Ella contestó que sí y él no manifestó más interés. Su madre habría sentido curiosidad, pensó Felicia, por lo que podía recordar de ella. Su madre habría supuesto que no se había emperejilado, con pendientes, y sombra de ojos y pintalabios de color coral sólo para

ver a Carmel y Rose un lunes por la tarde. Sus hermanos, que se iban también al bar de Myles Brady, ni siquiera se fijaron en que ella tenía el abrigo puesto.

—Hola —la saludó Johnny Lysaght en Sheehy diez minutos después—. Estás guapísima.

A Felicia le encantó que le dijera aquello. Deseó que lo repitiera. Ella no tenía idea de maquillaje de ojos, pero él podía decir nada más verla que estaba guapísima. «Eres la más guapa», gritaba Keery el Sucio, que solía acechar en el callejón de Devlin. Pero aquello era diferente porque se lo decía a todas las chicas que pasaban, intentando conseguir que se acercaran a él. Y encima era ciego.

—Quítate el abrigo —le pidió Johnny, y a ella le gustó que lo hiciera, porque el tono rojo del abrigo no hacía juego con el color coral de la barra de labios. Además, estaba gastado en algunos sitios. Se había puesto un vestido especial para la ocasión, el azul de cuadros y triángulos.

—¿Qué vas a tomar? —preguntó él.

—Seven-Up.

—¿Con un poco de ginebra?

—Oh no, no.

—Anda, anímate. Acompáñame. Toma un vodka con naranja en vez de esa antigualla.

Él había tomado cerveza. La etiqueta de la botella resultaba festiva junto al vaso vacío. Dijo que iba a tomar una copa, para variar.

—Anímate —repitió.

—De acuerdo.

Johnny pidió las bebidas al joven Sheehy, que atendía la barra. Su expresión cambiaba mucho cuando conversaba, tan pronto era alegre como meditabunda. Mencionó el perfume de ella cuando volvió a la mesa, comentó que le gustaba. Se llamaba «Una niebla de amor»; se lo había puesto al salir de la cocina, ya en la calle.

—Salud —dijo él.

Ella le preguntó dónde vivía en Inglaterra. Le preguntó si vivía en Londres y él le dijo que no, que al norte de Birmingham. Mencionó un pueblo, pero a ella el nombre no le era familiar. Era encargado de almacén de una fábrica, de piezas para las segadoras de césped. Encendió un cigarrillo. Aquel trabajo le permitía ahuyentar el hambre; no estaba tan mal.

—Eres una buena persona viniendo a ver a tu madre.

—Madre no hay más que una.

—Sí.

—Vaya, perdona.

No importaba, dijo ella. La mayoría de la gente no se disculpaba; casi todos lo olvidaban o lo recordaban demasiado tarde y no sabían qué decir.

—¿Cómo le va a la anciana, está bien?

Ella contestó que sí. Pronto cumplirá cien años, le dijo, y él movió la cabeza asombrado. Luego sonrió y ella se quedó mirándole mientras fumaba. Marlboro, decía la cajetilla que había dejado sobre la mesa. Carmel fumaba algún Aitón Major que otro en el café Dock y en el cine Ritz. Y también Rose.

—¿Y qué tal Inglaterra? —preguntó.

—Muy bien. Uno se acostumbra. Uno se acostumbra a cualquier sirio cuando lleva allí un tiempo.

—Algunos se sienten muy solos. Patty Maloney volvió.

—Los que son como Patty Maloney hacen eso, sí.

—No sé si mejorarán aquí las cosas.

Tampoco él lo sabía. Ella comentó que le habían contado que Bord na Móna iba a abrir una fábrica, relacionada con el prensado de turba.

—La gente la compra para los jardines —añadió—. Mi padre me lo explicó con todo detalle.

—Pero recogieron velas, ¿verdad?

—Al final lo aplazaron.

—¿Quieres otra copa?

—Oh no, no.

Él soltó una carcajada.

—La naranjada tiene vitaminas.

—Entonces sólo naranjada.

Johnny volvió a reírse y cogió los vasos. Ella le observó mientras esperaba junto a la barra, afable con el joven Sheehy. A lo mejor aparecían Carmel y Rose; Felicia deseaba que lo hicieran. Deseaba que se acercaran a la mesa y decirles que no, que el asiento estaba ocupado.

—¿Sigue abriendo los viernes la Dancetime? —preguntó Johnny cuando volvió con las bebidas.

—Bueno, los viernes abren la discoteca.

Ella sabía que iba a pedírselo, aunque no lo hizo al principio. Le estaba mirando los labios y ella se preguntó lo que sería besarse. En la época de su enamoramiento de Declan Fetrick lo había imaginado. A Carmel no le había gustado al principio cuando el tipo de las espinillas que trabajaba en correos empezó a hacerlo en el cine Ritz, cuando ella tenía trece años.

—¿Crees que estarás libre para ir a la discoteca el viernes, Felicia?

—Ahora no puedo permitirme ir a la discoteca.

—Si fueras conmigo no tendrías que pagar.

Había pensado que la invitaría, pero cuando lo hizo se sintió confusa. Notó que se estaba ruborizando y se echó un poco hacia atrás, para retirarse de la luz. Hacía dos meses que no iba a la discoteca Dancetime, desde que habían actuado los Heart Stoppers, la noche que el pequeño Crowley demostró por primera vez que le gustaba Carmel, la misma noche que Rose había ligado con aquel cura fallido que era de fuera, de algún sitio del campo, un hombre que nunca había ido antes a la discoteca y a quien Rose no había vuelto a ver.

—Fue estupendo encontrarte, Felicia —dijo Johnny, y, al moverse, le rozó con una rodilla las suyas debajo de la mesa—. Me alegro de que no fueras tú la novia, Felicia.

Según Carmel, nunca se sabe por qué le gustas a un chico, por qué te elige. Podías desesperarte por tener los brazos gruesos o el pecho liso y descubrir luego que era precisamente eso lo que atraía a un chico. Connie Jo opinaba lo mismo. Rose decía que nunca podías llegar a entender la mentalidad masculina.

—Sería estupendo que me acompañaras —dijo Johnny Lysaght—. De verdad.

Él lo dice en un sueño, cuando Felicia vuelve a quedarse dormida. Habían bailado durante cuatro horas el viernes en la discoteca, sin bailar con nadie más ninguno de los dos, y habían ido a Sheehy con un pase dos veces. Cuando él le había cogido de la mano y habían caminado juntos por las calles silenciosas a las dos de la madrugada, ella deseó decirle que le amaba. Y deseó decirle que nunca la había besado ningún chico. En el sueño, él la ayuda a pasar por la valla de alambre de espino y la abraza en el prado que hay junto a la fábrica de gas y la estrecha entre sus brazos y le dice que la ama. Ella siente la fragancia de su loción para después del afeitado y él se desabotona un botón de la camisa y le guía la mano sobre su piel cálida; todo es agradable en él.

—Eres preciosa —le susurra—. Eres estupenda, Felicia.

Y ella siente los labios húmedos de él otra vez y él cierra los ojos cuando lo hace ella, exactamente en el mismo instante, como si fueran los dos una sola persona.

Luego el sueño es distinto. Su padre dice que así va el país, las placas de latón sin limpiar, bonito ejemplo para el mundo. Sus hermanos comen sin hablar.

—¿Cómo es Lysaght, en realidad? —pregunta Rose, y Carmel suelta una risilla.

Cuando Felicia despierta son casi las siete; por los visillos se filtra una leve claridad delimitando la única ventana de la habitación. La ve intensificarse, ve cómo van definiéndose las sombras: una silla, una mesa, un ropero, un lavabo en un rincón. Las cortinas son remolinos verdes y anaranjados; se ven las marcas de cinta adhesiva en las paredes de color pardo, y la pintura rosa está desconchada.

Su padre estaría de vuelta de Heverin con el *Irish Press*; empezarían a oírse las pesadas pisadas matutinas de sus hermanos. En el dormitorio que ella había abandonado, las piezas del rompecabezas estarían esparcidas por la colcha y el suelo, y las pocas que la anciana hubiera conseguido colocar se habrían movido; la bandeja del rompecabezas se habría deslizado entre la cama y la pared. La anciana necesitaría enseguida la cuña y su padre tendría que incorporarla él solo. Ella palparía como siempre debajo de la sábana impermeable para tocar la bolsa de las pinzas de la ropa en que guarda el dinero de la pensión y recordaría que faltaba un poco de dinero, que había hecho ese increíble descubrimiento el día anterior. En la cocina, se oiría el chisporroteo del tocino que se freiría en la sartén, salpicando de pequeñas manchas de grasa el esmalte blanco, y los huevos, que estarían al lado en el envase, listos para freírlos.

Felicia se levanta y se lava en el rincón del cuarto. Se quita el camisón y se queda desnuda un momento, sintiendo vergüenza, como si estuviera en el dormitorio que comparte en casa. Se viste de prisa, también por la costumbre, se cepilla el cabello y se pinta los labios. Abre la puerta despacio y busca el retrete. Cuando cruza el descansillo para volver a su habitación, le llega débil el sonido de la radio de abajo. Pocos minutos después baja al comedor, donde hay puesta una sola mesa, con un plato de cereales esperando ya.

Llega luego la mujer de cara afilada y le dice algo sobre dormir y Felicia le responde que ha dormido como un tronco.

—¿Pasado por agua para ti? —pregunta la mujer, sin esperar la respuesta. Lleva una bata de fondo azul ceñida. Posa en la mesa un huevo pasado por agua en su huevera, junto a los cereales y un plato de tostadas y coloca una tetera metálica en un salvamanteles de alambre enrollado. Le dice a Felicia que se sirva leche y azúcar.

—Llámame si necesitas algo —añade luego, y sale de la habitación.

Felicia se sirve té, toma los cereales y unta de mantequilla una tostada despacio. Rompe la punta del huevo. Su padre estaría en aquel momento en la cocina sacando las lonchas de tocino de la

sartén, metiendo un cuchillo por debajo donde se habían pegado. «Mira, Felicia, se hace así», le había dicho años atrás, enseñándole a hacerlo. Partiría el pan para freírlo y cortaría el embutido, el blanco y el negro. A él le gustan los huevos hechos por los dos lados y a sus hermanos sólo por uno.

Vuelve a aparecer la dueña a preguntarle si está todo bien. Menciona el resto de la cantidad acordada y Felicia le paga lo que debe.

V

Él se para de vez en cuando, pegado a la acera; espera que ella se aleje casi hasta perderla de vista y luego la sigue; conduce despacio. Sabe adónde va la joven porque lo había mencionado en su conversación. Pero podría haber cambiado de idea durante la noche, claro; él sabe por experiencia que pasan esas cosas.

La joven dobla hacia la estación de autobuses, tal como le había dicho; lleva el mismo abrigo rojo y las mismas bolsas de plástico. El señor Hilditch se queda mirando aún unos minutos y luego se va.

No hay colinas. Las altas chimeneas desoladas arrojan sus nubes calientes sobre el cielo grisáceo. Las fábricas son como fortalezas, sus torres parecen proteger un antiguo reino de hierro y opulencia. El ladrillo ha adquirido en todas partes el persistente tono local oscuro. La configuración del terreno queda perdida bajo el peso de la utilidad, su carácter natural reprimido, sus contornos borrados.

El autobús que lleva a Felicia a través de todo esto va casi vacío. Mujeres con bolsas de compra ocupan solas los asientos con los ojos clavados en la espalda del conductor. Un niño llora desconsolado y su madre le manda callar en vano. Un hombre murmura, pasando las hojas de un periódico.

Cuando el autobús se aproxima a la periferia de la población en que está Thompson Castings, disminuyen los campos lisos de la orilla de la carretera y aumenta el número de fabricas, que están casi pegadas unas a otras. Felicia imagina a Johnny Lysaght trabajando en una de ellas, con piezas de recambio colocadas a su

espalda desde el suelo hasta el techo, en cajones de madera y en estantes. Le imagina con su ropa de trabajo, un guardapolvo de color marrón, como el de los dependientes de la ferretería Multilly. Busca algo que le han pedido y silba como suele hacer él. Felicia imagina Thompson Castings como un sitio parecido al almacén de maquinaria agrícola de Queally de la carretera de Roscrea.

—Debe quedar bastante lejos —aventura un individuo uniformado en la estación de autobuses, con los labios fruncidos en un rictus irritado porque no lo sabe—. Nunca lo oí nombrar, la verdad.

Felicia entra en la población, que parece más antigua que la anterior, de la que viene, pero que tiene los mismos distintivos en los bancos y las tiendas. Las calles serpentean en vueltas y revueltas y desembocan en callejones y callejuelas, conservando lo pintoresco como en protesta por las torres y chimeneas que desfiguran los alrededores.

—Disculpe —Felicia interrumpe a un hombre que está en una silla de ruedas a la puerta de un salón de té con ventanas de paños pequeños que sobresalen formando un arco.

—Ayúdame a entrar, querida —le dice el hombre—. Preguntaremos dentro.

La cajera que está junto a la caja pregunta a una camarera que pasa al lado si sabe dónde queda Thompson Castings. La camarera niega con un gesto, pero repite la pregunta a los clientes que atiende.

—Thompson estaba en la calle Half —recuerda una señora mayor. Pero alguien añade que eso era el Thompson de artículos de cuero.

En una tienda de aparatos eléctricos un individuo de modales resueltos y traje gris contesta sin vacilación: Thompson Castings se trasladó, lo compró una empresa grande hace dos años. Otra víctima de la recesión. No se puede dar ni un paso sin tropezar con ella, está en todas partes. Pero cuando Felicia le pregunta si sabe cómo se llama ahora Thompson Castings, el individuo se queda mudo. Vuelve a la calle; nadie sabe nada.

Así que Felicia regresa al salón de té de ventanas en arco y se sienta a tomar una taza de té, porque allí habían sido amables con ella. Las mesas que hay a su alrededor están ocupadas por amas de casa y oficinistas que han salido del trabajo un momento. Las camareras se apresuran, acosadas por la cajera, que deja de vez en cuando la caja para acomodar a los clientes. Las dos mujeres de la mesa de Felicia hablan del matrimonio desgraciado de una tercera. Visten con elegancia, van maquilladas, y parecen más jóvenes de la edad que deben tener, unos cuarenta años.

—Nadie podría aguantar a Garth —afirma una de ellas, mirando los bizcochos que han dejado en la mesa—. Es un hombre espantoso.

—Tú conoces bien a Garth, claro.

—Por supuesto.

Felicia se da cuenta de que va acostumbrándose al acento y presta atención al diálogo sobre ese marido. Ha dejado las bolsas junto a la silla, donde puede verlas si baja la vista. Había sacado del bolso de mano los billetes sobre los que el agente de seguridad que la interrogó no hizo ningún comentario, dejando sólo unos cuantos; ha embutido el fajo en una de las mangas de un jersey del fondo de una bolsa, donde estará más seguro que en el bolso de mano, que podría llamar la atención de algún ratero. Connie Jo había dejado una vez el bolso en el suelo en un café de Dublín y cuando se volvió a cogerlo había desaparecido.

—Una no puede aguantar esas cosas —afirma la primera mujer —. Lo he dicho siempre.

—Los amigos de Garth hacen intercambios. Le ofrecieron a ella a Bob Mather una vez.

—¡No me digas!

—Garth cree que quien estaba detrás de todo eso era Beryl Mather.

—Disculpen, ¿podrían decirme cómo se llama ahora Thompson Castings? —pregunta Felicia.

Las dos mujeres la miran sorprendidas.

—¿Qué? —dice una de ellas.

Felicia repite la pregunta y la otra mujer contesta que Thompson queda en la calle Half.

—El Thompson que busco lo compraron hace dos años —explica Felicia—. Fabrican segadoras de césped. Ese sitio de la calle Half es diferente.

Las mujeres mueven la cabeza. Una comenta que ella tiene una segadora Flymo.

—Es que un amigo mío trabaja allí —explica Felicia—. Estoy intentando localizarle.

—Podría estar en cualquier sitio —indica la mujer que tiene una segadora Flymo, cogiendo un bizcocho.

—Ya.

Las dos mujeres se levantan para marcharse y Felicia pregunta a la camarera que les hace la nota, una camarera distinta a la que había sido tan amable antes.

—Calle Half —contesta esta camarera brusca y apresuradamente, sin fijarse en que Felicia niega con la cabeza. Pregunta luego a la pareja que se sienta en la mesa de al lado, pero nadie ha oído hablar nunca de Thompson Castings, ni siquiera en la época anterior a la compra por otra empresa. Espera que se calme el ajetreo del local, confiando en que la cajera no estará entonces tan ocupada. Está ya convencida de que Thompson Castings con el nuevo nombre es el sitio que busca. Lo presiente: seguro que Johnny vive en una localidad y trabaja en la otra, no hay razón para que no pueda hacerlo. Se pregunta incluso si no le había dicho él algo así, pero claro, hablaron de tantas cosas.

—Me quedan once días —dijo él, y se habían visto cada uno de ellos. Iban caminando hasta el cruce de Creagh bajo el sol de octubre, y hacían manitas en el bar del cruce que pertenecía a la tienda de ultramarinos de Byrne. Volvían luego de prisa por el bosque de Mandeville, que era un atajo, porque como él veía tan poco a su madre, no quería dejarla sola demasiado tiempo.

—Thompson Castings fue absorbida por otra empresa —le dice Felicia a la cajera cuando le paga el té que ha tomado—. Creo que ahora tiene otro nombre.

Pero la mujer la mira sin entender lo que le dice, como si no recordara su conversación anterior.

—Sí —le dice, y Felicia deja la charla del salón de té y recorre las calles, preguntando a otras personas.

Se sienta un rato en un banco, sin soltar las bolsas; lleva una en cada mano y la correa del bolso apretada contra el pecho. Habían tenido que tener cuidado en todo momento para que no hubiera problemas con la madre de Johnny. Cuando iban al café Diamond, él siempre elegía una mesa del fondo para que no los viera si pasaba por la calle. Según él, eso la disgustaría, porque años atrás la habían engañado y desde entonces desconfiaba del amor. Felicia sólo la conocía de vista, de tropezársela en las tiendas: era una mujer menuda, que siempre parecía cansada, viuda, había supuesto ella, hasta que él le explicó que el marido la había abandonado. Tenía una fina raya blanca (una cicatriz descolorida) que le iba de la mejilla izquierda hasta el mentón, y eso era lo más llamativo de ella.

—Comprendo —había comentado Felicia cuando él le explicó que nada le hubiera gustado más que pasear más tiempo por el bosque de Mandeville, ahora que se estaban cayendo las hojas, o pasarse horas en el pequeño bar de Byrne. Pero sus encuentros tenían que ser forzosamente breves muchas veces y tenían que tomar el café deprisa. E incluso cuando estaban uno en brazos de otro junto a la vieja fábrica de gas, él miraba el reloj cada poco.

—¿Volverás pronto? —le preguntó ella en el café Diamond el día que se marchó, y él le había dicho que tal vez en Navidad.

—¿Podría escribirte? —le preguntó, y él le dijo que le daría la dirección, aunque no era muy aficionado a las cartas. Y había posado las manos sobre las de ella en la superficie de la mesa, cubierta de dibujos romboidales.

—Pensaré en ti continuamente —le dijo, sin dejar de apretarle las manos—. Te tendré a mi lado continuamente.

Y la besó en los labios sin importarle que les viera la camarera; y ella le preguntó cuál era la dirección. Johnny comenzó a dársela, pero desgraciadamente en aquel momento apareció Shay Mulroone.

—¿Cómo os va? —dijo Mulroone, apoyándose en la pared con su ropa de trabajo. Felicia rezó para que se marchara, para que se le ocurriera que tal vez quisieran estar solos; pero él siguió allí plantado contando chistes y riéndose tranquilamente.

—Dame una Coca Cola —pidió al fin, dejando caer de golpe el dinero en la barra—. No, sin vaso —dijo luego cuando la mujer iba a servirle y cogió la botella y se fue hacia la puerta bebiendo.

—Salud —dijo y les contó un chiste de un pájaro carpintero que se metía en el equipaje de una pareja de recién casados en su luna de miel.

—¡Dios santo! ¡Yo me partí de risa cuando me lo contaron!

La amargura vuelve a embargar a Felicia cuando recuerda a Shay Mulroone aquel día, con su nariz partida y su extraña mirada, hablando sin parar, riéndose a carcajadas. Si Shay Mulroone no hubiera entrado en el café aquel día cuando lo hizo, no estaría pasándole a ella esto ahora. Se habrían mantenido en contacto; habrían intercambiado cartas o postales (lo que fuera); podría tener incluso un número de teléfono.

—¿Quieres escribirme la dirección? —le preguntó ella en cuanto se quedaron solos de nuevo, pero entonces se convirtió todo en un lío, porque sólo faltaban ya veinte minutos para que llegara el autobús.

—¡Santo cielo! ¡Mira qué hora es! —exclamó él, levantándose y ella pensó que iba a anotarle la dirección rápidamente, que buscaría una hoja de papel en el bolsillo y quizá le pidiera un bolígrafo a la mujer de la barra; pero en vez de eso se puso nervioso porque tenía que tomar el autobús. Dijo que ya le enviaría la dirección, sería lo primero que haría en cuanto llegara. Y a los pocos segundos se había marchado y ella estaba allí sola, sin nada suyo, salvo un sentimiento de vacío y de malestar, como si le hubieran arrancado una parte del estómago. Se llevó el vaso de café a una mesa junto a

la ventana, pensando que iba a echarse a llorar de un momento a otro. Aquella dirección que no tenía— que había pedido tan tímidamente al principio porque no quería resultar pesada —le había sido arrebatada como podría serlo una cuerda de salvamento. No había comprendido que hasta la caligrafía de él en un trozo de papel habría sido algo a atesorar, aparte de todo lo demás. Desde la ventana se veía la tienda de Doheny al otro lado de la plaza, donde daban la vuelta los autobuses. Al cabo de diez minutos apareció Johnny con una maleta y con su madre, que le cogía del brazo. Pasaron junto a la estatua del soldado con polainas que se alzaba en la confluencia de la calle Mayor y la Plaza, y luego esperaron un momento que pasara un coche, antes de terminar su recorrido. Eran los únicos que esperaban en la acera junto a Doheny, y en seguida apareció el autobús, que aminoró y paró; entonces se le ocurrió otra cosa: ¿Cómo iba a enviarle su dirección si no sabía la de ella? Nunca se la había dado, ni siquiera le había mencionado el nombre de la calle; se daría cuenta en el viaje, pero sería ya demasiado tarde.

—¡Adiós! —le gritó la mujer de la barra cuando Felicia salió corriendo del local; pero no pudo contestar, ni siquiera con un gesto. El autobús se puso en marcha al otro lado de la plaza y luego vio pasar a su lado el distintivo del vehículo: un setter rojizo alargado. Vio también el rostro de él sólo un instante, su cabello oscuro, una mano alzada en señal de despedida a la mujer menuda vestida de gris que estaba en la acera. La parte trasera del autobús estaba tan llena de polvo que cubría completamente la pintura roja y blanca y era de un tono pardo.

—No lo sé —le contesta un cartero en la ciudad a la que ha ido, mientras vacía un buzón y mueve la cabeza—. No tengo ni idea.

Felicia pregunta en las tiendas. Pregunta a dos agentes de seguridad y a una mujer en una parada de autobús.

—No, estás equivocada, guapa —afirma muy seguro un individuo que está esperando—. Nadie compró Thompson. Quebró hace unos dos años.

—¿Y hay alguien aquí que fabrique segadoras de césped?

El hombre responde categóricamente que no. Felicia repite la pregunta al cabo de una hora en una comisaría.

—¿Hay algún sitio en que fabriquen segadoras de césped? —grita por una ventanilla el sargento de recepción. Alguien que Felicia no puede ver hace una sugerencia, pero otra persona comenta que eso es historia, que había cerrado en el ochenta y nueve.

—Creo que no podemos ayudarte —le informa el sargento, cerrando otra vez la ventanilla.

El agente ya ha confirmado que Thompson Castings quebró hace dos años, pero a pesar de eso y de la respuesta de sus compañeros, consulta una guía.

—Aquí no figura —le dice.

Mira en otra guía, hace un par de llamadas por teléfono antes de confirmarle, con mayor seguridad incluso que antes, que el sitio que busca no está en la localidad: no se fabrican segadoras de césped en esta zona. Se venden; hay concesionarios que tal vez vendan piezas de recambio. Quizá sea eso lo que busca. Le da una lista de números de teléfono; ella se pasa la hora siguiente en una cabina; no tiene suerte, pero no le sorprende. Encargado de almacén de una fabrica, eso es lo que le había dicho él, está segura.

—No podemos ayudarte más, guapa —le dice el sargento cuando vuelve a la comisaría. Añade que será mejor que regrese a la ciudad de la que vino por la mañana, porque era el sitio que le había mencionado su amigo.

Otro policía que ha oído la conversación alza la cabeza y asiente. Al salir, Felicia oye que un policía le dice al otro: «Una aguja en un pajar».

VI

El señor Hilditch ha salido de la sección del servicio de comidas temprano y a las cuatro y cinco se dirige en el coche hacia la estación de autobuses; encuentra sitio en un aparcamiento desde donde domina la zona de llegada. Está seguro de que ella volverá. En cuanto hubiera comprobado que no conseguía nada volvería para seguir buscando en otra dirección. Es lo lógico, aunque por supuesto no excluye la posibilidad de que la haya perdido. Podría haber decidido que era inútil seguir buscando después de una o dos horas de pesquisas. Él se ha pasado todo el día dándole vueltas; a la hora de comer había estado a punto de ir en coche a la calle Marshring a esperar allí en el coche por si ella volvía. Acababa de pasar ahora por el número 19, pero naturalmente no puede saberse nada desde fuera de una casa.

El señor Hilditch mete monedas en el parquímetro y espera que salga el resguardo sin perder de vista la terminal de autobuses. Pasan despacio a su lado los compradores cargados con sus compras, mujeres jóvenes que gritan frustradas a sus hijos, hombres severos con expresión malhumorada. Cuánto abunda todo aquello, se dice el señor Hilditch mientras vuelve al coche, cuánta violencia hay en el mundo, cuánta crispación. «¡Guardalas distancias!», ordena groseramente una pegatina en el cristal posterior de un coche. «¡Los surfistas lo hacen de pie!», informa otra. «¡Deseo a Madonna!», afirma el mensaje de una camiseta. Al señor Hilditch todo aquello le parece desagradable.

Llega un autobús y el señor Hilditch observa a los pasajeros que bajan: escolares, una pareja mayor, peones camineros con sus

fiambreras y sus termos vacíos en las mugrientas bolsas de lona. Un individuo de pelo largo a quien el señor Hilditch ve a menudo por la calle y que supone que debe estar buscando trabajo. Grupos de obreros de fábricas, hombres y mujeres. La chica irlandesa no está entre ellos.

Piensa en ella, recostado en la entrada de un portal. Por lo que se refiere al físico no puede compararse con Beth, claro que eso muy pocas chicas. Y, por supuesto, carece de la valentía de Elsie Covington; Elsie, con sus rodillitas relucientes alzadas, sentada de lado como solía sentarse ella, el carmín de los labios brillando como una cereza. El recuerdo de Elsie Covington evoca una imagen decorativamente enmarcada en la memoria del señor Hilditch, como si un fotógrafo hubiera estado presente una vez cuando ella adoptaba aquella pose de estrella de cine: a él le recordaba a Barbara Stanwyck, aunque por supuesto ella nunca había oído hablar de Barbara Stanwyck. Beth está sentada en silencio dentro de otro bonito marco: el largo cabello negro le llega hasta donde se inician los pechos, las botas de cordones negras terminan donde empiezan los muslos. A Beth le encantaba el negro. Se pintaba lunares negros debajo de los ojos y se daba polvos blancos en la cara y en el cuello para que contrastara. Una vez habían comprado en Owen Owen de Coventry un vestido negro con un corpiño de encaje, la primera de las muchas prendas que compraron juntos. Toda la ropa interior de Beth era negra: se lo dijo cuando se lo preguntó él, que fue la tercera vez que estuvieron juntos, el 5 de noviembre de 1984, en el Happy Eater de la A51, una noche de fuegos artificiales, un lunes.

La chica irlandesa se lo hace recordar todo otra vez, como sucede siempre con una amistad nueva; es natural que pase eso. La galería de la memoria está siempre allí, siempre oscura, invisible incluso hasta que ocurre algo que enciende sus luces. Al señor Hilditch le gusta pensar en ella así; le gusta llamarla galería de la memoria; no es que lo diga en voz alta, claro. Hay cosas que no se dicen en voz alta; y hay cosas que ni siquiera se dice uno a sí

mismo, cosas que es mejor dejar, que es mejor olvidar. Ha deseado muchas veces de noche, despierto en la cama, que llegara el destello: las pequeñas instantáneas flotantes de Elsie, de Beth y de las demás: Elsie con la mano alzada para llamar la atención, Beth con su jersey amarillo, Sharon saliendo del servicio de señoras en el Frimley Little Chef, Gaye esperándole a la puerta de las tiendas de aparatos eléctricos en Market Drayton, Jakki encendiendo un cigarrillo en el coche.

Los autobuses que espera el señor Hilditch llegan cada cuarenta minutos, pero no le importa la espera porque el caudal del recuerdo fluyen ya suavemente por sus sentidos. El encargado de un Odeon, con traje de etiqueta, le lanzó una vez una sonrisa a Beth en el vestíbulo: había sido el Leicester, *El regreso ele la pantera rosa*. Un chico había intentado ligar con Elsie en Southam Restful Tray, sonriéndole de lejos, y ella le indicó con una mueca que estaba comprometida.

Jakki quiso ir a una iglesia una vez, cuando era religiosa, y habían ido a un sitio baptista de Coalville. En una zona de servicios de la M6 un muchacho trató con familiaridad a Gaye; no mediría mucho más de uno cincuenta aquel chico, llevaba de adorno una cuchilla colgada en una oreja y la cabeza rapada; era fornido, un camorrista, y olía a alcohol. En la zona de servicios cerca de Loughborough, Beth se había pasado toda la comida sin decir palabra, no porque estuviera enfadada, sólo pensativa, como tiene derecho a estar cualquier chica. *Five Foot Ttvo, Eyes of Blue*, Beth siempre le trae eso a la memoria, la cancioncilla rítmica se relaciona por alguna razón con su recuerdo.

Llega otro autobús. Y en él, la chica irlandesa.

Felicia busca con la mirada entre la multitud. Los autobuses se colocan en la estación formando ángulo, en grupos de diferentes colores, con las indicaciones de los destinos y los conductores esperan cerca. Los viajeros rezagados echan a correr cuando se oye

un motor que se pone en marcha; los que ya están sentados se impacientan. The Friendly Midland Red, Midland Fox, Chambers' Coaches, Townabout, son denominaciones repetidas.

Felicia desea que su amigo se apee de un autobús que acaba de llegar; pero no baja de él; ni lo ve en ningún sitio entre la multitud. Se pregunta por primera vez si no debería volver a casa y piensa lo que sería entrar en la cocina y enfrentarse a su padre y a sus hermanos. Habrían descubierto ya por entonces, buscando algún indicio de su paradero, las cartas que se había propuesto llevarse pero había olvidado por error: largas cartas desordenadas que había escrito pese a que no podía echarlas al correo. Todas las noches, en el aislamiento que le permitía el dormitorio, mientras la anciana dormitaba o estudiaba absorta otro rompecabezas, ella escribía lo que creía que le interesaría a Johnny. Que la señorita Horish de la escuela de artes y oficios había empotrado el coche marcha atrás en un surtidor de gasolina del garaje de Aldritt; que Aidan, presionado por Connie Jo y por el padre y la madre de Connie Jo, había dejado ya el oficio y trabajaba en la tienda de bicis y cochecitos de niño de la calle McGrattan; que el representante de Pond's había entrado trompa en la farmacia; que habían despedido de Chawke a Cuneen, el dependiente que tenía una pierna más corta, por falsificar. Felicia había hecho un calendario hasta Navidad, porque Johnny había comentado que con un poco de suerte volvería entonces. Tachaba los días que iban pasando y cuando ya sólo faltaban diecinueve, se dio cuenta de pronto de que estaba escribiendo una carta distinta de todas las anteriores.

> […] Es un problema pero ahí está. No me vino el primer mes y luego éste tampoco. No hay duda, Johnny. Pensé que tal vez el haber estado contigo como estuvimos podría hacer que se retrasara pero ahora ya es distinto. En Navidad serán dos meses y entonces tendremos que decidir qué hacer Johnny […]

Esa carta, la última que había escrito, está escondida con las demás debajo de su colección de conchas, en la cómoda blanca que hay junto a su cama. La noche que la escribió se pasó luego varias horas despierta, deseando poder echar al correo precisamente aquella carta más que ninguna de las otras. La redacción de las otras —cuyas frases componía mientras hacía la compra o las labores de la casa— había sido un consuelo; pero el problema que explicaba en ésta, que no había compartido con nadie, una vez escrito, adquirió un espanto añadido. Mientras estaba allí en la cama, desvelada después de haber escrito aquella carta, intentó encontrar palabras mejores que las que había utilizado, alguna forma más suave de expresarlo. Pero no había más que la campana de la iglesia que daba la una, luego las dos, las tres y las cuatro, y el gorjeo de la anciana, el crujido de la colcha cuando intentaba moverse, un súbito jadeo y luego el rumor de la respiración, que volvía a ser regular. Cuando era más pequeña, le daba miedo que su bisabuela muriera mientras la dormía y encontrársela por la mañana pálida e inmóvil, con la mirada fija.

La melancolía de aquella larga noche vuelve a embargarla entre los autobuses que esperan, y Felicia se siente tan desanimada como entonces; más que en el transbordador y que en la sala vacía en que la había interrogado el agente de seguridad; más que cuando despertó en el tren y no sabía dónde estaba; más que cuando el policía había dicho lo de una aguja en un pajar. Buscando aún entre los rostros que la rodean, vuelve a tener la sensación de castigo que había experimentado por primera vez la noche que escribió aquella última carta: una llamada al orden, una llamada a pagar por la felicidad que tan temerariamente se había permitido.

—No te preocupes por esa parte del asunto —le había dicho él una vez tranquilizándola, mientras cruzaban a toda prisa el bosque de Mandeville—. Ya me ocuparé yo de todo eso.

Ella se había ruborizado al oírle decir esto, pero le agradó que lo hiciera.

—No hay nada malo en eso —susurró él, y añadió que no había nada malo en eso cuando dos personas se aman.

Pero la noche que ella escribió aquella última carta creía que quizá pese a todo lo hubiera habido: el antiguo pecado que había que confesar si ibas a confesarte; el pecado de entregarse a la avidez del deseo, el pecado de no ser paciente. ¿Y por qué tenía que haber pensado que la dicha que le había proporcionado el amor de él era justa y gratuita?

Si volviera ahora a casa despertaría de nuevo en aquel dormitorio. Y habría otro amanecer con la misma desesperación, la fatiga de levantarse cuando sonara el despertador a las seis, de empezar otro día. Tendría que fregar de nuevo las escaleras los martes, cambiar las sábanas de la bisabuela el fin de semana. Si volviera ahora, su padre seguiría mirándola acusadoramente, sus hermanos amenazarían con vengarse. Y Connie Jo lamentaría haberse casado con el miembro de una familia que espera un nacimiento vergonzoso. Y habría miradas curiosas y expresiones duras en la calle. ¡Santo cielo, eres tonta!, diría Carmel; y Rose diría: Pero bueno, ¿es que naciste ayer?

Sólo puede redimirles su amor y estar juntos; lo sabe muy bien. Lo supo cuando pasó Navidad y él no volvió. Lo supo durante la nevada de enero; lo supo cuando llegó primera aquella semana borrascosa de febrero, en que fue a ver a la madre de Johnny.

—Soy amiga de Johnny, señora Lysaght.

Allí plantada ahora mirando con desesperanza a su alrededor con las dos bolsas de plástico en la mano, Felicia oye el eco de su nerviosismo, el temblor de su voz.

¿Es el estar tan lejos de su realidad lo que le da tal recuerdo, tanta fuerza que la distancia intensifica el curso ordinario del tiempo? La mirada de la madre de Johnny, con la frialdad del recelo y de la desconfianza, su madre que no decía nada al principio, que parecía dispuesta a cerrar la puerta en cualquier momento. Su madre preguntándole qué quería, empezando a sentir una leve

curiosidad. Luego la puerta abierta; el pasillo estrecho, que daba a la cocina.

—¿Sí? —le dijo luego su madre, el trazo de la cicatriz de la mejilla más visible al haber mejor luz. Agria como una endrina, decía la gente de aquélla mujer.

La gente se va yendo de la estación de autobuses, pero Felicia sigue donde se había quedado parada, junto al quiosco de refrescos que ya ha cerrado. Ya no llegan autobuses y sólo quedan unos cuantos que esperan su hora de salida. Felicia ve las dos figuras en la cocina de la madre de él tan claramente como los autobuses; y oye su propia voz y la de la madre con la misma claridad que las voces y las risas de la gente que pasa a su lado.

—Sólo quería pedirle la dirección de Johnny.

—¿Qué quieres de él?

—Sólo quiero escribirle, señora Lysaght.

—A mi hijo no le gustaría que se diera su dirección a todo el mundo.

—A mí puede dármela sin problema, señora Lysaght.

—Tengo que escribirle yo. Le diré que has venido.

La madre de Johnny sabía quién era ella; no se lo dijo, pero Felicia se dio cuenta. Sabía cómo se llamaba y que su padre trabajaba en el huerto de las monjas, y que aún vivía su bisabuela, que tenía casi cien años. Bastaba estar en presencia de la señora Lysaght para darse cuenta de que era una mujer que lo sabía todo.

—No le molestará que me dé usted su dirección.

—¿Por qué?

—Porque lo sé.

—Pero él no te la dio.

Felicia empezó a balbucir. La señora Lysaght se sentó. Se tocó con una mano la parte inferior del estómago, como si hubiera empezado a dolerle.

—Tengo cosas que hacer —dijo, y aunque no se levantó inmediatamente lo hizo al cabo de un momento, antes de que Felicia

pudiera recobrarse. Se dirigió hacia el pasillo que llevaba a la puerta de la calle.

—Sé que a él no le molestaría —repitió Felicia. Sintió una oleada de calor en la cara, un cosquilleo que le llegaba hasta las raíces del cabello—. Necesito urgentemente la dirección.

—Johnny tiene amigos aquí, Cathal Kelly, Shay Mulroone, chicos así. No recuerdo que te mencionara nunca a ti.

—Necesito la dirección, señora Lysaght.

La expresión de la señora Lysaght demostraba que comprendía el apuro de Felicia. Torció el gesto; en la frialdad de sus ojos se deslizó el odio.

—Deja en paz a mi hijo —le dijo, sin emoción—. Déjalo.

—Sólo quiero ponerme en contacto con él.

—Ya has tenido suficiente contacto con él.

Pero la señora Lysaght no salió de la cocina como había empezado a hacer ella. Se quedó en el umbral de la puerta y poco después se llevó los dedos de la mano derecha a la cicatriz de la cara.

—No me encuentro bien —dijo.

—Lo siento, señora Lysaght.

—Por eso viene él. Porque no estoy bien.

—Yo no sabía…

—Cuando viene el cobrador del alquiler el viernes me doy cuenta de cómo me mira. No he vuelto a ser yo misma desde que Johnny no pudo encontrar trabajo aquí. El peor día de mi vida.

Felicia movió la cabeza, esforzándose por encontrar algo que decir, pero no se le ocurrió nada. Vio un paquete de cartas en la repisa de la chimenea, entre una caja china y la pared, y supuso de quién eran. En ellas figuraría la dirección.

—Lo supe —dijo la señora Lysaght—, la primera vez que salió contigo «Saldré a tomar un poco el aire», me dijo; y cuando volvió me explicó que se había encontrado con Cathal Kelly. Una vez en Dublín, cuando volvía después de haber venido a verme, le vieron salir de una heladería con una chica. Lo recordé y se lo mencioné.

«Error de identificación», me dijo riéndose. Son capaces de hacer cualquier cosa —añadió la señora Lysaght como si hubiera olvidado con quien estaba hablando—, una vez que le han echado el lazo a un chico. Dulces como el azúcar y luego actúan como víboras.

Se pasa despacio los dedos por la cicatriz de la mejilla.

—No matarían una mosca —añadió— hasta que llega el momento. «¿Y Johnny?», le pregunté a su padre. Estaba ahí mismo, a un palmo de donde estás tú ahora, acababa de entrar y estaba lloviendo y caían las gotas en el suelo. «¿Es que Johnny no significa nada?», le pregunté, y él se limitó a volver la cara, con un charco de agua a sus pies. «Escúchame bien», me dijo; pero ¿qué había que escuchar? Él se marchaba, ¿qué había que escuchar en eso? «Recibirás el dinero regularmente», me dijo. Eso fue todo lo que se le ocurrió decir. Cuatro años de matrimonio, dos abortos antes de tener a Johnny y luego tu marido se marcha. «Toma, ahí tienes», le dije, y alcé el cuchillo del pan de esa mesa. «Haz lo que quieras conmigo. Es peor que basura, esa mujer con la que te vas». Le ofrecí el cuchillo, pero él no se movió. Así que lo alcé yo misma y vi cómo me miraba. Y luego la punta abrió la carne y lo bajé apretando con fuerza.

La señora Lysaght se volvió y salió de la cocina; Felicia la siguió.

—¿Si le doy una carta la echará usted por mí, señora Lysaght?

La puerta de la calle se abrió y como no hubo respuesta, Felicia repitió la pregunta. Pondría el sello en el sobre, prometió. Ella sólo tendría que poner la dirección.

—De acuerdo —contestó por fin la señora Lysaght.

Pero cuando pasaron diez días y luego quince y no recibió respuesta, Felicia comprendió que la madre de Johnny no había echado la carta. Y no la había echado porque la odiaba. Le estaban robando a su hijo lo mismo que le habían robado a su marido: así era como ella lo veía. Seguro que había leído la carta y la había quemado.

Felicia se pregunta, abandonando el lugar en que estaba parada junto al puesto de refrescos, si la madre de Johnny se imaginará

dónde está ella ahora; y si la odiará todavía más por ello. Se pregunta si la madre de Johnny le habría mencionado la visita en una carta y cree que no. ¿Por qué iba a hacerlo si no favorece sus intereses, si no tiene nada que ganar con ello? Él nunca le había dicho que su madre no estaba bien; eso explicaba el que estuviese tan pendiente de ella.

—Estaba preocupado por ti —dice una voz, y la cara con gafas del individuo gordo que la había ayudado el día anterior está allí en la entrada de un portal. Habla con suavidad, la preocupación a que alude claramente visible en su expresión, y su aparición súbita y lo que le dice confunden a Felicia. Ha estado haciendo averiguaciones sobre Thompson Castings durante el día, continúa, y ha descubierto que la habían informado mal. Estaba tan preocupado que había investigado y había localizado al final la única fábrica que quedaba a un distancia razonable y que coincidía con la que ella buscaba. Allí hacían segadoras con motor Briggs and Stratton, carrocería fabricada en sus talleres, cuchillas Sheffield, giratorias o de cilindros.

—Creo que es el sitio que buscas —le dice—. Llamé por teléfono a Ada desde la oficina y ella me dijo que me pasara por la estación de autobuses por si te veía regresar. Anoche le expliqué tu problema a Ada, y está muy preocupada pensando que andas por ahí.

Está apoyado en un rincón de la entrada, con escaparates a ambos lados donde se ven zapatos. Habla en un susurro, su voz no es como la de ayer cuando ella se acercó a preguntarle si era aquél el sitio que buscaba, ni como cuando la llamó desde el coche. Ada es su esposa, dice, una mujer que se preocupa mucho por los demás.

—El problema es que está nada menos que a ochenta kilómetros de aquí.

Ella empieza a mover la cabeza, pero él le dice que hay mucha gente que vive allí en la ciudad y hace diariamente un viaje como aquel. No veía razón para que su amigo no hiciera lo mismo. Una chica de la oficina lo había confirmado: la gente viajaba hasta cien kilómetros y pico a diario para ir al trabajo.

—Trabajan en un sitio como ése al que fuiste hoy, donde no encontraste nada, o éste que te digo. Y vuelven aquí a pasar la noche.

—Sí, ya entiendo. Ya lo había pensado.

El hombre tiene una respiración sibilante; es casi un siseo, apenas audible. Que cesa cuando habla de nuevo.

—Lo que quería decirte es que mi esposa y yo tenemos que hacer ese trayecto por la mañana. Me refiero a que puedes disponer de un asiento en nuestro cacharro.

Le tiemblan los mofletes y la papada cuando se ríe.

—Verá, creo que no…

—Ya, por supuesto que no. Es lógico. Sólo lo he mencionado porque Ada insistió en que lo hiciera. Pero ya le recordé que tenemos que salir muy temprano. Que seguramente no querrías ir a esas horas.

—Su esposa…

—Ada está enferma. Tiene que ingresar allí en el hospital. Un asunto de especialista.

—Si pudiera darme el nombre de la fábrica —empieza a decir Felicia, pero advierte la expresión de duda que aflora al rostro rechoncho del hombre en la oscuridad del portal y se interrumpe.

—Eso es difícil. La chica de la oficina anotó el nombre y la dirección en una hoja, pero lamentablemente me la dejé en el despacho. Pensaba llamar por teléfono luego y pedir a las mujeres de la limpieza que me lo leyeran. Pero si no quieres salir temprano no tiene sentido que llame.

—Si pudiera darme el nombre del pueblo…

—Te pasarías siglos buscando de un sitio a otro. Hay más de ciento cincuenta talleres, probablemente doscientos. Pero a lo mejor volvemos a encontrarnos cualquier día de éstos y ya te pasaré entonces los datos. Ahora perdona, pero tengo que ir a ver cómo ha pasado el día Ada.

Sale del portal y empieza a alejarse.

Felicia dice rápidamente:

—¿Podría llevarme mañana?

—Tenemos que salir a las seis y media en punto para que Ada esté en el hospital a primera hora. Siento que haya de ser así.

—Me parece bien a las seis y media.

—Te recogeremos en Marshring. En el cruce de la calle y la avenida.

Él sonríe y asiente. Promete que no olvidará llamar a las mujeres de la limpieza y se aleja, caminando sin prisa. Felicia se queda mirando su figura voluminosa hasta que desaparece en el aparcamiento y luego ocupa su lugar en la entrada del portal y busca de nuevo a Johnny Lysaght entre la multitud.

VII

La casa está silenciosa y a oscuras. Ningún animal doméstico presencia la llegada de su único ocupante, ni un pez de colores ni un pájaro. Gira una llave en la cerradura de pestillo y chasquea otra en la de cilindro. El espacioso vestíbulo está iluminado. Empieza a oírse el sonido entrecortado de un conato de silbido.

El señor Hilditch cuelga la gabardina en el perchero y ve un instante su imagen en el espejo octogonal. Alza maquinalmente una mano y se toca una zona de su cabello corto. Los antepasados de otras familias lo observan desde los retratos que ha ido comprando a lo largo de los años, una galería de extraños que ya no lo son. En la cocina, reúne los ingredientes de la cena.

El escalofrío de entusiasmo que había sentido durante todo el día está cargado de una agitación más intensa ahora que ha vuelto a hablar con la chica irlandesa. Nunca había habido una chica tan cerca de casa como ésta, una chica que en realidad se acercó a él en el recinto de la fábrica. Elsie Covington apareció inesperadamente en Uttoxeter; Beth, en Wolverhampton; Gaye, en Market Drayton. Sharon fue en Wigston; Jakki, en Walsall. Todas ellas eran de sitios lejanos como la chica irlandesa, e iban a otro lugar, a ninguno en la mayoría de los casos.

Hay que cumplir la norma de no manchar tu propio umbral, no comprar al lado de casa, como suele decirse; aunque hacía todo lo posible para cumplir esa norma, esta vez sencillamente había ocurrido. La fruta que caía del árbol sin sacudirlo siquiera; tenía que significar algo. Y el señor Hilditch, tal vez debido al hecho de que

hubiera acudido ella a él y no a la inversa, alberga la esperanza de que la relación esté destinada a ser especial esta vez.

Empiezan de nuevo las instantáneas de recuerdos: apariciones de fin de semana en pueblos y lugares en que nadie sabe que él es Hilditch, jefe del servicio de comidas de su empresa; las horas pasadas en el coche vigilando desde un buen punto de observación junto a una discoteca poco antes de la hora de cierre o simplemente aparcado en cualquier sitio por si se presentaba alguna posibilidad; yendo y viniendo por las autopistas, atento a las vías de acceso por si aparece algún otro vehículo al que seguir, charlas paternales con camareras en pensiones de cama y desayuno, la oferta de una invitación pocas veces aceptada.

El señor Hilditch se pregunta si lo de quebrantar esa norma tan escrupulosamente respetada tendrá algo que ver con el hecho de que la chica irlandesa sea de tan lejos, una extranjera, podría decirse, la primera vez que ha sido así. Ella es el no va más en clientela de paso, más que una cara nueva para el Burger King de la A522 o los Forest East Services o el Long Eaton Little Chef. Sea cual sea la razón de su propia conducta, se siente entusiasmado por las circunstancias que se le han presentado y sólo lamenta que la brevedad obligada de esta relación sea también un elemento de esas circunstancias. Quizá haya de ser así la perfección de una amistad, reflexiona mientras lava medio kilo de coles de Bruselas, breve para que no pierda su calidad.

Mientras hace a la parrilla el filete que compró en Teseo cuando volvía hacia casa, escurre las patatas y las coles de Bruselas, mantiene en la mente sin esfuerzo los rasgos de la chica.

Pone la mesa en el comedor; lleva la sal y la pimienta y unas rebanadas de Mothers Pride en una bandeja. Cena siempre en el comedor.

Mientras espera que se haga el filete, saca dos bizcochitos borrachos, los pone en un plato, les echa crema por encima y los espolvorea con una cucharada de azúcar fina. Luego los lleva a la larga mesa de caoba, y lleva también la lata de galletas: de

frambuesa y de café, de chocolate, rollitos de higo y dos Kit-Kats. Se oye una música suave: *Bugle Cali Rag*.

Felicia pasea arriba y abajo, examinando los rostros de los transeúntes. Si el hombre no hubiera dicho lo que le había dicho, si no se hubiera mostrado tan seguro, quizá a estas horas ella estaría convencida de que tenía que volver a casa a pesar de lo que le aguardaba allí. Vuelve a preguntarse qué estarán pensando su padre y sus hermanos ahora, a qué conclusiones habrán llegado. ¿Temerán su regreso tanto como ella misma lo teme? Esta idea la asalta de pronto, no se le había ocurrido antes. ¿Tendrán la esperanza de que se haya ido para siempre? ¿Pedirá la señora Lysaght en sus oraciones que se pierda o incluso que muera?

—¿Saliste con el joven Lysaght? —le preguntó su padre pocas horas después de que ella le entregara la carta en un sobre sellado a la señora Lysaght. Y añadió, en un tono que indicaba que iba a seguir apretándole las clavijas—: ¿Hace un tiempo? ¿En octubre?

Un hombre en la calle le pregunta algo sonriendo. No le entiende; no contesta. Tampoco había contestado a su padre cuando le había hecho esas preguntas. Estaba limpiando las cosas de metal en el escurridor, objetos de adorno y ceniceros que a su padre le gustaba que relucieran, como las placas de las puertas de la gente.

—¿Más o menos por la época de la boda? —insistió él.

—Conozco a Johnny Lysaght —contestó ella. Inclinó la cabeza sobre una pieza que representaba a tres monos que se tapaban la boca, los oídos y los ojos con las manos. La televisión, que antes estaba puesta, había sido apagada.

—¿Saliste con él o no?

—Sí.

—Yo me alejaría de ese chico —dijo su padre—. Saldría con otro muchacho cualquiera.

—¿Qué quieres decir?

—Se oyen ciertos comentarios sobre Lysaght —y su padre estiró la cabeza canosa hacia ella, algo que tenía la costumbre de hacer cuando estaba muy serio o decidido a hacerse entender—. No digo que sea el evangelio. Sólo que se dicen ciertas cosas.

—¿Qué cosas?

—Que se ha alistado en el Ejército británico.

—Johnny trabaja en el almacén de una fábrica. De piezas de segadoras de césped.

Él movió la cabeza, pensativo, como si asintiera. Estaba un poco ceñudo, como cuando se esforzaba en precisar algo. Le gustaba entender bien las cosas.

—Sería una cosa bastante natural que no dijera nada de lo del ejército.

—Tiene trabajo en un almacén.

Su padre siguió asintiendo lentamente y cuando habló de nuevo, lo hizo también despacio. Se preguntaba, comentó, de dónde habría salido algo sin fundamento, y añadió:

—Hay por aquí muchachos mejores que ése, hija. Los muchachos irlandeses pertenecen a Irlanda.

—Johnny se fue a Inglaterra porque no podía encontrar trabajo aquí.

—A un miembro del Ejército británico podrían mandarlo al Norte. Podrían ponerle a matar a los nuestros.

—Johnny no está en ningún ejército. Eso que tú has oído se refería a otro.

—Hay buenos chicos irlandeses de sobra con los que podrías ir a la taberna de Sheehy, hija. Es lo único que quiero decirte.

Siguió un silencio. Su padre estaba sentado en la silla, rígido y erguido, con las manos inmóviles, mirando fijo al frente, al vacío. Felicia cogió otro objeto de metal.

—Johnny y yo nos queremos —las palabras surgieron con voz apagada, después de unos minutos. No dejó de limpiar el metal mientras hablaba—. Sobre eso nadie puede hacer nada.

No hubo respuesta. Si hubiera seguido en el trabajo, podría haber explicado a alguna mujer de la empresa el apuro en el que se encontraba, algo que no podía mencionar allí en la cocina. Recordaba cómo bajaban las mujeres la voz cuando hablaban de esa situación o bromeaban sobre ella. Podía haber dicho que tenía una amiga que estaba metida en un lío: cualquier cosa así habría servido. Pero aún no le había contado a nadie que todas las mañanas a las once en punto tenía náuseas. No se lo había contado a Carmel ni a Rose ni a Connie Jo; ni a la hermana Benito, que siempre escuchaba tus problemas; y tampoco se lo había dicho a sus hermanos, por supuesto. La sola idea de confiárselo a alguien a quien conociese bien la hacía ponerse nerviosísima, era como si se le clavasen espinas en la piel.

Pero aquella tarde, mientras esperaba que su padre condenara aún más a Johnny Lysaght y quizá porque había pensado en las mujeres de la fábrica de productos cárnicos, Felicia recordó a la señorita Furey.

—No eres más que una niña, Felicia —comentó al fin su padre, de pie y saliendo ya de la cocina. Vaciló en la puerta, como si estuviese a punto de decir algo más, y en ese momento llegaron sus hermanos de Myles Brady y se sentaron a la mesa a tomar rebanadas de pan untadas de queso tierno como todas las noches a aquella hora. Su padre cerró la puerta al salir.

¿Habría podido confiar en su madre? ¿Habría confesado y le habría dicho que había habido un error, que no había ninguna duda? ¿Habría guardado silencio su madre, sin poder disimular el disgusto, habría llorado un rato incluso, pero habría sabido qué hacer luego? ¿Habría llorado también ella y al final su madre la habría consolado?

Felicia, cavilando aún sobre eso, logra abrirse paso y entrar en un bar, el Pride of Lions. El local está lleno de gente y de bullicio: los bebedores ríen a carcajadas y hay buen humor en el ambiente; las camareras se apresuran con los vasos. La superficie de la barra es de mármol marrón con vetas verdes y grises. Hay apliques con pantalla en las paredes entre espejos de marco oscuro, y asientos

tapizados de terciopelo verde debajo de ellos. Las mesas, que tienen la superficie de cristal llevan abrazaderas metálicas de adorno en las esquinas. En una de ellas, a su lado, se consume en un cenicero un cigarrillo manchado de carmín. En la barra, un hombre exhibe un chimpancé mecánico con vestido de cuadros escoceses.

Nadie se fija en ella, allí parada con sus bolsas. Hay música y el ambiente está cargado de humo. Hay banderines futbolísticos, rojos y blancos; una pandilla de jóvenes. «¡Aquí vamos! ¡Aquí vamos!», empieza su canción, y alguien grita que no está permitido cantar, ni esa noche ni ninguna. Una chica negra se apoya en la barra y echa la cabeza hacia atrás, riéndose. Felicia espera un poco más, hasta asegurarse: él no está allí.

Vuelve al frío de la calle y retoma el hilo del pensamiento interrumpido por el bullicio del bar. No puede saber si se lo habría confesado a su madre. Su madre está demasiado lejos ya, demasiado oscura y perdida, recuerda poco más de ella que aquel último atisbo de su rostro y cómo había corrido para seguir el paso del padre Kilgallen en la plaza y que su padre estaba allí cuando llegó el momento y la anciana diciendo que había sobrevivido a otra.

—Disculpe, señorita, ¿puede darme algo suelto? —suplica un rostro barbudo.

Resulta extraño pensar que se lo confesó a la señorita Furey, o que prácticamente lo hizo: una desconocida que cada quince días vendía huevos de pata y de pava en las tiendas. Una mujer madura, soltera, en quien nunca se había fijado ningún hombre, que se supiera, pero de quien se había rumoreado en tiempos que estaba embarazada. Y cuando su estado cambió bruscamente y volvió a la normalidad, se aseguró con rotundidad que no había ningún niño en la granja en que vivía.

Felicia deja caer una moneda en la palma tendida. El hombre se queda mirándola fijamente sin darle las gracias, sin decir nada. Ella se siente culpable y añade otra moneda, pensando aún en la señorita Furey. Cuando recordó la historia que se había divulgado no vaciló: ese mismo día en que su padre había sacado a colación el

tema de sus amores, había ido a la granja de la señorita Furey en bici, a la noche, una noche de helada, la luna casi llena. Ladraron los perros cuando llegó al corral. Le abrió la puerta la señorita Furey.

—Perdone que venga así —se excusó Felicia, y dijo su nombre—. ¿Puedo preguntarle una cosa, señorita Furey?

La señorita Furey era una mujer de hombros anchos y dientes grandes y saltones. También tenía la nariz grande, con aletas gruesas. Estos eran sus rasgos dominantes. Tenía el cabello de un rubio pajizo y lo llevaba corto.

—¿Te has perdido? —le preguntó ella a su vez a Felicia.

—No, no, no es eso. Creo que quizá pueda ayudarme.

—Pasa.

Abrió más la puerta y Felicia entró directamente a una cocina espaciosa y desordenada. El hermano de la señorita Furey, una persona corpulenta también, estaba sentado en una butaca junto a una cocina Raybum, viendo la televisión. Los gatos dormían a sus pies. Los perros que habían ladrado eran pastores, uno de ellos estaba enfermo, le pasaba algo en la piel de la cabeza, alrededor de los ojos. Había cuatro perros en total, y otros tantos gatos.

—No sé si te conozco.

La perplejidad de la señorita Furey, mezclada con la curiosidad de una mujer que no recibía muchas visitas, no había disminuido.

—No, no me conoce. Espero que no le moleste que haya venido.

—¿Por qué iba a molestarme?

Había platos sucios en la mesa del centro de la cocina, y fuentes y una sartén amontonadas en el fregadero. Todas las superficies —los alféizares, los estantes, las mesas— estaban sucias. Había dos pares de botas de agua junto a la puerta entornada del fondo de la cocina. Y abrigos colgados en ganchos; y estampas religiosas, y un calendario. Los platos de la comida de los gatos estaban esparcidos por el suelo de linóleo sucio.

—Hemos pagado ese impuesto —dijo el hermano de la señorita Furey. No apartaba los ojos de la pantalla del televisor. La ropa que llevaba estaba toda rota, lo mismo que la de la señorita Furey,

chaquetas de punto y jerseis llenos de agujeros. Los dos llevaban pantalones.

—Siéntate a la mesa —le dijo la señorita Furey, y Felicia notó que la curiosidad le ganaba terreno al recelo. Quería enterarse de lo que fuera; estaba ya impaciente. Era como las noticias en la televisión.

—Tengo mucha cara por venir aquí —dijo Felicia.

—Bueno, ahora ya estás aquí. No te preocupes por él —añadió la señorita Furey, porque Felicia miraba hacia el hombre de la butaca —. Es sordo del oído izquierdo.

Felicia lo soltó todo. Quería cerrar los ojos mientras lo hacía para no tener que ver las reacciones de la mujer, para no tener que atender a ellas si la señorita Furey se ofendía. Cuando pasó aquello se dijo que la señorita Furey se fue a Dublín a consultar a un farmacéutico que hacía operaciones. Las mujeres del trabajo dijeron que el padre de la criatura era su hermano. Una de ellas negó la teoría de la intervención del farmacéutico dublinés, afirmando que se habían deshecho del niño de un modo más cruel y que lo habían enterrado en la granja.

—¡Dios todopoderoso! —exclamó la señorita Furey—. ¿Por qué me dices esto?

—Recuerdo que hace años…

—Lo que vas a decir es una calumnia. No lo digas.

La señorita Furey hablaba en voz baja, pero cargada de emoción. Sordo del oído izquierdo o no, el hombre encorvado en la butaca había vuelto la cabeza bruscamente cuando ella exclamó:

—¿Podría ayudarme, señorita Furey?

—La gente es capaz de decir cualquier cosa. Cualquier mentira que se les ocurra. Anda, vete a tu casa.

La señorita Furey se levantó. Se dirigió con rapidez hacia la puerta que daba al corral con su ropa andrajosa; los cuatro perros pastores se despertaron al oírla.

—¡Y ten cuidado porque puedo ir a decírselo a los guardias! —amenazó—. Sal ahora mismo de nuestra propiedad.

Felicia volvió a casa llorando, y el rezumar de las lágrimas se convirtió en un flujo que la cegaba. Cuando cesaron al fin, desmontó para secarse las mejillas y sonarse la nariz. «Por favor, Dios mío. Ayúdame, por favor», rezó.

Pero no recibió ayuda. En lugar de eso, al llegar a casa su padre reanudó la arenga.

—Ahora escucha bien lo que voy a decirte, hija —empezó nada más verla, adoptando un tono y una expresión duros mientras avanzaba hacia el terreno que más le importaba, un terreno en el que era incapaz de creer que estuviera equivocado y en el que sus ideas eran irrebatibles. Felicia escuchó, sintiendo el hormigueo del frío en la cara y los párpados enrojecidos por las lágrimas y el aire helado de la noche.

—No vivirás en esta casa si sigues saliendo con un miembro del ejército de ocupación. Esta familia sabe de qué lado está y lo ha sabido siempre. Tu bisabuelo y sus compañeros patriotas viajaron desde esta pequeña comunidad hasta el campo de batalla y perecieron en su valiente lucha. Durante ocho siglos y ni una hora menos, lo único que ha conocido el pueblo irlandés ha sido la represión de la lengua, la religión y la libertad humana. Hace setenta y cinco años, durante la Semana Santa, nació un sueño en las calles de Dublín. No se cumplió, la esperanza no se ha hecho realidad: sólo tienes que mirar a tu alrededor. Y además de eso, seis de nuestros condados siguen bajo la bota del matón británico; el espectro de la muerte y de la tortura sigue estando presente en las calles de pueblos tan humildes como el nuestro. Ningún hijo mío estará nunca de ese lado, Felicia.

Felicia escuchó en silencio y cerró los ojos un momento. Lo que se decía de los soldados era patéticamente ridículo.

—Este muchacho volverá, hija, pero si le ves tendrás que marcharte de esta casa. Ya está dicho y no hace falta repetirlo.

Su padre hizo una pausa; luego siguió, no tan severo:

—Estás empezando a vivir, hija. Cualquier día volverás a encontrar trabajo. Ayer me dijeron que a lo mejor se creaba una

cooperativa de agricultores, en la que habría todas las cosas que puede necesitar un agricultor: botas de goma, tela metálica, cartón alquitranado, todo ese tipo de artículos y más. En seis meses podría haber tantos empleados como en la fábrica de envasado de carne, a lo mejor el doble. Cuando se es joven se siguen los consejos, hija. Eso es lo que quiero decirte ahora. Ya lo he dicho y podemos dejarlo.

Felicia no aceptó esto tampoco. Recordaba que hacía años, cuando era demasiado pequeña para entenderlo, su padre la había hecho fijarse burlonamente en una bandera británica que era la marca de fábrica del capó del viejo coche Wolseley de la señorita Gwynn. Era un domingo por la mañana y ella paseaba de la mano de su padre.

—Está bien que haya quebrado Wolseley —había comentado su padre con una satisfacción burlona, y entonces había parecido lógico que lo dijera. Pero ahora, sólo porque alguien trabajaba en Inglaterra, sólo porque tenía acento inglés, había que condenarlo e inventaban mentiras sobre él.

—Te diré una última cosa, hija: no tienes más que mirar a esa valiente anciana que duerme en tu habitación. No era mucho mayor que tú cuando se fueron los muchachos a cumplir con su deber. Tres días después, era viuda. No llevaba casada un mes y su marido había muerto. No me hables de un amor secreto, niña.

Y cabeceó a su manera enfática, perdido aún en el fervor que le inspiraban sus afirmaciones. Luego se levantó y salió de la cocina, como había hecho la tarde anterior. Pero cuando ella estaba haciendo el desayuno a la mañana siguiente, él dijo de pronto:

—¿Te ha dejado preñada Lysaght?

Felicia no simuló lo contrario. De qué valía hacerlo. Era absurdo decir una mentira evidente ahora que él había pronunciado la palabra.

—Los dos somos responsables —contestó.

—¿De cuanto tiempo estás?

—He tenido varias faltas.

—¿Cuántas?

—No hay ninguna duda.

Él se santiguó. La llamó puta, mirándola por encima del humo de la sartén, sin levantar la voz. Le dijo que se alegraba de que su madre estuviera muerta. Sólo una puta asquerosa, repitió furioso.

—Tengo náuseas por la mañana —dijo ella.

A las diez, el señor Hilditch ha leído ya todo el *Daily Telegraph*: las noticias internacionales, las noticias de economía, la sección deportiva y las noticias nacionales. No le interesan los deportes, pero se da cuenta muchas veces de que está informándose sobre cuestiones deportivas, y es que esos conocimientos le parecen útiles en la conversación. Se ha enterado de que un juez del tribunal supremo tiene problemas por las declaraciones que ha hecho una joven; han encontrado a una mujer, aún con vida, en el maletero cerrado de un Ford Scort; perros de viajeros New Age han hecho estragos en un rebaño de ovejas; una mujer ha decapitado a su marido. Este detalle genera un leve pesimismo en el señor Hilditch, que se levanta a poner un disco en la platina del viejo gramófono de manivela que había comprado en una subasta la semana que el Número Tres pasó a ser suyo. *I Got it Bad and ThatAint Good* le anima considerablemente y piensa con placer en lo que el día siguiente le deparará.

VIII

El coche verde jorobado ya está esperando al final de la calle Marshring, aunque Felicia llega pronto. Tiene las ventanillas empañadas, pero ve que bajan una al acercarse ella. El hombre gordo le sonríe. Habla en voz baja, como si no quisiera perturbar el sueño de la gente de las casas próximas. Le dice que suba por la otra puerta, sin salir él del coche.

Todavía no es del todo de día. Deja las bolsas junto a los pies, diciéndose que no es correcto que se siente ella delante y la esposa de aquel hombre atrás. Pero no lo dice, porque el motor ya está encendido. El coche se pone en marcha en realidad antes de que pueda darse cuenta de que los asientos de atrás están vacíos.

—Su esposa… —empieza a decir, asustada de pronto.

—Tuve que ingresar a Ada anoche. Una cosa repentina, llamaron para decir que habían adelantado la pequeña operación para las diez de esta mañana. Así que tuve que llevarla para que la pudieran preparar.

Desconcertada y aún inquieta, Felicia dice que espera que no haga este segundo viaje por ella.

—Ada me necesitará después de la operación. Tengo que estar a su lado. ¿Qué tal el alojamiento? Bien, ¿no?

Tiene la voz chillona. Felicia no se había fijado antes. No es un hombre que pueda asustarte mucho tiempo.

—¿Qué?

—La casa en que te hospedas. Esta bien, ¿no?

—Sí, muy bien.

—Me alegra saberlo. No me gustaría pensar que te había orientado mal mandándote a Marshring.

Los hombros inmensos se mantienen inmóviles mientras conduce. No lleva guantes y sus pálidas manos parecen desproporcionadamente pequeñas sobre el volante. Casi no hay tráfico. Da gusto conducir a primera hora de la mañana, comenta él, y añade:

—La primera vez que tropecé contigo me di cuenta de que tenías problemas.

—Es sólo que he hecho un viaje muy largo.

—Y además estás en un país extraño.

—Sí, claro.

Ella le explica que al principio le costaba trabajo entender lo que le decía la gente, pero que a medida que va oyendo hablar más va entendiendo mejor.

—Espero no haberte ofendido en ese sentido.

Suelta una risilla gorjeante que sobresalta a Felicia. Le brillan alegres los ojos pequeños detrás de aquellas gafas gordas. Las bolsas de carne le desdibujan los rasgos de la cara que gira hacia ella, mostrando sus dientes regulares al sonreír. Huele a jabón, un frescor matinal que la tranquiliza. Se fija en los puños de la camisa, limpios y bien planchados.

—Todo se arreglará en cuanto encuentres a tu amigo. En cuanto sepas cómo están las cosas.

—Sí.

—Perdona, no sé tu nombre…

Se lo dice; él no le dice el suyo.

—Nunca lo había oído —responde, en cambio—. Aquí tenemos Felicidad.

—Mi padre encontró Felicia. Se llamaba así una mujer de quien él había oído hablar.

Una mujer que había dirigido las barricadas en 1916 y que había encontrado allí la muerte. Su padre guarda un recorte de periódico

que habla de ella en sus álbumes, una fotografía de una mujer de rostro severo, con uniforme militar.

—Es bonito —dice él, haciendo caso omiso de la información sobre la revolucionaria—. Felicia suena bien.

—Sí, supongo que sí.

—Yo no he estado nunca en tu país, Felicia. Aunque un pariente mío solía hablar de él. Creo que es un país precioso.

—Está bien.

—¿Trabajas en algo, Felicia?

—Trabajaba en una fábrica de conservas. Cerró hace un tiempo.

—El paro es terrible. En realidad, estás en paro, ¿no es así?

—Sí, así es.

—¿Y tienes más familia, Felicia? ¿Viven aún tu madre y tu padre?

—Mi padre sí. Y también mi bisabuela. Tengo tres hermanos, dos de ellos gemelos.

—¿Bisabuela? Debe tener un siglo.

—Sí, tiene casi cien años.

—¡Caramba!

Viajan por una zona cuyo paisaje se le ha hecho familiar a Felicia: los campos bien cuidados, la hierba cubierta de una pelusa grisácea, las chimeneas de los hornos que rompen la lisa monotonía, el ladrillo de las fabricas.

—Esa anciana recordará la guerra de los bóers.

Felicia no sabe cuándo fue la guerra de los bóers, pero aun así asiente con la cabeza. Lo había sabido en tiempos, durante una de las clases de historia de la hermana Francisco Javier al menos, pero luego lo había olvidado porque no tenía para ella el menor interés. Su bisabuela no se habría interesado tampoco por una guerra extranjera.

—Dos parientes míos fueron a la guerra de los bóers —reveló su compañero—. Pertenezco a una familia de militares.

—Ya.

—También yo seguí la carrera militar. Podría decirse que llevo el ejército en la sangre.

—¿Pero ahora no está en el ejército?

—Lo dejé cuando Ada cayó enferma. Necesitaba cuidados, más de los que podía proporcionarle yo con mis obligaciones militares. Pero sigo ayudando al regimiento, ahora en labores administrativas.

—En la fábrica en que le conocí…

—Oh no, no. Nada de eso. Sólo había ido a ver a un amigo. Bueno, en realidad, a decirle que Ada iba a ingresar en el hospital. La gente quiere saber esas cosas. No, ahora llevo la contabilidad del regimiento. Ada dice que eso me obliga a salir de casa.

Felicia asiente de nuevo.

—Uno se estanca, si no, Felicia. Uno se estanca en una casa grande, cuidando de una esposa inválida, haciendo de enfermero, en realidad.

—¿Su esposa está inválida?

—Vale más considerar a Ada como si lo fuera. Mejor para Ada, ella misma lo dice, mejor para mí. En realidad y para ser sinceros, es lo que viene a ser, de nada sirve negarlo, de nada sirve engañarse. ¿Me comprendes, Felicia?

—Sí, le comprendo.

—Si afrontas los hechos puedes tomarte las cosas con calma. Yo tuve a mis órdenes a un sargento mayor que lo decía, un hombre de primera. Se encuentra uno toda clase de gente en la carrera militar.

—Sí, estoy segura.

—Ya falta poco, Felicia. ¿Estás nerviosa, eh?

Vuelve a sonreír, la mira con aquellos ojillos relumbrantes, claros detrás de los gruesos discos de cristal. Es un hombre bueno, se dice Felicia intentando ahuyentar el recelo, más amable que el sargento de guardia de ayer, que se impacientó al final. Le había oído susurrar: «Santo Dios, ahí está otra vez», cuando volvió a la comisaría con la esperanza de que él hubiera averiguado algo más.

—Cualquiera lo estaría, dadas las circunstancias, Felicia. Ese amigo es tu novio, ¿verdad?

—Sí.

—Claro, eso es. Es lógico que quieras localizar a tu novio.

—Sí.

—La familia no lo acepta, ¿verdad? ¿No les gusta el chico?

—Mi padre está en contra de él.

—Puede ser complicado cuando pasa eso. Hablando contigo se nota, se nota que tienes un pequeño problema. Supuse que podría ser la familia.

Ella le habla de su padre, le explica que se le ha metido en la cabeza que Johnny está en el Ejército británico, que su bisabuela se había quedado viuda cuando llevaba sólo un mes casada, durante el período de la lucha contra los ingleses y que eso estaba presente siempre en la familia, un sentimiento por aquel pasado particular.

—Si estuviera en el ejército me lo habría dicho.

—Pues claro. Y si tiene un trabajo fijo y no es un irresponsable, ¿por qué debe preocuparse la familia? Si tú le has elegido a él y él a ti, ¿por qué han de entrometerse?

—Mi padre no razona.

—Sé lo que quieres decir, Felicia. Algunos de los soldados jóvenes que estaban a mis órdenes en el regimiento tuvieron algún que otro problema del mismo tipo. Problemas por la novia, la familia que no quería saber nada. Pobres muchachos, yo solía hacerles de padre, no sé si entiendes lo que quiero decir. Los llevaba a casa y Ada les daba té y pastas y pasteles, un banquete. No hemos tenido hijos, un gran disgusto para Ada y para mí. Quieres mucho a tu novio, ¿verdad?

—Sí.

—No es difícil creer que él te quiera mucho a ti.

La conversación se prolonga durante una hora más. Felicia se entera de más cosas del regimiento y de las fábricas por las que pasan y de cómo han cambiado las autopistas el paisaje de Inglaterra, cómo se han creado nuevas poblaciones en estas zonas y cómo han empezado a instalarse aquí otras personas de Pakistán y de las Antillas que cambian también ellas el aspecto de todo, y cómo la prosperidad ha dado paso a la pobreza en ciertas zonas. A las

ocho menos diez el pequeño coche verde entra cautelosamente en la zona de aparcamiento de una fábrica.

—Muchísimas gracias —dice Felicia.

—Aún no tengo que ir al hospital —dice él.

Y, de la misma forma cautelosa, conduce el coche hasta el borde del aparcamiento y le explica a Felicia que hay que tener cuidado y no ocupar un espacio reservado a los directivos o aquel en el que esté prohibido aparcar. Podrías encontrarte, antes de que te dieras cuenta de dónde estabas, con que tenías que aguantar la bronca de un encargado entrometido.

—Desde aquí veremos a todos los que llegan —añade el hombre gordo. Dice que casi todos vendrán en coche y que seguramente llegarán un par de autocares antes de las ocho y media. Y si por lo que sea no ven a su novio, siempre puede pedir luego información en la entrada.

—No quiero que deje de ir al hospital por mi culpa.

—Ada quiere que te ayude en todo lo posible. No es aconsejable que una muchacha joven ande sola por esta zona, ya sabes. Se oyen cosas horrorosas.

—Es usted muy amable.

—A ella siempre le preocupa que una joven ande vagando por ahí. En fin, ya te lo dije. Fue idea de Ada que averiguara qué fábricas hacían segadoras. Fue iniciativa suya. En fin, supongo que es lógico siendo mujer.

—Ojalá se ponga bien.

—Iría un momento a hablar con ella, pero no quieren que se moleste a los pacientes antes de las operaciones. Supongo que es mejor que no se pongan nerviosos. Ya sabes lo que pasa, Felicia, una paciente podría necesitar tener que ir al lavabo si se pusiera nerviosa por una visita.

—Sí.

—No les gusta eso antes de una operación. Lo sé por triste experiencia.

Ella cabecea, atendiendo sólo a medias a lo que le dice ahora que han llegado a la fábrica. Había soñado de noche que su padre volvía a llamarla puta y zorra asquerosa. Su madre estaba viva en el sueño y decía que jamás lo hubiera creído de ella y le pegaba con los puños y le decía que debería haber sido ella la que se hubiese muerto. En el sueño veía el convento que se extendía en lo alto de la empinada colina de San José, y la Plaza con la estatua del soldado de las polainas, y las hortalizas mustias junto a las tiendas bajo el sol del verano. Se oía el toque del Ángelus; e impregnaba el aire el olor acre de la turba quemada. Su padre decía que ya no podrían andar con la cabeza alta cuando empezaran las risillas en las callejas. Carmel y Rose hablaban de eso en el café Dock.

—Vamos a ver ahora —comenta su compañero cuando empiezan a llegar los coches. Le aconseja que baje la ventanilla para poder ver mejor.

Existe la posibilidad de que su novio aparezca realmente. Es bastante improbable, pero no imposible. Cuando el señor Hilditch telefoneó ayer a esta fábrica habló con la única persona que trabaja en el almacén y era una mujer. El trabajo de encargado de almacén que desempeña el novio de la chica debe ser sin duda un punto de venta al por menor, un servicio posventa. O bien entendió mal lo de la fábrica o el chico la engañó. Y es muy probable que el padre tenga razón en lo del ejército. Lo más seguro era que se hubiera liado con un sinvergüenza que buscaba la gran ocasión y que la aprovechó cuando se le presentó.

Apretado detrás del volante, el señor Hilditch empieza a sentir un dolor leve en los riñones; observa los coches que llegan y a los empleados de ambos sexos que entran en la fábrica. Se oyen saludos, se gritan nombres, se forman grupos. A las ocho y veinte llegan los autocares.

—No está aquí —afirma la chica en tono desconsolado cuando bajan todos de los autocares—. Ya ha tocado la sirena y no ha

venido.

—Ve un momento a preguntar en la barrera, querida. A lo mejor trabaja en el turno de noche. O en uno de tarde. Nunca se sabe. Es mejor asegurarse, ¿no?

Mientras ella va a preguntar, él registra las dos bolsas de plástico que ha dejado en el coche. Encuentra dos fajos de billetes embutidos en las mangas de un jersey azul oscuro al fondo de la segunda bolsa. Vacila un momento, y luego se guarda el dinero en el bolsillo interior de la chaqueta.

—No —declara la chica cuando vuelve—. No trabaja aquí. No tienen almacén como el que él me describió.

—Lo siento, Felicia. Lo lamento de veras.

Ella se echa a llorar de pronto y el señor Hilditch la mira con gesto compasivo, arrugando la cara, que se le hincha alrededor de los ojos minúsculos. Felicia le explica entre sollozos cómo habían quedado incomunicados, que el novio no le había dejado la dirección ni un número de teléfono y ella no había querido resultar pesada. Era tímida, dice la chica, y a él le recuerda a Elsie Covington, que no podía entrar al parecer en una habitación llena de gente sin que le dieran palpitaciones.

—Lo sé, lo sé —le dice comprensivo—. Es una desgracia terrible, la timidez.

La madre del chico no había querido darle la dirección y al parecer no la sabía nadie más. Y lo peor de todo, repite la chica irlandesa, es que sabe que si hubiera insistido él se la habría dado enseguida, estaba completamente segura de eso.

No me lo creo, es la respuesta muda del señor Hilditch antes de poner el coche en marcha y salir despacio del aparcamiento. Sabe dónde queda el hospital local: había ido una vez por si alguna de las enfermeras del turno de noche estaba tan cansada como para aceptar que la llevaran en coche. Algunas trabajaban hasta que ya no podían más y entonces podían dejarlo todo, a falta del consejo y la ayuda de un hombre mayor. Una vez aparcado el coche dice:

—Sólo entraré un momento, querida, a ver cómo están las cosas.

La chica se suena la nariz con un pañuelo de papel que al señor Hilditch le parece que ya ha sido usado. La joven Sharon tenía la horrible costumbre de guardar los pañuelos de papel usados y el algodón con que se desmaquillaba y cigarrillos a medio fumar.

—Ya me marcho —dice la chica. Tiene los bordes de los párpados casi escarlata. Vuelve a llorar—. Estoy bien —dice.

—Sé una buena chica y anímate, Felicia. Sólo tardaré cinco minutos, lo justo para saber cómo está Ada. Luego podemos tomar una taza de té y analizar la situación.

Cuando enseña los dientes, le brillan con una capa de saliva. Gaye tenía un hueco entre los dos dientes de delante en que solía acumulársele la saliva, pero nadie es perfecto, claro.

—No quiero ser una molestia.

—No eres una molestia, Felicia. Nunca lo serías.

Entra en el hospital y pregunta en recepción dónde está el lavabo de las visitas y sigue la dirección que le indican. Encuentra un teléfono y llama al departamento del servicio de comidas para decir que llegará tarde esa mañana porque ha tenido que ayudar a un vecino que había sufrido un ataque de apoplejía por la noche. Luego vuelve despacio al aparcamiento.

Felicia piensa que tendrá que volver andando a aquella fábrica para asegurarse. Debería haber hecho más pesquisas y no limitarse a preguntar al guardia de seguridad. No debería haber vuelto al coche; debería haberle dicho que prefería estar sola para poder pensar qué hacer a continuación. Pero los disgustos que se han acumulado, y el añadido de este último, forman un collar de desesperación que le encadena la voluntad. Piensa cansinamente que aquel hombre ha sido muy amable con ella: lo menos que puede hacer es aceptar su interés y, además, ¿qué sentido tiene seguir buscando? ¿Qué sentido tiene seguir preguntando eternamente y que le contesten eternamente que no pueden ayudarla, y recorrer las calles mirando las caras de la gente?

Vuelve a oír la airada protesta de su bisabuela cuando hurgó bajo el hule y sacó la bolsa de las pinzas de la ropa y luego volvió a dejarla en su sitio. «¡Deja eso!», el grito surge de las profundidades del sueño, borroso y confuso. A estas horas ya les habrían dicho en Doheny que había tomado el autobús de Dublín. A estas horas la señora Lysaght habría corrido la voz de que mientras ella estaba en misa *temprano* hace una semana alguien había entrado en su casa por la ventana de la cocina dejando barro en el alféizar y en la superficie inmaculada del fregadero. «Fui a una exhibición aérea el domingo», decía una postal con barcazas, con la letra limpiamente inclinada de él, lazos, puntos y tes cruzadas. En el papel rayado de ejercicios de sus breves cartas no figuraba la dirección. El padre Kilgallen la llamaría ahora si volviera, y también la madre superiora, y ambos intentarían conservar la vida de la criatura que es su vergüenza. «¡Que Dios te condene al infierno!», es el saludo de su padre que la aguarda.

Hay una sacudida de los muelles del coche cuando el hombre gordo vuelve a entrar en él. Se oye su respiración ruidosa en el pequeño espacio.

—Perdona —susurra, ronco por el esfuerzo.

Cuando Felicia se vuelve a mirarle ve que en sus ojos diminutos hay una mirada vacía. No hace ademán de poner el coche en marcha. Ve que intenta controlar el temblor de la mano más próxima a ella, apretando con ella el volante.

—¿Pasa algo? —pregunta Felicia, olvidando su propio dolor—. ¿Qué ocurre?

—Vamos a tomar algo —susurra él, buscando las llaves del coche en el bolsillo—. Los dos necesitamos beber algo caliente.

IX

El café se llama Buddy.

Un electricista trabaja subido en una escalera de mano en la caja de fusibles que queda junto al techo. El techo es de color castaño, salpicado de manchas de tono más oscuro. Detrás de la barra en que sirven el té, el café y la comida hay una serie de calendarios de Pirelli, modelos a medio vestir en poses provocativas. Un anciano fuma y lee en un rincón la sección de deportes del *Sun*.

—Creo que tomaré un café —pide el señor Hilditch—. ¿No te importa traerme un café, por favor, querida?

Cierra los ojos y los mantiene cerrados hasta que ella vuelve.

—¿Pasa algo? —la oye preguntar de nuevo.

—Ada no está muy bien —susurra, sin abrir los ojos todavía—. Tuvieron que intervenirla urgentemente esta madrugada a las cinco. No está muy bien.

—Oh, lo lamento.

—Me repondré en seguida.

La primera vez que llevó a Beth al Happy Eater de la A36l se había fijado en la mujer de la caja que dudaba de si Beth era su hija y entonces él había apoyado la mano un momento en la rodilla de Beth como nunca lo haría un padre. Y había mirado hacia la caja y había empezado a *sentir* la excitación porque la mujer seguía mirando, convencida ya de que se trataba de una relación distinta.

—Lo siento —repite esta chica de ahora, y el señor Hilditch abre los ojos.

—Cuando recibes un golpe como éste no quieres estar solo. Los dos hemos recibido un golpe, Felicia.

A la joven se le ha caído hacia atrás el abrigo rojo al desabotonárselo en el café y él ve por primera vez las demás prendas que viste: una falda azul marino y un jersey rojo de punto. Se le ha quedado lacio el cabello, los bordes de los ojos se han recuperado un poco. Aún lleva al cuello la cadena con la crucecita: una chica católica, conjetura el señor Hilditch, lo cual es lógico siendo de donde es.

—Estás embarazada —le dice suavemente.

—Sí.

Guardan silencio. En muchos sentidos, piensa él, no hay nada más sabroso que un emparedado caliente de bacon. A veces te encuentras con que en un café como éste no los hacen, pero esta mañana han tenido suerte. «Emparedados de bacon», anuncia un letrero escrito a mano.

—Creo que debes comer algo, Felicia.

—No tengo hambre.

Comer un bocado o dos es siempre un alivio cuando tienes un disgusto, explica él con calma, te sienta mejor que un café solo.

Siguen sentados en silencio. Él acaba el café que ella le había llevado y se levanta a buscar más.

—Para mí té —dice ella.

—¿No quieres café, querida?

—El café no me sienta bien ahora.

—Ah sí, claro.

Se levanta y se acerca a la barra.

—Dos emparedados de bacon —pide a una mujer india, tan baja, se dice, que parece enana—. Un té para mi novia y un café para mí.

Le sonríe, sabiendo que la chica irlandesa no puede verle sonreír.

—Tienen muy buena pinta —comenta—, esos emparedados de bacon que hacéis.

La mujer no hace caso del comentario. Suelen reaccionar así. Cuenta una libra cincuenta y cuatro, recordando aquella vez que se sentó al lado de una mujer india en el cine e intentó entablar conversación y ella se fue de una forma grosera. Era más joven que

la que le está atendiendo, estaba sola porque si no él nunca se habría atrevido.

—¿Azúcar pone el té? —pregunta él—. A mi novia le gusta con un poco de azúcar.

La mujer pone una bolsita de azúcar en el mostrador y da por fin muestras de un cierto interés. Sin responder aún a la sonrisa de él, se fija en la chica del jersey rojo y por un instante —él está seguro— piensa en la relación que hay entre ellos. Él asiente, confirmando lo que cree que está pensando la mujer. Han salido a pasar el día fuera, le comenta, su prometida y él.

—Encontrarás a tu amigo —le dice a Felicia cuando vuelve a la mesa—. Ada me dijo anoche que si no lo encontrábamos en la fábrica lo encontraríamos en el sitio en que vive.

—Yo creía que podría encontrarlo por la calle. No pensé que la ciudad pudiese ser tan grande.

—Claro que no. Es natural, eso.

—El sitio de donde yo vengo…

—Es más pequeño, claro. —El señor Hilditch inclina la cabeza con gesto compasivo. Era natural que no fuera tan grande como una localidad inglesa, afirma, era de esperar. Se pregunta si la chica será religiosa puesto que es católica. Si fuera religiosa, como lo era Jakki, eso explicaría muchas cosas. Felicia vuelve a decirle que lamenta lo de su esposa.

—¿No te importa hacerme compañía unos minutos más? Es que antes estaba medio dormida y me dijeron que era mejor que me fuera. Les dije que tenía una amiga en el coche y me dijeron que era mejor que me hiciera compañía una amiga.

El señor Hilditch se arriesga a esbozar una leve sonrisa.

—La verdad es que el simple hecho de estar aquí con una amiga ya me anima.

Deja que se haga otro silencio. Le gusta contemplar una cosa sabrosa antes de darle el primer bocado: no tendría más de cinco o seis años cuando se dieron cuenta de esta actitud suya por primera

vez. Le gusta pensar en ello. «A comer, querido», presionaba su madre. «No hay que ser perezoso».

—He de decirte que no ha sido totalmente inesperado, Felicia. Es un golpe, por supuesto, pero no una sorpresa.

Ella asiente con la cabeza. Empieza a decir algo. Él se da cuenta de que cambia de idea.

—«Tal vez no salga de ésta», decía anoche cuando íbamos camino del hospital. Hace meses que se enfrentó a eso. Todos nos enfrentamos a eso un día, Felicia.

Ella asiente de nuevo, sin encontrar palabras, como le pasaría a cualquier chica. Se le forma en una mejilla un hoyuelo, casi imperceptible, que aparece y desaparece cuando cambia de expresión.

—Me alegra que vayas a tener un bebé, Felicia. Es una ayuda para mí, eso.

—¿Una ayuda?

—Otra vida que llega. Ada se va en este momento concreto y tú estás aquí y Ada se interesó por ti cuando se lo conté. Una chica irlandesa, le dije, y ella me preguntó cómo eras, qué aspecto tenías.

Felicia no hace ningún comentario sobre eso. Él muerde el pan tostado crujiente del emparedado y paladea el hebroso bacon y el sabor salado:

—¿No quieres tener el bebé, Felicia?

—Hasta que no le encuentre a él no sé qué hacer.

Lucha de nuevo con las lágrimas; luego se sobrepone.

—El padre es el joven que estamos buscando, ¿verdad?

—Sí.

—Ya me había imaginado, en realidad, que pasaba algo así.

—No quiero agobiarle con eso.

—Los problemas de otra persona pueden elevar el ánimo, Felicia.

—Sí.

—¿Me comprendes?

—Sí.

—Te llevaré de vuelta después de pasar otra vez por el hospital.

Ella le dice que no hay ninguna necesidad. Que quizá vuelva a la fábrica para asegurarse de que no ha habido un error. Él mueve la cabeza.

—No creo que hubiera ningún error, querida.

La mujer india está enzarzada en una estridente conversación por teléfono. Ni el electricista ni el anciano del rincón han mostrado el menor interés por ellos, pero claro no tenían por qué, gente como aquella. Además el estado en que ella se encuentra apenas se nota; de acuerdo que te puedes dar cuenta, pero tienes que fijarte. Si se le notara más podría ser ya harina de otro costal, y la mujer india se habría dado cuenta y haría más conjeturas.

—Si Ada supiese que yo estaba aún pendiente de ti sé que le gustaría.

—¿Se siente ya mejor?

Él mueve la cabeza. No podía sentirse uno bien en aquellas circunstancias, nadie podría. Acaba el segundo emparedado de bacon, se limpia las yemas de los dedos con una servilleta de papel.

—Pienso en tu estado, Felicia. Estaba pensando que no puede ser bueno que andes por ahí cargada con esas bolsas.

El señor Hilditch advierte sorprendido que la joven pierde el hilo de la conversación. Empieza a hablar de esa dirección que no tiene, diciendo que ella es la única culpable. Repite que no había querido ser pesada.

—Sé a lo que te refieres, querida. Sé cómo te sientes, lo sé por experiencia. Algunos soldados jóvenes que tuve a mis órdenes lo pasaron muy mal debido a la presión emocional que tenían que soportar. Era espantoso verlos: jóvenes honrados e inocentes completamente destrozados.

—Yo me habría quedado en casa esperándole si no hubiera sido por el bebé.

El señor Hilditch cabecea comprensivo. Deja que se haga el silencio y luego dice:

—¿Piensas ponerle fin a la cuestión, Felicia? ¿Hacen eso allá en tu país?

—Hay dificultades.

—Podrías hacerlo aquí, por supuesto. Podrías conseguir que te atendieran cualquier día de la semana —hace una pausa—. ¿Es un viejo amigo? Tu novio…

Poco a poco va saliendo todo, tal como esperaba él que pasara tarde o temprano. El señor Hilditch imagina de forma vaga y sin interés la boda y al más pequeño de sus tres hermanos casándose el primero, al cura oficiando la ceremonia, todos los invitados reunidos en el salón de un hotel. Luego, cuando la novia y el novio se marchan, pasa por la calle casualmente el joven desalmado y empieza el problema. Sonrisas en un salón de baile, paseos por el campo, hojas del otoño en el bosque, manitas bajo la mesa del café. Y en un abrir y cerrar de ojos, él se marcha con una maleta dejándola que se las arregle sola.

—Habría vuelto en Navidad si su madre no le hubiera dicho que no lo hiciera cuando se enteró de lo nuestro. Sabe Dios lo que le habrá dicho a Johnny.

—Sí, sabe Dios, querida. Conozco a ese tipo de madres. Lo sé por experiencia, también.

—Él la protegía por lo que le había pasado.

El señor Hilditch presta atención mientras se lo explica, alentándola, deseando hacerse una idea de las circunstancias.

—Creo que empiezo a entender a tu amigo —le dice cuando se completa la imagen.

—Tampoco él tiene mi dirección, igual que yo no tengo la suya. Los dos lo olvidamos. Pensé que él llamaría por teléfono a algún conocido, a Cathal Kelly o a Shay Mulroone, a alguien así. Pensé que les daría un recado para mí.

—No puedes culparle de no haberlo pensado.

—No le culpo de nada.

—Quiero decir que es sorprendente las cosas en que no pensaste entonces.

Le explica más cosas de la madre de él, que, por lo que parece, conoce bien el percal. No es una historia insólita, se dice el señor

Hilditch mientras la escucha; si añades o quitas unos cuantos detalles, casi todas vienen a contar lo mismo. Elsie Covington había intentado al parecer cortarse las venas dos veces antes de cruzarse en su camino. Depresión adolescente, lo llamaba ella, aunque tenía veintitantos años.

—Ha tenido que ser horrible para ti —se oye decir, y recuerda haberle dicho lo mismo a Jakki en el Dewdrop cerca de Brinklow. Jakki le contó que tenía la espalda llena de cardenales de una paliza que le había dado un tipo.

—No quería contarle todo eso. En un momento como éste…

—Es bueno desahogarse, Felicia.

El señor Hilditch añade que le alegra que se haya sentido capaz de contárselo. Ahora les está mirando el anciano, que se ha cansado del periódico. Dos personas con un problema, dice él de nuevo: es extraño cómo ocurren las cosas. Nadie ha cuidado nunca de otra persona con tanta delicadeza como Ada, le dice.

—«Tienes que prepararte para ello, querido», me advirtió… oh, debe hacer seis meses de eso.

Pero la chica no presta atención; tiene el pensamiento en otra parte, lo cual es comprensible también, dadas las circunstancias. Él sabe en qué está absorta y se refiere a ello.

—Podría hacer averiguaciones, Felicia. Sobre su paradero.

Ella mueve la cabeza: lo habitual, no querer ser una molestia.

—La chica que tengo en el despacho es muy buena —dice él—. Si nos ponemos los dos a buscarlo, lo encontraremos, no hay problema.

—¿Cómo?

—La chica telefonearía a todas las empresas de segadoras de césped de la región. Coventry. Nuneaton. Derby. Kings Brompton. Las que sean. Además, hay registros civiles, y registros fiscales e inmobiliarios. ¿No te parece mal que te pregunte el nombre de tu amigo?

—Se llama Johnny. Lysaght.

—¿Cómo se escribe, Felicia?

Se lo dice; él lo escribe.

—Pero no puedo permitir que se moleste por mí. No con su esposa…

—Ada querría que lo hiciera, querida. Tiene un corazón tan grande como una casa. No sé lo que voy a hacer.

—A lo mejor se arregla todo. A lo mejor cuando vuelva al hospital le dicen…

—Sé lo que me dirán, Felicia.

No le importa llorar en público. Solloza quedamente, las lágrimas permanecen un momento en la montura de las gafas. Ada tiene sus cosas, susurra, pero no sería capaz de hacer daño a una mosca. Cruza un instante su pensamiento un rostro, los rasgos perdidos en el exceso de carne, los ojos estúpidos. Una mujer que fue al Número Tres a hacer fundas para las butacas, y a quien su madre llamaba Ada.

—No me culpes por aplazar la vuelta a aquella sala, Felicia. Es que en este momento no puedo afrontarlo.

Se suena la nariz. Se quita las gafas y las seca. Estará sólo unos minutos en el hospital, le dice. Luego podrán volver a la fábrica, si es eso lo que ella quiere.

Vuelve a la barra a buscar otra taza de café y un paquete de galletas. Ella protesta de nuevo diciendo que no puede seguir siendo una molestia para él y de nuevo él replica diciéndole que no lo es, que es una ayuda. Al poco rato salen del café Buddy y vuelven al hospital.

Él se está un rato en el comedor del personal, donde las galletas son mejores que las del café.

—Todavía no quieren molestarla —le dice a Felicia cuando vuelve al coche; van otra vez a la fábrica y él espera en el coche mientras ella hace más indagaciones en vano.

Luego, cuando regresan ya al territorio de él, se desvía y para de pronto en una zona de descanso. No puede seguir, susurra. No puede soportar la casa vacía. Limpia las gafas y se queda mirando por el parabrisas, deseando que la chica diga algo, que le diga que

pueden seguir juntos un rato, que buscarán juntos a su amigo. Él tiene preparadas las palabras para explicarle que en su barrio le conocen y que no estaría bien que le vieran con una joven, que si no le importaría agacharse en la parte de atrás cuando lleguen a las afueras de la ciudad, que sería una gran ayuda. Sobre todo estando Ada en el hospital. Pero la chica no reacciona a su comentario sobre la imposibilidad de enfrentarse a la casa vacía solo. La chica no dice nada.

—Es duro para mí —susurra, y pone de nuevo el coche en marcha y sigue, sin pedirle que se agache atrás para no complicar más las cosas, diciéndose que no es extraño que guarde silencio. Pero cuando gira hacia el camino de entrada del número 3 de Duke of Welllington Road— arriesgándose como no lo ha hecho nunca al llegar de día a casa con una chica en el coche, —ella agarra la manilla de la portezuela en cuanto aparca. Dos personas con un problema comienza a decir él, pero ella mueve la cabeza e insiste una vez más en que no puede ser una molestia para él en momentos como aquellos. Luego, se escabulle como un conejo y desaparece.

X

La señorita Calligary despierta a las siete y diez, con su desnudez morena envuelta en un camisón rojo de volantes, y se da cuenta de nuevo de que la señorita Tamsel Flewett se ha marchado. La señorita Tamsel Flewett se ha marchado y no volverá: la señorita Calligary se queda en la cama rumiando esa idea lúgubre antes de levantarse y fregar las paredes de su habitación, el baño y el aseo colectivos. Tiene la costumbre de lavar algo cuando la asalta el descontento, un descontento que es una trampa. El lento paso del tiempo mientras friega y enjuaga es relajante; volverá la paz.

Mientras friega, oye a los que salen de la Casa de la Congregación de uno en uno o en grupos; van a su trabajo diario. Luego sale también ella, sola, sin la señorita Tamsel Flewett que la ha acompañado en su trabajo durante los últimos siete meses y medio; esta mañana su territorio es la nueva urbanización Brunel.

—No necesito nada —declara solemnemente una anciana blanca cuando la señorita Callligary llama a la primera puerta.

—Claro que no. —La señorita Calligary la tranquiliza, mueve la cabeza al hablar—. Claro que no, querida.

—¿Qué quiere, entonces?

—Normalmente paso con una amiga joven, la señorita Tamsel Flewett, porque a veces una señora jamaicana sola no es muy bien acogida. Pero hoy la señorita Tamsel Flewett no puede acompañarnos. ¿Me permite preguntarle si lee la Biblia?

—¿La qué?

—La Biblia, querida. Hoy le traigo la Biblia. Dígame, ¿ha pensado alguna vez en el futuro que aguarda al que se muere?

—¿Es usted de la Seguridad Social?

La señorita Calligary contesta que no. Pero que sin embargo trae consigo seguridad: seguridad de mente y de espíritu, seguridad de propósito.

—¿Qué es eso que dice de morirse, entonces? Todos tenemos que morir, es natural.

—He venido a hablar con usted de eso esta mañana.

—Es que se está acabando *Gloria Live*. Estaba viéndolo cuando ha llamado usted al timbre.

Es una anciana un poco jorobada, pequeña y llena de arrugas, con el cabello gris bastante ralo. Le dice que no necesita la Biblia para nada; si la necesitara ya la habría comprado en una tienda. La señorita Calligary pasa por alto el comentario. Dice:

—Cuando uno está ocupado nunca tiene ocasión de pensar en el futuro que le aguarda al que se muere.

La anciana mueve la cabeza. Indica que va a empezar ya *El plato del día*.

—¿No le importaría que entrara? —dice la señorita Calligary con una sonrisa amplia y deslumbrante—. Diez minutos de su día, eso es todo lo que necesito, querida.

El día anterior había ido el hombre de la cama de agua, replica la anciana. Ella no necesita una cama de agua; ni siquiera sabe qué es una cama de agua. Dice que ha sido un placer hablar con ella y hace ademán de cerrar la puerta, pero la señorita Calligary se lo impide con el codo.

—El futuro es maravilloso para quien muere. Ése es el mensaje que le traigo esta mañana. Lo que el Señor nuestro Padre quiere es un paraíso terrenal. El Señor nuestro Padre nos promete la vida eterna. Unicamente a cambio de que le obedezcamos. Yo no pretendo que se interese usted por una cama de agua.

—El caso es que se ha equivocado usted de casa. Éste es el número 5. Yo soy la señora Crimms.

—Señora Crimms, no es casualidad que le traiga a usted el mensaje. Estoy aquí para reunir, para reunirles a usted y a otras

buenas gentes. Dedique usted un minuto a pensar, señora Crimms, que despertamos por la mañana y examinamos el día. Todos lo hacemos, señora Crimms, usted y yo y todos los seres humanos del ancho mundo. Y de noche miramos atrás, consideramos el día que ha pasado. En cada noche de nuestra vida hay un día que ha desembocado en la oscuridad de esa noche. Pero si no ha habido ninguna claridad no inclinamos la cabeza.

—No necesito ninguna Biblia.

—No vendo biblias, querida. La tarea que se me ha encomendado es reunir gente. «¿Nos reuniremos en el río?» es el mensaje que le transmito.

—Me estoy perdiendo *El plato del día*.

—Veremos primero *El plato del día*, señora Crimms. Veremos *El plato del día* sin hablar una palabra. «El cielo es mi trono», es lo que está escrito para hoy. «La tierra es mi escabel. Ensalzaré el mismo lugar de mis pies». Tiene usted todas las de ganar, señora Crimms.

Esta última afirmación produce el efecto deseado, y es glorificada con ello la salita de la señora Crimms, mientras tiene lugar la sesión de cocina en su televisor. Y cuando el programa termina, la señorita Calligary explica a la señora Crimms cómo puede librarse de la inevitabilidad de la muerte, y la señora Crimms habla de su hijo Rod, que está en la cárcel. Y confiesa que tiene veintidós nietos; todos ellos hijos de las tres esposas de ese mismo hijo. Rod no ha tenido suerte con sus esposas, proclama, llorando al recordarlo. Dieciocho meses le cayeron la última vez, por algo que él no había hecho.

—Yo podría hablar con Rod —propone la señorita Calligary—. Le llevaría el mensaje.

—Veintidós hijos y ni uno de ellos mueve un dedo por su padre. Rod nunca ha tenido suerte.

—Le llevaría a su hijo cosas para leer —promete la señorita Calligary—. Le llevaría cartas y paquetes, lo recogería. Mi Iglesia piensa sobre todo en las familias.

La señora Crimms repite que tiene veintidós nietos. Se dedican a todo tipo de trabajos.

—En un garaje, luego también en los ordenadores y también en Payless y en los autobuses. Hay otro que está en lo de la basura.

—Transmita a sus nietos el mensaje que yo le traigo hoy, querida. Cuando lea las cosas que le dejo descubrirá que el Señor nuestro Padre lo renueva todo. Descubrirá su vida sin final y su hijo y sus nietos descubrirán las suyas. «Por la abundancia de su amor, el Dios Padre envió a Su Hijo para que el mundo del hombre pudiera ser iluminado por él, lo mismo que el relámpago ilumina Su cielo».

—El pobre Rod está en Scrubs.

—Yo iría a Scrubs. No vacilaría.

Pero parece que a la señora Crimms no le interesa esta propuesta. Mueve la cabeza vagamente. Es la hora del concurso de Henry Kelly. Los concursos son lo que más le gusta.

—Tiene usted habitaciones de sobra en la casa —la señorita Calligary habla con suavidad, sonriendo e intentando establecer contacto ocular—. En primavera, viene la gente a nuestra fiesta de oración. Viene gente de lugares remotos del mundo y necesitamos más camas y ropa de cama y poder usar el cuarto de baño y la cocina y todo eso.

La señora Crimms sube el volumen del televisor y la promesa de la señorita Calligary de que volverá dentro de uno o dos días se pierde en el estruendo. Ya en la calle, sigue oyendo la algarabía del concurso, que cesa luego bruscamente cuando la señora Crimms baja el volumen. En esa casa hay muchísimo espacio, se dice la señorita Calligary siguiendo su camino, fiel a su misión.

Durante toda esa mañana son rostros inexpresivos los que devuelven la mirada ante su presencia animosa, su sonrisa y el vigor de sus ojos. Ella había enseñado a la señorita Tamsel Flewett a mostrarse alegre, recibiéranlas como las recibieran. Mejor dos sonrisas que una, solía decir, y ésta es una mañana solitaria. Explica en una puerta tras otra que lleva el mensaje de la Iglesia de la Congregación. Pero sólo recibe a cambio reproches por su insensatez.

Y precisamente entonces, cuando se siente más desalentada, se fija en una chica con abrigo rojo que está sentada en un banco aislado de un pasaje, rodeada de los desperdicios arrastrados por el viento. La señorita Calligary la observa de lejos, se fija en las dos bolsas de plástico verde y negro y en los hombros inclinados por el cansancio de la chica. Aquí hay aflicción, se dice silenciosamente la señorita Calligary y se encamina a grandes zancadas a congregar a aquella chica.

El señor Hilditch medita durante tres días sobre el hecho de que un error lo puede cometer cualquiera. Cualquiera puede precipitarse a la hora de ofrecer amistad: por entusiasmo, supone, por un exceso de bondad. Recuerda a aquella con la que se tropezó una vez en un Debenham's Coffe Bean, que dijo que prefería no hacerlo cuando él le propuso volver a verse, y aquella otra que le dijo que era de Daventry: Samantha, a quien había ayudado con el coche, que no le arrancaba. Hasta a un obispo podría pasarle, reflexiona, recordando esta expresión de su tío Wilf: ir demasiado deprisa es un error humano comprensible.

Como nunca ha sentido la necesidad de tener teléfono en el Número Tres y no quiere que le oigan hablar en la oficina, el señor Hilditch telefonea al cuartel de Old Hinley Road desde una cabina a la hora del almuerzo. Contesta a la llamada una voz fría y flemática.

—¿Quién pregunta por ese soldado?

El señor Hilditch explica que es un amigo de la familia. Que ha habido una emergencia de carácter personal: el padre del joven ha tenido un accidente en un paso a nivel, un fallo en las señales.

—¿Y qué quiere usted que haga? —pregunta el individuo en un tono frío y cortante.

—El padre está inconsciente en el hospital y la familia no sabe con seguridad en qué cuartel está destinado el muchacho. Estamos telefoneando a todos los cuarteles de la zona.

—¿Nombre y rango?

—Lysaght, J. Creo que es un recluta.

—¿Un qué?

El señor Hilditch dice que soldado raso; el otro le manda esperar. Pasan casi diez minutos, durante los que mete monedas continuamente en el teléfono.

—Hay un Lysaght aquí —le dicen luego—. Le daremos el mensaje después de fajina.

—Disculpe, pero será mejor que sea la familia la que le dé la noticia al muchacho. Ahora que ya sabemos dónde está, nos pondremos en contacto con él inmediatamente.

El señor Hilditch sonríe afablemente, proyectando su cordialidad en el auricular; pero en el otro extremo cuelgan el receptor sin más contemplaciones. Recupera las monedas sobrantes y sale de la cabina. Podría existir la posibilidad de que la chica se encontrase con el rufián que la ha dejado en la estacada, ni hay razón para que no lo haga si sigue vagando por el lugar. Aun así, resulta tranquilizador saber dónde está, es ir un paso por delante, como suele decirse.

Como dispone de media hora libre decide ir a la compra para no tener que hacerlo luego y conduce despacio hasta el aparcamiento de Teseo. Busca un carrito y lo empuja por la barrera de cromo giratoria. En la sección de refrigerados elige bacalao rebozado, albóndigas, guisantes tiernos, cogollos de brécol, cuatro bolsas de patatas fritas y dos tarrinas de helado de vainilla y fresa. En la sección de carne fresca coge chuletas de cerdo, piezas de pollo y filete de primera, añade apio, zanahorias y más patatas de la sección de hortalizas frescas, y crema de *bourbon*, natillas, copos de limón, galletas de chocolate y otras integrales también de chocolate de los estantes de las galletas. Como las *Mr* Kiplings Bakewell Slices están rebajadas, igual que las *Mr* Kiplings French Fancies y el pastel de melaza McVities, se sirve una selección de todo ello y paquetes de patatas fritas tamaño grande y cuadraditos de pan frito Phileas Fogg cerca de la caja. Y también un paquete de seis chocolatinas Bounty. Le sonríe a una mujer que se cuela groseramente delante de él y le dice que no tiene la menor importancia.

En el aparcamiento amontona la compra en el maletero del coche y regresa al trabajo, al servicio de comidas, tomándose una chocolatina en el camino. Ya ha pasado casi toda la hora del almuerzo pero le han guardado algo caliente para él en las cocinas, tal como les había pedido.

—Perdón por causarles esta molestia —se disculpa cuando le ponen delante un plato de jamón ahumado y salsa de perejil, patatas a la crema y coliflor con salsa—. Tuve que atender un asunto. Tendré que quedarme hasta tarde para poner las cuentas al día.

No piensa hacer eso. Lo que tiene pensado es ir en coche a la zona de Marshring con la esperanza de averiguar algo. Mientras come, y después en su minúsculo despacho, empieza a rezumar poco a poco la rabia contenida. Podría haberla visto alguien irse corriendo del Número Tres. Había quebrantado su norma por ella y le había pagado así: ni la menor muestra de gratitud, después de haber recorrido ciento ochenta kilómetros y haberla invitado a té y haber escuchado pacientemente toda aquella cantinela sobre una mujer que había enviudado hacía setenta y cinco años. Y aunque debiera producirle cierta satisfacción el hecho de que el novio sea un mentiroso, no le produce ninguna.

Incapaz de calmarse, el señor Hilditch imagina al soldado, muy pulcro con su uniforme, dedicado a las alegres tareas vespertinas. Se lo imagina luego libre de servicio, divirtiéndose con sus compañeros, con los pies apoyados en una mesa en la sala de día del cuartel, el tipo de camaradería que se había prometido él en tiempos, antes de que el sargento de reclutamiento de bigotillo tieso lo rechazara por los pies y la vista. Con las piernas aún alzadas delante, los tobillos cruzados, el joven sinvergüenza se ríe a carcajadas de que tías como la que él se tiró lo hagan por nada, y las hay a montones, sin problema. Y uno de sus compañeros alza la vista de *Big Ones* y recuerda la primera vez que lo hizo, con una enfermera gorda detrás de un bar, el Flight of Birds, al final de Scunthorpe una tarde de verano. Otro proclama que él lo había

hecho por primera vez a los trece años, con la mujer de un fontanero.

A las seis menos cuarto, el señor Hilditch va en el coche a la zona de Marshring y espera un rato en el aparcamiento. «Muchas gracias» le había dicho ella al marcharse. «Y que vaya todo bien con su esposa».

A las seis y diez se marcha de allí, decepcionado.

> No hacen falta rejas, pues todos los animales viven en paz con la gente feliz. El león y el cordero son amigos. ¡Ved las aves multicolores que revolotean por todas partes! ¡Escuchad su hermoso canto y la risa de los niños que llena el aire! ¡Aspirad la fragancia de esas flores, oíd el murmullo del arroyo, sentid el calor hormigueante del sol! ¡Quién pudiera probar la fruta de ese cesto, la mejor que produce la tierra, la más exquisita, como todo lo que se ve y se disfruta en este huerto glorioso…

Las personas felices, las flores, los animales y la fruta aparecen brillantemente ilustrados en la cubierta del folleto. Los flamencos pasean majestuosos, los conejos mordisquean la hierba pero no las flores. Un niño abraza a un cisne, navegan veleros en un lago lejano.

—Eso en realidad es el paraíso —afirma una mujer negra, indicando a Felicia con un dedo negro una cascada y las jirafas y luego las cacatúas. La mujer negra es alta y delgada, lleva varios anillos en los dedos, y pendientes. Y añade—: Ese es el lugar y es la promesa del Señor nuestro Padre.

—Sí —asiente Felicia.

—Ven con nosotros, hija. ¿Has oído hablar del Diluvio, cariño? ¿De Noé y de su Arca? ¿Has oído hablar de eso?

—Sí, he oído.

—El Diluvio es un hecho comprobado —le recuerda la mujer negra.

—Sí, comprendo.

Hay pocas personas cerca. Las ráfagas de viento arrastran los desperdicios a los portales de las tiendas. Hace más frío que antes.

—¿Dónde vives? —pregunta en tono perentorio la mujer negra—. ¿Tienes habitaciones que te sobren?

Felicia contesta que es forastera, que se ha alojado en pensiones de las de cama y desayuno en una zona que no conoce. Luego coge sus bolsas y dice que tiene que continuar.

—¿A dónde vas, hija? ¿Por qué escapas tan deprisa del Señor nuestro Padre?

—Estoy buscando a una persona.

Es ya tarde. Tiene que encontrar otra pensión, en una zona que no conoce. Cuantas más vueltas dé más posibilidades hay de que encuentre a la persona que está buscando: se lo explica a la mujer negra, pero ella no la entiende. No escucha. Dice que hay felicidad para el que muere.

—Vivimos en un milagro, hija. Mira este huerto, querida. Mira las frutas de los árboles y las personas de todas las naciones. Mira el zumo que podemos beber y las sonrisas de los niños. Mira, hija mía, todas las cosas las reúne nuestro Padre el Señor.

—Tengo que encontrar habitación para pasar la noche.

—Yo puedo ofrecerte habitación, hija. Sin cobrarte nada. La señorita Tamsel Flewett se ha ido y estoy convencida de que nos ha dejado para siempre. Una señora de Jamaica no es bien recibida si va sola cuando llama a las puertas.

Vuelve a insistir en que Felicia acepte los folletos, la imagen celestial de la fruta y los flamencos y los dóciles conejos.

—No, de verdad. Lo siento.

—¿Qué tienes que hacer, hija? ¿Qué puede haber más importante que la obra del Señor nuestro Padre?

—Estoy buscando a alguien.

—Hay gente de todas clases en la Casa de la Congregación. ¿Necesitas una almohada en que apoyar la cabeza? Pues, la tenemos allí para ti, querida. No me gusta verte sentada aquí expuesta al viento, una presa para la noche que se avecina.

Felicia está cansada. Se había quedado dormida allí sentada en el banco de madera, e incluso había soñado: que estaban otra vez en Sheehy, la primera vez que él la llevó allí, que estaban en el cruce de Creagh, en el bar acogedor de atrás. Tendría que haber insistido cuando fue a ver a la señora Lysaght. Tendría que habérselo contado todo y haberse negado a marchar si no le daba la dirección completa. Tendría que haber gritado y haber organizado una escena. Al fin y al cabo, se trata del nieto de la señora Lysaght.

—Ven conmigo, cariño —ordena la mujer negra con su tono firme, y Felicia se va con ella porque es más cómodo que buscar otro sitio.

La mujer negra se presenta:

—Soy la señorita Calligary. No está lejos.

Camina deprisa por las calles desiertas hasta una casa de ladrillos alineada con otras. Sube las escaleras delante de ella hasta una boardilla donde hay pinturas en las paredes parecidas a las ilustraciones de los folletos. La ropa de la señorita Calligary cuelga de dos perchas que hay una a cada lado de una ventana, vestidos, faldas y abrigos. Los zapatos están alineados junto a una de las paredes. También hay en el suelo una maleta atestada de ropa interior y otras pertenencias. El mobiliario de la boardilla consiste en dos sillas de respaldo recto, una mesa de caballete y una cama estrecha.

—Siempre ando de un lado para otro —explica la señorita Calligary—. Voy adonde me lleva el mensaje.

Prepara una ensalada de atún y cuando acaban de comer, hace té. Lo toman y luego friegan los cacharros en un barreño esmaltado. La señorita Calligary tira los posos de la tetera y las hojas de té en un retrete pequeño que hay en el rellano, donde echa también el agua de fregar. No se oye ningún mido en las viviendas de abajo.

—Esta noche hay mucha tranquilidad en la Casa de la Congregación —comenta la señorita Calligary—. Están todos fuera.

—¿Vive mucha gente aquí?

—Negros y blancos, hija, viejos y jóvenes. Todos los que han sido llamados a congregarse.

Estas personas llegan más tarde. Se oye cada poco la puerta del vestíbulo. Y voces que intercambian saludos. Alguien toca un himno al piano. El olor de comida haciéndose sube hasta a boardilla de la señorita Calligary.

—¡Amor! ¡Alegría! ¡Paz! —con estas exclamaciones y con una sonrisa es como da la bienvenida a Felicia un hombre que viste un anorak marrón cuando una hora después la señorita Calligary la lleva a una habitación grande y sin mobiliario que hay abajo. Los demás se acercan y le dan la mano: negros y blancos, como le había dicho la señorita Calligary, viejos y jóvenes. Le dice que luego extenderán un saco de dormir para ella en la habitación en que están ahora reunidos, que se llama la Sala de la Congregación. Una chica que se llama Agnes, de uñas delicadamente pintadas y cabello negro muy cuidado, explica que trabaja en el servicio dental pero que preferiría dedicar todo su tiempo a divulgar el mensaje.

—No habrá ya más duelo —asegura Agnes—. Ni gritos ni dolor. Cuando nos hayamos reunido, cuando todos sepan de nuevo que espera un futuro al que muere.

La gente se reúne todas las noches en la Sala de la Congregación, para intercambiar las experiencias del día. Un anciano etíope explica las suyas a Felicia, casi todas relacionadas con llamadas a los timbres de las puertas.

—No estás entre nosotros por casualidad —añade—, pues nada puede suceder sin el Mandamiento que empezó en el jardín del gozo. Adán fue expulsado del paraíso terrenal y el Mandamiento fue arrastrado por el polvo. Fíjate bien y verás la saliva de la serpiente.

El anciano tiene la cara arrugada como una nuez y los ojos como dardos inyectados de sangre. Saluda con la cabeza a Felicia y deja paso al siguiente.

—Me llamo Bob.

Bajo y calvo, el hombre que se dirige luego a ella es el que lleva el anorak marrón.

—El saco de dormir es nuestro —le dice ahora—. De Ruthie y mío. Lo tenemos para los nuevos, ya que no hace mucho lo éramos nosotros. Nos conocimos en esta habitación, Ruthie y yo. Nos casamos en esta casa. Nuestros hijos nacieron en nuestra habitación de arriba. Dos niños preciosos. Ellos bajarán el saco.

—Todos nos alegramos de que hayas acudido a nosotros —le dice a Felicia una mujer alta. Tiene el aliento fresco, como perfumado. Acerca la cara a la de Felicia y le expone sus confidencias con claridad—. Estuve perdida como en el bosque hasta que me fue revelado el camino gracias al mensaje.

Un japonés se presenta como señor Hikuku. El nombre es lo único que entiende Felicia de todo lo que le dice, pero la mujer del aliento fresco explica que el señor Hikuku trabaja con los orientales, a quienes lleva el mensaje. Que vive humildemente en la Casa de la Congregación, en una habitación pequeña, y que comparte el baño y el servicio con todos los demás. Pero que desde el punto de vista financiero el señor Hikuku es dos veces millonario.

Una pareja de edad madura, la señora y el señor Priscatt, llevan gafas sin montura y se parecen físicamente, son de cara pálida y visten prendas de color marrón. El traje marrón del señor Priscatt está esmeradamente planchado, la camisa es nueva y está limpia, y lleva una insignia comercial en la corbata. La rebeca de la señora Priscatt es de un tono marrón más claro que el jersey que lleva debajo, y combina perfectamente con su falda plisada. A diferencia de la señorita Calligary y las otras mujeres reunidas, ella no lleva joyas.

La señora Priscatt explica a Felicia que su marido trabaja en la sección de reclamaciones de la compañía de seguros Eagle Star y que está deseando jubilarse. Ella se dedica exclusivamente a la propagación del credo que ha descubierto. El señor Priscatt añade que es alentador dar la bienvenida a una cara nueva.

—Estás encinta.

El comentario no es una pregunta ni una acusación. Lo ha hecho la señora Priscatt y ella y su marido ratifican la suposición con un

cabeceo antes de que Felicia responda.

—Sí —afirma Felicia, creyendo que a pesar de la seguridad con que lo dicen ellos el tema exige un comentario por su parte.

—La señora Priscatt siempre lo sabe —dice el señor Priscatt en tono lisonjero, señalando con un movimiento de cabeza a su esposa.

—Una niña —predice la señora Priscatt, y el señor Priscatt opina que Joanna es un nombre precioso.

Luego interrogan a Felicia, que explica los pormenores de los problemas que la han abrumado. Ellos aceptan comprensivos todo lo que dice y ella luego, después de hablar con los demás, tiene la impresión de que todos saben ya la causa de sus aflicciones, aunque solamente los Priscatt le han hecho preguntas sobre el tema. Su expresión, en la que no se percibe la menor censura, indica que lo saben. Felicia oye que Bob le dice en un susurro a Ruthie que nacerá otro niño en la Casa de la Congregación, igual que sus dos hijos maravillosos. Felicia escucha sin hablar apenas, con la sensación de que todo parece más un sueño que la realidad: nunca había conocido gente como aquella, ni siquiera sabía que existieran personas así.

Le dan las buenas noches uno tras otro y le repiten que es bienvenida. Le dejan folletos para que lea si se desvela. Llega su saco de dormir y descansa por fin agradecida, su preocupaciones sumidas en el olvido.

XI

El señor Hilditch los ha visto por allí rondando; unos chillados, en su opinión. Les ha visto por la calle imponiendo sus folletos a la gente, molestando a la gente con charla religiosa.

La cuestión es que la chica se ha enredado con ellos; no hay duda de que se aloja en su casa porque él la ha visto entrar allí. Una muchacha inocente de un pueblo de Irlanda, vulnerable a cualquier propuesta que le hagan: ¿qué posibilidad podía tener ella con semejante presión? El único consuelo es que la casa en que está queda muy lejos del cuartel de Oíd Hinley Road, a más de tres kilómetros, tal vez cuatro. Los muchachos del cuartel van al Goose and Gander y al Hinley Fish 'n Chips de la rotonda de Stoat, o si no al Queerís Head, yendo hacia Budder. El señor Hilditch lo recuerda de la época de Elsie Covington, en que un gamberro del cuartel la invitó un par de veces. La zona no pertenece ni ha pertenecido nunca a la localidad. Aparte del cuartel, hay poca animación. Los fines de semana y alguna noche de juerga, los reclutas van por la autopista hasta Brum.

El señor Hilditch pone en el gramófono *Falling in Love Again* y luego *Stella by Starlight y Makin Whoopee*. Son discos antiguos de setenta y ocho revoluciones; el gramófono es una antigualla y no funciona con otros. El señor Hilditch reposa en un sillón, con el *Daily Telegraph* —que ha leído entero— en la alfombra a su lado; las melodías calman su preocupación por el bienestar de la chica a quien ha ofrecido su amistad. «Todos los trotamundos se sienten solos», canta Doris Day. «Lejos del hogar, del dulce hogar».

El señor Hilditch llama a esta habitación su salón, nombre que emplea en privado porque nunca ha recibido ninguna visita para poder emplearlo con otros. Las pinturas al óleo de los antepasados de otra gente lo contemplan benévolamente. Ocupa un rincón la mesa de billar, que apenas utiliza; una vitrina contiene la colección de pisapapeles que reunió algún otro. Dos relojes de pie, a los que da cuerda todos los jueves y que ajusta todos los días, tictaquean agradablemente, uno junto a la ventana de gruesos cortinones y el otro junto a la puerta. Sobre la repisa de mármol negro de la chimenea, encima de un inmenso fuego eléctrico de brillantes ascuas, hay jarrones chinos, y diversos adornos: una foca que sostiene una pelota, bailarinas de *ballet*, una orquesta bufa de dálmatas, ganado de la montaña. El empapelado es predominantemente carmesí, rosas en una espaldera. Libros de historia militar, números atrasados de la revista *National Geographic*, tomos encuadernados de *Punch* y el *Railway and Travel Monthly* ocupan una estantería.

«Nunca creí que pudiera sentir tanta añoranza —canta Doris Day —. ¿Por qué decidiría vagabundear?»

Termina la canción y se oye el suave rumor de la aguja en el disco que sigue girando. Es un sonido agradable, piensa el señor Hilditch, escuchándolo lánguidamente, mucho más tranquilo ya que cuando entró a la habitación hace una hora. Mañana volverá a intentar tropezarse con ella.

Felicia se aloja durante varios días en la Casa de la Congregación, de donde sale todas las mañanas a hacer indagaciones, a escrutar los rostros de la calle y a ir a las fábricas que le indican en otras poblaciones. A veces le dan direcciones de fábricas que han cambiado de producción, y se familiariza así con talleres de alquiler de maquinaria, naves de reparación de excavadoras y orugas y talleres de maquinaria en que se fabrican compresores y apisonadoras. En su búsqueda incesante de un sitio que se relacione

con segadoras, pasa por cementerios de coches, depósitos de desguace en que desmontan los autómoviles viejos que amontonan luego unos encima de otros, y por aserraderos, talleres de construcción y fabricas de cerveza. A veces cuando pregunta le hablan —si da la casualidad que pregunta a una persona mayor— de las grandes segadoras del pasado: de la época de esplendor de la Dennis, la Ransome y la Ateo. Ya nada es como entonces, le aseguran esos informantes, que mueven la cabeza ante la tarea imposible de Felicia, como si fuera también un indicio de que ya nada es lo que era.

Los otros inquilinos le preguntan todas las noches en la Sala de la Congregación si ha encontrado a su amigo ya y ella contesta que no. Nadie hace comentarios, ni críticas tampoco. Felicia cena con la señorita Calligary, como la primera noche; y la señorita Calligary prepara todas las mañanas té para las dos y le ofrece copos de maíz y tostadas. Felicia supone que la señorita Calligary se ha puesto en contacto con Dios Padre para interceder por ella, y también el señor Hikuku, y la mujer de aliento agradable y los Priscatt, y Agnes y Bob y Ruthie, y el anciano etíope cuyo rostro parece una nuez. La recibe una animosa expectación todas las noches cuando la gente se reúne y manifiestan de nuevo su interés por ella, le ofrecen de nuevo el perdón: ella es el alma a la que se ha salvado en la Casa de la Congregación; ella es la pecadora cuya redención está presente para que la atestigüen todos y cada uno. En la luminosidad resplandeciente del amor de los congregantes habrá una criatura a la que se enseñará el mensaje y el camino, su herencia infantil será el futuro del que muera, una niña que se llamará Joanna.

Aquella atmósfera cargada e irreal llega a hacerse agobiante. Felicia comprende que su muda presencia ha engañado a la gente de la Casa de la Congregación y hace todo lo posible por disipar la ilusión creada por su llegada; pero no la escuchan. Y cuanto más persisten en esa actitud, más claramente ve ella que está aceptando su hospitalidad con falsos pretextos. Ella es sólo una muchacha

embarazada que busca desesperadamente al padre de su hijo, nada más.

Así que una mañana temprano deja una nota en el saco de dormir dando las gracias a todos y se marcha. Luego va de pensión en pensión, como antes de que la acogieran en la Casa de la Congregación, cambiando de barrio con la esperanza de llegar así al que busca y cuya dirección ignora; sigue visitando de día las fábricas que le han aconsejado. «Todos habéis sido muy buenos conmigo», decía la nota que había dejado en la Casa de la Congregación; pero cuando ve al señor Hikuku en la calle se siente culpable por haberse marchado de aquel modo. En otra ocasión ve el pequeño coche verde y se siente culpable también.

El señor Hilditch la ve de pronto una tarde preguntando direcciones a una pareja que lleva un perro lazarillo, pero la prudencia le disuade en el último momento de ese encuentro que tan fervorosamente ha estado esperando. No tiene más que cruzar la calle cuando la pareja se vaya y decirle hola. Si le ve alguna persona del barrio que le conoce de vista o de otro modo, es probable que no dé mucha importancia al hecho y que suponga que está indicándole alguna dirección. Pero sigue en pie el hecho de que aquél es su barrio y nunca se sabe lo que puede ocurrir. No podrían dar ni un paso siquiera los dos juntos en la calle. ¿Y si luego ella se echaba a llorar o actuaba con familiaridad con él? ¿Y qué podían hablar que mereciera la pena en el par de minutos que podía permitirse hacerlo corriendo el riesgo de que le vieran allí con ella a plena luz del día, gesticulando mientras le indica las direcciones que no había podido indicarle la pareja del perro lazarillo? El señor Hilditch decide vacilante que basta saber que ha dejado al grupo religioso, tal como puede deducir por el hecho de que ha vuelto a las calles con sus bolsas de plástico. Si tiene paciencia, acudirá de nuevo a él. Tarde o temprano acudirá a pedirle ayuda, puesto que se la ha ofrecido.

Felicia cierra con llave la puerta de unos servicios públicos y registra las cosas que lleva en la bolsa más cargada hasta encontrar el jersey en el que había guardado la mayor parte del dinero. Le quedan dos libras y setenta y tres peniques en el monedero del bolso.

Pero las mangas del jersey están vacías; piensa que se ha equivocado de bolsa y busca en la otra. Tampoco lo encuentra allí, así que vuelve a registrar la primera bolsa. Aterrada, vacía las dos bolsas en el suelo, extiende el jersey azul marino y luego todas las demás prendas una por una. No encuentra el dinero.

Procura calmarse. ¿No podrían haberse caído los billetes de las mangas del jersey de alguna manera al sacar algo de la bolsa en la habitación en que había dormido la primera noche, o en la Casa de la Congregación, o en alguna de las otras pensiones?

—No hemos encontrado nada —afirma la mujer de cara afilada de Marshring Crescent cuando Felicia va a preguntar—. ¿Qué has perdido?

Felicia le dice que dinero. Quizá lo sacara de donde estaba y lo dejara en algún sitio, aunque no lo recuerda.

—No hemos encontrado dinero.

—¿Podría mirar, sólo para asegurarme?

—La habitación se hizo el mismo día que te fuiste; y luego todos los días. Yo misma hice la limpieza.

Felicia explica que a causa de lo ocurrido le queda muy poco dinero. Sólo quiere asegurarse de que no se dejó nada en la habitación.

—No dejaste nada.

La mujer es categórica. Felicia se marcha.

Recorre las otras pensiones sin éxito. No se sorprende, porque a estas alturas se ha dado cuenta de que el dinero no podía haber salido de la bolsa solo y que no había dejado en ninguna de aquellas habitaciones las bolsas durante el día porque nunca había pasado

más que una noche en ninguna. Sólo había dejado las bolsas en la Casa de la Congregación, por creer que el dinero estaba seguro entre personas religiosas.

—¿Así que vuelves con nosotros, hija? —le pregunta a modo de saludo la señorita Calligary, un poco estirada, sin su sonrisa habitual —. Así que has vuelto.

—Tenía que ir a buscar a mi amigo.

—Y el amigo te ha dicho que no puede ayudarte. ¿Es amigo quien dice eso a una chica embarazada?

—Él no lo sabe.

—Ellos lo saben siempre, hija.

Felicia nota la frialdad de la señorita Calligary, que no la invita a pasar, y se siente de pronto agotada. La pérdida del dinero es una tragedia casi tan grande como no conseguir encontrar la fábrica en que trabaja Johnny. Aquel dinero ni siquiera es suyo. Si quisiera dar la vuelta y regresar a casa ahora no podría hacerlo; ni siquiera le queda suficiente para el alojamiento de una noche.

—Perdí el dinero mientras estaba aquí.

—¿Dinero?

—Llevaba dinero en una de las bolsas.

—¿Qué quieres decirme, hija?

—Llevaba el dinero entre la ropa. Lo había escondido y me lo han quitado.

—No en esta casa. Imposible, hija mía.

—Se ha perdido.

—¿Robado? ¿Quieres decir que te lo han robado?

—No, no, nada de eso. Sólo lo dejé aquí durante el día. Y no sé en qué estaba pensando. Si pudiera mirar…

—Te marchas sin decir nada y ahora vuelves con esta historia.

—Casi no me queda dinero.

—¿Ahora me pides dinero, hija?

—A lo mejor lo saqué aquí por error. A lo mejor se me cayó. Si pudiera mirar en la habitación.

La señorita Calligary abre un poco más la puerta, sin dignarse contestar, y se dirige a la Sala de la Congregación que está vacía. Pero allí no hay ningún sitio en que pueda estar el dinero, no hay cajones que abrir, ni alfombra en el suelo de parqué, sólo los radiadores, detrás de los que Felicia mira angustiada.

—Nos abandonas, hija. Das la espalda a los nuestros y a nuestra verdadera fe y ahora vienes aquí con acusaciones.

Las lágrimas ruedan por las mejillas de Felicia, que mueve la cabeza negando que les haya dado la espalda. Dice que todos fueron amables con ella; todos fueron comprensivos; se avergonzaba de haberse marchado tan apresuradamente. Era culpa suya: debía haber mirado todos los días para comprobar que el dinero seguía allí. Y debía de haberlo dividido más equitativamente, dejar la mitad en el jersey y la otra mitad en el bolso. Clava las uñas en la palma de una mano hasta que se hace daño, esforzándose por controlar los sollozos.

—No sé qué hacer.

La señorita Calligary espera que se calme y luego le recuerda que pronto llegarán los inquilinos de la casa a dar noticia de las tareas del día. Cuando estén todos reunidos les comunicará lo que ha pasado y les preguntará si alguno ha encontrado el dinero y lo ha guardado.

Esperan en silencio. Luego, cuando llegan todos y saludan a Felicia —aunque sin la cordialidad anterior—, la señorita Calligary les explica lo que pasa. Reaccionan mirando fijamente a Felicia con evidente disgusto. No hay ya ni rastro de simpatía en los ojos inyectados de sangre del anciano etíope ni en los del señor Hikuku que atisban desde su estrechez. También los demás se sienten ofendidos y se aprecia en sus expresiones; la indignación agria la belleza de Agnes. Ninguno dice nada. La señorita Calligary permanece tan inmóvil que es como si su rostro estuviese tallado en ébano.

A Felicia no le queda nada que decir, así que se marcha.

XII

El señor Hilditch hace las cuentas de gastos e ingresos del servicio de comidas correspondientes al mes de enero, estirando un poco la subvención mensual con la esperanza de conseguir algo extra para febrero. El representante de máquinas automáticas inicia su cháchara publicitaria a las cuatro en punto: instale una serie de máquinas de comida en el comedor y prescinda de todo el personal. Las máquinas darían directamente a las cocinas por la parte de atrás, se introduciría por allí la comida preparada. Al echar una moneda, los platos saldrían como se quisiera y cuando se quisiera, bien calientes o fríos. Y las bebidas igual. Con menos de diez minutos de trabajo diario, se cargarían las máquinas con todo lo necesario, té, café, chocolate y refrescos.

—No puede usted perder con esto, señor Hilditch —afirma el vendedor. Pero el señor Hilditch no tiene intención de cambiar de sistema. Le gustan los viejos métodos. Le gusta ver al personal de la cantina, el cabello recogido de las mujeres debajo de los gorros, la charla y el bullicio de las colas, el vapor que sale de las cacerolas, ver cómo sacan con la cuchara el puré de patatas, conseguir que le sirvan una cucharada extra de coles de Bruselas. Pero a pesar de esta preferencia siempre está dispuesto a recibir a un representante de hostelería en la tranquilidad de primera hora de la tarde. Disfruta de la interrupción, tomándose con él una taza de té y unas galletas. Le parece que aquellas visitas dan una configuración al día. Mañana le toca al representante de la mostaza Colman.

Estos días fugaces se configuran de otra forma también: con la especulación, con la seguridad que sigue a la duda, con la firmeza

de sus pensamientos. El factor desconocido es cuánto dinero tenía ella en el bolso, durante cuánto tiempo podría arreglárselas con él. Lo que le preocupa es que mientras la chica siga en las calles existe la posibilidad de que se tropiece con el novio. Y además, podría llegar a la conclusión en cualquier momento de que quizá no fuera tan descabellada la astuta sospecha de su padre, y entonces cualquiera a quien se moleste en preguntar podrá indicarle dónde queda el cuartel. Al volver en el coche a casa la tarde de la visita del representante de máquinas de comida, el señor Hilditch mueve la cabeza con renovada resolución: todo eso es un riesgo que hay que correr. Lo más importante es que la chica siga por allí, y es probable que lo haga.

Pero esa noche, después de cerrar con pestillo la puerta principal y echar los cerrojos de la de atrás, el señor Hilditch sube las escaleras pensando nervioso si no habrá dejado que se le escape todo de las manos. Ella podría haberse tropezado con el chico en los días transcurridos desde que la vio por última vez. En aquel preciso momento, el muchacho podría estar haciendo una confesión de su engaño y engatusándola con excusas arteras. En aquel preciso momento, la chica podría estar metiéndose otra vez en líos.

El señor Hilditch se limpia los dientes con furia, atacando dolorosamente la encía inferior mientras piensa en cómo va el mundo hoy día: pelmas religiosos chiflados que encandilan a jovencitas, sinvergüenzas mentirosos que se aprovechan, nombra lo que quieras y lo tienes ahí: «¡El médico de cabecera destrozó mi vida sexual!, dice una madre de catorce años. ¡El Clérigo Dougie mantuvo relaciones sexuales en el sofá con mi amigo por venganza! ¡Niños en sacrificios de misas negras!». Los titulares cruzan por la memoria del señor Hilditch, seleccionados de los periódicos que se lleva a veces de la cantina de la empresa porque le gusta verla limpia y ordenada. Parece que todos los días de la semana se apagan cigarrillos en la piel de los niños. Todos los días de la semana violan y maltratan a nonagenarias. Echan gasolina en los buzones y luego les prenden fuego, sólo para divertirse. Roban

coches. Roban televisores. Los empresarios se gastan las pensiones de sus empleados en lanchas motoras. Los drogadictos consiguen sus dosis sin problema en Boot s. Queman a muchachas adolescentes en zonas devastadas de las ciudades.

El señor Hilditch se refresca la cara con agua. Tranquilo otra vez, ya en la cama, recuerda la velada que pasó con Bobbi en el Welcome Spoon de la esquina de Legge cerca del cruce 18. Pasaron allí unas tres horas, mientras ella se desahogaba, explicándole sus problemas, igual que la chica irlandesa. «No te podrías creer ni la mitad siquiera», le había explicado Bobbi: los abusos a que la había sometido el hombre al que su madre acogió en casa cuando se fue su padre; el hogar en que había pasado seis meses, donde los fines de semana llegaban hombres con abrigos ceñidos dispuestos a hacer lo mismo. El señor Hilditch se duerme con el rostro casi hermoso de Bobbi por compañía.

Al atardecer del día siguiente, el señor Hilditch se aleja por igual de su lugar de trabajo y del número 3 de Duke of Wellington Road. Se dirige a un supermercado donde no le conocen. Compra redecillas, medias y ropa interior femenina, polvos de talco y crema facial. Ya había elegido en un mercadillo de sábado prendas de calle y dos sombreros. Después de cenar, coloca estos artículos por la casa, llenando un ropero con chaquetas, faldas y vestidos, y cajones con ropa interior que se toma la molestia de arrugar, hasta rasga un poco algunas. Vacía la mitad de los frascos de lociones y también un poco de crema de los tubos. Guarda los polvos de talco, las barras de labios y el maquillaje de ojos en el armarito del cuarto de baño. Cuelga unas medias en el tendedero alto de la cocina. Guarda bajo llave el pincho de recibos y todos los sobres y papeles que llevan su nombre, talonarios viejos y extractos de cuentas.

Cuando murió su madre el señor Hilditch vendió sus pertenencias a un ropavejero que había enviado una tarjeta, pero luego descubrió que el hombre se había dejado en la casa la caja de cartón en la que él había metido los zapatos. La guardó entonces en un cobertizo

exterior con la idea de usarlos algún día. Les quita el moho en la mesa de la cocina y los coloca después en hilera al lado del ropero.

—Necesito su número de la seguridad social.

El empleado habla por la ventanilla y es difícil oírle. Él repite lo que ha dicho.

—Es que no tengo aquí.

El empleado le indica dónde están los impresos, señalando detrás de ella. Menciona también una dirección fija, afirmando que será necesaria.

—No tengo dirección fija. Me han robado el dinero.

—Hay que poner una dirección en la solicitud.

Un hombre de edad madura que lleva el pelo hasta la cintura y la ropa rota ha oído la conversación y le dice a Felicia que está perdiendo el tiempo, opinión que confirma una chica que sujeta un perro por la correa. La chica lleva un imperdible colgado de una aleta de la nariz y el pelo de color rosa y azul, estilo tomahawk.

Felicia dice entonces que se ha alojado en el albergue del Ejército de Salvación, pero ellos le dicen que no servirá como dirección. El hombre añade que no conseguir el subsidio de desempleo no es ninguna gran pérdida, que si él empezara de nuevo se mantendría alejado del sistema y de sus ordenadores. En cuanto rellenas un impreso ya nunca te dejan en paz. Ganas un jornal un día y te quitan la mitad para comprar dentaduras postizas a los pensionistas viejos.

—Tocas música, ¿verdad? Lástima —añade la chica cuando Felicia dice que no con la cabeza.

El albergue está lleno cuando llega aquella tarde. Se gasta un poco del dinero que le queda en una taza de té en un Spud-U-Like y pregunta a la gente cuya mesa comparte si la estación de autobuses está abierta toda la noche. Le dicen que no lo saben. Vuelve a la calle y se le acercan dos hombres que merodean cerca de una sala de billar. Quieren saber cómo se llama y cuando se lo dice quieren

saber de dónde es. Dicen que pueden proveerla, pero no los entiende. Se asusta y se aleja deprisa.

—Fuera de esta calle —exclama una mujer que tiene la cara verde a la luz nocturna cuando Felicia deja un momento las bolsas en el suelo en el portal de una tienda—. Lárgate.

Es una mujer grande, con un abrigo de piel falsa y pendientes en forma de corazón. Felicia dice que sólo está descansando un momento.

—Pues hazlo/en otro sitio.

—¿Sabes si la estación de autobuses está abierta toda la noche?

—¿Para qué quieres la estación de autobuses?

—Necesito algún sitio para pasar la noche.

Un coche se detiene a su lado.

—¿Quieres algo, amor?

La mujer sonríe bobaliconamente cuando el conductor baja la ventanilla.

—Ella no hace la calle —añade, señalando a Felicia con un cabeceo. El individuo abre la portezuela del coche y la mujer sube y se sienta a su lado.

—¿Cómo te va? —pregunta otra voz desde otro coche que se para a su lado.

—No —dice Felicia.

Sigue caminando y llega a calles que le resultan conocidas, con mucho tráfico nocturno. Las tiendas de moda exhiben sus prendas, los maniquís calvos simulan caminar y contemplan el vacío con gesto mohíno. Las inmobiliarias ofrecen porcentajes de intereses hipotecarios. Un hombre y una mujer de cartón avanzan sosteniendo un tejado sobre sus cabezas: 8,25 por ciento ofrecen como señuelo. Equipos deportivos y ropa de esquiar compiten para llamar la atención con los muebles y el calzado. Las lavadoras y los hornos microondas están de oferta. «¡Cámaras fotográficas, grandes rebajas en todas las marcas!», dice otro anuncio. «¡Olympus! ¡Minolta! ¡Praktica!» Hay un local de Pizzalandia brillantemente iluminado, la gente ocupa todas las mesas junto a las ventanas. Una chica con

una boina roja habla con vehemencia a su compañero, un individuo con coleta que asiente sin parar. Un grupo de ocho personas comparte una mesa individual. Una pareja habla gesticulando a su hija porque no toma su comida. Hay un individuo con gorra que está solo.

—Buscaré un Kentucky —dice alguien que pasa por la acera—. Prefiero un Kentucky.

Hay cajas de cartón tiradas junto al local del Kentucky Fried Chicken y el coronel Sanders garantiza en el escaparate la exquisitez de la comida, con su mirada franca y su perilla blanca. La voz de Sheena Easton en un radiocasete queda apagada por la de Michael Jackson. Centellea un anuncio de neón: «Coca-Cola es una forma de vida», dice en el cielo.

Dos mujeres hacen sonar sus huchas. Un antillano habla solo, gesticulando con las manos. Una pandilla de gamberros se abren paso entre los transeúntes simulando apartarlos a codazos. Hombres y mujeres se concentran en las máquinas de una sala de juegos con gesto adusto.

Felicia sigue su camino lanzando miradas alrededor, buscando aún entre la multitud. Llega a la estación de autobuses y se acomoda en un asiento, pero al cabo de una hora le dicen que ya no llegarán ni saldrán más autobuses y le piden que se marche. Busca la estación ferroviaria y se echa en un banco de madera de la sala de espera, pero también acaban echándola de allí.

Descansa en la entrada de una tienda que es más que una simple entrada: una amplia zona, aislada de la calle por una columna central, con escaparates llenos de relojes. Se acurruca allí, sentada en el suelo embaldosado. Se le ha roto la suela de un zapato. Busca en las bolsas y se cambia de zapatos, pero luego se queda allí porque es un sitio tranquilo.

Al final prosigue su vagabundeo y a veces descansa en un banco de la acera y vuelve a caminar cuando siente demasiado frío. En un puesto, debajo de un puente donde esperan los taxistas, se compra

un hojaldrado de salchicha rebajado a cuatro peniques porque está rancio. La bruma carga el aire de humedad.

Hace horas que los vagabundos de esta población han encontrado sus lugares de descanso nocturno: portales, pasajes subterráneos que han quedado abiertos por error, vehículos abandonados, jardines abandonados de casas derribadas. Igual que los gusanos se abren paso en las grietas de la mampostería, la gente de la calle se ha introducido en sus hogares de una noche en cementerios y solares, en callejas y patios, haciendo paredes con cubos de basura y tejados con lo primero que encuentran. Algunos han subido gateando por los andamios hasta encontrar un rincón debajo de la lona que cubre un espacio sin baldosas. Otros se han instalado en cajas de embalaje desechadas de lavadoras y neveras.

Escondidos así, los vagabundos se sumen en un sopor inducido por el alcohol o agitado por la desesperación, se pierden en sueños que los llevan de nuevo a vidas que en tiempos fueron suyas. Yacen con sus carteles de mendigos al lado y una botella en la que han dejado lo suficiente para aliviar el momento del despertar, con colillas de cigarrillos a mano. «Sin casa y con hambre», reza la súplica garabateada sin pensar en un cartón, que copian unos de otros: sólo importa el dinero. Hombres, mujeres y niños de todas las edades, se echan en los lugares que han encontrado. Los rechazados por la familia han dejado de llorar en sus almohadas improvisadas; los que se hundieron por su estupidez o por codicia inoportuna imploran en silencio el sueño. Un antiguo clérigo deja de rumiar su desgracia y sueña que nunca ha ocurrido. Los maridos rechazados, las esposas abandonadas, las víctimas de la suerte, han superado la amargura y consagran sus energías a abrigarse. A los locos les arrullan voces que les convencen muchas veces de noche de que tienen que levantarse y seguir caminando y obedecen, saben que han de hacerlo. Hombres que han fracasado se tienden solos y sueñan con una realidad que no ven durante el día: grandes hoteles, camareros respetuosos, el poder que tuvieron en tiempos, los miembros de las secretarias. Las mujeres que fueron hermosas en

tiempos vuelven a serlo. No hay arrogancia entre los sin casa de la calle, ni orgullo insistente en sus rasgos dormidos, ningún indicio que revele un pasado de corrupción. Han superado la etapa de la desesperación y en el camino de bajada algunas mujeres se han vendido: con el rostro agrietado y las uñas mugrientas, ya han dejado atrás eso. Los hombres, en grupos de tres y de cuatro, han practicado el truco de las tres cartas en esas mismas calles. Con la barba descuidada, el pelo enmarañado y la cara mugrienta, no atraerían ya la apuesta del cliente de paso. Surge de vez en cuando en sus sueños la fantasía de que pueden curarse, de que pueden ser amados, de que cesarán todas las voces y las alucinaciones, de que mañana encontrarán fuerzas para resistir al olvido. Otros son vagabundos por decisión propia y no volverían a una vida más ordenada por motivos personales. Creen que pertenecen ya a las calles.

—¿Buscas alojamiento, querida? —pregunta a Felicia una mujer coja que tira de un cochecito de niño lleno de trapos, con bolsas de plástico atadas alrededor del cinturón del abrigo. Tiene la cara colorada y rugosa y los ojos inyectados de sangre. De la bufanda de lana que lleva atada bajo la barbilla salen mechones de cabello blanco. Tiene postillas alrededor de la boca.

—¿No tienes adónde ir, querida?

—El albergue está lleno.

—Suele pasar.

—Me han robado el dinero.

—Eres irlandesa, ¿verdad?

—Sí.

—Yo vine del condado de Clare. Hace ya tiempo.

—Yo estoy buscando a una persona.

A la mujer coja no le interesa eso. Lleva en las calles cuarenta y un años, dice; cuarenta y un años, dos meses y un día.

—Llevo la cuenta. Te espabila eso de llevar la cuenta.

Felicia se siente más segura acompañada que sola y camina con la mujer por un barrio cada vez más tranquilo y oscuro. Avanzan

despacio, inspeccionando todos los cubos de basura; cogen los restos de comida y los roen y vacían los posos de las botellas.

—¿Qué edad me echarías? —pregunta la mujer a Felicia en una de aquellas pausas y ella contesta que no sabe.

—Ochenta y dos años, y todavía estoy fuerte. He estado en todas partes. Liverpool, Plymouth, todas las ciudades de marineros. Una vez estuve en Glasgow. Conocí hombres de todas clases en Glasgow. Conocí al primo de la reina. Un hombre atractivo y considerado. Atractivo con su uniforme.

Bordean una zona de solares, han dejado las calles y se acercan al camino de sirga de un canal. Bajo ellas se extiende el agua al fondo de una pendiente, a la que se accede por un sendero entre la maleza.

—Hay un buen refugio abajo en la zanja —augura la mujer coja, y hurga entre los harapos del cochecito. Alza algunos para demostrar su utilidad como mantas y Felicia se estremece, afectada por el olor fétido que la rebusca ha traído consigo.

—¡Lena ha salido! —grita alguien en algún lugar cercano y luego aparecen entre la niebla dos figuras; una de ellas agita las manos y grita otra vez que Lena ha salido. La débil luz de la luna se filtra de vez en cuando entre las nubes y cuando las figuras se acercan más Felicia distingue a un muchacho esquelético de cara infantil y pelo rubio rapado, y a una mujer escuálida de edad madura con piernas como palillos. El muchacho viste pantalones de franela y un jersey de punto debajo de un abrigo de *tweed* roto en un bolsillo, lleva una corbata anudada al cuello de una camisa mugrienta. La mujer lleva el pelo teñido de color naranja, con las raíces canosas bien visibles. Tiene unos labios sensuales en el rostro esquelético, fruncidos en forma de tulipán, y le brillan pintados ahora. Su compañero tiene un vello facial incipiente en el mentón, en el labio superior y a ambos lados de la cara. La ropa de la mujer parece raída a la media luz nebulosa.

—¿Cómo estás, George? —pregunta la coja después de contestar al saludo de Lena. A Lena la han puesto en libertad aquella mañana

a las ocho, según se deduce de la conversación, y había conseguido que la llevaran en una barca hasta Flowers y Casde, donde la esperaba George. Han estado bebiendo cerveza fuerte.

—Me largo si no vienes —amenaza de pronto la mujer coja y sin esperar la respuesta de Felicia desaparece en la maleza de la ladera; las ruedas del cochecito vibran y traquetean en la superficie irregular.

—¿No tienes dónde pasar la noche? —pregunta el joven delgado a Felicia—. ¿Estás colgada?

—No tengo sitio para esta noche.

Felicia aún prefiere estar acompañada que sola y se queda con ellos. Vuelve por el mismo camino que había hecho con la mujer coja. Los dos manifiestan curiosidad al principio cuando ella les explica que ha estado buscando una fábrica de segadoras porque tiene un amigo que trabaja allí. Da una descripción: cabello oscuro corto, talla media, ojos verdosos, vosotros seguramente diríais que grises. Johnny Lysaght, dice, y les cuenta Jo del dinero que ha desaparecido de Jas *mangas* de su jersey.

—Muy típico —es la respuesta de Lena; la descripción de Felicia no despierta ningún interés—. Vuelves la cabeza y te roban en un abrir y cerrar de ojos.

Lena no para de hablar mientras caminan. Hay una asistenta social en la cárcel que es tan fétida como col podrida; hay otra que se llama señorita Basura. En esta ocasión había tenido suerte con la compañera de celda.

—Quiere que me asocie con ella cuando salga, esa Phyllsie. No sé que apaño hace con el subsidio. Yo no me asociaría con nadie, Felicia; te juro que se lo regalo. Ahora que he encontrado al chico ya no busco nada más. George y yo estamos juntos, Felicia, ¿sabes lo que quiero decir? No quiero marrullerías, con el joven George no. No sabe lo que significa, ese chico no sabe lo que es eso.

—¿Tienes hambre, Felicia? —tercia George.

Tiene la voz más bonita que ha oído Felicia en su vida. Cada palabra que pronuncia está perfectamente articulada, sin

distorsiones del acento ni incorrecciones. Lena habla toscamente.

—Sí, tengo hambre.

Felicia añade que no le queda dinero para comida, pero George dice que no importa y Lena está de acuerdo. La chaqueta raída de ésta ha adquirido color a la luz de la calle: un amarillo desvaído, con botones dorados sintéticos.

Compran raciones de patatas fritas en una tienda de patatas y pescado fritos y las comen en la calle. Ella es de Londres, dice Lena, nació y se crió allí. Allí se conocieron ella y George y decidieron cambiar de escenario hace tiempo por un problema que tenían, una mujer que dio una descripción. Dormían tapados con cartones en Londres, y antes de eso ella hacía la calle, actuaba en los coches. Nunca se aficionó. Antes de aquello, había conocido a un hombre en Westbourne Grove que la convenció de que se tatuara montañas nevadas en la espalda. Y allí las tenía para siempre; actúas impulsivamente y acabas con un paisaje encima el resto de tu vida.

George guarda silencio mientras Lena habla, limitándose a asentir amablemente cuando ella explica lo del tatuaje. Entorna los ojos comprensivo, y sus suaves rasgos infantiles adoptan una expresión de cordialidad.

—Algunos de esos magistrados son unos pobres infelices —comenta Lena, pero añade que el juez que la envió a ella a chirona esta vez era harina de otro costal y había disfrutado cada instante de su sentencia. Describe la cara acalorada y roja, entusiasmada y severa—. Ese asunto de un ejemplo para los demás. ¿Entiendes lo que quiero decir, Felicia?

—Sí.

—Así que estás preñada, ¿eh, Felicia? Con un bollito en el horno, ¿eh?

—Por eso estoy buscando a Johnny.

—Johnny el que llega tarde, ¿eh? ¿Johnny el pero si apenas te conocía?

—No es nada de eso.

—Claro que no. Por supuesto —Lena hace una pausa; luego añade—: No soy la madre del chico, Felicia. ¿Creías que era su madre? Tiene dieciséis años, ¿sabes? Y madre propia por allá por Londres.

—Conduce un Daimler —dice George.

—No soporta que digan nada contra ella, George no lo soporta. Te aseguro que este chico es un santo, Felicia. Lo llevas a un Pricerite o a un Victor Valué o a un Lo-Cost y no birla nada, no lo ha hecho nunca, ni un tubo de pastillas.

Mientras ella había estado encerrada, George había estado pidiendo, durmiendo mal y viviendo a base de té, sin coger nunca nada en ningún sitio.

—Manda una postal a los obispos por sus cumpleaños, sin olvidar a ninguno. La educación te hace así, Felicia. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Llegan a un edificio con andamios alrededor y una puerta provisional hecha con un tablero sin pintar.

—Aquí no cobran por dormir —le asegura George a Felicia, apretando el timbre que cuelga de los cables, separado del marco de la puerta. De algún sitio del interior llega el zumbido de música estruendosa y un martillleo de vez en cuando.

Se abre la puerta y los saluda un individuo de cazadora que lleva un vaso en la mano.

—Bienvenidos —les dice—. Adelante.

Les guía por un vestíbulo sin moqueta hacia las escaleras sin moqueta. Han arrancado parte del empapelado de las paredes y todavía hay algunas tiras colgando. En el vestíbulo y en las escaleras hay trozos de escayola, ladrillos, virutas de madera y cable eléctrico. Sacos de cemento, palas, cubos y un montón de bloques de cemento ocupan casi por completo el rellano de la primera planta. De detrás de una puerta cerrada de la última planta a la que le han quitado la pintura con llama llega con más fuerza la música. En otra habitación se oye más fuerte también el martilleo intermitente.

—Así que han vuelto a soltarte, Lena.

El hombre de la cazadora abre la tercera puerta del rellano y tiene que gritar para hacerse oír.

—Reducción, ¿eh?

—Así es, señor Caunce.

Una bombilla sin pantalla ilumina vagamente una pequeña habitación sin muebles. Hay varios colchones con manchas de herrumbre colocados juntos en el suelo. Dos están ocupados.

—Ahí tenéis —el hombre de la cazadora sonríe de nuevo a los tres recién llegados—. ¿De acuerdo?

Lena dice que la habitación está bien.

—Buenas noches, señor Caunce.

Los ocupantes de los colchones son un hombre joven y una chica; están completamente vestidos y sin más abrigo que la ropa. Están los dos echados boca arriba mirando al techo. No saludan a los recién llegados ni apartan la vista del techo.

—El lavabo está enfrente —le indica Lena a Felicia antes de hacer ella el camino.

Cuando vuelve, les toca ir a George y a Felicia. A Felicia no le gusta. No se puede cerrar la puerta y está sucio. Las tablas del suelo están empapadas porque la taza está agrietada y pierde. Un trozo de cuerda hace las veces de cadena. Brota de la pared un grifo solitario, pero ha desaparecido el lavabo. Y no hay papel higiénico.

Tampoco le gusta el cuarto cuando vuelve. No le gusta la casa. Lena se ha quitado el abrigo. Lleva debajo una falda negra ceñida de cuero sintético y un jersey negro, que también se quita. George se ha quitado el abrigo y los zapatos.

—¿Te parece bien todo? —pregunta Lena, que añade sin esperar la respuesta—: Parece que nuestros amigos son drogadictos.

Lena y George comparten un colchón y se tapan con el abrigo de él. Felicia se acuesta en el colchón que queda libre. Lena le pide que apague la luz. George le repite que el señor Caunce no les cobra nada.

Felicia escucha la respiración sonora de los dos adictos, la música y el martilleo. Estos sonidos y la fetidez de la habitación se filtran en

su sueño hasta que la despiertan otros ruidos. Son gritos de mujer. De algún lugar de la parte de abajo de la casa llegan gritos de dolor desesperados e histéricos.

La respiración de la pareja no se altera. Lena y George tampoco despiertan. Luego cesan la música y el martilleo y se oyen sólo los chillidos de la mujer, entre los que se entiende alguna que otra palabra.

—¡Salvajes! ¡Animales salvajes!

La mujer se agota al fin y durante un rato se oyen sus sollozos; luego, todo queda en silencio hasta que empiezan otra vez la música y el martilleo.

Felicia no vuelve a dormirse, aunque cuando empieza a clarear cesen los dos ruidos. Solloza también y desea haber podido seguir durmiendo, sin saber qué hará cuando comience el día.

—¿Os apetece un té? —pregunta Lena—. ¿Té, Georgie?

A los drogadictos con quienes han compartido la habitación parece espabilarles su marcha; tienen los ojos dilatados y desenfocados. Se inyectan los dos en silencio, pasándose el uno al otro la jeringuilla.

—¿Quién era la mujer que gritaba de aquel modo? —pregunta Felicia, ya en la calle.

—Una señora española —George parece triste. Ha desaparecido su animación de la noche anterior.

—Una antigua cantante —añade Lena—. De salas de fiestas. Protesta por el ruido, ¿comprendes? Y además tiene goteras en el techo por el agua del retrete y no sé qué otra historia del teléfono roto. Lo de la música y el martilleo continuos y lo de que anden con desechos subiendo y bajando por las escaleras continuamente es cosa de Caunce, que quiere echarla.

—El señor Caunce no es un individuo muy amable —George expone el comentario con renuencia—. Me temo que no tenemos más remedio que decir eso.

—Me la imagino a veces cantando en la sala de fiestas —dice Lena—, allá en sus buenos tiempos. Ahora debe de tener unos

sesenta años.

—Los gritos eran horribles.

—Espantosos —conviene Lena, y dejan el tema.

Se ponen en la cola a la puerta de una sala parroquial que todavía no ha abierto. No dan mucho, advierte Lena: té y pan untado con algo; si vuelves a ponerte a la cola y no caen en la cuenta puedes conseguir más.

—¡Buenos días! —les saluda una mujer, apuntalando las puertas abiertas, al cabo de unos veinte minutos. Lleva una insignia con su nombre: Beryl.

En el interior hay mesas de caballete y bancos colocados en hileras. En un rincón hay un fregadero al lado de una nevera y una cocina de gas. Otras tres mujeres untan de margarina rebanadas de pan; y una quinta mujer sirve té de una tetera metálica grande en las hileras de vasos en los que ya han servido la leche. Huele a gas y a detergente.

Los visitantes matinales entran arrastrando los pies; son casi todos hombres, todos desastrados. Están callados, salvo dos que discuten entre dientes. Lena vuelve al tema de su colega de la cárcel y su plan para conseguir subsidios extra de la seguridad social.

—¡Basta ya! —grita la mujer que sirve el té, reconviniendo a los hombres que riñen. Añade jovialmente que no están en una cervecería al aire libre y hace lo posible para que los hombres dejen de reñir. Pero ellos siguen hoscos.

—Phyllsie no se saldrá con la suya, ¿comprendes lo que quiero decir, Felicia? La pobre no tiene maña para esas cosas.

Entran otras dos mujeres que evidentemente no van allí a desayunar, y que son más jóvenes que las que están sirviendo. Echan una mirada rápida a los reunidos y eligen a Felicia y a sus compañeros para abordarlos primero.

—La brigada del sida —comenta Lena.

—Siempre que os pinchéis con una aguja que encontréis —empieza a decirles una de las mujeres en tono intimidatorio—

extraed la sangre del pinchazo con fuerza. Con fuerza de verdad, toda la que salga, ¿comprendéis?

—No somos drogadictos —dice Lena.

—Nadie dice que los seáis —tercia la segunda mujer, en el mismo tono petulante que su compañera—. Lo único que se os dice es que podríais tocar algo por casualidad.

—Colocad el dedo debajo del grifo de agua caliente durante diez minutos. Luego metedlo en lejía.

Cuando las mujeres del sida siguen su camino, George dice en un tono que indica que lo ha estado pensando durante la arenga:

—No sabemos nada de segadoras de césped.

Cabecea repetidamente para ratificar esta conclusión, y Lena dice que está de acuerdo. Añade que lo siente, pero que no es lo suyo. Acaban el desayuno y Lena plantea:

—¿Vienes al parque, Felicia?

No queda lejos; se sientan a ver pasar a la gente que va a trabajar. El suelo está negro como carbón, los rosales aún no han empezado a echar los brotes de la nueva estación. La hierba segada hace meses todavía no da muestras de crecer. Los macizos de flores no tienen malas hierbas. El banco de madera que ocupan está dedicado a Jacob y a Mir Abrahams. «Murieron con otros, 1938. Se les recuerda aquí».

—Lo que me gustaría tener sería uno de esos perros pardos grandes que tienen la boca abierta —afirma Lena—. Lo primero que haría si tuviera dinero sería conseguir un perro de ésos. Un buen amigo que puedes llevar por la calle, ¿comprendes lo que quiero decir, Felicia?

Pasa una pareja tranquila, del brazo. Jubilados, conjetura Ixna; ahora se lo toman con calma. Es raro que salgan tan temprano, es raro que no tengan un perro.

—¿Ninguno hoy, Georgie? —pregunta luego, y George constata que sí, que hoy es el cumpleaños del obispo de Bath and Wells.

—Lamento que no sepamos nada de lo de las segadoras —comenta George.

Luego se levanta, y Lena también. Felicia comprende que su encuentro con ellos ha terminado. George dice que no lo había olvidado, que ayer envió al obispo de Bath and Wells una postal de una ardilla. Sonríe y mueve la cabeza de nuevo mientras añade que el obispo seguramente la esté leyendo en aquel preciso momento. Dice que una vez oyó un sermón cuando estaba en el colegio. En el que se demostraba que los obispos eran personas solitarias.

—Buena suerte, Felicia —dice Lena—. Buena suerte con tu chico.

—Escribí en ella un versito que sé —dice George, y se para a recitarlo, con su pronunciación clara:

De todos los árboles que crecen tan bellos
para la vieja Inglaterra adornar
No los hay más grandes bajo el sol
Que el cedro, el fresno y el espino albar.

Se alejan, caminando despacio entre los macizos de flores. Felicia se queda mirándolos y sigue oyendo la voz de George hasta que se apaga del todo.

XIII

El señor Hilditch descansa en su espacioso salón principal. Se oye *Blue Hawaii* en el gramófono. Reposa sobre sus rodillas el *Daily Telegraph*.

Suena el timbre, pero él no se mueve. Sabe que ella no se marchará, que volverá a llamar. Cuando lo hace, se levanta despacio y cruza el vestíbulo con paso regular y pausado; sus dudas persistentes se disipan tan deprisa que cuando llega a la puerta han desaparecido del todo. Termina el disco, pero él sigue tarareando la canción en un siseo bajo entre dientes. Se lleva una mano a la corbata de luto y se la coloca bien antes de abrir la puerta.

—Vaya, volvemos a vernos —dice, esbozando su cordial sonrisa.

El señor Hilditch no apremia a la visitante para que entre en su casa. Se queda a la puerta con ella y tiene que mirarla de cerca porque es de noche. Recuerda cómo engañaba al ratón para que cayera en la trampa cuando era pequeño. La trampa estaba hecha como una jaula. Dejaba el queso en el suelo y se iba. Iba colocando el queso un poco más cerca del alambre cada día y al final el ratón entraba tranquilamente, seguro de que sabía lo que hacía.

—¿No has tenido suerte en tus pesquisas?

El señor Hilditch habla con naturalidad, no quiere dar la impresión de que está complacido. Escucha mientras la chica irlandesa le explica que ha andado recorriéndolo todo. La deja contar su historia.

—Me han robado el dinero.

—¿Robado?

—Bueno, ha desaparecido. Lo guardé en una bolsa y cuando lo busqué ya no estaba.

—Has estado con gente poco de fiar, ¿verdad?

Ella le explica su estancia en la casa religiosa y él comenta que no hay que fiarse de ningún fanático. La chica irlandesa dice que no sabe qué hacer. Dice que ha estado en otros albergues.

—¿De cuánto estás ahora? —pregunta el señor Hilditch dándose una palmada en el vientre—. Ya sabes.

—De cuatro meses.

—Apenas se nota. Bueno, sólo un poco. Empieza a notarse.

—Usted me dijo que podía… me dijo usted aquel día que podía ayudarme…

Empieza a temblarle la voz; consigue calmarse y añade:

—Quería saber… —se interrumpe otra vez y él la anima a seguir, con un cabeceo—. Quería saber si puede prestarme el dinero para el billete de vuelta a casa.

Le tiembla de nuevo la voz cuando intenta decirle que es un descaro pedírselo a un extraño. Dice que no sabe adonde acudir.

—¿Quieres volver a casa?

—Fue un error venir aquí, nunca debí hacerlo.

—¿Y qué hay de tu amigo, entonces?

—Nunca lo encontraré.

El señor Hilditch comprende al oír esto que está desalentada. Tenía que haber hablado con ella cuando la vio en la calle, a pesar de sus recelos. Tal vez fuera ya demasiado tarde; sabe por experiencia que en cuanto se les mete una idea en la cabeza no es fácil disuadirlas. Si cree que ya ha hecho todo lo posible no habrá quien la convenza de lo contrario. El señor Hilditch nota un vacío en el estómago, la sensación de que pueden arrebatarle algo que consideraba suyo. Consciente del peligro, habla prudente y pausadamente, simulando una serenidad que no delate su nerviosismo interior.

—Lo bueno del asunto es que si tu amigo supiera todo esto se moriría de rabia. Lo sé por experiencia. Si supiera lo que has pasado,

todo el follón en casa y cómo le has estado buscando en un país que no conoces, el pobre se volvería loco.

Aparecen entonces las lágrimas, tal como él esperaba. La culpa de todo la tiene la madre de él, oye decir a la chica otra vez, y siente cierto alivio, sin saber exactamente por qué. Escucha mientras ella repite que la madre le escribió mentiras en una carta; que le dijo que no volviera por Navidad con alguna excusa.

—¿Lo sabes a ciencia cierta, Felicia? ¿Te ha dicho alguien que fue la madre?

—Estoy segura. Juraría que fue ella.

—¿Así que no has tenido noticias de nadie desde que llegaste aquí?

—Nadie sabe dónde estoy.

—¿Pero saben que viniste a buscar a Johnny?

—Sólo ella sabe dónde está él.

—Y por supuesto ella no le habrá dicho que te fuiste. Lógicamente.

—No, no lo haría.

Ella vuelve a mencionar el préstamo, con mucha vergüenza, como antes. Menciona la cantidad que necesita, según sus cálculos. Él no responde directamente, pero le dice:

—¿No te parece una lástima renunciar tan fácilmente después de haber llegado tan lejos y haberte arriesgado tanto? Y, en primer lugar, ¿crees que te recibirán con los brazos abiertos cuando vuelvas?

Lleva las bolsas en las manos y no las ha dejado en el suelo.

—Preferiría encontrar a Johnny —susurra ella, entre sollozos—. Pero nunca lo conseguiré.

—La verdad, yo creo que después de todo lo que has pasado tendrías que hacer un último esfuerzo. ¿Me entiendes, Felicia? Yo puedo pedir a la chica de la oficina que haga las llamadas tal como te propuse. ¿Recuerdas que te lo dije, Felicia? Si Johnny te habló de una fábrica de segadoras, en algún sitio tiene que estar.

Ella mueve la cabeza y se seca la nariz con un pañuelo de papel.

—Seguro que lo entendí mal.

Él mueve la cabeza despacio también.

—No llevaría más de una o dos horas. No es mucho. Esa chica vale mucho, no tiene un pelo de tonta, te lo aseguro. Y hay otra cosa, he oído que hay sitios donde suelen reunirse los jóvenes irlandeses. Por ejemplo, en el Blue Light. ¿Se te ha ocurrido mirar en el Blue Light?

Contesta que no y él le explica que quizá mereciera la pena hacerlo, allí y en algún otro local. Sólo para asegurarse antes de tirar la toalla.

—Es comprensible que te fueras de aquel modo el otro día, querida. Le conté el incidente a Ada cuando tuvo un momento de lucidez y ella dijo que era comprensible. Lo menciono sólo porque no me gustaría que pensaras que lo tomé a mal.

—¿Está mejor su esposa?

—Ada ha muerto, querida.

Ella se lleva las manos a la boca, un gesto rápido, inquieto.

—¡Oh, lo siento! —las palabras brotan de prisa, con un leve tartamudeo de nuevo—. ¡Dios mío, lo siento!

—Hace ya tres noches —deja que se haga el silencio, porque la ocasión lo requiere. Por último sigue—: Hace tres noches. Hay que reconocer que fue una bendición. Hay que emplear esa expresión, Felicia.

Nota cómo se debate la joven por dar una respuesta sin encontrar las palabras. Sabe lo que está pensando. Piensa que hay una persona que es buena contigo y que te ayuda y que es alguien que también tiene problemas y que luego tú le das la espalda cuando necesita ayuda. Lo único que él había pedido aquel día había sido que le hiciera compañía un par de horas, no había pedido más que eso.

—Bueno, pues nada, buenas noches.

Vacila y siente el impulso de recordar *Blue Hawaii*, de tararearlo en un siseo.

—Salvo que quieras beber algo caliente —ofrece, resistiendo el impulso de tararear la melodía—: Puedes pasar si quieres. Estoy haciendo té.

Ella vacila un momento también y luego sube los peldaños hasta la puerta del vestíbulo.

La cocina es enorme, Felicia no ha estado nunca en una tan grande. El techo de madera está manchado por los vahos de muchas generaciones. Sólo queda un gancho para colgar jamones de la hilera que debió de haber en otros tiempos. Hay dos aparadores llenos de loza. Una mesa de pino enorme ocupa el centro; ve unas medias colgadas en el tendedero de polea. Hay cuatro sillas de respaldo recto, una escalera de mano apoyada en la pared, una máquina de coser antigua en un rincón, un exprimidor. La nevera y la cocina eléctrica parecen fuera de lugar allí.

—Quedan cerca —comenta el hombre que aún no le ha dicho cómo se llama, mientras echa agua en la tetera eléctrica—. Los locales que frecuentan los chicos irlandeses. Si quieres, puedo llevarte.

—¿Quiere decir ahora?

—Todavía es pronto. El Blue Light es una cafetería. Me parece muy probable que Johnny vaya allí, es un presentimiento.

Si quieres que te diga la verdad, me animaría salir. Si no te importa ir en coche.

Felicia niega con la cabeza sin demasiado entusiasmo.

—No, no. No me importaría.

Lo dice en un tono triste. No servirá de nada. Pero será una posibilidad de conseguir el préstamo.

—Vamos a comer algo antes.

Felicia se pregunta si habrán vuelto a llevar el cuerpo de la esposa a casa y como si algo de este pensamiento hubiera aflorado a su expresión, él le dice que el entierro había sido aquella mañana. Ella se da cuenta de que él se fija entonces en las medias colgadas.

Se separa de ella y baja el tendedero y las recoge. Las dobla y las guarda en un cajón y luego saca a la mesa hígado y verduras y se pone a prepararlos. Abre una lata de galletas surtidas y la invita a servirse mientras espera, pidiéndole también que se siente.

—Es muy lamentable lo de tu dinero —comenta.

—Sí.

—¿No te queda nada?

Se lo dice: lo que tiene ahora, y que como el albergue del Ejército de Salvación estaba lleno había pasado la noche anterior en una casa que estaban reconstruyendo.

—¿Volverás a probar en el albergue esta noche?

—No sé.

Ella no quiere decirle que se hará tarde si van a los sitios que le han dicho, pero por la forma que tiene de mover la cabeza pensativo mientras corta las hojas de las zanahorias, deduce que ya se le ha ocurrido también a él.

—Tal vez debiéramos dejarlo por esta noche —dice él—. Ya te he entretenido bastante con mi conversación. Lo lamento.

—Me gustaría ir esta noche.

Él cabecea de nuevo de la misma forma, como si hubiese supuesto que la respuesta de ella iba a ser aquella.

—Lamento mucho lo de su esposa —dice ella.

Él lava las zanahorias debajo del grifo, dándole la espalda. Le dice que Ada era muy piadosa, que pertenecía a una familia devota. Y que eso la ayudó cuando llegó el final.

—Se alegraría de verte otra vez con nosotros, querida. Se alegraría de vernos salir a buscar a Johnny.

Le habla del entierro mientras parte el hígado: el reverendo Arthur Chase, y numerosos asistentes, un montón de coronas.

—Me disculpé porque no podía invitarlos a casa, porque no estaba para veladas sociales. Pero el reverendo Chase dijo que fuéramos a tomar algo y algunos aceptaron. Asistieron algunos militares amigos míos, siempre sintieron debilidad por ella. Y por supuesto fueron todas sus amigas del servicio de voluntariado.

Tengo que reconocer que resultaron conmovedores, los comentarios que hicieron sobre ella.

Cenan en el comedor. Felicia recorre con mirada apagada la superficie de caoba de la mesa del comedor, el aparador y la cómoda alta de la galería, los retratos que ocupan el lugar de honor en las tres paredes, la sillería de cuero de imitación color castaño. En la repisa de la chimenea hay una fotografía enmarcada de una mujer mofletuda con una cinta negra alrededor.

—En el crematorio —dice él, y como ella no sabe lo que es un crematorio imagina una iglesia.

El sirve el té y le ofrece otra vez la lata de galletas; luego recogen los platos que han usado. Él se detiene junto a la fotografía de la repisa antes de salir del comedor y le tiemblan los hombros inmensos y también la protuberancia del cogote. Luego se vuelve y se dirige a ella comentando, con los ojos diminutos perdidos detrás de las gafas empañadas, que su esposa era una mujer extraordinaria. Felicia vuelve a sentirse avergonzada por haberse asustado después de lo amable que había sido con ella, dedicándole tiempo a pesar de la preocupación que tenía encima con lo de la operación de su esposa. Nadie había sido tan atento, se dice Felicia recordando los gestos hostiles de la gente de la Casa de la Congregación y la desconfianza de la señora Lysaght, y a su padre cuando la llamó puta. Lena y George se habían marchado porque querían estar solos. Recuerda la cara de la señorita Furey cuando la advirtió que tuviera mucho cuidado con lo que decía.

—Eres muy amable —responde su bienhechor cuando Felicia se disculpa con torpeza por haberse marchado—. Te repito que no lo tomé a mal, querida.

Hay en el tono de él una generosidad y una cordialidad que la animan.

El señor Hilditch es cuidadoso. Saca a colación el asunto de que tiene que ir agachada en la parte de atrás del coche explicándole

que es necesario porque si le vieran con una chica joven habiendo pasado tan poco tiempo desde la muerte de su esposa podrían interpretarlo mal.

—Perdona, eh —se disculpa él cuando salen de las inmediaciones del barrio, y añade que no quiere que manchen la memoria de Ada las murmuraciones. Se detiene luego en el arcén para que ella pase al asiento de delante.

—¿Así que has andado por ahí dando vueltas? —le pregunta luego, y ella le explica más detalles del centro religioso mientras viajan, y de los dos vagabundos, uno de los cuales parecía ser que enviaba tarjetas de felicitación a los obispos por sus cumpleaños. Hay un tipo empeñado en librarse de la pejiguera de una inquilina, y una vieja que arrastra sus pertenencias en un cochecito de niño. El de las tarjetas de cumpleaños de los obispos parecía que estaba bastante chiflado.

—Se encuentra uno mucha gente rara por ahí —ese es el único comentario que se permite él—. Yo en tu caso tendría mucho cuidado. Pero bueno, ya lo has comprobado, a tus expensas.

Entran en un Happy Eater de camino hacia la cafetería, que queda a unos cincuenta kilómetros largos; luego paran en un Dog and Grape al que él había llevado a Beth varias veces. Elige el salón interior porque recuerda que en el bar hay un tocadiscos automático. Una pareja madura mira hacia ellos un par de veces, pero otras dos parejas que hay con un caniche están demasiado absortas en los chistes que cuenta uno de los hombres y no les prestan la menor atención.

Felicia pide un Seven-Up y él toma lo mismo y una bolsa de patatas fritas. En un momento de calma en las conversaciones, él le dice:

—Malaway, se apellidaba Ada. Ada Daphne Malaway; Daphne como su madre. Una familia de fabricantes. Cojinetes de bolas para vehículos pesados.

Ella está mirando a la gente que hay en el local para ver si encuentra la cara que busca, sin tomar el refresco.

—Muchas veces recordábamos el día de nuestra boda, Ada y yo. En los últimos tiempos. Cuando pasamos debajo de las espadas desenvainadas; luego cortamos la tarta con una espada, por supuesto. En una boda militar hay toda clase de tradiciones: se toma el champán en un casco militar, tus colegas los otros oficiales abrazan a la novia. Nada inconveniente, por supuesto.

El señor Hilditch saluda con un amable cabeceo a la pareja madura cuando va a la barra a buscar otra bolsa de patatas fritas. La mujer mira hacia otro lado y el hombre se limita a mantener la mirada fija. No tiene sentido seguir aquí, se dice el señor Hilditch, y se guarda las patatas en el bolsillo para ir comiéndolas en el coche.

—Creo que es muy probable que esté en el Blue Light —dice con firmeza cuando se alejan de allí en el coche.

Las había llevado a todas al Blue Light en un momento u otro, porque el local les iba, especialmente a Gaye. A él personalmente no le gusta, aunque las patatas fritas son buenas. Por el aspecto grosero, en su opinión, que queda confirmado en cuanto ponen el pie en el local y un grupo de gamberros empiezan con risitas.

—¿No? —murmura él al verla mirar alrededor con una expresión que había sido impaciente en los sitios en que habían estado antes, pero que ahora es de hastío—. ¿Nada de nada, querida?

Ella mueve la cabeza. Escucha las voces a su alrededor y dice en tono abatido que allí no hay irlandeses.

—Es que esos muchachos irlandeses vienen más tarde. Esperemos veinte minutos, ¿quieres?

Se abre paso hasta la barra para pedir platija y patatas fritas. Cuando vuelve junto a ella, Felicia ha encontrado sitio en un reservado. Dice que no quiere comer nada y él responde que debe tomar algo por su estado. Está decepcionada, por supuesto; lo comprende, le dice.

—Ten paciencia conmigo, sólo un minuto, Felicia, mientras hago una llamada rápida para comprobar la situación. Es que se me ha ocurrido que conozco a un tipo que emplea a trabajadores irlandeses; tiene un taller de fundición que queda a menos de dos

kilómetros. Será sólo un momento, seguro que él sabe adónde van esos muchachos si han dejado de venir aquí.

Luego espera en el servicio de caballeros dos minutos, no tanto como para que se le enfríe la comida. Cuando vuelve al reservado, hay allí dos gamberros que están intentando ligar con ella.

—¿Puedo ayudaros en algo?

Les sonríe afablemente, pero ellos se ponen groseros y luego se van. Ya había supuesto que si la dejaba sola se le acercarían, lo cual le daría la oportunidad de dejar las cosas claras.

—Nada de lo dicho —informa—. Debe de haber salido.

Los gamberros se marchan ya y sólo quedan unas cuantas parejas en los reservados. Una muchacha sucia y desaliñada barre el suelo.

—Cuéntame más cosas de ti, Felicia.

La ayuda a recordar haciéndole preguntas para animarla: sobre su vida familiar, si tienen animales domésticos, sobre sus amigas y si alguna de ellas sabe dónde está. Felicia niega con la cabeza: no se lo había dicho a nadie, vuelve a asegurar, y repite que si su padre ha ido a la policía e interrogan a la madre del novio, ella seguramente los despistará en cuanto al paradero de Johnny. Aunque en la imaginación del señor Hilditch ha empezado a formarse una imagen nítida de aquella mujer, no quiere pensar en ella ahora. En el momento oportuno dice:

—Espero que no me consideres un entrometido, Felicia, pero ¿te has parado a pensar en tu estado?

Lo ha dicho alzando un poco la voz. La chica desaliñada está muy cerca de ellos ya, y es evidente que siente curiosidad.

—Es una noticia estupenda, por supuesto —dice él, y vuelve a bajar la voz—. Pero estaba pensando, Felicia, que sea cual sea el resultado de nuestras tentativas de localizar a Johnny, tú no querrás dejarte atrapar. No dejes que las cosas vayan demasiado lejos era siempre el consejo que daba Ada y el mío también. Basta decir que lo perdiste, que es una forma de hablar que abarca muchas cosas. ¿Me entiendes, Felicia?

—Sí.

—No tienes elección, Felicia. Comprendo perfectamente que quieras hablar primero con Johnny. Tanto tú como yo preferiríamos hacerlo y por supuesto lo intentaremos, pero de momento eso no parece posible.

Ella no está escuchando. Tiene la mirada ausente, como si las preguntas de él sobre su familia la hubieran transportado otra vez a ella. La hace reaccionar con algo práctico.

—¿Te apetece tomar algo, querida?

Ella pide té. Él echa salsa de tomate en la última patata antes de levantarse a buscárselo. Está seguro de que la gente del local le recuerda. Le conocen de vista, aunque ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vino, aunque no le hubiesen saludado ni lo hubiesen hecho nunca. Se acuerdan de él por las chicas, una y luego otra, y ahora una nueva, que está embarazada. Siente un pequeño espasmo de placer cuando vuelve al reservado con los envases de cartón plastificado.

Ella tiene la cara vuelta y él comprende que está llorando. Otra cosa, explica él, es que si no localizan a Johnny y ella regresa a casa como está ahora, cuando Johnny vuelva al pueblo será demasiado tarde. Y es lógico que lo haga, teniendo como tiene la costumbre de visitar periódicamente a su desagradable madre.

—Lo que quiero decir es que la actitud de Johnny hacia ti sería mucho mejor si no estuvieras empujando en un cochecito a un niño del que él no tiene ni idea. Tal vez me equivoque, Felicia, pero creo que tienes que afrontarlo.

—No quiero hacer una cosa así.

Se le escapa una especie de gemido y él rodea la mesa y se sienta a su lado. Le echa un brazo por los hombros y ella inicia un largo parlamento acerca de una visita a la granja de una mujer que al parecer mantenía relaciones íntimas con su hermano.

—Sécate los ojos, querida.

Sharon, antes de que él la conociese, se había librado de tres pequeños errores de aquel género. Le había mencionado adónde

había ido la tercera vez, a expensas del dueño de una tintorería. Muerto de miedo, había dicho Sharon. La clínica Gishford, yendo hacia Sheffield. De lujo, había dicho Sharon.

—Perdona.

La chica de ahora se suena la nariz con un pañuelo de papel que había estado retorciendo entre los dedos. Los clientes del local están mirando claramente, un hombre y una mujer que esperan que les den las patatas fritas junto a la barra, y una chica y un joven que se sientan en el reservado del otro lado del pasillo.

—No, no hables, Felicia. No digas nada hasta que no te tranquilices.

El señor Hilditch le coge una mano entre sus manitas y observa por el rabillo del ojo que la pareja del reservado y la que está en la barra siguen mirándoles. Una pelea de novios, eso es lo que están pensando, por su expresión, un pequeño malentendido que están aclarando.

—Toma el té antes de que se enfríe. Dicen que lo bueno es tomarlo caliente. Yo sólo lo he mencionado porque la noche que llegué a casa y le conté a Ada que te había encontrado vagando por ahí, ella me dijo: «¿No estará embarazada?». Las mujeres saben esas cosas, ¿comprendes?, incluso a distancia. Yo te había visto y no me había dado cuenta. La cuestión es que aquí si lo solicitas al principio el médico está obligado a atenderte. Pero en cambio si es ya demasiado tarde, no quieren saber nada.

—Muchas vienen por eso.

—Claro, por supuesto.

Al señor Hilditch le domina una emoción nueva. Recuerda que Sharon le había dicho que había esperado demasiado, que cuando el tintorero la llevó a la clínica Gishford habían pasado ya veintinueve o treinta semanas. Recuerda que Sharon le había dicho que siempre tiene que ser privado cuando hay algún problema. Sheffield quedaba lo bastante lejos.

—Lo que pasa es que creo que tengo razón al decir que si hay alguna irregularidad pueden tenerte perdiendo el tiempo de un

consultorio a otro hasta que las ranas críen pelo. Si no se han pagado las cuotas de la seguridad social. Si se trata de un extranjero. Podrías tener que pasarte muchas semanas esperando.

—¿Qué?

No estaba escuchando. Él entorna los ojos y se imagina con ella en Gishford, tal como lo había descrito Sharon. Se ve con ella en una sala de espera, la relación evidente por su presencia allí a su lado. Arrastrado un momento, el señor Hilditch respira con dificultad, luego se tranquiliza.

—Lo que quiero decir es que yendo a un centro privado se acorta todo el papeleo.

—No sé qué hacer sin haber hablado con Johnny.

También es el hijo de Johnny; lo repite dos veces, alzando la voz. Repite que no sabe qué hacer.

Las imágenes de la imaginación del señor Hilditch retroceden. La emoción que ha generado ese comentario sobre la marcha del estado de ella le asusta. Aunque es indudable que la gente se está fijando en ellos, el placer que le proporciona esto queda empañado por el miedo a haber sido torpe, a que ella esté otra vez alejándose. Cuando ve que está ya más tranquila le dice:

—Es sólo que Ada lo mencionó antes de irse, pero tienes razón; mejor dejarlo de momento. No volveremos a mencionarlo. Lamento que los chicos irlandeses no vengan esta noche. El problema es que siempre son clientes de paso. A la menor dificultad, se buscan otro sitio cualquiera. Lo lamento, querida.

—No es culpa suya.

Él espera que ella siga, pero no lo hace.

—¿Estás desanimada, querida?

—Un poco.

—Pues en realidad pareces más animada, te lo digo por si te sirve de consuelo.

Felicia no contesta.

—Mandaré a la chica del despacho que lo investigue a primera hora de la mañana y luego ya veremos a qué podemos atenernos.

¿Qué te parece?

—No lo encontrará.

—Si alguien puede encontrar a tu amigo es esa chica. Te lo aseguro, Felicia.

Se marchan cuando cierran el bar y en el camino ya sólo entran otra vez en el Little Chef, que extrañamente aún está abierto. Luego se paran en la misma área de descanso que antes.

—Espero que no te resulte incómodo.

No sabe si ella ha oído su comentario amable debajo de la manta con que le ha pedido que se cubra la cara cuando se ha agachado en la parte de atrás otra vez. Le ha pedido que se tape con la manta por las luces de la calle.

—Es estupendo que seas tan comprensiva —añade, procurando transmitir alegría.

Cuando el coche se detiene en la grava a la puerta del Número Tres, él repite que la chica de la oficina se pondrá manos a la obra a primera hora. Llamará a todos los sitios que encuentre. Comunicará con los departamentos de personal de todas las fábricas como lo haría un investigador privado; dará el nombre de Johnny Lysaght y una descripción detallada. Tal como le había dicho cuando mencionó el asunto por primera vez, comprobará el censo electoral y todas las demás listas que pueda encontrar.

—Por la tarde sabremos el resultado. Tendremos al señor Johnny en nuestro punto de mira.

—¿Volveré para que me lo diga?

Por su forma de preguntarlo —por el tono cansino de su voz—, es evidente que ya está convencida de que no habrá novedades a pesar de todo lo que él acaba de decir. Está pensando en el dinero que vino a pedir prestado.

—Cuando quieras, después de oscurecer. ¿Te parece bien hacia las seis?

Y se lleva una mano a la boca para sofocar un bostezo que no se produce. Luego añade con toda la naturalidad que puede:

—Encontrarás un sitio para pasar la noche, ¿verdad?

—Volveré a aquella casa, la del señor Caunce.

—Ten cuidado en un sitio como ése, Felicia.

—Lo tendré, sí.

Las bolsas de plástico están donde las había dejado, en el vestíbulo, junto al perchero. Él la observa mientras ella procura dar con las palabras para sacar a colación el dinero, pero es demasiado tímida para volver al tema. Es muy natural, porque sacarle a un desconocido más de cincuenta libras es una empresa delicada. No sabe si mencionar él mismo el dinero, sólo para mantenerla interesada, pero decide no hacerlo.

—¿Necesitas usar el servicio antes de irte? —pregunta en cambio, también en tono despreocupado.

—No, no hay problema, gracias.

Rila sigue vacilando. Empieza a decir algo, pero sólo consigue pronunciar un par de palabras; se interrumpe y le da las buenas noches. Menos despreocupado ahora, en tono grave, él pregunta si es prudente que se vaya a vagar por la calle a aquellas horas de la noche.

—Si quieres puedes quedarte aquí, naturalmente —añade a continuación.

XIV

—¡Buenos días, señor Hilditch! —grita en el patio un hombre cojo, un empleado de limpieza de la cantina.

—Buenos días, Jimmy. Parece que mejora algo el tiempo, ¿eh?

—Se siente uno más animado, señor Hilditch.

Ha pasado el tiempo lluvioso de los últimos dos días; hace mucho frío y está despejado. Hoy hay croquetas o cerdo asado o pescado; y ciruelas a la crema o brazo de gitano: el menú de los jueves. Él seguramente elegirá las croquetas, con patatas fritas y puré de guisantes, a no ser que el cerdo esté especialmente sabroso, como ocurre de vez en cuando.

—Buenos días, señor Hilditch —grita alguien desde lejos, y él sonríe y saluda con la mano.

Es sorprendente que le saluden como siempre. Es sorprendente que nadie le mire de forma distinta en el patio o en las cocinas cuando entra diez minutos después, o por el cristal de los despachos contiguos al suyo. Al señor Hilditch le cuesta trabajo creer que ninguna de aquellas personas sepa que hace menos de ocho horas, a la una y veinte de la madrugada, de pie en el vestíbulo de su casa, había hecho la invitación que hizo, y que debido a ello tiene a una chica irlandesa desconocida encasa. Se atiene uno toda su vida adulta a una norma. Toma continuamente todas las precauciones necesarias para evitar habladurías. Y luego en un solo instante lo echa todo a rodar. Nunca había sentido el impulso de llevar a casa a Beth ni a Elsie Covington ni a ninguna de las otras. Jamás se había referido a una esposa, ni había hablado de una boda al estilo militar, con tradiciones y espadas. Nunca había habido motivo para nada

más que los encuentros, pasar unas horas juntos y dejar que la gente se fijara en ellos donde no era peligroso que lo hiciera.

Está seguro de que anoche en el Little Chef una mujer que estaba recogiendo los platos sucios le susurró algo a otra mujer y las dos miraron hacia donde estaba la chica irlandesa que movía la cabeza después de que él llamara su atención hacia un joven que acababa de entrar en el local. Era indudable que las dos mujeres habían llegado a la conclusión de que ella estaba embarazada. Todavía no se le notaba, pero las mujeres se dan cuenta mucho mejor que los hombres, como bien sabe él por lo que le dicen a veces en la cantina. Hasta se lo dijo a ella; algo sobre la percepción femenina, sólo por darle conversación.

La emoción que había empezado como un leve espasmo de placer en el Blue Light, se intensificó estremeciendo todo su cuerpo, similar a la fiebre que acompaña a la gripe, más tarde, cuando estaba con la chica irlandesa en el vestíbulo, las bolsas de ella esperando que las recogiera y la crucecita de metal apenas visible al cuello. La había invitado a quedarse en su casa porque se había sentido impulsado a hacerlo, lo mismo que se había sentido impulsado a coger del brazo a Gaye al salir de Pam's Pantry en los Creech Wood Services, un gesto prematuro porque era la primera vez que salían juntos. Pero no podría haberse contenido aunque lo hubiera intentado, a pesar de que Creech Wood no estaba ni mucho menos a una distancia segura, tendría que haber estado por lo menos treinta kilómetros más lejos. Dos minutos después, en el aparcamiento de coches, se había fijado en un hombre que parecía Bellis, el de las naves de pulverización, y le había dado un vuelco el corazón y se le había helado la sangre en las venas. «¿Su hija, señor Hilditch?» se imaginó que le preguntaba aquel hombre cuando volvieran a verse en la cantina; y que tenía que negar con un gesto y decirle que no había estado nunca en Creech Wood Services. Pero luego se había dado cuenta con gran alivio de que se había equivocado, aquel hombre no era Bellis.

Que te vea el par de ojos que no debe verte cogido del brazo de una amiga le parece ahora una insignificancia; poca cosa comparado con que se sepa que has admitido una chica bajo tu techo. La sensación de peligro le resulta atractiva por primera vez en su vida adulta y comprende instintivamente que esto se debe al gran riesgo que corre. Le parece también que ha estado viajando mucho tiempo hacia el punto de destino al que ha llegado, que todas sus acciones previas carecían del brío de la que le ha traído aquí. La chica irlandesa había pasado la noche en su salón principal, había dicho que estaría perfectamente allí, aunque él le había ofrecido una habitación con una cama arriba. Se había echado en el sofá, donde él la había visto cuando bajó de puntillas antes de retirarse también. Al recordar ahora su bulto dormido, el señor Hilditch comprende que el sola ya nunca será igual para él. Esta chica ha utilizado los cubiertos que él utiliza, y ha usado el lavabo y quizá se hubiera lavado toda.

—Hazte uno o dos huevos si tienes apetito luego, Felicia —le había dicho antes de irse. Puede disponer de todo lo que él tiene.

La mañana transcurre lentamente para el señor Hilditch y le cuesta trabajo concentrarse. Sabe que puede confiar en la chica. Sabe que se quedará en la casa, que no saldrá al macizo de arbustos ni al patio de atrás porque le ha dicho que es mejor que no lo haga. Tendrá cuidado de no acercarse a las ventanas, aunque sólo sean parcialmente visibles desde la calle; tendrá cuidado sobre todo de no acercarse a las de abajo por si se le ocurre mirar a algún repartidor de propaganda.

Pero aun así, lógicamente, está nervioso. Sería agradable prolongar las cosas, salir en coche esta tarde en otra dirección, volver a sentarse con ella en la cocina a tomar algo después de visitar algunos cafés más. Pero sabe que ella ya no está de humor para prolongar las cosas; se ha dado por vencida y empieza a ponerse nerviosa. El señor Hilditch vuelve a imaginarse en la sala de espera de la clínica Gishford susurrándole que no debe preocuparse.

Nunca había ocurrido algo así tampoco, nada que se pareciese a aquello siquiera.

—¿En forma, señor Hilditch? —es una pregunta a la hora de comer en la cantina.

—Sí, gracias. ¿Y usted?

Contestan algo; el señor Hilditch disimula la falta de interés con una sonrisa. Seguro que la mujer asiática que sirve el puré de guisantes se dará cuenta de que él no está como estaba ayer, ¿no? ¿Cómo es posible que no haya algo en su expresión que indique el *frisson* de inquietud que le había mantenido toda la noche en vela solamente porque ella estaba en su casa, porque no los separaba más que un tramo de escaleras? «¡Oh, qué tímido eres!», solía decirle su madre a los seis años. Vuelve a sonreír, complacido al recordarlo. Da las gracias a la mujer asiática y coge la bandeja sin sentirse tímido en absoluto.

Quizá ella esté ahora hojeando un *National Geographic*. Ella es distinta de las otras, no tiene malicia. Simple como un pájaro, como podrías esperar, claro, siendo de donde es. Aunque todas son iguales, en realidad. Cuando les mira la verdad fijamente a los ojos, apartan la vista. Beth, con su copa o dos de más, no podía soportarla ni un instante; Elsie se había hecho inmune a ella en la época en que acabó en la calle. Cuantas más mentiras les cuentan, más se mienten ellas mismas: Jakki, con su supuesto director de empresa; Sharon, liada con aquel tintorero, padre de cinco hijos. Cuando se había tropezado con Bobbi por primera vez tenía un ojo morado: se había dado un golpe con el borde de una puerta, le dijo.

—¿Qué me recomienda, señor Hilditch? —le pregunta un empleado cuyo nombre no consigue recordar, y le aconseja el cerdo por el churruscado—. Creo que lo tomaré, señor Hilditch. Ese cerdo tiene una pinta bárbara, sí.

Quizá ella esté preparando huevos pasados por agua ahora. Quizá ponga *Lazy River* en el salón y la melodía llegue suavemente hasta la cocina. La curiosidad la ha llevado arriba, a los vestidos colgados en el armario y los zapatos colocados en el linóleo, al lado.

—El tercer extractor se ha obstruido, señor Hilditch —le comunica aquella tarde alguien y no se da cuenta de si es un hombre o una mujer, en realidad no importa, una sombra con la misma bata que llevan todos, con algo cubriendo la cabeza por la ley europea.

—¡Válgame Dios! —contesta él, como siempre que pasa algo. Observa el grupo que se congrega alrededor del extractor estropeado; Len, de la sección de acabado, a quien avisan siempre para este tipo de reparación, y casi todo el personal de la cocina.

—Creo que le pareceremos competitivos —sostiene poco después el representante de Crosse and Blackwell, en el despacho—. En conjunto, yo diría que esas condiciones están fuera del alcance de la competencia.

No le interesa; no importa. Un extractor obstruido o los precios irrisorios, ¿cómo puede compararse algo de eso con una fugitiva de las ciénagas de Irlanda que se pasea ahora por las habitaciones de su casa, una chica que lleva al cuello una cruz en una cadena de metal barata?

—Perdóneme un momento —dice al hombre de Crosse and Blackwell, y llama por teléfono a la clínica Gishford desde la cabina telefónica del personal que hay junto a la cantina.

—Sí, podemos aceptar un ingreso inmediato —le asegura una voz afable. Parece un lugar muy agradable, como dijo Sharon.

—Nos da usted un telefonazo —le propone el hombre de Crosse and Blackwell cuando vuelve al despacho—. Cuando se lo haya pensado.

—Sí, lo haré.

Estrecha la mano al hombre de Crosse and Blackwell intentando recordar su nombre.

—Siempre es un placer verle, señor Hilditch.

—Igualmente.

Embarazada en su casa, examinando el retrato de su madre adornado con una cinta de luto en la repisa de la chimenea del comedor, recorriendo las habitaciones de arriba y finalmente lavándose toda. El señor Hilditch entorna los ojos con la esperanza

de que las imágenes se intensifiquen. Vuelve la cabeza a un lado y se quita un momento las gafas para disimular su concentración en un asunto personal mientras el representante de Crosse and Blackwell cierra su cartera.

—Dejaré otra tarjeta —dice, dejándola sobre el escritorio del señor Hilditch—. Sólo un recordatorio.

La ropa de ella colocada en la silla y el toallero del cuarto de baño: desde que su madre estaba aún con vida nunca había habido nada así en el Número Tres.

Los restos del té que había preparado Felicia hacía una hora están fríos en la inmensa cocina. Le duele un poco la cabeza, confusa como está por las preocupaciones que la han obsesionado durante todo el día. Devolverá como sea el dinero que le cogió a la anciana y que ya no tiene. Aceptará hacer trabajos de limpieza media jornada, una hora al día, lo que sea. Y devolverá también lo que le dejen para el billete de vuelta pidiéndoselo prestado a Carmel o a Aida y Connie Jo, a la hermana Benito aunque sea; lo conseguirá de un modo u otro. Y cuando llegue Johnny, por san Patricio o por Semana Santa quizá, y se lo explique todo, él la ayudará. Cuando llegue Johnny, aclararán todas las tergiversaciones de su madre y ella se lo explicará todo con detalle, lo que pensaba cuando había ido a ver a la señorita Furey y que en un impulso desesperado había pedido consejo a las dos mujeres que habían repartido octavillas en la fábrica de conservas cuando empezaron a correr rumores de que iba cerrar. Se ofrecía ayuda inmmediata a todas las mujeres con problemas, según las octavillas, y alguien había pegado una en la puerta de los servicios que seguía allí cuando ella fue a mirar, con el número de teléfono subrayado. «Ven a vernos», había contestado una voz cuando lo marcó, y le dieron la dirección de un pueblo que quedaba a treinta kilómetros de distancia.

Después de lavar la taza, el platillo y la tetera, Felicia se sienta en el salón y recuerda aquella tarde fría. Ve sus bolsas de plástico junto

al sofá, donde las había dejado la noche anterior antes de acostarse. Sans Souci, se llamaba la casita en que vivían las mujeres, enlucida con revestimiento granuloso de un color rosado, en una pequeña urbanización. Las mujeres vestían prendas de punto gruesas y llevaban gafas; la llamaban «cielo» y le dijeron que no se preocupara. Le dieron café en una jarra y ella no quiso decirles que le sentaba mal ahora. Entró un niño en la habitación cuando ella estaba explicándoles su problema y le dijeron que se fuera. Las mujeres se sentaron en el suelo y tomaron también café.

—Él es responsable. No puede eludir su responsabilidad —afirmó la mujer que llevaba gafas de montura más oscura que las de su amiga.

Pero ella dijo que no era eso y empezó por el principio, explicándoles que Johnny y ella se habían enamorado, que él había hecho todo lo posible para evitar lo que había ocurrido, pero que había fallado algo. Se sintió avergonzada al decir esto. Le daba vergüenza tener que contárselo a dos extrañas y se puso nerviosa.

—¿Quieres decir que él no lo sabe? —le preguntó entonces la otra mujer; así que le explicó cómo Johnny se había marchado precipitadamente sin que hubieran hecho planes para seguir en contacto.

—Lo primero que tienes que hacer es encontrar al padre —afirmó la misma mujer—. Tienes derechos claros en ese aspecto. Tienes un padre que se larga tan contento como si fuera un príncipe o algo parecido. Ese hombre era responsable desde el mismo momento en que abusó de ti.

Ella volvió a explicar que no había sido así, pero la mujer insistió en que tenía que enfocarlo de aquel modo. Era abuso si el hombre no se preocupaba un pimiento, si se dedicaba a satisfacer sus deseos con las chicas a la buena de Dios. Esté donde esté ahora, se puede conseguir una orden judicial; y en cuanto naciera el niño podían retener del salario del padre la pensión para alimentos. Citaron cifras: el número de mujeres que habían sido abandonadas

en todo el país de aquel modo. Mencionaron de pasada la crueldad, el monstruoso egoísmo que suponía.

—Danos el nombre del culpable —la instó la mujer de la montura de gafas más oscura, cogiendo del suelo una hoja de papel en la que el niño había estado dibujando con un lápiz de color—. El nombre completo y su dirección de Irlanda si no sabes su paradero actual.

Felicia recuerda ahora allí en el salón que dijo que no con la cabeza y se marchó enseguida. En la puerta del vestíbulo las mujeres le habían dicho que eran las dos madres solteras, cada una tenía un hijo. Ahora se aceptaban ya las familias monoparentales, le aseguraron. Había quien lo elegía. Le ofrecieron ayuda para obtener una sentencia judicial; todo salía bien en el cincuenta por ciento de los casos en que se dictaba sentencia.

En la habitación empieza a anochecer; la penumbra se hace oscuridad y luego se oye el crujido de los neumáticos de un coche en la grava. Se oye el golpe de la portezuela del coche y luego la llave en la cerradura. No ha habido suerte, dice él, son sus primeras palabras, y mueve la cabeza con tristeza. La chica de la oficina se había pasado todo el santo día haciendo llamadas. Nada de nada. Ni rastro de ningún John o Johnny Lysaght en ningún sitio.

No es una decepción. Ya lo sabía; había dicho que sería así, no es ninguna sorpresa. Por lo menos lo han intentado, dice él; por lo menos ahora saben que eso queda descartado.

—¿Has estado bien? —le pregunta.

—Sí, gracias.

—Comeremos algo y luego estableceremos un plan de actuación —dice él con una sonrisa—. Te sacaremos de esto como sea.

Y prepara la cena para los dos y vuelven a hacer una comida formal en el comedor. El habla de sus tiempos de militar, de los combates en que ha estado. Le pregunta luego si se ha interesado por las revistas de geografía que tiene en los estantes o los volúmenes encuadernados de *Railway and Travel Monthly*. Le pide que le cuenta más cosas de ella y ella responde que no hay mucho

que contar en realidad, pero cuando él insiste, le habla de la muerte de su madre y de cuando iba al colegio de monjas de la colina de San José y subía la cuesta todas las mañanas con Carmel, Rose y Connie Jo, el mismo recorrido que hacía su padre a diario y que sigue haciendo. Describe la Plaza porque se lo pide: Doheny, donde paraban los autobuses, la estatua del soldado en memoria de los que perdieron la vida en la contienda nacional, el Ritz. Le cuenta que el señor Hickey no quiso que tiraran confetti en el vestíbulo del hotel el día de la boda porque se manchaba todo; y que Aidan había dejado su oficio presionado por la familia de su mujer y ahora trabajaba en la tienda de bicis y cochecitos de niño de sus suegros de la calle McGrattan. Le cuenta la llegada de Shay Mulroone al Diamond Coffee Dock; y que su padre quería que ella trabajara sólo media jornada para que pudiera seguir atendiendo la casa y haciendo la comida y no tuvieran que pedir a la señora Quigly que cuidara a la anciana al mediodía. Le dice que de pequeña la gente le llevaba conchas cuando iba a la costa, conchas de todas las formas y tamaños, que ella colocaba sobre la cómoda de su habitación pero que ahora Jas guarda en un cajón, en el que están también las cartas que había escrito.

El escucha con atención, y sirve té para los dos cuando acaban de comer, y sólo abre la boca para ofrecerle galletas para acompañar a la gelatina que había preparado por la mañana. Luego, cuando están todavía en el comedor, dice:

—Sé que no te apetece hablar del tema, Felicia, pero sintiéndolo mucho creo que estoy obligado a plantearlo de nuevo. Ya te dije que tuve experiencia con algunos de los jóvenes que estaban bajo mi mando antiguamente. No hubo uno de ellos, ni uno solo, que yo recuerde, Felicia, que no quisiera que se resolviera el problema cuando surgió. Absolutamente todos ellos quisieron, sin excepción.

Ella asiente, sabe a qué se refiere.

—Viniste aquí a hacerle esa pregunta a Johnny, pero no has obtenido respuesta, Felicia. Hay que planteárselo así. Si la chica de la oficina hubiera tenido suerte hoy, sería ya otra cosa, no lo niego.

Pero no ha sido así y ahora estoy completamente de acuerdo contigo: no encontraremos a Johnny.

—Johnny volverá por san Patricio o en Semana Santa. He estado pensando en eso todo el día. Todo se arreglará cuando yo vuelva y estemos juntos otra vez.

—Pero querida, ¿no fuiste en bici a ver a aquella mujer de quien me hablaste? ¿No querías hacerlo entonces?

—No tenía derecho a pensar en ello sin que Johnny lo supiera. Es que no podía saber qué era lo mejor.

—Todo eso ya lo sé, querida. Lo entiendo perfectamente; comprendo que hayas cambiado de idea. Pero lo que intentamos averiguar ahora es lo que querría Johnny sin poder consultarle. ¿Me entiendes, querida?

—Sí, entiendo. Pero es que…

—Si Johnny vuelve y te encuentra en determinado estado pensará que ya le han atrapado. Es lo que pensaría cualquier joven.

—Yo no intento atraparle.

—Eso es lo que te estoy diciendo. Eso es lo que tú y yo sabemos. Pero Johnny podría interpretarlo de una forma completamente distinta.

—Johnny y yo nos queremos. Él nunca pensaría que le han atrapado.

—Es indudable que Johnny te quiere, Felicia. Nada de lo que me has contado lo contradice. Lo que te estoy planteando es que en una situación como ésta en la que os encontráis tú y Johnny puede intervenir la desgracia facilísimamente —hace una pausa y mira un momento a otro lado; luego continúa—: Ada solía decir eso, Felicia. Ada era sumamente perspicaz en los asuntos del corazón.

—Ojalá le hubiéramos encontrado.

—Ojalá, Felicia. Seré sincero contigo: nada me complacería más en este mundo que oír a Johnny llamar al timbre en este mismo momento.

—Johnny no sabe…

—Ya, querida. Sólo te estaba planteando un caso hipotético. La cuestión es que estás aquí, Felicia, donde es asequible determinado servicio. Y ahora te hablo como hablaría a una hija si Ada y yo la hubiéramos tenido. Te ofrezco el fruto de la larga experiencia. No tengo la menor duda al respecto, Felicia.

Ella guarda silencio sentada a la gran mesa del comedor; ahora le duele más la cabeza. Intenta imaginarlo, pensar cómo sería: Johnny llegaba a casa, se encontraban, y Johny la miraba y se daba cuenta antes de que ella se lo dijera. Intenta verle la cara. Intenta hacerle hablar.

—Llevo dándole vueltas desde las dos y media de la tarde, Felicia, desde que la chica se volvió hacia mí diciendo no con la cabeza. Me quedé allí sentado y me dije no se trata sólo de Johnny. También hay un padre, me dije, un hombre afligido por lo que ha pasado. Y ese hermano suyo que se casó aquel día, y también los dos muchachos de la canteras y la anciana que es su bisabuela. Está toda la vida de esa chica, me dije.

—Hay gente que lo llamaría asesinato.

Le explica que las monjas lo liarían. Le explica que hay gente que no lo perdonaría nunca. Su madre no lo haría.

—Pero tu madre ya no…

—Lo sé.

—Comprendo cómo te sientes, Felicia. Nadie lo comprende mejor. Pero soy un hombre mayor que el azar ha puesto en tu camino. Tengo algo ahorrado que daría gustosamente para hacer lo correcto por tu madre y por tus hermanos y la anciana. No nos han puesto en este mundo para causar dolor. Solía decírselo a los jóvenes que tenía a mis órdenes, se lo hacía comprender. Hay que pensar en uno mismo de vez en cuando, les decía. Hay que hacerlo a veces, no digo que no. Pero también hay otras personas, algo de lo que uno se da cada vez más cuenta a medida que se hace mayor. Nadie niega los malos ratos que has pasado, Felicia, pero también los han pasado tu desdichado padre y la anciana, y tus hermanos intentando mantener alta la cabeza. Eso es todo lo que te quiero decir. Todos

tenemos que hacer cosas terribles, Felicia. Tenemos que encontrar el valor necesario algunas veces.

El cuadro de un rostro solemne y de mejillas sonrosadas que hay sobre la repisa de la chimenea atrae la mirada de Felicia. Él le ofrece otra vez la caja de galletas. Precisamente puede aconsejarla porque sabe mucho de ella ahora, le dice. Y está decidido a ayudarla.

—Lo sé.

—Te llevaremos a casa después. Por eso no te preocupes.

—Le mandaré todo lo que me deje. Hasta el último penique.

—No me cabe la menor duda, Felicia.

Luego se sientan juntos y él pone canciones antiguas en el gramófono. Cuando una de ellas llega a su fin repite que cuidar de ella es lo que su esposa quería, quitando importancia a su propia paciencia y su bondad. Pero ella las reconoce; sabe que está haciendo todo lo posible por ayudarla. Esta noche dormirá arriba, en la habitación que le había ofrecido la noche anterior.

—Lamento que no hayamos encontrado a Johnny —dice él. Pone otro disco. «No hagas nada hasta que tengas noticias mías», suplica lúgubremente el cantante.

Él prepara luego ovaltine en la cocina. Le dice que no se preocupe, que no se desvele. La noche puede ser un enemigo, dice, y ella sabe a lo que se refiere. Se deshace en atenciones con ella cuando le pregunta si tiene algo para el dolor de cabeza y la observa mientras toma las aspirinas y le da un vaso de agua.

—Pueden hacer una intervención inmediata en la clínica Gishford.

Está de espaldas a ella ahora. Sirve leche que ha calentado en dos jarritas blancas.

—¿Una qué?

—Que pueden hacerlo inmediatamente, Felicia. Pedí a la chica que llamara por teléfono. Podrías volver a casa el lunes, podrías volver convertida en un espíritu libre, Felicia, te librarían de todo. Es lo que hay que hacer, Felicia.

Coge la jarra que le tiende. Bebe a sorbos la leche con ovaltine, apoyada en el aparador. Él pregunta si le apetece una galleta y ella

dice que no.

—Un error se corrige, eso es lo que hay que hacer —dice él—. De eso se trata, Felicia.

XV

Hay revistas sabre una mesita de centro. La moqueta es moteada, en tonos gris y castaño. Las paredes, claras y limpias.

Pasan continuamente dos enfermeras; y pasa una vez un especialista, que viste de blanco, pantalones y chaqueta de manga corta. Tras una ventana corredera de cristal hay un escritorio en el que trabaja una recepcionista. Se oye música clásica.

Esperan otras dos chicas, una acompañada por un joven y la otra sola. La que está sola hojea *Woman y Helio!* y da la impresión de una criatura cruel, en opinión del señor Hilditch; tiene el cabello de color aluminio. La pareja habla en voz baja.

El señor Hilditch está seguro de que en la sala de espera ya han llegado a conclusiones. Se ha acercado dos veces a la seria recepcionista, disculpándose por hacerlo, para pedirle garantías de que no hay complicaciones. Ella le ha aconsejado en ambas ocasiones que vaya a dar un paseo o que se vaya a casa y vuelva más tarde, que es lo más normal.

—Si no le importa, enfermera —le ha contestado exactamente lo mismo ambas veces— preferiría estar cerca de mi novia.

El señor Hilditch se dio cuenta de que el joven estaba pensando en ellos antes de que la mandaran pasar a ella: un hombre de cincuenta y cuatro o cincuenta y cinco años, especulaba el joven, y la chica no tendría más de diecisiete. Y cuando él la había llamado cariño diciendo que no se preocupara, el joven había oído cada una de sus palabras.

—Vamos a ver —dice una enfermera que tiene un lunar—. ¿La señorita Dikes?

—Señora Dikes —la corrige el joven con aspereza.

La chica que está con él no se mueve.

—Anda, ve, Nella —la insta en el mismo tono—. Todo irá bien.

—Sólo son los preparativos, señora Dikes —dice la enfermera—. No hay por qué preocuparse.

—Volveré en seguida —el joven está también de pie a medio camino de la puerta.

—Le agradecería que esperara hasta que terminen los preparativos, señor Dikes —dice la enfermera.

La chica del cabello coloreado coge otra revista, *Out and Away*. El joven llama a la ventanilla de la recepcionista y cuando se abre pregunta si puede tomar café. Ella parpadea breve y bruscamente. No hay café.

—Fantástico —dice el joven dirigiéndose al señor Hilditch—. Yo creía que cobrándonos un riñón como nos cobran nos darían por lo menos un café.

—Creo que a las señoritas se les presta un servicio. Creo que al ser un centro privado las atienden bien.

—Nosotros teníamos el dinero apartado para Torremolinos, pero ya ve. Nella no quería saber nada de lo otro. Si vas a la seguridad social se sabe y ella no quiere que se sepa. ¿Su esposa está muy adelantada? No lo parece.

—No, no está muy adelantada —el señor Hilditch hace una pausa —. En realidad no es mi esposa.

La chica de cabello coloreado alza la vista de la revista, interesada ahora.

—Novia —dice el señor Hilditch, y cuando entra en la sala de espera un segundo especialista, más bajo y calvo, y llama a la ventanilla de la recepcionista, el señor Hilditch espera que el joven haga otra pregunta para que puedan enterarse también el médico y la recepcionista. Pero el joven no dice nada más y el especialista calvo pide que le avise inmediatamente cuando llegue la paciente de las once y cuarto.

—Llega con el tiempo un poco justo, esta de las once y cuarto —comenta y se va otra vez a toda prisa, pero el señor Hilditch sonríe y atrae su mirada.

En ese momento empieza la excitación, le recorre el cuerpo, como algo que tuviera en la sangre. Es el padre de un niño nonato, lo piensan todos sin duda. Todos han visto a la chica que estaba aquí hace unos minutos, pálida y angustiada, y a quien están separando en este mismo instante de su indiscreción. Ha habido una relación, eso es una cosa indiscutible.

Es indudable que él es un hombre ya mayor. Las chicas pueden encariñarse con un hombre mayor, y con un hombre corpulento: es algo natural; no es algo raro, ni algo que esté mal. «¡No me digas que eres la madre de ese muchachote!», solía decir la gente, por la razón contraria entonces; se lo decían los desconocidos cuando iban a algún sitio, al centro o al balneario que frecuentaban. Sería divertido si estuviera aquí ahora, piensa el señor Hilditch; sería divertido si pudiera volver de entre los muertos.

El señor Hilditch cierra los ojos y allí está la indiscreción que se produjo, un episodio en su coche. Es de noche, no pueden verse el uno al otro; nada sería más agradable, le está susurrando la chica irlandesa; quiere estar con él para siempre.

En la sala de espera, le aflige un temblor, una cosa leve, nada grave: ya le ha pasado otras veces. Primero en las piernas y luego en los brazos; contiene el temblor que le causa en las manos apretando las yemas de los dedos contra las rodillas. Le gustaría descansar un momento, cerrar los ojos otra vez, pero no lo hace. Sonríe para controlar el temblor cuando le llega a los labios, con la esperanza de que no se considere impropio que sonría en este momento.

XVI

El reloj es el de su padre. Ella le espera sentada entre las margaritas mientras lo busca. Pone clavelinas en una hoja de acedera y hay fresas en un plato y es una fiesta aunque no llega nadie más que ella. Los dientes de león son otra fruta, peras quizá, no lo sabe.

—Los grillos hablan con las patas —dice su padre cuando vuelve.

Él lleva siempre el reloj colgado en el bolsillo de arriba, pero cuando miró no lo tenía. Lo sacaba y lo dejaba al lado para saber la hora que era cuando se quitaba la chaqueta. Dejó caer la cadena del reloj sobre una rama caída y luego se fue sin él.

—Tenemos que ir a ver —dijo él en la cocina. La madre de Felicia estaba allí también. Era domingo, porque habían ido todos a misa.

Hace demasiado calor donde está ella así que él dice que vayan debajo de un árbol. El reloj era el de su abuelo, se lo habían enviado de Dublín cuando a su abuelo lo mataron los soldados.

—Acabaremos en seguida —dice otra persona—. Ahora procura relajarte.

Era cuando él trabajaba para los Mandeville, antes de que trabajara para las monjas.

—Ya está —dice él—. Perfecto.

Hay música lejos, un hombre que canta y la música.

—Esta es Felicia, señora —dice su padre y una mujer alta se inclina y le tiende la mano—. Saluda a la señora Mandeville, Felicia.

Pero ella no quiere y la mujer se ríe. Tiene el cabello liso y retirado de la cara y lleva pantalones.

—Felicia es un nombre bonito —dice.

Un perro blanco le olisquea el pie y ella llora. La mujer alta le mete un dedo en la boca al animal para demostrar que no muerde.

Sigue oyéndose la música y la voz que canta.

—Mira, Felicia —dice su padre. Y ella ve que hay gente sentada en sillas delante de una casa, un hombre y otra mujer y un chico. De allí viene la música.

—John Count —dice su padre.

La casa es verde, una casa cuadrada grande. La parte de abajo de una cortina asoma por una ventana abierta y se arrastra sobre el alféizar, tul blanco sobre verde. La puerta del vestíbulo está abierta de par en par, el interior está oscuro. La alta señora Mandeville camina con el perro detrás, se dirige despacio hacia las sillas, sus pisadas sonoras en la grava, silenciosas en la hierba. Hay un repiqueteo de platos y tazas cuando cesa la música.

En un cobertizo del jardín, su padre le enseña las herramientas que utiliza. Le dice cómo se llaman: rastrillo, horquilla, tijeras, pala, azada. Aquí es donde pasa él los días. Le enseña un nido que hay en el tejado del cobertizo y la alza para que vea los huevos verdes moteados.

—¿A que es una cosa curiosa? —le dice.

Recogen campanillas para llevárselas. Ella oye otra vez la música, pero ahora es distinta. Jazz, dice su padre, la música de los negros americanos del Sur.

—Son hombres que son negros, Felicia. Que tienen todo el cuerpo negro.

Hace calor cuando salen del bosque en que están las campanillas, ella lo siente en la cabeza. Su padre la coge de una mano y ella sujeta las campanillas con la otra. El eje del reloj está estropeado, dice él, tiene que llevarlo a arreglar a MacSweeney.

—Eres una chica grande ya, que puede hacer de acompañante un domingo, ¿eh? —dice él.

Se paran en la carretera mientras él abre una cajetilla de cigarrillos. Fuma Sweet Afton, aunque a veces prueba otra marca. No fuma mucho, sólo algún que otro cigarrillo durante el día.

—Espanta los mosquitos —dice él encendiendo una cerilla.

Le cuenta cosas de cuando era pequeño, tan pequeño como es ella ahora, y de que su padre iba descalzo a la escuela. Su pariré y su madre murieron los dos, pero todavía le queda su abuela. Entran en la tienda de Lafferty y él toma un poco de la limonada de ella porque tiene sed también. La lleva a hombros y nota el olor a tabaco de él.

—Ya está —dice alguien, y no es su padre, y hay luces y un olor que no es de cigarrillos, a limpio, como el desinfectante Jeyes o lo que usan para desatascar el fregadero. Las sábanas están f rías, empieza a sentir dolor.

—Ya está —repite alguien; los dedos que ve sobre su muñeca tienen pelos.

—Ya puede irse —dice otra voz.

XVII

Ella aparece en la sala de espera y se planta delante de él, blanca como una sábana. El joven que había ahorrado para ir a Torremolinos no presta ninguna atención. Y no queda nadie más en la sala de espera, sólo la recepcionista detrás de su ventanilla.

—Siéntate un momento, cariño —le dice él, y la ventanilla de la recepcionista se abre cuando él se acerca. Paga al contado.

—Gracias —le dice a la mujer—. Muchísimas gracias.

—Procure que se abrigue.

—Tenemos que hacer un viaje corto y luego la arroparé.

La mujer asiente y le mira. Y puede sentir que desea preguntarle si es el padre, aunque tuvo que oírle perfectamente cuando dijo novia. Vuelve a repetir la palabra, pronunciando entre dientes el resto de la frase porque ya no se le ocurre nada coherente que decir. Sonríe a la recepcionista. Podría pasarle hasta a un obispo, le entran ganas de decir, esa expresión de su tío Wilf. Pero la ventanilla se ha vuelto a cerrar.

Hace sol cuando cruzan la calle hasta el cochecito verde.

—Ahora descansa —le dice, acomodándola en la parte de atrás, y ella cierra los ojos y procura no pensar en ello. El pecado más espantoso, habría dicho su madre, rechazarle su regalo a Dios.

—¿Estás bien? —le pregunta él; le contesta que sí, pero no está bien en ningún sentido. Desea pedirle que le deje ahora el dinero. Desea pedirle que la lleve a una estación de tren sin volver siquiera

a recoger sus cosas. No importan sus cosas; lo único que importa es volver a casa.

Intenta decírselo pero no puede formular las palabras.

Hamburguesa con huevo, pide él, y una ración de patatas fritas. Se siente cansado; la experiencia le ha dejado rendido.

—Gracias —dice, cuando le dan el cambio en la caja, y vuelve a coger la bandeja y mira alrededor buscando una mesa vacía.

Y al hacerlo se fija en un hombre y una mujer que están sentados a la mesa del rincón. El hombre le recuerda a alguien, le resultan familiares sus rasgos afilados y el bigotillo gris. Aquel bigote había sido negrísimo, se dice el señor Hilditch, sin reconocer todavía al individuo.

Él se sienta tieso como un palo y la mujer está encorvada, tal vez por la artritis. También hay algo familiar en esa forma chulesca que tiene el hombre de alzar la cabeza; y el señor Hilditch cae en la cuenta al fin, está casi seguro de que aquel individuo es el sargento de reclutamiento que treinta y seis años atrás le había privado de la forma de vida que había elegido. Sigue observando a la pareja y deja enfriar la comida que tiene delante, sin tocarla.

Cuando el hombre y la mujer se levantan, lo hace también él y los sigue hasta el aparcamiento. Pero ellos se van en dirección contraria de donde espera la chica irlandesa, y se esfuma su esperanza de sacarla del coche —para que la vean cogida de su brazo—. Vuelve a su mesa, pero han retirado ya la bandeja, aunque cualquiera podría haberse dado cuenta de que iba a volver. Pide otra hamburguesa y patatas fritas para llevarse.

Hay un dibujo de algo, una especie de pájaro. «Un descanso bien venido», puede leerse en el recipiente del que sale vapor, un olor a carne.

—¿Quieres pastel de Bakewell? —pregunta cuando acaba.

Los hombros de ella son demasiado grandes para el asiento; tiene que apoyar los pies en el suelo porque no hay espacio para

ellos en ningún otro sitio. Cierra los ojos de nuevo y ve a Effie Holahan sentada en el muro del patio del colegio balanceando las piernas. El muro es redondeado por arriba, lo han cubierto de cemento hace poco porque no hacían más que caerse las piedras; ahora les gusta sentarse allí, a Effie Holahan, a Carmel, a Rose, a Connie Jo, y a otra chica.

—Nos vamos ya —dice él cuando vuelve de tirar el envase vacío a un cubo de basura.

Enciende el motor. Hay sol en la alfombrilla, una mancha brillante sobre el tartán.

—Te sientes bien ya, ¿verdad? —dice él—. Se acabaron los problemas.

Ella dormita; luego la despierta su propia voz, gritando que no debería haberlo hecho.

Capta un vislumbre de ella en el retrovisor: la cara redonda, pálida y demacrada y el pelo revuelto.

—Que Dios me perdone —susurra ella, más tranquila ahora, después del estruendoso arrebato que le había hecho dar un salto a él.

—¿Te apetece gelatina de fruta? —pregunta él, pasándole la bolsa por encima del hombro y pensando si el individuo que había visto sería realmente el sargento de reclutamiento o si habría sufrido una alucinación, algo que puede pasarle a cualquiera después de una experiencia emocional.

Ella no coge la gelatina de frutas, sino que repite que no debería haberlo hecho.

—Te prepararé un caldo con concentrado Bovril en cuanto lleguemos a casa, querida.

Está a gusto en la cama, bien tapada y a salvo en el amplio lecho de armazón de caoba y cabezal tallado que ocupa casi toda la

habitación, con uno de los laterales pegado al empapelado rosa de flores. La única ventana del dormitorio queda a un metro de los pies de la cama, y en ese espacio hay una alfombra, la única que cubre el sucio entarimado. Hay cortinas azules lisas, que no ha corrido nunca, por las que se filtra la luz durante el día. En las otras paredes hay colgados tres cuadros de gruesos marcos oscuros, escenas de acciones militares. No hay armario ropero ni cómoda en la habitación.

Tiene conciencia del dolor que persiste, más fuerte que antes; y de sangrar, persiste eso también, y del cansancio. Se le cierran otra vez los párpados y se deja arrastrar; siente el cuerpo extrañamente alargado echada allí en la cama, y los pies tan lejos que podrían no estar siquiera allí, un entumecimiento en algún otro sitio. Un coche toca la bocina al pasar por la calle Creagh; Johnny saluda con la mano porque es alguien que conoce, y luego tuercen hacia el bosque de Mandeville. Las personas están hechas unas para otras, le susurra él, besándola en el pelo y en el cuello. Sus ojos de color gris verdoso se iluminan porque están juntos otra vez, porque la búsqueda de él ha terminado.

—¿Pongo el montón de patatas encima? —pregunta el hermano de la señorita Furey, y señala el agujero que ha cavado en un rincón del prado, pasado el patio.

—¿Lo haremos por la noche? —pregunta luego—. Por si entra alguien en el patio. Si fuera de día tendríamos que pensar en eso.

El cadáver está debajo del heno en el granero. Ella lo lleva hasta el prado, siguiéndole en la oscuridad y dejándolo en el agujero, el montoncito de piel y sangre que ya ha empezado a desintegrarse.

—Es la única forma —dice alguien, y echan tierra con la pala dentro y colocan el césped en su sitio otra vez.

Ella pide perdón asiéndose al manto de la Virgen. Pero los ojos de la Virgen no ven, no tienen blanco ni pupilas y luego la imagen se cae del tocador y desaparece también para siempre.

—¡Ay, eres terrible, Felicia! —dice la madre Superiora indignada, mientras barre los trozos y los echa en un recogedor.

Y su propia madre está desgranando guisantes con la puerta del patio abierta; las lágrimas le caen en el colador sobre los guisantes.

«Imagínate que yo te hubiera hecho a ti lo mismo, Felicia», intenta decir su madre, pero los sollozos se lo impiden. Felicia lo sabe de todos modos. Sabe cuáles son las palabras aunque no se formulen.

XVIII

> No se dio sin embargo ninguna orden de ataque a las flotillas y siguieron, por tanto, pasivamente su curso sin instrucciones ni información. El aviso del almirante Jellicoe a sus flotillas fue interceptado por la estación de escucha alemana de Neumünster, que informó a Scheer a las 10.50 de la noche: «Los destructores han tomado posiciones cinco millas marinas por detrás de la flota principal del enemigo».

El señor Hilditch cena solo en su comedor considerando ensimismado estos hechos, con el libro en el que figuran apoyado delante. La cena consiste en pastel de riñones y carne Fray lientos con toda la guarnición, dos rebanadas de Mother's Pride, trocitos de pifia, leche condensada caliente y té. Su atención se desvía de las frases que lee atentamente: desplazan a las palabras la cara de la joven en la sala de espera, las caras de aquella recepcionista tan seria y de los médicos y la de la chica de cabello color aluminio. Ve, con igual claridad, a la gente de los diversos Happy Eater, Little Chef y Restful Tray, del Dog and Grape y de los demás establecimientos de carretera, de la cafetería Blue Light y el café Buddy. Es como siempre que llega el final: la parte mejor es en realidad el recordar. Carga el tenedor con riñones, patatas y coliflor en una salsa blanca. Una pareja que pasaba por la calle cuando cruzaban la calzada hacia el coche les miró, y debían saber sin duda qué era lo que se hacía en la Gishford.

Así que el almirante alemán, si le llegaba el mensaje de Neumünster, tendría a partir de ese momento una idea bastante clara de la posición de ambas flotas…

El señor Hilditch se distrae otra vez. Cuando a ella le dio el segundo arrebato, él había visto la locura en los ojos reflejados en el espejo retrovisor y la había visto tocarse la frente nerviosa. Él estaba entonces intentando determinar si el individuo que había visto era realmente el sargento de reclutamiento y considerando lo irónico que era que el individuo fuera acompañado de una anciana encorvada, mientras que a sólo unos metros de distancia él tenía por compañera a una animosa joven irlandesa, que era lo que había querido demostrarles en el aparcamiento.

Hacia las 10.30 de la noche, el Cuarto Grupo de Reconocimiento alemán entró en contacto con la segunda escuadra ligera de cruceros británica que estaba siguiendo a nuestra armada. Se produjo la violenta explosión del cañoneo…

El recuerdo de la imagen de ella en el retrovisor desplaza una vez más a las palabras. No le hizo caso cuando él asegure que no le convenía sentarse erguida. Había empezado a hablar de una criatura destrozada y luego de algo relacionado con un cubo de desechos. Tuvo que desviarse en Servicios Rydell, pensando que sería más fácil razonar con ella si paraba el coche. Pero cuando por fin aparcó y se volvió a mirarla, estaba llorando a mares otra vez; histérica, no tenía otro nombre. Salió del coche y la dejó un rato, creyendo que sería mejor que se desahogara sola, pero en cuanto volvió al coche con un poco de comida, ella empezó otra vez.

El señor Hilditch estira la mano, cierra el libro y lo deja a un lado. Ella llevaba puesto un camisón de flores de un color naranja desvaído sobre fondo azul claro y la tela era tan ligera que resultaba casi indecorosa y en algunos sitios se le transparentaba la piel, tan blanca como la cara. Había rechazado moviendo la cabeza las

salchichas y el pan que él le había llevado hacía una hora. Pero al menos estaba ya más tranquila, por los electos curativos del sueño.

El señor Hilditch supone que el camisón es de nailon. Cuando la joven se incorporó en la cama, un tirante del camisón se le deslizó por el hombro. Se veía bajo la tela ligera el perfil de los dos pechos menudos, como castillitos de arena. El señor Hilditch no quiere pensar en lo que le pasa ahora por la cabeza, pero persiste el recuerdo de aquel camisón impropio. Procura distraerse echando leche condensada sobre los trozos de piña, pero la táctica no funciona.

—¿Vas a salir, cariño? —dijo su madre, que estaba sentada delante del espejo del tocador, volviéndose a mirarle, con el cabello recogido ya bajo el turbante que se ponía de noche.

—Sólo un rato —contestó él, y ella comentó que le extrañaba, a aquellas horas.

Él estaba seguro de que ella lo sabía, podía verlo en sus ojos. Estaba seguro de que la naturalidad de la pregunta era simulada.

En su comedor, el señor Hilditch se sirve té en una taza que había comprado en una tienda de viejo de Leighton Buzzard. Es de color crema, con una raya verde en el borde y hace juego con las otras dos del aparador de la cocina y con la que está ahora arriba en la bandeja de ella. Revuelve el azúcar y añade leche; luego va hasta la puerta y escucha. Sale de la habitación y se queda un momento al pie de la escalera, escuchando también. No se oye nada. Vuelve al comedor y toma el té a sorbos.

—¿No quieres disfrutar un poco, cariño? —propuso la profesional, y él contestó que sí. Ella le cogió del brazo y se dirigieron adonde él había dejado el coche. Ella se llamaba Cathy, y él le dijo que se llamaba Colin.

—Alejémonos un poco —propuso ella, mencionando el dinero antes de que él pusiera el coche en marcha e indicándole cuál era la tarifa. Su cara mostraba un tono enfermizo a la luz de la noche, tenía la dentadura mal y alcohol en el aliento. Ella se movió en el asiento, haciendo algo en el vestido y fue entonces cuando él quiso

estar otra vez en la calle con ella, para que los vieran los transeúntes, como un momento antes.

—¿Podríamos hablar sólo? —masculló—. ¿Te apetece un té?

Otra libra, dijo ella, y le llevó a un local de carretera, donde los camioneros la llamaban por su nombre. Ella le dijo que tenía hambre; fue a buscarle algo y cuando volvió se levantó un camionero que estaba sentado con ella.

—Hasta pronto, nena —le susurró el camionero.

El señor Hilditch recoge los platos de la cena y los lleva a la cocina.

—¿Qué te pasa? —le preguntó la profesional, y él dijo nada.

—¿En serio que nada? —preguntó ella—. ¿De verdad, Colin?

Él no le dijo que no sabía que eso era todo cuando la había abordado; no dijo nada, no tenía ganas de hacer ningún comentario.

—Cuando quieras, encanto —dijo ella.

Tira la lata de Fray Bentos al cubo de basura y lava los platos en el fregadero. Enjuaga la tetera y la pone a escurrir. Friega la cazuela de las patatas y quita con el cepillo el aro de espuma que ha dejado la coliflor. Guarda en la nevera la piña y la leche condensada que han sobrado. A la profesional le pasaba algo en la mandíbula, la tenía un poco deformada.

El señor Hilditch vuelve al salón y pone *Bésame mucho* en el gramófono; deja la puerta abierta para que se oiga la melodía en toda la casa. Vuelve a la cocina y recoge las cazuelas y limpia el escurridero y el fogón. Cuelga la taza en el aparador y se fija en que ninguna de las tres está desportillada, y por lo que recuerda tampoco la que está arriba en la bandeja de ella junto a la cama. Todas ellas tienen el borde verde desgastado en algunos sitios, como era de esperar después de un tiempo.

En la oficina de reclutamiento, el sargento se había pasado un dedo por el bigotillo, ocultando una sonrisita de suficiencia. No había intentado disimular el hecho de que le parecía gracioso que el recluta aspirante propusiera servir en intendencia cuando dos leves

impedimentos relacionados con la vista y los pies descartaban la carrera que durante toda su infancia había dado por segura.

—No me recordará —podría haberle dicho en el aparcamiento, al llegar a la altura de la pareja.

El señor Hilditch pone a calentar leche en un cazo para el ovaltine, suficiente para dos tazas, que pueden beber juntos en el pequeño dormitorio ahora que ella se ha calmado. Cruza con pasos silenciosos el vestíbulo para cambiar el disco. Pone *Five Foot Two, Eyes of Blue*.

—Me iré por la mañana —dice ella.

Es el segundo sobresalto que le da aquel día. Está allí al pie de la escalera cuando él sale del salón, con el abrigo rojo encima del camisón y descalza. Lleva en las manos la bandeja, con las salchichas intactas.

—He puesto a calentar leche para el ovaltine.

No se le ocurre nada mejor que decir, y ella le sigue a la cocina, mucho más tranquila ya. Cuando ha preparado la bebida propone que sería agradable tomarla en el salón de delante.

—Sería un cambio agradable para ti, ¿no?

Se sientan uno a cada lado del fuego eléctrico. Cuando termina la canción, pone *Charmaine*.

—Cuarenta y dos libras —dice ella—. Si puede prestármelas.

—No creo que sea suficiente, querida. Es terrible llevar el dinero justo si surge cualquier contratiempo. Bueno, ya lo sabes muy bien por experiencia.

—Le devolveré hasta el último penique. Y todo lo que ha pagado hoy.

—Lo de hoy es un regalo, querida, me complace haberlo hecho. Ada lo habría querido así.

El volumen de la música les permite conversar; no tienen que alzar la voz. Ella no está en condiciones de viajar ni de ir a ningún sitio, le dice él suavemente.

—Tú misma dijiste que no podías enfrentarte a ellos, querida. Me lo dijiste varias veces en el coche. Estoy preocupado por ti, querida.

—Tengo que marcharme.

—No te sentías nada bien en el coche. Durante todo el camino de vuelta. Y en el vestíbulo. Creí que iba a tener que pedir ayuda, al ver cómo estabas en el vestíbulo. No puedes emprender un viaje en esas condiciones, querida.

—No debería haberlo hecho.

—Lo hecho, hecho está, querida. Las lamentaciones no sirven de nada. ¿Por qué no miras el lado bueno? Sabes que puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, Felicia. Ahora tienes tu propio cuarto. Lo razonable sería tomarlo con calma, día a día.

—Tuve sueños. Mientras estaba ocurriendo tuve sueños todo el rato. Y luego otra vez, arriba. Que llevaba al niño en brazos, que lo enterraba debajo de un montón de patatas.

—Acaba el ovaltine, querida.

Ella repite que le devolverá todo el dinero y él vuelve a decirle que eso no importa. Había pagado las deudas de Jakki y de Beth, bastante abultadas algunas; a Elsie Covington le había comprado un tresillo. Le complacía hacerlo, tenerlas a su lado. No supo entonces que aquellos muebles habían sido vendidos casi inmediatamente.

—Tengo que regresar a casa ya. No importa cómo me sienta, tengo que enfrentarme a ellos.

Se le ha caído hacia atrás el abrigo, dejando al descubierto el camisón azul y naranja. Todavía lleva la cruz al cuello.

—Me gustaría que te quedaras. Sólo uno o dos días más. Estás más tranquila, Felicia. Es agradable comprobarlo. Has aceptado lo que era necesario.

Pero ella mueve la cabeza con tanta vehemencia que él teme que le dé otro arrebato. Y contiene las lágrimas y se retuerce los dedos hasta que se le ponen blancos los nudillos. No se atreve a hablar una vez más y él lo agradece. Deja que termine el disco antes de volver a hablar él, sosegadamente, sin insistir.

—La verdad es que me gustaría que estuvieras un poco más fuerte antes de irte a ningún sitio.

Se acerca a ella y retira la nata de la superficie del ovaltine, dejando otra vez la cucharilla en el plato. Cambia el disco. Pone *Chattanooga Choo Choo*.

—No me gusta ser paternal, Felicia. Pero no puedo evitarlo, porque te he tomado cariño. El primer día que te vi, estabas allí con las bolsas, afligida y desaliñada. Sólo quiero que te repongas, eso es lo único que te digo.

—Estoy bien.

—Tengo que decir que no es así en absoluto, Felicia. Seré sincero contigo: tu Johnny no te reconocería, con los ojos tan hundidos y esas ojeras enormes que tienes y estando como estás en los puros huesos. No podría dejarte ir así, no podría dejarte abandonada en la calle. Sabe Dios lo que ocurriría, Felicia. ¿Me entiendes, cariño?

Ella no ha probado aún el ovaltine. Él ve sus piececitos descalzos en la alfombra estampada, lo más bonito que tiene, ahora que se fija en ellos.

—Quiero irme —dice ella, y él le explica que a veces las personas quieren hacer cosas que no son lo mejor para ellas, que muchas veces es otra persona quien tiene que decírselo y hacérselo ver.

—Eso es lo que intento decirte, cariño. No me lo perdonaría luego si no lo hiciera.

«Cena en el coche comedor, nada podía ser mejor» —promete el viajero de la canción— «que tomar huevos con jamón, en Carolina…»

Él deja que se haga el silencio. En los ojos de ella hay ahora un brillo mortecino, ha desaparecido toda la pasión que había antes en ellos. Se hundiría en un rincón de aquel hogar del que procede, se consumiría esperando eternamente a un inútil. El Ejército británico debería haber apaciguado aquella isla, decía su tío Wilf, pero lamentablemente se retiró por motivos humanitarios. Se lo explica todo, eligiendo con cuidado las palabras, aunque sin mencionar a los soldados británicos por si se alteraba. Cuando él acaba de hablar, ella repite que tiene que regresar, como si no hubiera oído ni una palabra de lo que le ha dicho; insiste en que no tiene más remedio,

que no tiene elección. Luego se levanta y sale de la habitación como un zombi.

No era el sargento de reclutamiento el que estaba con aquella mujer. «Ilusiones, cariño» solía decirle su madre. Es fácil equivocarse cuando uno se empeña, ella lo hacía de vez en cuando.

«En fin, tú ya lo sabes, querido», le recordó, risueña, toda emperejilada, con la cabeza de zorro de su piel boca abajo, la fragancia del agua de lavanda.

Eran como una pareja; había un leve parecido y en un estado emocional él había dejado correr la imaginación. «Wally el Iluso», solía decir ella y luego se reía para indicar que era una broma.

La aguja ha empezado a gemir en la tierra de nadie del disco. El señor Hilditch lo escucha sin moverse de la silla y la recargada estufa eléctrica proyecta sombras rosadas sobre sus pantalones. Esta habitación es la que más le gusta de todas las de la casa, con el empapelado carmesí y, en contraste con él, el tapete verde de la mesa de billar que habían tenido que transportar cuatro hombres. El sofá y los sillones bien mullidos, la vitrina de los pisapapeles, los adornos de la repisa de la chimenea y los retratos de antepasados de otras personas, los dos relojes de pie: todo está en armonía con el conjunto y tiene un sentido para él.

Pero por una vez la tranquilidad de la estancia no consigue influir en el torrente en que se han convertido las emociones del señor Hilditch y tras unos minutos se acerca al gramófono y alza la aguja del disco. La chica irlandesa corre peligro si se va. Se lo ha dicho y no hace caso; se lo ha dicho claramente, hasta lo ha repetido. Sería algo completamente negativo. No entiende cómo no se da cuenta.

Beth tampoco se dio cuenta cuando le explicó que era una tontería irse al sur. Ni Sharon, cuando dijo que tenía que irse; ni Bobbi, en realidad, ni Gaye ni Elsie Covington, ni Jakki. El señor Hilditch cierra los ojos. La confusión le oprime, enturbia lo que intenta decirse. Esta joven de ahora acudió a él en su lugar de trabajo, no fue él quien se acercó a ella. Aceptó que la llevara en coche a todas partes, kilómetro tras kilómetro; permitió que se

desviviera por ella, como un esclavo; no le pagó la gasolina ni el aceite, ni por la comida que tomó fuera de la casa, ni en la propia casa, ni por la luz y la calefacción, el jabón y el papel higiénico. ¿Por qué se había sentado de aquella forma? ¿Por qué se inclinó hacia adelante y se recostó luego? ¿Por qué había bajado, en primer lugar, de aquel modo indecente, con aquel camisón? Él lo sabe muy bien. No quiere oírlo, pero ahí está de todos modos: no le importa lo que le parezca a él, porque le ve de una forma determinada. Ha supuesto eso, como lo supuso Beth, la primera de las otras que lo hizo. Cuando Beth anunció de pronto que se marchaba al sur, todo lo que había supuesto estaba allí en sus ojos. Estaba allí en los ojos de todas al final. Eran amigas suyas y él era bueno con ellas. Luego estaban los otros.

Fluyen las lágrimas del señor Hilditch, convirtiéndose en arroyuelos en la carne de las mejillas y el mentón, goteándole hasta el cuello, mojándole la camisa y el chaleco. Sus sollozos se convierten en un gemido allí en la sala, un sonido como el de un animal que sufre insoportablemente, enloquecido y lastimoso.

XIX

—No, escríbelo —insiste la madre Francisco Javier—. Cincuenta veces, hasta que lo aprendas.

En cuanto suena el timbre empiezan a hablar todas a la vez y se oye el arrastrar de sillas, las carreras y a la hermana Francisco diciendo que no está permitido correr. Las voces van alejándose, flotando colina de san José arriba hasta que sólo se oye en el silencio el tictac del reloj de pared y una puerta que se cierra. Los mapas siguen colgados sobre el encerado. Deberían haberlos recogido, el físico y el político, los llaman: montañas y ríos, los condados de diferentes colores. Su padre está en el jardín atando los crisantemos. No ve que ella le está mirando; no sabe que la han obligado a salir más tarde. *Is maith liom*, escribe, y ve el ataúd junto a la fosa abierta. Meten a su madre en aquel agujero, pero el padre Kilgallen dice que está en el cielo. Paz, dice el padre Kilgallen, y la tierra suena con estrépito en la madera amarilla. El padre Kilgallen alza la mano para la bendición y la dama de honor entonces es Carmel. «¿Quién es ésa?», pregunta Johnny, y alguien contesta que una cantante de una sala de fiestas. La cantante tiene el pelo negro largo y pulseras y pendientes, zapatos de tacón alto que brillan, negros como el cabello. Sonríe cuando canta, un destello blanco en la cara, el sol de España, lo llama ella. «¿Dónde está Johnny?», pregunta Carmel, y Aidan dice que ha ido a la tienda de bicis y cochecitos de la calle McGrattan a comprar un cochecito para el bebé; pero cuando ella va allí a buscarlo no está. Lo busca junto a la antigua fábrica de gas, pero tampoco está allí. Le llama a voces porque es de noche. Él no va a la cafetería y no está en la casa del

señor Caunce. «¡Johnny!» grita ella, subiendo en el ascensor del hotel con los niños, y los niños repiten su nombre en un sonsonete. «¡Te llaman, Johnny! ¡Te llaman!» Conni Jo se ríe, está bebiendo vino con el señor Logan. Rose dice que es extraño que Johnny haya ido por delante en la luna de miel. «Toma mi mano —canta la mujer española—. Toma también toda mi vida…»

Él no está en el Spud-U-Like cuando ella trepa y entra por la ventana. No está en la cocina de su madre. Abre todas las puertas de la casa del señor Caunce, y ve a la gente echada en las habitaciones, pero él no está allí tampoco. El agua del aseo gotea en el techo y la mujer española tiembla acurrucada en la cama; ve su vestido escarlata tirado en el suelo. Es lo que podría esperarse, dice la señorita Furey, cualquiera llamado Johnny te haría sufrir; terrible trabajo, cualquiera llamado Johnny podría llegar a hacerlo. «¡Dios mío, es un sonido espantoso para salir de un ser humano!», grita la hermana Benito cuando oye llorar a la mujer española.

Él no está en Sheehy ni en el bosque de Mandeville. No está en la fabrica de productos cárnicos. Pregunta en Chawke y en el colmado Centra y en Scaddan. Pregunta en el convento, pero el llanto de la mujer española es tan fuerte que no puede oír nada de lo que le dicen. El llanto de la mujer española es un peso aplastante, agobiante.

—Está ahí en tus ojos —dice alguien, sentándose en su cama, un peso que tira de la ropa de la cama y nota frío.

Y se oye el sonido de una respiración, un sonido contagioso, como si se atascara con cada emisión.

—Lo que tú estás pensando está ahí, Felicia.

Intenta despertarse, desprenderse del sueño. Pero no puede despertar.

—No enciendas la luz.

La respiración es ahora más profunda, un jadeo anhelante a pocos milímetros de su rostro. La voz es un susurro.

—Lo destroza todo, Felicia. Todo está destruido.

Abre los ojos. No entra nada de luz por la ventana, no se filtra ninguna aurora nebulosa a través de las cortinas. La presencia de él en la cama causa una depresión que atrae hacia él el cuerpo de Felicia.

El habla de otras chicas, cita a cada una por su nombre, las describe. Nadie lo supo nunca más que aquellas chicas, dice; ellas lo sabían por lo íntimo de su relación. Lo único que él había querido hacer había sido sentarse con ellas; se gastó una fortuna en ellas, regalos, comidas, viajes en coche adonde quisieran ir. Beth y Elsie Covington. Sharon, Gaye, Bobbi y Jakki. Es una cuestión privada lo de que ellas fuesen sus amigas.

—Te lo estoy contando para que comprendas, Felicia. No se lo he dicho nunca a nadie. Podríamos haber continuado la relación, podrías haberte quedado en mi casa. Ninguna otra chica entró nunca en mi casa. Nunca hubo eso.

Esto no se parece nada a un sueño. Ella dice que si ha hecho algo mal lo lamenta. Y como él menciona lo de estar en su casa, dice que no quería entrometerse.

—Bajaste en camisón.

—Sólo bajé para pedirle que me prestara el dinero. Nada más.

—Corría riesgos cada hora que pasabas aquí, querida. Todos los días pensaba que lo descubriría alguien. Ocupabas una cama. Utilizabas el aseo y el baño. Sabe Dios qué sombras han podido ver en los cristales.

—No me vio nadie. Hice todo lo que me mandó.

—Bastaba con lo que teníamos, Felicia. Simplemente sentarnos y conversar en los sitios a los que íbamos, tú explicándome todas aquellas cosas. Pero cuando miré en el espejo retrovisor, lo vi también en tus ojos.

—¿El qué? ¿Puedo dar la luz? No entiendo lo que quiere decir.

—Cuando se sabe una cosa como esa a ninguna chica le resulta fácil fingir.

Felicia vuelve a sentir entonces el nerviosismo que había sentido en la estación de autobuses cuando él le ofreció llevarla en el coche.

También se había puesto nerviosa al día siguiente, cuando miró detrás y vio que su esposa no estaba en el coche. Pero no se había parado a pensarlo cuando él le explicó que su esposa había tenido que ingresar urgentemente por la noche en el hospital; y sin embargo, ahora, de pronto, no necesita pensarlo para saber que él nunca ha tenido una esposa.

—Lo rechacé cuando lo vi en tus ojos en el espejo retrovisor. No quería admitirlo. Pero luego bajaste las escaleras.

—Si le he ofendido lo lamento. No era ésa mi intención. No entiendo lo que me está diciendo.

—Nadie te está culpando, querida. Son cosas que pasan. Las cosas cambian.

Ella siente una mano sobre la suya. Pero es una pena, dice él, que todo se haya estropeado. No, no des la luz, le pide; no quiere la luz.

—Déjeme en paz, por favor.

—Decían que se iban y yo les preguntaba por qué, pero no tenía que hacerlo, Felicia. ¿Entiendes eso, querida? ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

—Me marcharé. No le molestaré. No importa lo del dinero.

—Yo lo era todo para ellas. Cuando estaban apuradas, acudieron a mí.

Ella sabe que las chicas están muertas. Hay algo que así lo afirma en la habitación, en la respiración bronca, en el sudor que por un momento le roza la cara, en su forma de hablar. La oscuridad resulta opresiva con sus muertes, agobiante, amenazadora, casi se huele.

—Te llevaré en el coche lejos de mi casa —oye de nuevo el susurro, y nota la boca gimiente muy cerca—. Vístete y nos iremos. Te daré dinero para el viaje. Sal de la casa y entra en el coche.

Ella sabe que no ha de hacerlo. Está tan segura de ello como de lo de las chicas, sabe que no puede dejar que la lleve en el coche. Ha esperado que fuera de noche para hacerlo. Elige la oscuridad, y el coche.

—Sí —le contesta ella—. Sí, me vestiré.

Se oye el crujido de las tablas bajo los pesados pasos de él. Se oye el tintineo de la manilla de la puerta, pero no se ve nada de luz cuando la abre, no se ve ninguna silueta. Lo oye en las escaleras, aún a oscuras, oye sus pisadas que bajan pesadamente.

Incapaz de moverse, paralizada por el miedo a lo que pueda ocurrir a continuación, más asustada ahora de lo que lo ha estado en su presencia, se queda echada allí sin saber si encontrará la fuerza necesaria para levantarse de la cama. Pero lo hace al fin y cruza la habitación temblando. Abre la puerta despacio y busca a tientas una llave en el otro lado. No hay ninguna. Siente que le cae la sangre por las piernas y entonces enciende la luz y usa parte de una sábana para limpiarse. El temblor de las manos y los brazos entorpece todos sus movimientos.

Se sienta al borde de la cama y mira a su alrededor, hasta que al fin se fija en un trozo roto de la rejilla del fuego. Hollín y trocitos de mampostería han caído sobre el papel crepé rojo que han metido en la rejilla; han sacado la barra rota y está en la chimenea. Le mancha la mano de negro y es demasiado corta para protegerla eficazmente, pero al menos es algo. Se viste y arrastra el abrigo. Oye los pasos lejanos de él abajo en el camino de grava. Retira un poco la cortina, pero todavía es demasiado de noche para verlo. Oye el golpe apagado de la portezuela al cerrarse y sabe que la espera ya en el coche.

Sale cautelosamente al rellano, sujetando aún la barra de la rejilla, con las dos bolsas de plástico colgadas en el ángulo del brazo libre, y el bolso de mano en bandolera. Baja la escalera a oscuras, parándose cada dos o tres escalones para escuchar por si él vuelve a la casa. Se le cae la barra metálica y choca con estrépito en las baldosas del vestíbulo. No puede encontrar el picaporte de la puerta y busca a tientas, aterrada, un interruptor de la luz.

XX

El señor Hilditch visita una mansión rural, como muchos domingos. Llega temprano, más de una hora antes de que se abra al público; deja el coche en el aparcamiento vacío, extiende su impermeable en la hierba debajo de un roble y come los emparedados que había preparado: de atún y huevo, con lechuga, tomate y cebolletas.

El aparcamiento de coches es una extensión allanada en una ladera; desde debajo del árbol donde se ha instalado divisa casi todo el largo camino asfaltado que corta serpeante el parque, y la propia mansión, un edificio de piedra y ladrillo, con torres, chimeneas y jardines amurallados. Cerca de donde está el sentado florecen praderas de azafranes. Nota la corteza irregular del árbol en la espalda.

Ve un autocar azul que gira en las lejanas verjas de la entrada y avanza por el camino. Desaparece un momento bajo la colina; oye el sonido del motor antes de verlo aparecer de nuevo. Entra despacio en el aparcamiento, retrocede y avanza y repite las maniobras antes de situarse. Se oye el murmullo de las voces de los pasajeros en cuanto empiezan a apearse; una chica con uniforme azul anuncia que todos deben acudir a la tienda de recuerdos a las cuatro y media. Los pasajeros se dispersan, tomando distintos senderos hacia la casa. Al quedarse solo, el conductor enciende un cigarrillo y extiende un periódico en una mesa rústica.

Aparecen coches en el camino y finalmente entran en el aparcamiento. Llega a la mansión otro autocar, amarillo y gris, con más visitantes. El señor Hilditch observa cómo se estiran y ponen en marcha en parejas o en grupos. Luego, una vez que acaba los

emparedados, desenvuelve un KitKat antes de encaminarse en la misma dirección.

Se siente como siempre que acaba una amistad: vacío, una parte de sí mismo desinflada. La chica irlandesa se ha unido a las demás en su galería de la memoria: su cara redonda de ojos grandes se vuelve a mirarle cuando piensa en ella, la imagen tan luminosamente viva como la de Beth o Elsie Covington. Siempre organiza una excursión lo antes posible después de una ruptura, para combatir el desánimo. Al día siguiente de que se marchara Gaye, había visitado esta misma casa solariega.

El señor Hilditch se rezaga en los jardines que rodean la mansión mientras los otros visitantes dominicales examinan los arbustos y los macizos de flores e identifican los injertos de invierno. Se queda con los demás visitantes; no tiene prisa.

—Qué agradable es esta época del año —comenta a dos mujeres que parecen hermanas—. La naturaleza trata de pasar desapercibida, ¿verdad?

A las dos mujeres les hace gracia el comentario y sonríen. En un torniquete que da a un patio empedrado, la entrada para los adultos cuesta una libra. El señor Hilditch paga y pasa con los demás a las dependencias de las cocinas de la mansión, donde se exhiben utensilios de cocina antiguos para dar una idea del pasado. Las despensas y las trascocinas están limpias y fregadas y vacías a excepción de los enormes moldes de gelatina de cobre y las cúpulas de malla a prueba de moscas.

—Fascinante, ¿verdad? —comenta el señor Hilditch a una pareja que contempla con admiración un aparato para batir la mantequilla y volver a convertirla en crema. Su entusiasmo es auténtico, porque profesionalmente le parece interesantísimo.

En una sala cuadrada y alta con columnas de la planta superior, y en un comedor y otras salas, hay modelos de tamaño natural de sirvientes majestuosamente ociosos. Doncellas petrificadas limpian el polvo de los libros de la biblioteca o las superficies de recargadas mesas. Se ha hecho volver también de otra época a una familia que

ocupó la mansión, para conversar, tocar instrumentos musicales o bailar; una joven cepilla el cabello a otra; un personaje solitario lee sentado junto a una ventana. Hay cordones con borlas que separan cada uno de estos cuadros de los observadores vivos que susurran en fila junto a ellos. En los perfumados dormitorios hay escenas de desnudez discreta, baños de asiento preparados.

Pasan las horas y la tranquilidad de la casa y del paisaje siguen agradando al señor Hilditch. En el café contiguo a la tienda de recuerdos le atienden jóvenes ataviadas con vestidos de flores que les llegan hasta los pies, pero es demasiado pronto para preguntarse si alguna de ellas apreciaría la calidez de la amistad: no hay ninguna necesidad de eso hoy.

—Merece la pena salir —comenta afablemente a los visitantes que comparten con él la mesa—. Ocupa el domingo, ¿verdad?

Los otros contestan educadamente que sí y siguen con la conversación interrumpida por el comentario de él. Cuando se levantan para marcharse, el señor Hilditch les sonríe y les dice adiós.

Es el último que sale del café y compra, al pagar, algunos de los bizcochos y tortas que han sobrado. Cuando llega al aparcamiento, ya se han marchado los dos autobuses y casi todos los coches.

Se acomoda al volante y vuelve a ver a la última chica a quien le ofreció su amistad y conduce lentamente con su imagen a la menguante luz del crepúsculo. Cuando llega a su calle hace mucho que se ha hecho de noche y se queda unos minutos sentado en el coche con el que ha subido por el camino de grava; no quiere abrir la puerta principal y entrar en el vestíbulo hasta que haya reunido fuerzas para poder soportar el silencio de la casa. Lo consigue al fin y sube los cuatro escalones que llevan hasta la puerta.

Más tarde, cuando va a echar la basura en el cubo, el señor Hilditch nota un vago olor a tela quemada al levantar la tapa. El olor no despierta su curiosidad ni le sugiere nada: no recuerda ni siquiera vagamente el fuego que había hecho la noche anterior con diversas

prendas y accesorios femeninos, prendiendo la llama en el cubo con el periódico del día y medio vaso de queroseno. Tampoco recuerda haber llevado de nuevo los zapatos de su madre al cobertizo en el que habían permanecido acumulando moho hasta que les había descubierto últimamente una utilidad. Ni que recogió una barra de una rejilla de chimenea del suelo en el vestíbulo y la tiró entre los arbustos.

Es habitual, cuando una amistad concluye, que el señor Hilditch sufra de esta forma. Tiene una vaga conciencia de que quizá se le escape algo y atribuye esa aberración de la memoria a la intensidad de su pérdida: el momento de cada separación es tan doloroso que una parte inconsciente de él ha borrado los detalles concomitantes. Esto le preocupó al principio, cuando se marchó Beth, y se esforzó por encontrar el camino de vuelta a aquel momento y a todo lo que lo había rodeado. No lo consiguió, y desde entonces ha aceptado los fallos que ha experimentado como ofrendas piadosas a las que ni siquiera él tiene acceso y que es mejor no investigar.

Esa noche, después de cenar, se sienta en el salón delantero y se dedica a recrearse en el día que ha pasado: los azafranes en flor, los pasajeros apeándose del autocar azul, los moldes de cobre para hacer gelatina, la chica que cepillaba el cabello a su amiga. Estos recuerdos cómodos le consuelan, se suceden unos a otros, desvaneciéndose luego para volver después, las imágenes rígidas y silenciosas. Esta noche de domingo no pone música en el gramófono; no está de humor para música, como le ocurre siempre que termina una amistad. Tendrán que pasar uno o dos días para que vuelva a oírse música en el 3 de Duke oí Wellington Road; hasta el martes, quizá, o el miércoles.

A las nueve y media el señor Hilditch comprueba que ha cerrado con llave la puerta principal y que ha echado el cerrojo a la de atrás. A las diez y cinco ya está en la cama, dormido.

Durante las semanas siguientes, el señor Hilditch atiende sus asuntos profesionales con el esmero y la atención por los que es bien conocido en su lugar de trabajo. Los fines de semana se dedica a limpiar la casa —el vestíbulo y las escaleras, el comedor y el salón —. Barre el patio de atrás y rastrilla la grava de la entrada. Hace la compra en Teseo. Se relaja oyendo sus discos y leyendo el *Daily Telegraph*.

En los ratos de ocio o en la cama de noche, se ve arrastrado a lugares de los que le hablaron a menudo durante la amistad que ha terminado: el dormitorio compartido con una anciana de cien años, la plaza con la estatua de un soldado, las mesas del café con tableros de dibujos romboidales. Están allí el padre y los hermanos gemelos solteros, las amigas del colegio, la madre del seductor. No hay nada nuevo en la vida privada del señor Hilditch por lo que se refiere a esta excursión al entorno de otra persona. Cuando Beth se marchó, le costó mucho trabajo liberar su pensamiento de los chulos de los que le había hablado, que la habían perseguido en otros tiempos; cuando se fue Gaye, fueron los ladrones de casas a quienes había ayudado. Y en el caso de Sharon, el impétigo que había tenido de pequeña; y en el de Bobbi, su ojo ciego. El nombre de la chica irlandesa lo había elegido su padre, era el de una mujer que había participado en la revolución: se lo había contado en el coche o en el café de Buddy, no podía precisarlo.

—Exquisitas, las albóndigas —comenta un empleado, y con razón, a juicio del señor Hilditch, pues las han preparado y cocinado con habilidad siguiendo sus instrucciones precisas.

—Me alegro de que le gusten —dice, con una sonrisa agradecida. Los cumplidos son gratos cuando una relación ha concluido y aún está fresca en el recuerdo.

Otro empleado hace un comentario sobre el budín de mermelada de naranja y él revela un secreto: que hay que cortar bien la manteca, y añadir la mermelada de naranja y los huevos batidos a

los ingredientes secos y no a la inversa. Indica que el procedimiento y las medidas varían según se haga el budín al horno o al vapor. A él le gusta más al vapor desde la infancia.

Las empleadas a veces le piden una receta, siempre prefieren pedírsela a él que a alguien del personal de la cocina. Le gusta complacerlas de este modo. Le agrada pensar que los platos de la cantina de la empresa se sirven a las familias de los empleados. «Budín del señor Hilditch» o «tal como lo hace el señor Hilditch» podrían ser las expresiones utilizadas. Aunque nunca lo menciona, cree que esto debe de ser así.

—Mire, vivimos en un milagro. Mire este huerto. Fíjese en los frutos de los árboles y en la gente de todas las naciones.

Una mujer negra, enjoyada y pintada, le enseña la ilustración chillona de la portada de un folleto. La acompaña una joven blanca bien vestida que tiene en la mano un montón de ilustraciones parecidas.

El señor Hilditch estaba limpiando los zapatos en la mesa de la cocina cuando le interrumpió la llamada a la puerta; recibe afablemente a la pareja, pero muestra su falta de entusiasmo por la amenaza de conversación, llegando con la cabeza.

—Hoy le traemos la Palabra del Señor nuestro Padre —sigue diciendo la mujer negra, sin hacer caso a su reacción—. Yo soy de Jamaica. Ella es la señorita Marcia Tibbitts. Si nos permite pasar, mi amiga y yo no le robaríamos más de diez minutos de su tiempo. ¿Puedo preguntarle si está familiarizado con los escritos de la Biblia, señor?

El señor Hilditch no está especialmente familiarizado con los textos de la Biblia. Cuando era pequeño, su madre le mandaba todos los domingos a la escuela dominical. Recuerda vagamente historias extrañas sobre corderos sacrificados e hijos sacrificados y caminar sobre el agua. De eso hace muchísimo tiempo y nunca ha sentido necesidad de pensar en ello. «¿Qué haría Jesús?», especulaba una

inscripción en lanas de colores que les enseñó en la escuela dominical la profesora. Lo había convertido en una decoración de las paredes, enmarcando con una orla el cristal que lo protegía.

—Lo siento, peto no me interesa.

—Si nos permite entrar en su casa, mi amiga le explicaría su propia experiencia, cómo la congregaron a ella.

El señor Hilditch dice otra vez que no con la cabeza, pero no consigue interrumpir un relato sobre cómo fue rescatada de una tienda de vídeos y la promesa del paraíso terrenal en el que las serpientes yacen inofensivamente enroscadas y la cobra es un juguete para los niños.

—Estaba perdida y me encontraron —afirma la joven blanca en un sonsonete—. Tal como está escrito.

Luego empieza otra vez a hablar de la tienda de vídeos y de ese mundo mejor en que la cobra es un juguete.

—Lo siento, pero estoy ocupado —dice finalmente el señor Hilditch interrumpiéndola.

—Podríamos volver —ofrece la mujer negra—. Vendríamos a cualquier hora.

—No, no.

—Diez minutos de un día cualquier no es mucho sacrificio. Nuestro Padre el Señor nos da la eternidad.

La mujer negra despliega una saludable dentadura y ofrece al señor Hilditch los folletos.

—Hay un futuro para el que muere, señor —añade, dando a entender con el tono que la literatura que ofrece revela más detalles sobre esta afirmación.

Y es precisamente entonces, mientras ella sigue hablando del que muere, cuando el señor Hilditch advierte, y le desconcierta, una súbita curiosidad que aflora en los rasgos oscuros de la mujer. Estando como está familiarizado profesionalmente con las prácticas del arte de vender y suponiendo que el tema religioso podía encajar perfectamente en esa categoría, se pregunta si se tratará de una

táctica de venta. Pero para su gran consternación y alarma, la explicación no es comercial.

—Una joven irlandesa le mencionó, señor. Acabo de recordarlo ahora mismo. Un buen hombre, dijo la chica, que había sido bondadoso con ella. Y dijo que vivía en Duke of Wellington Road. Grande y de gran corazón, puede que fuera lo que dijo.

—No conozco a ningún irlandés.

—Usted ayudó a aquella chica en su camino, sin pasar de largo. Usted obra conforme a nuestra Iglesia, señor.

—No, no. Lo siento. Tengo que marcharme. Todo esto no tiene nada que ver conmigo.

—Aquella chica era una charlatana, ni más ni menos —la señorita Calligary hace una pausa—. Una estafadora, según resultó luego.

—Tengo que pedirles que se vayan.

—Aquella chica intentó sacarnos dinero. ¿Le hizo lo mismo a usted, señor?

El señor Hilditch cierra la puerta de golpe y se apoya en ella con los ojos cerrados, recordando que la chica le había dicho que había pasado unos días en casa de aquella gente. Repasa el encuentro que acaba de producirse desde el mismo momento en que la mujer negra comprendió de pronto que estaba hablando con alguien de quien había oído hablar. ¿Le habían mencionado? «Una chica irlandesa lo mencionó». Qué significaba eso exactamente. Charlatana, había dicho la mujer, y luego algo de estafadora, fuese lo que fuese lo que quería decir con eso.

El señor Hilditch se pregunta por un momento si no será todo un error o un malentendido: ni con toda la imaginación del mundo podría llamarse estafadora a la chica irlandesa con quien él se ha relacionado. Otras que ha conocido sí podrían calificarse de eso, pero es lo último que podría decir alguien para referirse a aquella última chica. Y sin embargo no hay duda de que se trata de la misma chica: una chica a quien él había ayudado, desviándose de su camino para hacerlo. Así lo había dicho ella misma; y al parecer se lo había repetido a otros.

Separa poco a poco su mole de la puerta en que se apoya y luego cruza el vestíbulo hacia la cocina. No tiene importancia, se dice, no es más que un descuido, un cabo suelto; si parece salirse de lo normal es sólo porque no había pasado jamás. Nadie le había mencionado nunca después a una chica a la que hubiese ayudado.

—Ese hombre estaba perfectamente al principio —comenta la señorita Calligary mientras sigue con su compañera por Duke of Wellington—. Perfectamente normal y de pronto se pone raro.

A la señorita Calligary le preocupa que haya pasado esto. Aquel tipo grande y gordo estaba a punto para su obra; lo hubiera jurado. Un hombre solitario, un hombre solo: cualquiera podía verlo. Quizá hubiera tomado el rábano por las hojas, creyendo que la chica irlandesa era también una de los suyos y hubiera dado marcha atrás por esa misma razón… Gato escaldado, del agua huye. La señorita Calligary señala un día para volver y pide a Marcia Tibbitts que apunte el número de la casa.

XXI

Durante varios días, siempre que perturba sus pensamientos el hecho de que su amistad con la chica irlandesa sea conocida por una tercera persona, el señor Hilditch se dice que eso no significa absolutamente nada. Seguro que la mujer jamaicana ya lo ha olvidado todo, estando como está más interesada por su paraíso que por cualquier otra cosa. Una mujer como ella, con sus folletos y su palabrería, tiene bastante en qué ocupar sus días sin necesidad de husmear en la vida privada de nadie.

Pero aun así, cuando pasa un poco más de tiempo, el desasosiego empieza a acuciar al señor Hilditch. Recuerda que cuando la chica irlandesa le había abordado se había dado cuenta de que la promesa de relación era distinta de lo que habían sido las otras. Y al final no lo había sido, porque la chica irlandesa también se había separado de él; pero ahora parecía que tal vez su intuición podría haber sido acertada de alguna forma distinta aún no desvelada.

Durante una noche que pasa en vela, oye la voz de la mujer negra explicando a la gente que él no había pasado de largo, que la chica buscaba ayuda y él se la había dado. No era imposible que la mujer hablara de aquel modo, se dice, los ojos desenfocados en la oscuridad; es incluso probable, puesto que se lo había dicho a él. A medida que transcurre la noche, cuando la cantinela antillana y todo lo que transmite se hace más insistente, el señor Hilditch procura distraer sus pensamientos desviándolos hacia otra cosa: su trabajo, sus cocinas, el bullicio del comedor durante las comidas. Se concentra luego en la época en que aún era empleado de

facturación, en la sorpresa por el hecho de que lo llamaran y le mandaran sentarse mientras le explicaban que había sido seleccionado para el puesto de jefe del servicio de comidas. Pero, aunque recuerda complacido la ocasión —los detalles de formación y remuneración se los habían impuesto antes incluso de que llegara a decir si le interesaba—, se sorprende arrastrado por el mismo flujo mental a la época anterior de su vida en que aún albergaba la esperanza de poder seguir la carrera militar. «¡Oh, el caqui te sentaría muy bien!» La voz de su madre tiene un tono jovial en el balneario en que bebía el agua y se bañaba mientras él esperaba sentado o paseaba por el pueblo. En el balneario había un friso tallado: soldados que yacían heridos sin camisa, oficiales ofreciendo ayuda. Había una inscripción grabada en piedra que decía: «La hermandad que une más allá de la tumba». Su madre se puso a hablar en los baños con una mujer que padecía la enfermedad de Garrad y su madre dijo ¿qué es eso? Está relacionado con la enfermedad de Dupuytren, sostuvo la mujer, aunque algunos lo negasen. La mujer llevaba la cara pintada, labios de color magenta, manchas de rímel, polvos sobre la piel granulosa.

—Escucha esto, cariño —exclamó su madre—. ¡Esta señora es muy interesante!

Pero él no escuchó mientras la señora hablaba de su dolencia, mientras su madre decía hay que ver y válgame Dios.

—¿A que le sentaría bien el caqui? —dijo su madre en el bar del Clarence—. ¡Va para soldado este hombrecito!

En el tren, al volver del balneario, un hombre de barba le dio una moneda de tres peniques.

—¡Vaya, quién iba a esperar una cosa así! —exclamó su madre, con el cuello y la cara rojos como una amapola cuando salieron del túnel de Longridge—. ¡Es increíble!

A pesar de esta evocación de su pasado, cuando el señor Hilditch entorna los ojos vuelven a poseerle sus elucubraciones sobre lo que había dicho la mujer negra a la puerta de su casa. Luego, cuando intenta imaginar a la chica irlandesa entre los bellos retratos que

constituyen su recuerdo de las otras, no lo consigue por primera vez. El día que había ido a visitar la mansión rural estaba dócilmente allí: ahora no hay nada, como si las palabras de la mujer negra se la hubieran robado.

El señor Hilditch se levanta en cuanto asoma la luz del amanecer, varias horas antes de lo que suele hacerlo. Prepara té cu la cocina y anda despacio por la casa, entrando en una habitación tras otra. Cuando llega la hora de hacerse el desayuno, descubre que no tiene hambre. Luego se va a trabajar en el coche con el estómago vacío.

Al cabo de un tiempo la gente se da cuenta; el señor Hilditch ve que se la dan. En la cantina, elige estofado de cordero y sorpresa de pifia; apenas prueba la parte más escogida de un redondo de carne de vacuno y le ven servirse una módica ración de su plato preferido de los miércoles. En las entrevistas a los aspirantes a lavaplatos, tienen que recordarle varias veces los nombres que ya le han dicho. Se pasa más de quince días sin que necesite reabastecer la lata de galletas.

Al volver a casa una tarde, se queda sin gasolina, una desgracia que achaca luego a su estado de ánimo. Tiene que caminar más de kilómetro y medio, pedir una lata al chico de una gasolinera y fingir que le hace gracia su propia estupidez. Hay policías de dos coches patrulla rodeando su pequeño vehículo cuando vuelve y se disculpa por las molestias que pueda haberles causado, burlándose de sí mismo en el mismo tono jovial. Los policías se muestran displicentes y críticos. No responden a su sonrisa. Inútiles engreídos que se pasean por ahí dándose tono en sus Fords y sus Vauxhalls, grandes como muros. Les sonríe y ve cómo se marchan.

Él había sido generoso con ella desde el mismo momento en que apareció en el antepatio con el abrigo rojo y el pañuelo a la cabeza. La había escuchado sin demostrar cansancio ni una sola vez. Le había dado consejos; la había orientado y protegido, previniéndola de los delincuentes callejeros y de los riesgos de hacer autostop. Le

había dado tanto como a las otras, sin escatimar nada. ¿Le habría dicho ella todo eso a la mujer negra? ¿Lo estarán contando? ¿Y qué más? ¿Qué explicaciones se habrán añadido, qué curiosidad habrá despertado? ¿Qué andarán murmurando a estas alturas?

Prosigue el viaje interrumpido, bastante agitado, y repasa una vez más todo lo que se habló a la puerta de su casa. Luego, ya en el salón delantero, considera lo insignificante e intrascendente que le había parecido cuando la chica irlandesa le comentó que la había acogido aquella misma gente que ahora la llamaba estafadora. Sube el volumen de la música intentando acallar sus preocupaciones y la voz de la mujer negra y el rumor inquisitivo que alimenta. Esa noche vuelve a dormir a ratos y tiene pesadillas que no puede recordar al despertar.

—Sí, claro, ha habido cambios —admite la mujer que está usando el cajero automático, mientras coloca cuatro billetes de cinco libras en el billetero de su bolso—. No se puede decir que no haya habido cambios.

—No tendría más de ocho años de edad —comenta el señor Hilditch—. Solía venir en el tren.

—Ya no tiene nada que ver en ese caso. Eso es indiscutible.

Es una mujer con gafas, mayor que el señor Hilditch, que lleva un cesto con ruedas y viste medias grises de hilo y abrigo gris de una felpa rizada. También tiene el cabello gris y rizado.

—Me pareció buena idea volver —sigue diciendo el señor Hilditch, que no introduce la tarjeta de plástico en el cajero automático—. Levanta el ánimo, me dije, visitar el balneario.

—No tiene mucho de balneario últimamente. Eso lo cerraron hace siglos.

—¿Se secaron los manantiales?

—Nunca hubo manantiales, lo amañó todo un tipo. La gente se lo creía todo en aquellos tiempos.

—Mi madre lo creía.

—Pues ya ve. Era un timo.

—Mi madre decía que le sentaba bien.

—En las enfermedades hay mucho de mental.

—Es muy posible.

—Len creía mucho en eso. Todo está en la mente, esa es la expresión que usaba él.

—¿Se refiere a su esposo?

—Difunto. 1970.

El señor Hilditch introduce la tarjeta en la ranura del cajero y marca su número personal, 9165. La mujer se estira los guantes grises y coge la barra de su carro de la compra. Brotan de la pared billetes por valor de cuarenta libras.

—Una gran comodidad —comenta el señor Hilditch, dispuesto a prolongar el encuentro—. Nuestro flexible amigo.

—El único problema es que gasta uno demasiado. Si no *estuviera* ahí, gastaríamos menos.

—¿Le apetece un café?

La mujer vacila. No le contesta pero no se opone a que el señor Hilditch camine a su lado. Está absolutamente de acuerdo con ella, dice él; los cajeros automáticos hacen que uno gaste más dinero por el simple hecho de que puede disponer de él en cualquier momento. Los bancos saben muy bien lo que se hacen, dice, y repite su invitación junto a unos almacenes que supone tienen cafetería.

—Yo no me ando con remilgos —dice la mujer, y cruza las puertas giratorias delante de él.

Se le había ocurrido por la mañana temprano que iría al balneario, pues era sábado. Lo que necesitaba era un cambio, ir a algún sitio que perteneciera a otra época de su vida. Había tardado dos horas en el coche. En tren, con un transbordo y una espera, se tardaba más.

—Bueno, esto es agradable —comenta él con verdadero entusiasmo cuando están ya sentados—. Me gusta tomar algo a media mañana.

—Le anima a uno, este tiempo.

La mujer se siente halagada: él se da cuenta por la forma en que la ve mirar alrededor para comprobar si los ha visto algún conocido. Había hecho lo mismo en la calle. Le gustaría que la gente elucubrara sobre quién pudiera ser el desconocido, al que debía llevarle diez años por lo menos.

—Debería haberle dado el pésame por lo de su marido. Perdone.

—Hace veintidós años. Se supera.

—Aun así, debería haber dicho algo.

—No hay necesidad, de veras.

—Lo siento, de todos modos.

Y ya que ha salido el tema, le dice que él nunca se ha casado.

—Tampoco Vera. No le interesaba, según decía ella.

—¿Se refiere a una hija?

—No, una hermana. Nunca nos llevamos bien, no estábamos de acuerdo nunca.

Llega su café. El señor Hilditch siente los primeros indicios de apetito por primera vez en varias semanas y pregunta si tienen bollitos de queso.

—Estuve levantado hasta las tantas —explica a modo de disculpa a su compañera.

—Lo que yo creo es que ella quería a Len y al no poder conseguirlo, pues nada. Dejó de interesarle en cuanto no pudo conseguir a Len.

En el curso de la conversación posterior el señor Hilditch suministra voluntariamente su nombre y la información de que es jefe de un servicio de comidas. Da el nombre de la ciudad en que vive y trabaja, añadiendo que nació allí, que la población supera hoy en día bastante el cuarto de millón de habitantes y que crece sin parar. Unta tres bolitas de mantequilla mientras está transmitiendo esta información, observando complacido cómo se derrite la mantequilla sobre la superficie caliente. Ni una sola vez desde que empezó a hablar con la mujer que viste de gris le ha asaltado la inquietud que le mantiene despierto de noche y le confunde durante el día.

—Tuvo siempre esa ambición —está diciendo ella ahora—, ver los jardines colgantes de Babilonia.

—Se refiere a su marido, ¿no?

—Era su gran ambición y por supuesto ella se aprovechó. Una fresca en ese sentido. Estudió sobre el tema: los nombres de las plantas colgantes y todo lo que tienen.

Él cabecea, comprensivo.

—Yo tengo que emplear a muchas en las cocinas. Ese tipo de mujer atrevida no tendría ninguna posibilidad. Es una de las pequeñas normas que tengo.

—Las últimas palabras que dijo. «Ahora lo tendré». Una fresca hasta el final.

Al poco rato, la mujer le dice que tiene que irse y, como el encuentro no puede prolongarse más, el señor Hilditch sonríe afablemente y dice que ha sido un placer conocerla. Se queda en la mesa, y unta el último bollo cuando la mujer se pierde de vista. Casi inmediatamente, vuelve aquel desasosiego que la compañía de la mujer había mantenido a raya.

Y acompaña al señor Hilditch mientras transcurre el día, y aquel apetito que había vuelto tan brevemente no lo hace más. Se distrae como mejor puede: no es difícil creer que un hombre de negocios avispado creara en otros tiempos un mito sobre un manantial de aguas local, engañando a los enfermos durante generaciones. Piensa en ello un rato, luego se desliza hacia su pasado personal.

—Eso es un urinario público —indicó su madre la primera vez que fueron al balneario, señalando un edificio de ladrillo que había cerca de las vallas de un parque—. Recuerda donde está, cariño.

Ella lucía un broche de camafeo prendido a la solapa y un collar de perlas de dos vueltas. Llevaba el bañador en un pequeño maletín azul, con un termo de té y los emparedados de siempre. En el bar de la estación, tomó una pepsi con ginebra mientras esperaban el tren, y otra cuando cambiaron de tren y tuvieron que volver a esperar.

El señor Hilditch va a la sesión de las dos de *Instinto básico* y le parece desagradable, pero se queda hasta el final porque para eso ha pagado la entrada. Luego pasea por las calles, admirando las terrazas de pálidas y bonitas casas, con montantes de abanico, las columnas que diferencian glorietas y paseos, la majestuosa estatua de la reina Victoria delante del ayuntamiento. Pero ni todo esto ni lo que ha quedado con él de *Instinto básico* es tan eficaz como la compañía de la mañana para combatir la intrusión que le inquieta. Cuando empiezan a cerrar las tiendas, considera el día un fracaso.

Al volver a casa en el coche, recuerda a Beth diciéndole adiós, el último momento antes de que el recuerdo se hiciera demasiado doloroso. Se lo soltó de pronto: que mañana pensaba irse al sur. Eso fue lo primero que le dijo Jakki: cuando se encontró con ella una noche, delante de la tienda de objetos de decoración donde se encontraban siempre. Sharon no le dijo nada y se proponía no hacerlo, pero él lo supuso. Bobbi había sido la más despreocupada. Elsie Covington le dijo que le echaría de menos. Gaye lloró, montó un número porque quería dinero antes de irse.

Están allí junto a su puerta, de espalda a él primero; luego oyen el coche en la grava y se vuelven a mirarle. La luz de los faros les da en la cara a las dos, la negra y relumbrante, de labios gruesos y apretados, la otra atisbando tímidamente hacia la claridad. Él ha recordado unas cuantas veces su amenaza de volver, decidiendo que no contestaría al timbre sin averiguar antes quién era. Apaga el motor y las luces del coche lenta y cansinamente.

—Nos alegra verle, señor —dice la mujer negra, que empieza a hablar en cuanto él pone el pie en el suelo.

Cierra con llave la puerta del coche y luego se vuelve diciendo que no con la cabeza a la cara risueña. Él no sonríe. No está de humor para eso: deja que se vea.

—Diez minutos de su día, caballero…

—Mi día ha sido largo. Tengo que darles las buenas noches. Y he de pedirles que no vuelvan a venir a molestarme.

—¿Ha tenido ocasión de meditar sobre la historia de la señorita Marcia Tibbitts, tal como acordamos, señor?

—Yo no acordé nada.

—Vinimos a verle hace un tiempo, señor…

—Sí, lo sé, lo sé.

—Estábamos deseando saber cómo había afectado a su atribulado corazón la historia de mi joven amiga, caballero.

El señor Hilditch se sobresalta al oír esto. Clava sus ojos diminutos en la señorita Calligary hasta que pestañea intentando borrar de ellos la consternación que no puede ocultar.

—¿Atribulado? —pregunta sin querer, sus labios formulan inconscientemente la palabra que expresa la alarma que siente.

—Caballero, la joven a quien usted ayudó no pertenecía a nuestra Iglesia. Sólo se alojó en nuestra casa, señor. Sólo pasó por allí.

—Han interpretado mal todo eso…

—Esa chica se inventa que la han robado, con la esperanza de que se hiciera una colecta en la Casa de la Congregación.

—Le estoy diciendo que se equivoca.

—Sólo estuvo de paso y si ella le dijo otra cosa diferente no es verdad. Más vale considerar a esta joven amiga mía que está aquí esta noche, caballero. Más vale considerar su alegría mientras está delante de usted.

La chica no tiene mucho que considerar. Su insulso cabello crece formando un pico en la frente y lo lleva estirado hacia atrás sujeto con horquillas. Es una chica pequeña y de aspecto conejil.

—Considere su trabajo diario, señor, antes de que llegara a conocer la promesa del Señor nuestro Padre. Piense en las cosas espeluznantes que vendió al público, señor. Decapitación y vicio, harenes de animales. Prácticas antinaturales, caballero, la emoción del dolor.

El señor Hilditch sigue observando a la pequeña, sin oír casi lo que dice la mujer. Se pregunta si dejará a aquellas personas entre

las que ha caído y acabará vagando por ahí. Tiene pinta de eso, una mirada vacía que le resulta familiar.

—Dentro de poco vendrá gente de todas partes a nuestra asamblea anual. ¿Puedo preguntarle si dispone de habitaciones libres en casa, señor?

—¿Habitaciones? ¿Pero de qué habla?

—La gente viene a la celebración, señor.

El señor Hilditch desea abrirse paso entre ellas y luego abrir la puerta y cerrársela de un portazo en las narices. Desea decirles que llamará a la policía si no se marchan, que no tienen derecho a acosar a una persona a la puerta de su casa, que han entrado en una propiedad privada. Pero no pronuncia una sola palabra ni se mueve.

—Porque el futuro está escrito, señor, en la escritura de la certeza. Hay frutos abundantes para todos en los árboles. Y las verdes colinas se extienden hasta el horizonte, y se alza el trigo de la tierra. Fíjese en los zorros, señor, dóciles en sus madrigueras, y en las ocas felices en el granero del corral. Escuche los gritos de los niños que juegan y las voces que entonan cantos a Dios Padre. Esa es la promesa, señor. Ése es el futuro que aguarda al que muere.

—¿Por qué me habla usted de esa forma? —pregunta él sin pensar, con voz ronca, y de nuevo involuntariamente. La voz le parece la de otra persona, la voz de alguien que grita irritado. Él no pretende gritar—. ¿Por qué siguen viniendo aquí? ¿Qué quieren de mí?

Pasa entre las dos, abriéndose paso a codazos. Se le caen las llaves del coche y la chica las recoge y se las entrega, rozándole los dedos al hacerlo, aunque él no se da cuenta.

—No vuelvan aquí, por favor —ordena bruscamente—. No quiero volver a verlas aquí.

Inmutable e impávida, la señorita Calligary le aconseja que considere lo que han hablado. Ninguno de nosotros puede abandonar al que muere, afirma la mujer, pues el que muere nos espera cuando también nosotros estemos limpios y dispuestos para

el paraíso terrenal. Y luego, como si no existiera la menor objeción a la visita, ningún impedimento ni contrariedad, la señorita Calligary añade:

—Hay solaz para los afligidos, señor.

Una mano negra se posa en el brazo del señor Hilditch. La señorita Calligary enseña de nuevo sus dientes regulares. Marcia Tibbitts escribe en un cuaderno.

—¿Qué hace? ¿Qué está escribiendo? Ésta es una casa particular, ¿sabe?

—Está escribiendo la dirección, señor: Duke of Wellington, 3; y el número de personas para las que tiene usted espacio cuando llegue el aniversario. Con gente a su alrededor pronto descubrirá la paz de espíritu, señor. Hasta que llegue ese momento, no le abandonaremos.

Al señor Hilditch le tiemblan tanto las manos que no atina a meter las llaves en las cerraduras de la puerta. Se ve obligado a darles la espalda para ocultar su agitación y sujetar una mano con la otra. No contesta a la petición de que debería alojar gente en su casa.

La señorita Calligary piensa en la Casa de la Congregación en el comportamiento irracional del hombre que vive en el número 3 de Duke of Wellington Road. Sus esfuerzos por aclarar cualquier posible malentendido habían provocado una reacción que ahora la induce a creer que en realidad no existía ningún malentendido. Se trata de otra cosa distinta. En la primera visita, el hombre se contuvo y no interrumpió la historia personal de Marcia Tibbitts y, si bien es cierto que protestó un poco cuando acabó, no fue nada que se saliera de lo normal. En realidad, la señorita Calligary sabe por experiencia que cuanto mayor es la oposición inicial, más grande es la convicción después. El presentimiento que había tenido después de su primer encuentro —que aquel individuo establecería tarde o temprano lo que los Priscatt llamaban una «relación» con la Iglesia que es para

ella la obra de su vida— es algo que le parece ahora dudoso. Resulta evidente que hace falta trabajar más. Pues no sólo ha sido rechazada perentoriamente la fraternidad que ella ofreció sino que parece haberse convertido en motivo de alarma. La señorita Calligary ha explicado más de una vez a las jóvenes compañeras que llevan el mensaje con ella que no se puede esperar llegar a ningún sitio si no se persevera, que no hay que dejar que el desinterés, ni incluso los insultos sean causa de disgusto o de desánimo. Pero la alarma es algo completamente distinto; es una reacción que nunca ha visto.

—Irracional, sin duda —conviene el señor Priscatt cuando la señorita Calligary se lo explica, y la señora Priscatt recuerda a una pareja que se había comportado de una forma extraña en la primera época de su labor como congregante, invitándoles a ella y a su esposo a su casa y gastándoles luego bromas: arañas mecánicas que subían por las piernas de la señora Priscatt; cada vez que ella y el señor Priscatt movían la silla se oía un ruido desagradable; y el fondo de las tazas en que les sirvieron el té se cayó y les empapó la ropa de líquido caliente.

—No, no es nada de ese tipo —explica la señorita Calligary.

La señorita Calligary sigue buscando consejo y explica la crispación del ocupante del número 3 de Duke of Wellington a los otros congregantes. Se lo cuenta al viejo etíope, y también a Bob y a Ruthie, y al señor Hikuku y a todos los demás. Y cuando se lo explican a Agnes, recuerda que había sido a ella a quien la chica irlandesa le había hablado primero de aquel hombre, y había mencionado Duke of Welllington Road.

La señorita Calligary, responsable de la presencia de la chica irlandesa en la Casa de la Congregación, no esconde su parte de culpa y hay seguridad en su tono cuando da su opinión definitiva:

—Aquella chica trajo dolor a nuestra casa y ahora creo que le causó dolor también a este hombre, porque cuando la nombramos vuelve la espalda.

Podría ser, dice el señor Priscatt, y el viejo etíope, que ha visto muchas cosas en calles y portales, cabecea sabiamente. Bob y Ruthie cuchichean, diciéndose que todo aquello les entristece.

—Le han estafado y recela —afirma la señorita Calligary—. Está bastante nervioso.

Los otros no lo discuten. La chica irlandesa embarazada a la que acogieron les había ofendido a todos, por lo que parece probable que un hombre bondadoso sufriera también.

—Tenemos un deber en este asunto.

Convencida de que se le ha dado una orientación, la señorita Calligary se siente más alegre.

XXII

Lo reconoce inmediatamente: el pelo negro recortado, los ojos verdosos, los pómulos altos. Hay otros rasgos que no se han incluido en la descripción que el señor Hilditch ha oído tantas veces: un brillo furtivo en aquellos ojos, una sonrisa astuta que le tuerce la boca, un bigote que se ha dejado hace poco.

El señor Hilditch espera hasta que está seguro —hasta que oye el nombre del chico— y luego se retira en las sombras del rincón que ha decidido ocupar en el Goose and Gander. Es la primera taberna cercana al cuartel en que ha entrado, queda a veinte minutos de su casa. Sólo llevaba en su rincón el tiempo que había tardado en beber la mitad del agua mineral que había pedido, cuando entraron nudosamente los cinco soldados. Aunque no van de uniforme, es evidente que son soldados por el corte de pelo y por los andares.

Oye retazos de la conversación; parece que hablan de carreras de motos, una rueda suelta que aterrizó girando entre la multitud.

—Mató a un tío la puñetera —dice un soldado.

El señor Hilditch no sabe por qué ha ido allí. Le ha arrastrado a aquel lugar un impulso y sigue presionándole para que escuche la conversación. Mientras escucha los comentarios siguientes sobre pistas de carreras de coches, no recuerda lo que pensaba antes de salir de casa, y cree que no pensaba nada: simplemente se fue en el coche, sabiendo adónde iba.

—Tu puñetera ronda, colega —recuerda groseramente un soldado a otro, y hay una algarabía general que lo ratifica. Apuran los vasos. Dan golpes repetidos en la mesa como un estímulo al soldado al que le toca pagar la ronda.

Es asombroso pensar en lo que sufrió ella, engañada por aquel rufián que se había largado sin dejarle ningún medio de ponerse en contacto con él, sabiendo arteramente que una madre amargada le protegería. El señor Hilditch recuerda las lágrimas que había derramado ella tantas veces cuando se sentaban los dos en un café, pendientes de la puerta, su aflicción con cada nuevo fiasco en una fábrica tras otra, la culpabilidad que sentía por el aborto. Era miércoles, el día que apareció en el patio delantero de la fábrica. Siempre puede determinar el día de la semana en que ocurren los incidentes, sin el menor esfuerzo: era viernes cuando el sargento de reclutamiento le dijo que sería mejor que intentara otra cosa; y lunes cuando le regalaron el juego de troquelar y las calcomanías por su cumpleaños —el olor de la ropa lavada, las velitas rojas, el tío Wilf que había ido especialmente—. Y siempre era sábado cuando se dirigían en tren al balneario.

—Un maricón puñetera —dice uno de los soldados—. Esquina Brunswick Way todas las tardes como un clavo. Cuarenta libras ofrece.

—Un puñetera nada —es un comentario desdeñoso, y—: Estás de guasa, amigo.

—Ni guasa ni hostias. Le gusta el uniforme, al maricón ese.

El señor Hilditch no sabe por qué no la ve a ella como ve todavía a todas las demás, y sólo se le ocurre la explicación de que se debe a que ella se marchó de una forma distinta, que es la sensación que tiene desde que la mujer negra lo removió todo mencionándola. El hecho de que él esté ahora aquí tiene que ver con la forma que tuvieron de separarse: ahora se da cuenta, lo sabe. Está aquí porque no hay lugar para ella en su galería de la memoria, porque puede aparecer en cualquier momento. Se retrepa en las sombras, ha olvidado la conversación de los soldados. Sigue en su rincón con el mismo vaso de agua mineral hasta que el dueño avisa por última vez que va a cerrar y luego pregunta si sus clientes no tienen un hogar al que ir. Recoge los vasos una camarera a quien los soldados halagan con atenciones antes de largarse alborotando.

El señor Hilditch los observa en la calle desde el coche y luego recorre las calles, buscando tan desesperadamente como había buscado una vez su presa.

Un día, un martes, una semana después de su visita al Goose and Gander, el señor Hilditch no va a trabajar. Va caminando hasta la cabina de teléfono que hay al final de su calle y llama a las cocinas para decir que no se encuentra bien. Vuelve a casa y se pasa todo el día sentado, sin comer, escuchando una selección de sus discos en el salón. Cuando termina un disco, no se levanta inmediatamente a poner otro en la platina, sino que se queda escuchando un rato el zumbido de la aguja. Después de eso, Bing Crosby y Frank Sinatra, Perry Como, Alma Cogan, Nelson Eddy y Jeanette MacDonald, Eve Boswell, Doris Day y Howard Keel se congregan para llenar su día, un telón de fondo a las preocupaciones que se han multiplicado y que persisten. No se mueve de la habitación cuando se hace de noche. El *Daily Telegraph* permanece sin leer en el velador del vestíbulo en que lo dejó cuando salió a llamar por teléfono a las cocinas.

A las nueve en punto prepara té y tuesta una sola rebanada de pan.

Cuando la señorita Calligary llama al timbre no contesta nadie. Es extraño, se dice, porque el coche está aparcado en la grava delante de la casa.

—No, esperaremos un poco, hija —dice, conteniendo a su compañera que ya se ha vuelto para marcharse. El hombre que vive en la casa quizá haya salido a dar un paseo, o haya ido andando al bar. La señorita Calligary vuelve a llamar por si no ha oído el timbre la primera vez.

—¡Oiga! ¡Oiga! —grita por el buzón.

Pasan otras tres semanas. Los días se alargan. Si el señor Hilditch visitara la misma mansión rural otra vez, encontraría narcisos en flor, en vez de azafrán, en la ladera de encima del aparcamiento, y nuevos retoños por todas partes en los jardines.

Pero el señor Hilditch no lo hace. No ha vuelto al trabajo desde el día que llamó por teléfono para dar una excusa; sólo ha salido una vez a comprar y eso sin entusiasmo. «Estoy siguiendo un tratamiento contra los diviesos», ha escrito en una carta de disculpa a sus superiores, añadiendo que se trata de un tratamiento que exige un régimen estricto de descanso y dieta. Como no ha faltado nunca al trabajo por enfermedad en toda su vida laboral, en la empresa adoptan una actitud indulgente y recibe tarjetas del personal de la cantina y del personal de las cocinas en las que le desean que se recupere pronto.

Sigue durmiendo mal por la noche. Ha adelgazado un poco; tiene un aire macilento y la piel fláccida y fofa. Dios sabe con lo que saldría la mujer negra si volviera a encontrarse con ella. Dios sabe cómo se propalaría entonces, cuánta gente sabría que la chica había estado en su casa. A lo mejor ya lo sabían el personal de la cocina y los empleados de la cantina, todo el mundo, en todas partes. Cualquier día a la mujer del té podría darle vergüenza servirle.

Una mañana que se había dormido agotado poco después de amanecer, despierta con la extraña idea de que la chica irlandesa le ha invadido como se invade un territorio. Tiene la vaga impresión —tan fugaz que apenas se concreta— de que en alguna ocasión olvidada la grava de delante de su casa se iluminó desde el vestíbulo, que tuvo que apartar la vista en el coche por el resplandor.

«Siento tener que comunicarles que el tratamiento se prolonga», escribe a sus superiores unos días después, tras haber recorrido de nuevo las calles la noche anterior a última hora. «Es algo lamentable e imprevisto, pero confío en que ya no durará mucho tiempo». Se asegura primero de que no anda por allí fuera la mujer negra y corre

luego al buzón que hay al final de Duke of Wellington Road a echar la carta; es la primera vez en dos semanas que sale a la calle de día.

—Oiga, oiga —llama la señorita Calligary por el buzón.

El coche sigue allí, exactamente igual. Las ventanas encortinadas de la casa parecen estar igual también.

—¡Oiga, oiga! —repite a voces la señorita Calligary.

No hay respuesta.

Recorre las calles a pie, porque tiene miedo de que algún empleado pueda reconocer el coche, y lo hace a una hora en que confía que no puedan reconocerle a él tampoco. Va a sitios en los que hace años que no ha estado, a los barrios que han ocupado indios y paquistaníes. En el Boroda Express actúan estrellas indias de variedades: Bhangra Garta, *Miss* Bhavana, Deepa, la Voz de Lata. El restaurante Koh-I-Noor ha cambiado de dueño. Recuerda la tienda de lanas, distribuidores de Lanas Sirdar y Bairnswear, ahora es la boutique Rupali.

Pasa deprisa por delante de locales abandonados de tiendas y cafés, sin mobiliario ni accesorios, sólo con montones de propaganda tirada donde ha caído, debajo de los buzones bajos de los locales comerciales. Recorre las Foundries, que había sido una zona floreciente en su infancia; ahora el único recuerdo de su antigua prosperidad es la piedra y el ladrillo negro de sus patios inútiles y sus fachadas lúgubres. Recome las zonas residenciales, frondosas ya, con coches aparcados en los cobertizos, las casas dormidas, las ventanas oscuras. Pasa junto al centro de recreo que considera innecesario, y junto a la sala de bingo de baldosas color crema que había sido en tiempos un cine ABC. Pasa por delante de las iglesias y de una sinagoga y una mezquita sin fijarse y por uno de los dos colegios a los que asistió, y por delante del antiguo hospital, Victoriano y grandioso, transformado ahora en oficinas. Por la

mañana temprano contempla el albergue del Ejército de Salvación desde la acera de enfrente, fijándose en las caras de los huéspedes de la noche según van saliendo.

Cuando regresa un día cansinamente a Duke of Wellington Road después de una de estas excursiones, el señor Hilditch llega finalmente a la conclusión de que la chica que ha estado buscando tiene que haberse marchado. Asiente con un cabeceo, acariciando la idea, deseoso de aceptar cualquier consuelo que pueda sacar de su pesadumbre. La chica ha vuelto a su pueblo natal, que debe quedar en el quinto infierno por el nombre que tiene. Sólo allí lo sabrá la gente, sólo allí se enterarían, ¿y qué podría interesarles una persona desconocida que vive a cientos de kilómetros?

Esa mañana, abre en la cocina una lata de judías y las toma con tocino y pan tierno y con el *Daily Telegraph* delante mientras come. Su euforia es comedida, sólo un cambio de lo que ha sido, pero está decidido a aferrarse a ella, convenciéndose de que si la chica siguiera en el barrio ya tendría que habérsele ocurrido que su padre tenía razón en lo de que Lysaght era soldado. Habría conseguido encontrarle, cosa que evidentemente no ha hecho. Y si no se le hubiera ocurrido, se la vería por las calles. Todo lo cual significa que, en realidad, sólo tiene que preocuparse de lo que pudiese haber contado cuando estuvo en la casa de aquellos fanáticos religiosos.

El señor Hilditch examina cuidadosamente la situación: ella estuvo en la casa de los religiosos cuando todo lo que había habido entre ellos era que la había llevado la mañana que habían hecho el viaje a aquella fábrica y al hospital. No se había dicho gran cosa entonces. Y la situación era similar cuando se había relacionado con los dos vagabundos que le había mencionado; y no había ninguna razón para suponer que hubiera dado la dirección del Número Tres a aquella gente o les hubiera explicado cómo era él. Todo lo cual venía a demostrar que la cosa era bastante menos grave de lo que había llegado a creer.

El señor Hilditch lava los platos que ha utilizado, y piensa que se merece un poco de suerte, de la que se ha visto privado

últimamente, y cree que quizá haya llegado por fin. Pero en el transcurso del día vuelve a desanimarse y al cabo de otros dos o tres días se encuentra de nuevo en el cenagal de incertidumbre en que lleva sumido ya tanto tiempo. Su apetito es intermitente; su único deseó, cada vez más intenso, es estar siempre en casa.

Una tarde cuando suena el timbre se levanta de la butaca tras un momento de vacilación para levantar la aguja del disco. La única forma de tranquilizarse de una vez es saber qué fue lo que se dijo. Cruza despacio el vestíbulo, impulsado por la confusión que le atormenta —la esperanza que aparece y desaparece acto seguido, el intentar salir de su desaliento en busca de una migaja de consuelo —. Abre una cerradura y luego la otra, diciéndose que es posible hacer preguntas sin dar explicaciones. No hay necesidad de que él diga demasiadas cosas. Que hable la mujer negra, que caiga en la trampa. Basta hacer una pregunta casual en el momento apropiado.

—Señor, ha estado usted presente en nuestros corazones todas estas semanas —afirma la mujer inmediatamente, muy seria, en cuanto él abre la puerta; y él ve reflejada en su expresión la idea de que aquel hombre ha cambiado muchísimo y que no va vestido como antes. La observa y ve que está pensando que el cuello de la camisa parece sucio, que la bata que lleva a las siete de la tarde está rota en algunas partes, que no se ha afeitado aún pese ser ya la hora que es. La expresión de la joven que la acompaña, la misma chica que las dos veces anteriores, sigue siendo una expresión vacía.

—He estado haciendo cosas por la casa —explica él. Ensaya una sonrisa, deseando ir al grano de una vez con aquella gente de una forma que parezca alegre—. Los fuegos y demás. Me gusta poder encender la chimenea.

Él tiene ahora estufas eléctricas y una sola de gas, pero eso no tienen por qué saberlo ellas. Antes eran de carbón, y las encendía con astillas y papel de periódico que secaba en el armario de orear la ropa para que prendieran bien. Solía ponerse ropa vieja para hacerlo, y guantes viejos. No había nada de raro en eso entonces, ni tenía por qué haberlo ahora.

—¿Nos permite pasar, si no es molestia, señor?

Son extraños los errores que comete de vez en cuando la mujer mientras que en otras ocasiones habla de forma estrafalaria, como si estuviera predicando en una esquina. Cuando vivía su madre, si llamaba a la puerta algún vendedor, ella gritaba desde donde estuviera que no necesitaban nada.

—Dile a la señora que se ahorrará un montón, hijo —le dijo una vez un vendedor de cepillos—. Para las cosas metálicas, para los zapatos, algo para el recogedor. Cepillos mecánicos, escobas. Pide lo que quieras, hijito. Díselo a la señora.

El señor Hilditch abre la puerta y la mujer negra y la chica blanca pasan al vestíbulo. Se da cuenta de las dificultades que tendrá que afrontar, pero el impulso que le domina es más fuerte que su cautela natural. Pasan al gran salón delantero e invita a las visitas a sentarse.

—¡Caramba, caramba! —comenta la mujer negra, mirando la mesa de billar y el gramófono, los dos relojes de pie, la vitrina llena de pisapapeles y las baratijas de la repisa de la chimenea.

—¡Caramba, caramba! —repite.

El señor Hilditch es paciente. La reunión ya se ha celebrado, le dicen: los que acudieron de todas partes han regresado a sus casas. Pero no han venido a verle por eso, afirma la mujer negra, sino para decirle que pueden ofrecerle ayuda en un momento de inquietud y sobresalto. Habla del paraíso terrenal y esboza detalladamente la vocación de los congregantes, su entrega y su trabajo. Y la mente del señor Hilditch vuela mientras tanto, esforzándose por encontrar el modo de efectuar sus indagaciones de forma encubierta. La chica permanece sentada en silencio, no le corresponde a ella hacer comentarios.

—«¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo que el vestido?». ¿Llevaría usted de puerta en puerta, señor, el mensaje que nosotras le traemos ahora, para poder conocer la paz del espíritu? Porque como se halla es llevando el mensaje de la alegría al que muere.

Olvidando momentáneamente su propósito al recibir a sus visitantes, el señor Hilditch replica bruscamente:

—¿Por qué sigue diciéndome eso?

—Es el mensaje de hoy y de todos los días. Fuerte en la fe y que da la gloria.

—Yo no he hecho nada malo —se oye decir el señor Hilditch sin habérselo propuesto. No sabe por qué lo ha dicho, ni de dónde ha surgido la protesta. Se siente frustrado con sus pensamientos, pues cuando busca en su mente una forma clara de obtener la información que necesita, no encuentra ninguna solución. No hay ninguna respuesta a una súplica interior que se hace frenética cuando la mujer negra sigue haciendo insinuaciones y vuelve a citar las Escrituras. La chica que la acompaña aún sigue sin hablar, y el señor Hilditch, que sigue debatiéndose en vano, se deja distraer por la idea de que podría, en este mismo instante, estar sentado en un Happy Eater con esa chica escuchando su triste historia. Sabe que tiene una historia triste; todas la tienen.

—«El buen pastor da la vida por sus ovejas» —dice ahora la mujer negra, y un sentimiento que parece pánico invade al señor Hilditch. Ha cometido un error. Es culpable de un error de juicio. No debía haber permitido que estas dos mujeres entraran en su casa, no hay forma de interrogarlas indirectamente. No se atreve a mencionar el nombre de la chica irlandesa ni a referirse a ella de ninguna otra forma. Tendría que haber abierto la puerta y decirles que se largaran de una vez para siempre.

—En el futuro, celebraremos otra asamblea de oración y usted tiene habitaciones vacías, señor. Con la gente que venga entonces, podría profundizar usted en la alegría del mensaje.

El señor Hilditch, que no se había sentado cuando lo hicieron sus visitas, dice que no puede haber huéspedes en su casa. Su voz ha perdido cierta fuerza; siente la piel de la espalda húmeda y caliente bajo la ropa. Se le forman gotas de sudor en la frente y en las mejillas; se le empañan las gafas. Tartamudea las palabras que intenta pronunciar, farfullando.

—Eso es completamente imposible.

La voz brota ronca, un susurro que casi no reconoce como propio. Mueve la cabeza. La mujer negra quiere que rece con ella.

«No me interesa», intenta decir y nota que le tiembla el labio inferior. Esa es la razón de que le sea tan difícil hablar: cada vez que intenta articular una palabra, ésta se pierde en el temblor del labio. Sabe que no podría encolerizarse si lo intentara.

—Partos, medos y elamitas —enumera la mujer negra disparatadamente, de rodillas ya. La chica se arrodilla también—. Y los habitantes de Mesopotamia y de Judea…

La mujer negra une las manos con fuerza, alzándolas sobre la cabeza inclinada. La chica adopta la misma postura y el señor Hilditch se fija en la suela rota de uno de sus zapatos y en que se le alza un poco la falda corta.

—Los oímos hablar en lenguas. Los oímos a algunos en sus huertos a otros en sus desiertos. Oh, Señor, Padre nuestro, te damos las gracias.

La única chica que él había acogido bajo su techo había cruzado aquella misma sala en camisón: eso es lo que queda de su separación. Luego aparece el primero de los dos autocares en el sendero de la casa y nota el sabor a atún del emparedado, el crujido de la lechuga entre los dientes. Ve otra vez el autobús azul mientras escucha las oraciones de la mujer negra, ve a los viajeros apearse, al conductor con su periódico.

—Esto no me interesa —protesta, consiguiendo articular las palabras ya.

Pero la mujer negra sigue con su galimatías y la chica mueve los labios como si hiciera una aportación propia. ¿Qué es la vida, se pregunta el señor Hilditch, para esta niña con cara de conejo? Ella no es religiosa como la mujer negra; no hace falta pensarlo mucho para saberlo. Lo único que ha hecho al unirse a esta gente es encontrar un sitio al que ir, un nicho al que aferrarse. Está huyendo de algo; eso también es evidente, se ve en su mirada. ¿Qué será la

vida para ella si pasa el resto de sus días con chiflados, corriendo de un lado a otro con esos folletos y esas monsergas?

La chica separa las manos y se levanta. La mujer negra hace lo mismo. Él las acompaña al vestíbulo y abre la puerta, deseando librarse de ellas cuanto antes. Tose y carraspea. Su voz aún es débil cuando habla, pero el pánico que le dominaba ha remitido un poco.

—Buenas noches.

—Comprendemos su problema, señor. La primera vez que vinimos se lo dije a mi joven amiga. Hemos atado cabos, señor.

—¿Qué cabos? ¿Qué quiere decir usted?

—La chica irlandesa causó dolor a los nuestros, señor, lo mismo que a usted. Y yo soy la responsable.

—¿Qué es lo que les dijo ella? —las palabras se le escapan sin freno ni control. Pretendía mover la cabeza, decir que no entendía. Consigue sonreír, y añade:

—Lo pregunto por preguntar. No tengo ni idea de quién es la chica. Sólo la vi en la calle.

—Igual que yo, señor.

—Me preguntó una dirección.

—Nosotros le habíamos enseñado el camino, señor, como se lo hemos enseñado a usted esta noche. Se arrodilló usted con nosotras, señor…

—Yo no me arrodillé. Váyanse ya, por favor, déjenme en paz. Esa muchacha era sólo una chica que estaba en la calle.

—Señor, su bondad le hizo darle el dinero que ella había intentado sacarnos a nosotros con engaños. No hay más que atar cabos para llegar a esa conclusión. El señor Priscatt lo dice, y también Agnes. Es natural desconfiar de un desconocido que llama a tu puerta. Es natural cuando te han engañado.

—Yo no le di dinero. No me dijo nada de dinero. Me preguntó una dirección.

El señor Hilditch se da cuenta de que se contradice, de que cada negativa es más débil que la anterior. Se da cuenta de que lo que

dice no tiene sentido. Y de nuevo es incapaz de controlar sus palabras.

—Usted se preocuparía por el bienestar de cualquier chica que se dirigiera a usted en la calle.

—Es mejor que se haya marchado, señor. Olvídela, señor. El dolor pasará.

—Yo no siento ningún dolor. No sé lo que quiere decir usted con eso del dolor.

—Se iniciará la curación. Por esa razón nos envían a congregar.

El señor Hilditch siente ahora un malestar en el estómago. La mujer negra se vuelve cuando ha bajado ya los cuatro peldaños hasta la entrada de grava y vuelve a subir. Nos envía Dios Padre, dice y propone más oraciones. Le sonríe, abre los labios negros y muestra unos dientes apretados y firmes. El señor Hilditch siente el impulso repentino de estirar el brazo y empujarla, verla perder el equilibrio en los peldaños y caer a la grava. Pero resiste la tentación y su tono es sereno cuando habla.

—No vuelvan nunca aquí. No se acerquen a mi casa —les dice.

Luego da un portazo, cierra con llave las cerraduras dobles y, cuando suena el timbre casi inmediatamente, no contesta. Sacuden el buzón y se oye por él la voz de la mujer negra, pero él no presta atención. Ha perdido la voluntad, se dice en el vestíbulo: las recibió en su casa, las invitó a entrar, siendo como son todo el tiempo una burla de su sufrimiento.

¿Cómo podría haber vuelto ella a su pueblo si no tiene dinero? Esa es la idea con la que se queda. Una idea que ha surgido de la nada, como tantas otras últimamente. La chica irlandesa vaga por las calles y ésa es la razón de que no pueda verla como ve a las otras, entre sus recuerdos felices.

XXIII

Poco después el señor Hilditch vuelve al trabajo. Cree que es lo mejor que puede hacer para volver a sentirse él mismo. En las cocinas y en la cantina le dan la bienvenida y se dedica con tesón a poner al día todo el trabajo atrasado en su pequeño despacho. Pero no ha recuperado el apetito, lo cual sigue siendo embarazoso para un jefe del servicio de comidas. Lo explica lo mejor que puede, y el comentario general es que aún no se ha recuperado del todo de la indisposición que le ha tenido postrado durante tanto tiempo.

Luego, una tarde, sin previo aviso, se produce un ajuste en su memoria. Entre la chica irlandesa subiendo las escaleras en camisón y la llegada del autocar azul al sendero de la mansión rural aparece otra cosa: el sonido de pisadas en las escaleras, el de una puerta cerrándose en la planta superior de la casa. Y acompaña a este recuerdo la idea de que ella lo sabe, de que hubo momentos aquel día y por la noche en que vio en los ojos de ella que lo sabía.

El recuerdo aparece un martes. El último día de marzo, a las cuatro menos veinticinco. El señor Hilditch interrumpe su examen de los gastos generales del mes anterior y se queda mirando el calendario que cuelga de la pared de su despacho sin ver sus conocidos detalles: dos niños con atuendo decimonónico que hacen pompas de jabón, obsequio de la empresa de sopas Trafalgar. El fragmento de recuerdo que le llega es más vivido que la escena elegida por Trafalgar Soup Powders. Él lloró cuando ella volvió a subir las escaleras en camisón, decidida a regresar a servir a su padre y a sus dos hermanos, a volver a una vida agobiante, al remordimiento de conciencia perpetuo. La aguja del gramófono

chirrió en el disco. El brillo del fuego eléctrico de la chimenea le teñía de rosa los zapatos y los bajos de los pantalones.

—Un té, señor Hilditch —le dice la mujer del té—. Se lo traigo a usted primero.

Es lo que le dice siempre esta mujer. Siempre le lleva el té a él primero, como corresponde a su condición de jefe del servicio de comidas.

—Muchísimas gracias —contesta, intentando sonreír y preguntándose si lo habrá conseguido.

—Es siempre un placer —comenta la mujer, pero él no la oye y por eso no contesta, lo que hace que ella comente después que el señor Hilditch se ha quedado sordo de la dolencia que ha padecido.

Baja los ojos de la contemplación ciega de los niños de la pared.

Los listados cubren la superficie de su escritorio, entre ellos está la taza de té, en su platito. Tiende la mano y echa y revuelve maquinalmente dos terrones de azúcar en el líquido lechoso y caliente. Si ella volvía a la nada, se repitió a sí mismo en su salón delantero, si regresaba a una desolación que marchitaría su inocencia, ¿en qué beneficiaría eso a nadie? La llamó pero ella no le oyó, y entonces subió a explicarle que tenían que ir a dar una vuelta en coche. Todo eso vuelve ahora a la memoria.

Pone otra vez *Blue Hawaii*. Se obliga a leer el *Daily Telegraph*, de cabo a rabo: las noticias internacionales, la sección de economía, una columna sobre programas de televisión que no ha visto, las páginas de ecos de sociedad. Asa una pechuga de pavo de kilo y medio para ver si consigue recuperar el apetito.

Pero lo que había empezado en el despacho como un retazo de recuerdo un martes por la tarde se convierte en un torrente a medida que transcurren los días. La noche que la chica irlandesa estaba en camisón lo último que hizo él fue quemar en el cubo de basura las prendas que había ido colocando aquí y allá por la casa. La noche que Elsie Covington le dijo que le echaría de menos, él se

quedó mirándola mientras ella tomaba el postre y luego fueron en el coche hasta el aparcamiento del muelle del canal, que los lunes estaba desierto. «Estás planeando irte», le había dicho a Sharon, y ella se había reído.

La memoria fluye de una forma destructiva, los escombros del recuerdo parecen fragmentos de pesadillas olvidadas más que retazos de la realidad. Porque lo más probable es que el momento en que Gaye se dio cuenta proceda también de una pesadilla desechada: su expresión, la forma de mirarle cuando le preguntó si podía dejarle veinte libras sólo hasta que levantara cabeza de nuevo. La única a quien había intentado explicárselo había sido la chica irlandesa. Le había empujado a hacerlo su inocencia: cómo ellas le habían llamado por diversos nombres; Colín, Bill, Terry, Bob, Ken, Peter, Ray, el primero que se le ocurría, porque eran de esa clase de chicas a las que les gusta usar un nombre. No tenía nada de malo lo de usar otro nombre, lo mismo que no lo tenía el que un hombre de su posición no saliera con una chica de la localidad. «Me marcho al sur», le dijo Beth, y estuvieron los dos sin hablarse durante un rato, mientras él seguía conduciendo. «¿Adónde vamos, Bill?», preguntó Beth; y, ya en el campo, él giró hacia la carretera del vertedero y siguió conduciendo más allá de las verjas cerradas. «¿Adónde vamos, Bill?», preguntó ella otra vez, con el cigarrillo brillando en la oscuridad. Él dijo una sorpresa, y entró en el área de aparcamiento en que había parado una vez a tomar un emparedado y una taza de té del termo. Tenía que vigilar el cigarrillo. Tuvo que ser cuidadoso; podía ocurrir cualquier cosa con un cigarrillo encendido en un coche. Después volvió directamente al Número Tres con ella porque era lo mejor.

Maligno, desagradable, el contenido de lo que se ha deslizado en su memoria hace creer al señor Hilditch que está sufriendo un trastorno: la única explicación que se le ocurre es que se está volviendo loco. Todas las mañanas deja el coche en la zona de aparcamiento de la fábrica y cruza el patio de entrada, saludando a los empleados que hay por allí, que le devuelven el saludo, sin darse

cuenta de nada. De vez en cuando hay una discusión en las cocinas, dos de las mujeres que lavan los platos se ponen a reñir, y él las hace entrar en razón, como ha hecho siempre. Prueba la comida, conversa con los representantes por la tarde. Un equipo de Moulinex hace una demostración de sus aparatos. Y por debajo de la apariencia de normalidad que logra dar, parpadean levemente escenas y hablan voces.

Sus días son un tormento y cuando regresa por la tarde al número 3 de Duke of Wellington Road afronta en privado esa sospecha de que está perdiendo el juicio. Busca a través del tiempo que ha pasado desde el momento en que se inició el desasosiego, reviviendo la primera de sus noches angustiosas, recordando su intento de eliminar la obsesión creciente con la visita al balneario, recordando su presencia en el Goose and Ganden ¿Por qué le ha elegido para consagrarle su atención una mujer negra? ¿Por qué no puede comer? ¿Por qué ha escrito cartas mentirosas a sus jefes? ¿Por qué invaden ahora su mente ideas delirantes? El señor Hilditch ha oído hablar de estos procesos en la vida de otras personas, ha leído sobre ellos en el *Daily Telegraph*: el equilibrio normal de la mente se altera sin motivo. Va a una biblioteca, algo que no había hecho nunca en su vida.

Consulta una serie de libros de medicina, y encuentra por fin la información que busca:

> La locura alucinatoria no va precedida de síntomas maníacos o melancólicos, ni se presenta siempre acompañada de fallos en la capacidad de razonamiento. En la primera etapa, el enfermo se muestra introspectivo y retraído, expresando muy rara vez sus pensamientos, rumiándolos y preocupándose por ellos en secreto. Esta etapa puede prolongarse más o menos tiempo y luego las ideas delirantes se hacen fijas y son generalmente de carácter desagradable.

No resulta fácil interpretarlo. Se sienta en el coche en el recinto de la biblioteca y, mientras la gente pasa a su lado, mientras otros coches arrancan y se alejan, él se dice que los fragmentos de pesadillas son sólo eso. No ha ocurrido nada de esto. No ha habido ninguna chica nunca en su casa. No hubo ninguna historia de un padre y dos hermanos gemelos, ni de una mujer amargada con una cicatriz en la cara. Nunca ha existido Beth; ilusiones, las demás también. Él es Hilditch, jefe del servicio de comidas, apreciado por sus empleados.

Seguro de nuevo en el número 3 de Duke of Wellington Road, una casa en la que ha vivido toda la vida, donde lloró de pequeño y jugó en las escaleras con cochecitos, intenta disipar las fantasías que le atormentan cuchicheando la letra de *You Belong to Me* a la vez que Jo Stafford. Pero las fantasías persisten a pesar de todo y cuando termina el disco, cuando el salón se sume de nuevo en el silencio, se queda inmóvil en el centro de él, sin energía para afirmar su voluntad. No mueve los labios, no emite ningún sonido, pero hay una voz que habla, oye el eco en la habitación, su propia voz le dice que esto es real.

Una noche, cuando ha ocurrido demasiado en un solo día, el señor Hilditch decide con más firmeza que nunca no volver a salir de casa; decide parapetarse en ella si fuera necesario, pues ¿cómo va a poder continuar su alegre vida con esa burla horrible siempre presente? ¿Cómo puede él, que ha amueblado estas habitaciones austeras a su gusto, que es una persona respetable y no molesta a nadie, ser el protagonista en esa oscuridad que se ilumina de pronto como una película proyectada en un cine? En el espejo del cuarto de baño su rostro le mira; es el mismo rostro que ha tenido siempre, pero eso no le anima. Pasa las hojas de un álbum de fotos y ve a un niño rechoncho, con un cubo y una pala de playa en un jardín, y corriendo con otros niños en una competición del colegio. Su madre se ríe con él, su tío Wilf enciende un cigarrillo. Las palomas se posan en sus brazos extendidos, una en el hombro. «Primeros pantalones largos», informa la letra de su madre.

En un aparador están sus cochecitos, y también otros juguetes: un Meccano, una baraja Happy Families, un giroscopio que podía hacer girar sobre la punta de un alfiler. Tira el dado en el tablero del juego de la oca. «El nene siempre gana», dice su madre y hay un boletín del colegio que explica que es un alumno atento y pulcro. Las insignias que cosieron antaño en su jersey de lobato de los jóvenes exploradores están entre estos pequeños recuerdos, una con un cepillo, símbolo de ayuda en las labores domésticas, otra con un rastrillo, por trabajar en el jardín.

—Lamento que te vayas —dijo a la puerta de la tienda de decoración cuando Jakki se lo comunicó y después condujo hacia el vertedero y pasó por las verjas cerradas. Pasó un coche cuando ellos estaban parados en el aparcamiento y él recordó que había estado allí antes y que había ido a algún otro sitio porque aparcó al lado un coche, una pareja abrazándose. Aquello fue con Bobbi. «Bueno, gracias por todo», le había dicho ella diez minutos antes.

El timbre de la puerta suena a menudo, de noche o durante el día. Grita la voz por el buzón, ofreciéndole ayuda a través de la oración. Él escucha por si la mujer dice algo de la chica irlandesa o de quien muere. No dice nada de eso pero él sabe que tales alusiones se ocultan astutamente, que estarían allí inmediatamente si abriera la puerta. Por las mañanas, comprueba que no haya nadie en la puerta y luego recoge la leche. De vez en cuando sale a comprar de noche algunos artículos indispensables, procurando asegurarse siempre de que no hay nadie esperando en su casa cuando vuelve. Contesta las cartas que recibe de sus superiores preguntándole si ha habido una recaída. Contesta que sí, sin dar más explicaciones. Todo eso ya no importa.

Una mañana temprano se mete en sus arbustos de laurel y baja la vista, contemplando las capas de hojas secas que cubren los diversos trozos de tierra removida. Escarba con un dedo: La arcilla seca está polvorienta bajo las hojas oscuras. En el infierno que le

posee ve las raíces de laurel deslizándose ya entre los huesos semidespojados de su alimento de insectos, las deformes raíces retorciéndose en la arcilla. Se ve a sí mismo: su rostro, después en el coche, llorando cada vez tan incontrolablemente como lo hizo el día que se enganchó la pierna en las verjas cuando tenía seis años. «Oh, niño malo, *malo!*», gritó ella, enfadada porque iban a llegar tarde. ¡Le dejas un momento y mira lo que hace! ¡Se había ido dos segundos y ahora tiene que pedir ayuda a un policía! «Despacito, hijo. Lo que ha entrado tiene que salir, ¿verdad?» Y el policía escuchaba mientras le decía que sólo lo había hecho para ver si le cabía la rodilla entre las dos barras verticales. «¡Siempre tan amable!», exclamó ella cuando el policía lo consiguió, y el agente dijo que eran gajes del oficio. «Entre a tomar una copa cuando pase cerca», —le invitó ella—. «En el número 3 de Duke of Wellington».

Se corta en el dedo al abrir una lata de sardinas pensando que podrían apetecerle. Observa la sangre que corre sobre el metal, sin curarse la pequeña herida inmediatamente, limitándose a apartar la mano del contenido de la lata. Las gotas caen en el canto del fregadero y en el escurridor. ¿Qué revelaría un análisis de este líquido en el que nadan sus propios huesos, que alimenta su corazón y le da vida? ¿Será diferente en algo esencial de la sangre de las demás personas? ¿Es la carne rasgada diferente también? Había hablado con el joven padre en la sala de espera de aquella clínica como lo habría hecho cualquier hombre. Caminó con los otros por la mansión rural; comentó a su modo cordial que merecía la pena la excursión. Escuchó a una mujer hablar de los jardines colgantes de Babilonia y de su hermana, que había sido una persona indigna de confianza. Nadie se apartaba de él cuando hablaba. A aquella mujer le agradaba su cara afable.

Arrastra su enorme peso por la casa, inquieto todo el día. Una racha de mala suerte y luego otra y otra. Si la chica no se hubiera quedado en la casa de aquellos fanáticos religiosos, él habría

seguido yendo y viniendo al trabajo, desempeñando sus tareas de jefe del servicio de comidas como había hecho siempre, contento y ocupado. Pero ella había ido allí por casualidad, permitiendo que una mujer negra amenazara su intimidad dedicándose a hurgar y a husmear, exhibiendo su dentadura y sus joyas, atrapándole con su palabrería. Los religiosos tienen un sexto sentido, se han dado casos. Un religioso puede perturbarte y aprovecharse de tus confusiones hasta que no puedes encontrar la sutileza necesaria para hacer las preguntas que quieres, y luego hablas demasiado, eres tu peor enemigo. «¡El hombrecito es su peor enemigo!» Recuerda esa frase, y la sonrisa que acentuaba la ironía que contenía.

Y al recordar, es capaz por primera vez de decirse que tuvo que ser como había sido: no había opción ni elección. Piensa en la chica irlandesa recorriendo las calles y lo entenderás inmediatamente. Piensa en ella llevando adonde va lo que no le pertenece, propagándolo, y comprenderás inmediatamente lo que tuvo que ocurrir. Y si pudiera encontrarla volvería una vez más el olvido misericordioso: así son las cosas, ahora lo sabe. Prescinde de su decisión de no salir de casa y vuelve a buscarla. Y no está allí tampoco esta vez.

Escruta el rostro de su madre, borroso y empañado en la fotografía que había decorado con crespón negro porque tenía que decir que era su difunta esposa. Los ojos le devuelven la mirada, con los rasgos arrugados porque su madre sonríe levemente, una costumbre que tenía. «¡Ay! ¿A que era preciosa?», exclamó entusiasmada cuando esperaban en la cola del autobús después de ver *El mago de Oz*. Era un miércoles, frío para el mes de octubre. Un huevo pasado por agua en cuanto llegaron a casa; un huevo pasado por agua y chocolate caliente delicioso.

—¿Y cómo va esa rodilla? —preguntó el policía cuando fue a tomar la copa que ella había insistido que aceptara—. ¿Todo viento

en popa de nuevo?

Y llegó la voz de ella de arriba, preguntando quién era, y él dijo, gritándole, que era el policía del otro día.

—¡Vaya! ¡Qué bien! —exclamó ella en el comedor al llenar las copas; el casco de él sobre la mesa. Se había puesto los zapatos de tacones altos antes de bajar.

—¡Salud! —dijo el policía; y luego, cuando ya se marchaba—: Hasta pronto.

Y ella dijo que sí, claro, que por qué no.

Ella había encontrado el nombre de Ambrose en una novela.

—Oh, hace años hubo un Joseph —le contestó ella cuando él le preguntó de dónde venía—. Sólo un pretendiente.

Joseph Ambrose Hilditch, escribió él un día que les pidieron en clase que escribieran su nombre completo.

—¿Ambrose? —dijo luego un chico—. Eso es de mariquitas.

Ambrose Lafitte, un hombre que leía las noticias, dijo ella. Y además era un ladrón muy hábil. Se trataba de una novela romántica; a ella le encantaban las novelas románticas. La gente de todo el país escuchaba las noticias de las seis en punto sin saber que al cabo de dos horas el individuo que las leía andaría corriendo por los tejados, todo vestido de negro.

—Me encantó. Ambrose —dijo ella.

J. A. Hilditch, esa pasó a ser su firma; practicó cuando tenía catorce años, la jota enlazada con la a, el segundo nombre irreconocible. Cuando preguntó quién era Hilditch ella se quedó muda. Nadie en realidad, dijo luego.

El vendedor colocó los cepillos para que ella los viera, aunque ella había gritado que no quería nada cuando le oyó en la puerta.

—Sabe hacerte reír, de eso no hay duda —dijo ella del policía, después de que había vuelto a visitarla varias veces. Y otro día había dicho—: ¿Te quedas a pasar la noche, tío Wilf? Hace un tiempo horrible.

En el túnel de Longridge fue con un hombre a quien no había visto en su vida hasta pocos minutos antes. Cuando la luz empezó a

parpadear de nuevo ella estaba arreglándose el pelo y el hombre se agachó a recoger del suelo su impermeable. Después habló con ella en el andén y ella se rió cuando él se marchó, diciendo que una persona ya no estaba segura en un vagón de tren en estos tiempos.

Comandante Hilditch, había escrito él una vez, en secreto, cuando no le veía nadie. Cuando la gente le preguntaba qué quería ser de mayor nunca tenía que pensarlo. En las películas había enfermeras y, en secreto también, se decía que así iba a ser un día: pasaría con una de ellas bajo un arco de espadas. Maniobras en la llanura de Salisbury; una casa en Wiltshire que había sido en tiempos rectoría, un jardín, y los hijos creciendo.

Da cuerda a los relojes del salón. Le gusta oír su tictaqueo, le ha gustado siempre desde que vive con ellos, le resulta relajante tras el día agotador. Limpia la habitación con su Electrolux, y el vestíbulo y las escaleras, y su dormitorio. Pasa la fregona al vinilo del cuarto de baño y perfuma el ambiente con fragancia de hierbas. Esas tareas mantienen de momento a raya sus pensamientos que, de todas formas, vuelven en cuanto descansa.

¿Habría sabido ella siempre, cuando él tenía cinco, ocho y diez años, cuando se sentaba a su lado a ver *Dumbo* y *Bambi*, cuando ensayaba por primera vez su firma, cuando escribió Comandante Hilditch, habría sabido ella durante todo aquel tiempo que recurriría a él cuando no hubiera ningún otro? ¿Cuándo el agente de seguros pestañeara y dijera que no había tiempo para nada aquel día, prevería ella ya entonces lo que ocurriría en aquella casa? El camarero del balneario dijo que la esposa había sido tajante, se acabaron los engaños. Y al cabo de unos meses, el policía dejó de aparecer. «No, lo mejor es que vuelva a casa», cuchicheó el tío Wilf en el rellano.

¿Lo habría previsto ella cuando él jugaba con sus cochecitos en las escaleras o antes incluso, cuando los peldaños de las escaleras eran demasiado empinados para él, y le daba la mano para

ayudarle? ¿Lo habría previsto ella cuando le dijo por primera vez «sólo tú y mamá en su nidito»? ¿O habría sido completamente distinto, algo que había ocurrido sin pensarlo cuando le despertó para enseñarle los anillos de sus dedos? El pijama de rayas azules de él, una hebra de tabaco en los dientes de ella cuando le sonrió, y el olor a ginebra de su aliento: en su vida privada, el momento ha estado siempre allí, no ha desaparecido ni un solo instante en el olvido que reclamaba piadosamente lo demás. Como un tatuaje, había dicho ella, el carmín en el hombro de él. Su cara era distinta entonces.

Friega las cazuelas. Quita la tapa esmaltada de la cocina eléctrica y limpia las placas metálicas debajo de los quemadores. Descongela la nevera y limpia los estantes y recipientes interiores.

Ella usaba polvos perfumados; le taponaban los poros a los lados de la nariz, eran de un tono melocotón. Ella dijo que en polvos le gustaba lo mejor y luego se sentó allí, delante del espejo, pasándose la borla por la piel. Un cutis precioso en sus tiempos, dijo, y se quitó las pestañas, y él vio también eso en el espejo.

—¡Tengo que arreglarme para un tipo! —dijo ella. Era sábado.

Vuelven a llamar al timbre de la puerta, otra vez el intento de hablar por el buzón. Aunque protegido ya con cerraduras y cerrojos, ha puesto además pestillos, arriba y abajo, y ha echado los cerrojos de la puerta de atrás también. Tiene las cortinas de la planta baja echadas, pero no para que parezca que no está en casa porque su coche aparcado delante indica su presencia y cuando se hace de noche se ve luz por los resquicios. Es sólo que ahora le gusta tener las cortinas echadas.

—¡Oiga! ¡Oiga! —resuena la voz de la mujer negra en el vestíbulo hasta que queda ahogada por la voz de Rosemary Clooney.

Era evidente que Beth lo estaba pensando; podías ver que escudriñaba en sus propios pensamientos y lo descubría. Y Elsie Covington, y luego las demás; en cierta forma había sido una invasión. Habían invadido su vida privada a pesar de que él las llevaba a sitios y era bastante espléndido con ellas en sus momentos de necesidad, con la chica irlandesa también. Era evidente por cómo se había quedado allí en camisón que no respetaba su hogar ni le respetaba a él porque lo sabía. Beth lo habría contado en cuanto hubiese bebido algo; y Elsie también, a cualquier hombre que la recogiera. Cuando la chica irlandesa se fue, él le dijo que no encendiera la luz. Pero el vestíbulo estaba iluminado detrás de ella y si ella se hubiera acercado habría vuelto a verlo en sus ojos. Ella había podido escapar porque él había vuelto la vista y había oído sus pasos en la grava, que no se pararon junto al coche a pesar de que él había preparado el coche para ella. Tenía que ser en el coche; no podía hacerlo en su casa, ningún hombre podría. Lo único que él le había pedido era que subiera al coche a su lado, no hacía falta que dijera nada, ni siquiera que lo lamentaba.

Aún le hacían guiños desde la foto que había adornado hacía poco con crespón los ojos apagados, y había un mohín encantador en los gruesos labios fruncidos.

—Cepíllale el pelo a mami, cariño —ruega un leve susurro. El cabello es tupido y gris sobre la espalda pálida empolvada, y en el tocador está preparada la cinta azul.

—¡Oiga! ¡Oiga! —grita la voz en el vestíbulo y luego alguien mira por el buzón.

—¿Está usted bien, señor? —pregunta solícita la señorita Calligary, y el señor Hilditch guarda silencio en el vestíbulo hasta que la tapa del buzón vuelve a su sitio y oye los pasos alejarse.

—Vuelvan —murmura entonces, con una mano alzada hacia el picaporte de la puerta del vestíbulo y la otra en la llave de la cerradura doble. Hace semanas intentó sacarle información a esta mujer que ha perdido importancia desde entonces, pues ahora lo más urgente ha pasado a ser que la chica siga en el lugar aún. Esta mujer puede guiarle hasta la chica porque sabe cómo es físicamente y quizá la haya visto por ahí, puesto que también ella misma anda siempre por la calle. La chica se había ido aquel sábado neblinoso por la noche, prefiriendo correr riesgos que relacionarse con un hombre cuya infancia conoce por intuición.

—Vuelvan —grita el señor Hilditch en la puerta de su casa.

La señorita Calligary y Marcia Tibbitts ven su figura voluminosa perfilada en el umbral cuando vuelven sobre sus pasos. La chica irlandesa, les dice él: la chica irlandesa está viva.

—Esa chica no vale nada, señor —y la señorita Calligary añade que una joven así podría engañar a cualquiera con los ojos cerrados.

Él parece como si no la oyera. Le brilla el sudor en la frente y en el mentón. Habían sido ellas quienes habían perturbado la calma, dice, refiriéndose en primer lugar a la chica irlandesa. Habían sido ellas quienes habían organizado un lío donde había antes tranquilidad de espíritu. ¿Dónde está ahora la chica irlandesa?

—Señor —le interrumpe la señorita Calligary, pero él mueve la cabeza y Marcia Tibbitts mira a uno y luego al otro, nerviosa porque está pasando algo raro.

—Dígame la verdad —ruega el hombre—. Soy jefe de servicio de comidas. He vivido toda la vida en esta casa. Soy un hombre respetable. Me llamo Hilditch.

—Señor Hilditch, estábamos preocupadas por usted. ¿Por qué no se arrodilla a rezar con nosotras? ¿Por qué no nos permite que pidamos una orientación que nos guíe?

—¿Está con ustedes la chica irlandesa? ¿Ha regresado a su casa?

—No, no. Ya no está con nosotros. No sería bien recibida.

—¿Entonces dónde está? ¿Adónde se ha ido? Ustedes andan de un lado para otro, y la conocen.

—Nadie la ha visto, señor. Nadie lo sabe.

La señorita Calligary comenta que la chica seguro que está ya otra vez en su casa de Irlanda.

—No tiene dinero.

—Una chica como ella siempre puede conseguirlo.

—Su novio frecuenta el Goose and Gander. Cerca de Hinley, un bar de soldados. A tiro de piedra del cuartel.

Él había ido allí, confiesa el señor Hilditch, había estado tomando un agua mineral en el Goose and Gander.

—¿Porque es usted abstemio, señor? ¿Bebe usted agua mineral porque ha dejado el alcohol?

El señor Hilditch contesta que no. Había ido al Goose and Gander siguiendo un impulso y luego había comprendido que tenía que ver con la posibilidad de que la chica irlandesa hubiera visto pasar un furgón militar, cosa frecuente. Tenía que ver con la posibilidad de que a ella se le hubiera ocurrido que lo que le había dicho su padre sobre el trabajo del chico era razonable. Tenía que ver con la posibilidad de que la chica hubiera hecho averiguaciones que la hubieran llevado hasta su novio.

—Señor Hilditch…

—Me han llevado ustedes a las estanterías de los libros de medicina, molestándome como lo han hecho.

—Lo ha interpretado usted mal, señor Hilditch. Nunca ha sido mi intención llevarle a usted a ningún sitio. Ni siquiera sé lo que quiere decir con eso.

—Usted sacó a colación el tema de la chica. No deja de mencionarla día y noche.

—Señor Hilditch, mencionamos a esa chica sólo para alabarle a usted por su caridad. Vinimos a congregarle igual que vamos todos los días a otras casas. Nuestra visita no tenía nada que ver con una sinvergüenza como esa chica.

El señor Hilditch mueve la cabeza. Les enseña el dedo, la herida que se había hecho al abrir la lata de sardinas. La sangre cayó en el escurridor, les dice, haciéndole preguntarse por ello y por la carne abierta. Y añade, poniendo muy nerviosa con ello a Marcia Tibbitts:

—Han venido ustedes a llevarme a la tumba.

—No, no, señor. Nosotros congregamos a los vivos, no a los muertos. Esos son pensamientos mórbidos, sin la alegría que embellece todas las cosas. No es usted mismo. Ya lo he visto y lo sé.

—Esa chica me contó cosas de ella. Me contó que su madre había muerto y que la anciana seguía viviendo y que su padre pegaba recortes en sus álbumes. Salió a la niebla un sábado por la noche a dar otro paseo en mi coche, pero pasó de largo por motivos propios.

Sigue hablando. Repite que se llama Hilditch. Joseph Ambrose, dice que le pusieron ese nombre por un locutor de noticiarios que era un ladrón muy hábil en su tiempo libre. La chica irlandesa se llama Felicia, un nombre que él no había oído nunca, el nombre de una revolucionaria. Resulta extraño cuando te paras a pensarlo cómo les ponen los nombres a las personas. Resulta extraño la vida que se les asigna a las personas. Resulta extraño lo que les pasa a las personas, a la chica irlandesa y a él mismo, por ejemplo. Él sólo quiere saber dónde está ella ahora.

—Le sería de gran ayuda, señor Hilditch, que le enseñáramos el camino de la Casa de la Congregación para que pueda ir cuando quiera. Allí hay siempre a mano personas amables dispuestas a devolverle la paz espiritual.

—Puedo oírla ahora —contesta el señor Hilditch, encantando aún más a Marcia Tibbitts—. Sus pasos en la grava.

Había vuelto a entrar en su casa aquella noche y había visto la barra negra de la rejilla de la chimenea en las baldosas, donde la había dejado caer ella.

—Señor Hilditch, esa chica…

—Le quité el dinero para que se quedara conmigo, pero se fue a pesar de todo.

Este hombre está loco, piensa Marcia Tibbitts, el primero con que se ha encontrado en una casa. Y la señorita Calligary, que es experta en estos asuntos, reconoce que hay algo de verdad en el último comentario, y en menos de cinco segundos se dice que aquel hombre no es lo que parece. Acaba de confesar algo que corta la respiración. Le había quitado el dinero a la chica con alguna intención nefanda, haciendo que los demás pensaran mal de la chica. La señorita Calligary le pide que lo repita, para despejar toda posible duda que pueda quedarle. Más tranquilo ya, el individuo dice que tiene alucinaciones. Interpreta mal las cosas, dice, y luego les da la espalda bruscamente.

Traición fue la palabra que utilizó en privado el día que se enteró de lo de su tío Wilf. Un consejero y un amigo, eso se consideraba su tío Wilf, ¿y quién podría haber dicho que no era verdad? Él había sido la fuente de conocimiento acerca de la vida militar, una inspiración en ese sentido. «Hemos sido siempre una familia de militares», decía su tío Wilf, pero se lo inventaba sobre la marcha. Todo se había desmoronado entonces: no había existido ninguna familia de militares, nada de eso; y además el tío Wilf había estado yendo a la casa todos aquellos años no como consejero y amigo, ni para fomentar una vocación, sino por algo muy distinto; y cuando dejó de apetecerle, no volvió.

—Sé bueno, cariño —vuelve a cuchichear la voz áspera que huele a ginebra, aquella voz especial.

Cierra de golpe la puerta en cuanto lo ve en los ojos de la mujer negra. No era cuestión de correr, por supuesto. Sabe Dios lo que se habría propalado ya, sabe Dios lo que habría pensado el oficial de reclutamiento. Todo mentiras, lo que había dicho la mujer negra de que no había vuelto a ver a la chica. La mujer negra lo sabe; por eso viene a su casa. En su imaginación negra está el tatuaje de carmín y la cinta azul extendida en el tocador y las manos de niño pequeño que han seguido siéndolo siempre, la ropa cayendo del cuerpo de la

mujer y la desnudez debajo. Aquel olor a perfume, a polvos también, en la nariz de la mujer negra y también entre los empleados, en el comedor y en las cocinas y en los talleres y en los despachos. Allí está el susurro, que sigue sin cesar, las palabras estaban allí, su propia obediencia. «Sé bueno, cariño», con la voz especial, y la promesa siempre rota de que no volvería a pedírselo.

No había sido culpa suya que hubieran husmeado después, tras años y años; que sigan haciéndolo. Tenía la esperanza cada una de las veces de que no pasara. Esperaba que la amistad durara siempre, que dos personas pudieran ayudarse, que los extraños que los vieran juntos pensaran que eran amigos.

Nadie que pase por Duke of Wellington Road, un ama de casa apresurada, un niño o un hombre de negocios, nadie que vea el Número Tres desde los autobuses que van y vienen por una calle próxima, absolutamente nadie tiene motivos para preguntarse nada sobre esta casa o sobre la única persona que vive en ella. Nadie que pase por allí puede saber que un jefe del servicio de comidas de una empresa, bien considerado y sin enemigos es incapaz ya de seguir sufriendo.

En la cavernosa cocina de su casa, los zapatos del señor Hilditch tienen los cordones perfectamente colocados y atados. Lleva calcetines de cuadros bajo las vueltas de los pantalones. El traje es el habitual de sarga azul, con el chaleco abrochado a excepción del último botón de abajo. La camisa está limpia y lleva gemelos en los puños. La corbata es la de rayas que lleva siempre. Tiene las gafas puestas. Se había afeitado una hora antes.

La puerta de atrás ya no tiene el pestillo echado, en realidad está entornada; la había dejado así adrede. Sigue encendida la luz que ilumina en la oscuridad los cubos de basura del pequeño patio trasero y llega hasta el seto de laurel y mahonia. En la cocina no se oye ruido alguno.

Cuando llega de nuevo el crepúsculo, un gato que anda buscando comida y que se había sentido atraído antes por la puerta abierta, vuelve y se cuela en la casa. Es negro y lleva un collar que había tenido en tiempos un cascabel; se había escapado bacía mucho de una vida doméstica demasiado muelle para satisfacer sus instintos felinos naturales. Recorre la cocina silenciosamente, saltando de vez en cuando a las diferentes superficies hasta que concluye su inspección. Sus ojos verdes almendrados recorren la loza del aparador y el esmalte blanco de la cocina eléctrica, los anaqueles y los estantes de los aparadores, los grifos del fregadero, las sillas de madera, la mesa, en la que hay otra silla tirada, y el cuerpo humano colgado. El cuerpo cuelga de un gancho del techo de madera con un trozo de cable eléctrico, con la cabeza inclinada hacia delante y la enorme papada ladeada. Al gato vagabundo no le interesa eso. Sólo le interesa el cazo que hay en el fogón, en el que queda un poco de leche.

XXIV

Las colegialas suben la colina de san José acelerando el paso mientras aún suena la campana. Cruzan las puertas del colegio hablando jadeantes y corriendo, con las caras coloradas. La hermana Benito las espera junto a la ventana de la clase, donde ya se han reunido otras niñas. A lo lejos, un hombre cava en el huerto, donde pronto plantará la primera cosecha de patatas. La hermana Benito recuerda a la hija desaparecida del hombre al verle, y reza.

En el hotel Hickey, un viajante de artículos de oficina tose entre el humo del cigarrillo sobre los restos de un tardío desayuno y repasa la agenda del día. En la vivienda que hay sobre la tienda de bicis y cochecitos de niño, Connie Jo siente las mismas náuseas matinales que cinco meses atrás había sentido su amiga y nueva cuñada. En las canteras Flannagan los camiones están cargados y los conductores esperan al lado filmando en silencio. En el patio de la cooperativa, Shay Mulroone levanta rollos de tela metálica.

—Santo cielo, es sensacional —confiesa el pequeño Crowley en otra parte; y Carmel, que es de quien habla, friega el suelo en el hospital y se preocupa un poco por lo de ser un pimpollo quizá demasiado a menudo.

La anciana muere el día antes de cumplir cien años. Sacaron del dormitorio el cuerpo rígido, y el dormitorio está vacío ahora. Es una ironía que haya muerto precisamente en este momento, según la opinión general, pero así es.

Una noche, los hermanos gemelos mayores hunden las botas en el estómago y en las costillas de Johnny Lysaght y le dejan tirado inconsciente en la oscuridad, junto a la estatua de la plaza. Le

sangra la cara y tiene un ojo cerrado por los golpes. Los agresores imponen el castigo sin quitarse los cigarrillos de los labios. No se ha pronunciado ni una palabra. El joven inconsciente sigue donde cayó y las copas que esperaban en el bar de Myles Brady se vacían y vuelven a llenarse.

Hace mucho que se hizo circular por todas partes la fotografía de una chica vestida de dama de honor. En algunas comisarías la examinaron y tomaron nota de los detalles de su desaparición. Al cabo de un tiempo, la fotografía y los datos se han archivado.

Su padre cree que ella regresará, asediado por el remordimiento. En la confesión recuerda su cólera de aquel tiempo y recibe el perdón, pero es él mismo el que no se perdona. Prepara la cama de ella, coloca sus conchas en las superficies que ahora son exclusivamente suyas y saca las cosas de la anciana de los cajones. Desmonta la cama de la anciana y la guarda en el cobertizo de atrás.

—Tenga fe —le dice la madre superiora en el huerto del convento —. Un día llegará a casa y ella estará esperándole en la cocina.

Ya lo sabe, contesta él; sabe que estará allí. El perdón de ella es el importante. Volverá para perdonarle, es propio de su carácter sencillo.

La señora Lysaght va a comprar hilo a Chawke, uno de color azul claro. Lleva los carretes que le han dado a la puerta para mirarlos a la luz del día, pero no le gustan y los devuelve. Recibirán más, le dicen, y ella contesta que ya volverá. El disgusto ya ha pasado y hay que alegrarse por ello: se lo recuerda al salir de la tienda, es algo que hace muchas veces al día. Él ha aprendido una lección con todo lo ocurrido; todo ha sido para bien incluso, en cierto modo.

En las cocinas y en los talleres se ha llegado a una conclusión. El jefe del servicio de comidas, que había sido una parte tan entrañable de la vida cotidiana durante tanto tiempo, había contraído una enfermedad misteriosa: se había quitado la vida convencido de que

la perplejidad de los médicos era indicio de un pésimo pronóstico. Se hace una colecta en la cantina. Envían una corona. Asisten muchas personas al entierro.

En el número 3 de Duke of Wellington Road hay carteles que anuncian la venta de la casa.

—Una propiedad muy valiosa —comenta un joven agente inmobiliario, enseñándosela a los posibles compradores, y añadiendo que habrá una subasta, que retirarán toda la basura. Ya se han llevado el coche del difunto que estaba aparcado delante de la casa. Todo pertenece al Estado porque no hay herederos.

—Bueno, pues las tendría, ¿no? —replica un sargento de policía cuando la señorita Calligary insiste en que aquel difunto había confesado voluntariamente que tenía alucinaciones—. Si hubiera estado en sus cabales no lo habría hecho, señorita.

—Ese hombre no era lo que parecía.

—Seguro que no, señorita. Ocurre toda clase de cosas. Pero lo único que sabemos es que ya no está con nosotros.

La señorita Calligary menciona la Biblia y pregunta al sargento si la ha consultado alguna vez. Le ofrece un folleto. Hay un paraíso terrenal para el que muere, le dice y añade que el difunto había mostrado interés cuando se lo dijo, que las había invitado a ella y a su joven compañera a entrar en casa para que le explicaran más. Pero que en realidad había estado robando dinero todo el tiempo.

—Sabe Dios dónde está ahora esa chiquilla —añade la señorita Calligary—. Rezamos por ella día y noche.

—Sigan haciéndolo —le aconseja despreocupadamente el sargento y le indica que está muy ocupado esta mañana.

Otras chicas se van para escapar de algún problema o simplemente porque quieren que las cosas sean distintas. Misterios, dicen cuando se fijan en ellas; y en las ciudades y en los pueblos lo suficientemente grandes para tener un comercio de chicas, se abren las portezuelas de Rovers, Volkswagen y Toyotas para que suban.

Entran y salen de la casa del señor Caunce. Prueban los portales de las tiendas. Para todo hay una primera vez, dicen, instalándose en este alojamiento al aire libre. Personas desaparecidas durante un tiempo, adquieren luego otra identidad. Gentuza les llaman entonces.

XXV

—¿Han cerrado el sitio de los desayunos? —pregunta en la calle un hombre desde el poblado de cartones.

Sí, lo han cerrado, contesta Felicia, y él suelta una sarta de maldiciones mirando furioso hacia un local de beneficencia parecido en todo a aquél al que Lena y George habían llevado a Felicia hace tanto tiempo. Ha hecho cola para desayunar en muchos desde entonces.

—Hay que ir temprano —le dice al hombre, pero él no hace caso de la advertencia y sigue maldiciendo en voz baja. Cuando cesa es para preguntar la hora.

Felicia no sabe qué hora es. Hace tiempo que vendió el reloj, y también la cruz que llevaba al cuello. Intentó vender el bolso de mano, pero nadie lo quiso. Fue Tapper quien la ayudó a vender el reloj y la cruz a un amigo suyo de confianza. Consiguió cuarenta peniques; Tapper dijo que era muy buen precio. Esta ciudad a la que llegó pasando por otras ciudades y pueblos, ya no le resulta extraña. Conoce el camino hacia el río y cuando va hacia allí ahora, recuerda a Effie Holahan cuando dijo que veía a la Virgen, y a Carmel diciendo que era sólo un sueño. Muy propio de Effie, había dicho Carmel, muy propio de ella no saber la diferencia. ¡Pobre Effie, con sus ojos apagados y sus sabañones, y su forma de dejar caer las cosas!

—Claro, ¿acaso no tiene todo el mundo sueños como ése? —Carmel lo decía burlándose y se echaron todas a reír, balanceando las piernas en el muro del colegio, y Effie Holahan se puso nerviosa, roja como una puesta de sol. Eso fue siglos antes que lo de Lena y

George; era historia, como dijo aquel día la voz en la comisaría, de lo que ya hace siglos también.

Felicia sigue su camino sin mendigar. A esta hora del día la gente va deprisa para llegar al trabajo y no quiere que la molesten. Ella no tiene prisa. Sale el sol, que dispersa tenues nubes y Felicia nota su calidez en la cara y en la cabeza. Con un poco de suerte, se le secará la ropa que se le mojó anoche. Hace siglos también que se le rompieron las bolsas de plástico; las había examinado detenidamente por si podían servirle de algo y las había tirado. Ahora tenía otras, cinco en total, porque le gusta recoger cosas que encuentra. Es increíble lo que llega a tirar la gente.

Camina despacio y mueve la cabeza al pensar en eso, y recuerda al señor Logan cuando inauguró el cine, allí en la escalera con su traje de rayas y su pajarita azul. Un donjuán, decía su padre del señor Logan y ella no entendía qué quería decir hasta que se lo explicó. Un lince, había dicho su padre en otra ocasión; un lince había que ser para calibrar el negocio del espectáculo como había hecho el señor Logan, consiguiendo que la sala de baile y el cine fueran un éxito, y además aún seguía soltero a sus cincuenta y tantos años. *La mujer de rojo* file la película de la inauguración y Rose comentó que si el señor Logan buscara una novia jovencita ella no le diría que no, y las chicas del muro se quedaron boquiabiertas al oír una cosa así, hasta Carmel incluso.

Tienes que cambiar de sitio. Llegas a conocer los escaparates de las tiendas, las calles en las diferentes estaciones, las caras que ves siempre, el reloj de H. Samuel, los relojes de correos, los relojes de la torre del reloj, a las mujeres de los parquímetros, las obstrucciones de los andamios en la calzada, las cintas de plástico rojas y blancas que te advierten, las luces de la calle que se encienden. Te mueves porque tienes que hacerlo, te pasan por la cabeza retazos y escenas. «Dios te salve, María, llena eres de gracia»: la primera vez que lo repitió se sintió mayor, notaba las cuentas frías al tacto, suaves en los dedos. «Bendita tú eres entre todas las mujeres…» La lamparilla de la pared de la escalera no se

apagaba nunca, era un punto rojo en la oscuridad, un levísimo brillo que podías ver durante el día porque estabas acostumbrada. Su padre se ponía firme siempre para la canción del soldado cuando la interpretaban, inmóvil como una estatua mientras la gente se marchaba arrastrando los pies, en eso era especial. Dios lo ha querido así, había dicho el día que murió la madre de Felicia, y sus hermanos llevaban brazaletes negros en las mangas que les había cosido la señora Quigly. Brillaba el sol el día del entierro; a las doce ya habían vuelto a casa, antes del Angelus.

—La cruz que llevamos —había dicho otro día la señora Quigly—. Todos los meses un recordatorio.

Sí, desde luego, había dicho Carmel. «Todos los malditos meses». Y Rose dijo tranquilamente ¿qué tiene de malo un hombre mayor si trae el tocino a casa?

La gente recoge cajas de cartón de café de un establecimiento de comida preparada: oficinistas, chicas con el maquillaje reciente y brillante, jóvenes con abrigos largos, los cinturones atados detrás. Ellos avanzan por las calles por las que ella vaga, adelantándola, un hombre habla por el teléfono que lleva en la mano. Están cambiando la luna de un escaparate, todavía no le han quitado las abrazaderas a la nueva que está a un lado de la furgoneta. Cinco trabajadores esperan para alzarla y colocarla en cuanto quiten la plancha de madera que cubre la rota. Un taxista hace una broma al pasar a uno que conoce.

—Hola, Felicia —la saluda un indio que está colocando la fruta en los puestos delante de la tienda. Siempre la saluda y habla con ella cuando la ve pasar si no está atendiendo a un cliente. Le regaló unos kiwis una tarde que estaba recogiendo las mercancías, porque según le dijo no aguantarían la noche. Felicia no sabe cómo se llama. Anoche pidió limosna a una mujer en esta misma calle y le dijo que no, pero luego cambió de idea y abrió un pan de molde que llevaba en la bolsa de la compra. Toma esto, le dijo, y le ofreció cuatro rebanadas, y añadió que estaba segura de que si le daba

dinero se lo gastaría en bebida. Felicia no la contradijo; una se acostumbra a las cosas que te dice la gente; no importa.

Ella sabe que ya no es como era; ya no es la dama de honor de la boda de otoño, ni la chica que se tapó con una manta en el asiento de atrás de un coche. Ahora aquella inocencia suya le parece una estupidez, aunque no la repudia, y aprecia a aquella persona perdida por haberla llevado adonde está. Paseando otra mañana, agradable después de una noche lluviosa, acepta sin asombro la serenidad que la domina y celebra su nueva presencia reciente. Dejó caer la barra de la rejilla de la chimenea porque le temblaban las manos; dio la luz porque estaba buscando a tientas la puerta principal y no encontraba el pestillo. No creía que pudiera escapar; rezaba para que no fuera doloroso, para que cuando ocurriera, fuera rápido. Tu madre te está esperando en el cielo, Felicia, le decía la novicia del colegio; y había pensado en ello cuando giró el picaporte. Y luego la luz del vestíbulo iluminó la niebla, sólo lo justo para llegar hasta el coche verde aparcado delante, en el camino de grava. Él estaba apoyado en el volante y se tapó la cara para que no le diera la luz. Y cuando ella echó a correr, el coche no la siguió. Pero los cordeles de las bolsas le habían cortado los dedos porque corría de prisa y no los sujetaba como había aprendido a hacerlo. Las casas estaban ocultas, las luces de la calle empañadas. Sólo se oían sus pisadas hasta que llegó a la carretera general, donde retumbaba el tráfico y los faros delanteros de los vehículos no se veían hasta que salían de pronto de la niebla, blancos o amarillos. Casi no te veo, le dijo el conductor de la camioneta y luego añadió que tenía dos hijas, con su cabello gris rizado a la luz de la cabina, cuando aparcó para disolver un cubito de Oxo en el termo. En la escalinata de un edificio de la población cercana en que la dejó vio despejarse el cielo; se había levantado la niebla. Luego se había sentado un rato a su lado una mujer delirante y había pasado muy despacio un vehículo de la limpieza, regando y barriendo las calles. Cuando volvió el silencio, cantaban los gorriones.

—Estuve casada una vez —afirmó la mujer—. Él era Benny Hill.

Las voces hablaban con aquella mujer, Benny Hill, Gary Glitter.

—Adorables, esos muchachos. Te ayudan mucho, querida.

Un vaso de cartón había caído milagrosamente derecho en una papelera sujeta a una farola y no se había vertido el café. Felicia lo bebe y encuentra también un bollo casi entero pegado todavía al papel en que se había hecho. «¿No eres joven para ser vagabunda?», le había preguntado dos días antes alguien al pasar y ella había contestado que sí, contenta de darle la razón. «¡Salud!», la había saludado la noche pasada un hombre mayor, muy elegante, con gabán y sombrero, saliendo de entre la multitud para decirle que se parecía a Marilyn Monroe, vacilante porque llevaba unas copas de más.

—Santa Ponsa —dice ahora una chica—. ¡Fantástico!

Un hombre deja caer una sección del periódico; las hojas se deslizan de debajo del brazo. Alguien le grita que ha perdido el periódico, pero el hombre dice que sólo es la sección de deportes o de negocios. Felicia recoge las hojas porque pueden serle útiles más adelante.

—No aguanto a ese Lovejoy —dice otra chica, y su compañera discute con ella e insiste en que Lovejoy es atractivo.

Ve un escaparate lleno de pelucas, barbas y bigotes postizos. «¡Artículos de teatro!», proclama un letrero rojo. «¡El Gran Emporio!». En el campo junto a la vieja fábrica de gas le picó una ortiga en la pierna y no le importó, casi ni lo sintió. Sólo se siente culpable de haber permitido que le quitaran el bebé: no debería haberlo hecho, pero ya no tenía remedio. Ahora mira las cosas desde donde está y no le da más vueltas: lo hecho, hecho está. No piensa en la traición del que fuera su amante. Había conseguido escapar de un hombre que asesinaba chicas. Se le había permitido escapar, y es en eso en lo que se concentra.

Cuando llega al río se acomoda en un asiento que es agradable en la calidez otoñal. Recorre con la mirada por azar su ropa, sus manos y sus pies, los zapatos que había encontrado en un cubo de basura, la falda que le había regalado una mujer. Su apariencia, o lo

que indica, son cosas que no le interesan. Piensa en las hermanitas de África, en sus hábitos blancos empapados por el calor insalubre de la selva. Rezad por nuestras hermanitas, les decía la hermana Francisco Javier. Arrodillaos con nosotros en la Casa de la Congregación, rogaba la señorita Calligary, yendo de puerta en puerta. Santa Ursula permaneció impávida junto al timón consolando a sus compañeras mientras las olas sacudían el barco. Las hermanitas alimentaban a los niños deformes, a los niños famélicos que eran sólo piel y huesos. ¡Mirad esos pájaros de brillantes colores!, exhortaba la señorita Calligary. ¡Oled la fragancia de esas flores! ¿Se pasearían ahora las jóvenes que murieron y a quienes nunca habían echado de menos entre las flores fragantes y escucharían el canto de los pájaros? ¿Estarían ahora con santa Ursula, que emprendió un viaje para escapar del lecho conyugal, y con las hermanitas que habían dejado sus pueblos y sus patrias? ¿Estarían aquellas jóvenes anónimas en el cielo del que hablaba la novicia y tocarían los dedos auténticos de la Santísima Virgen? Elsie Covington y Beth. Sharon y Gaye. Jakki y Bobbi. Elegidas para morir porque nadie las echaría de menos cuando ya no estuvieran allí. ¿Qué problema las convirtió en víctimas? ¿Adivinaron su destino un momento antes de que éste llegara? Su duelo es preguntárselo.

Hurga en una de las bolsas y encuentra las hojas de periódico que había recogido. Tommy Griffiths sube, Lone Ranger ha ganado por cinco a cuatro; un campeón olímpico ha caído en desgracia; un directivo de fútbol se ha retirado. Lee un rato y luego vuelve Tapper. Bueno, hay toda una vista: las fuentes y los cuatro leones negros, recuerda la primera vez que los vio. Puñeteramente maravilloso, dijo Tapper, el imperio en su puñetera época, el general Charles James Napier en un pedestal por su don especial con los soldados. No habían puesto a John Reginald Christie en ningún pedestal, se trataba de un repertorio de trucos diferente ya que él tenía un don con las mujeres. Ahí es donde le detuvieron, dijo Tapper señalando el puente. Ahí es donde comió por última vez en libertad, repollo con tocino, los comedores Lacy. Allí es donde aquella mujer llevaba un

club nocturno, la que le pegó un tiro a un piloto de carreras. Esta ciudad está llena de vistas. Es toda vida humana.

«Redland vende tres sucursales de Steedey», dice la sección de negocios. «La moneda estadounidense tiene la clave». ¿Te apetece una vuelta por el mar?, preguntó Tapper y fueron en tren, él había encontrado los billetes en un bolso. Echa un vistazo a eso, dijo él, cuando dos individuos con zamarras salieron de un coche flamante y sostuvieron la puerta abierta para que salieran dos mujeres. Perdone, señor, dijo Tapper en el paseo, el verde sucio del mar bajo la espuma, y el hombre dijo lárgate. Perdone, dijo otro hombre en un bar cuando había luchadores en la televisión. Perdone, pero creo que ha cogido mis cigarrillos.

Alto como un poste de telégrafos, Tapper. Indinándose para dar palmadas en la espalda a los clientes; parte del juego. El lugar es Alaska, dijo, luego otra vez Johore Bahru. Pero lo más probable es que Tapper estuviera en chirona. Así es Tapper; él mismo lo decía y quizá lo dijera Lena también, casi podías oírla. Con la persona que anda entrando y saliendo pierdes el contacto; sólo anduvo con Tapper una semana, más que con Lena y George aquella vez, más que con Kev y la mujer que sólo tenía un brazo.

El sol calienta ahora, el agua del río está en calma. Las gaviotas se balancean en el pretil delante de ella, pasan los botes. La hilera de árboles que rompe la monotonía del paseo está llena de hojas de tonos rojizos. Ve a los transeúntes que caminan resueltos por un puente lejano, figuras diminutas, criaturas que podrían ser irreales. Una gaviota la mira, esperando migas, las otras se alejan volando. Alguien habla muy alto por un megáfono en algún sitio. Suena una sirena en el río.

No tiene hambre. Aún tardará unas horas en empezar a tener apetito y entonces encontrará algo en los cubos. El cielo es azul celeste, de un azul uniforme, un poquito desvaído en los bordes. Felicia pasa una mano sobre un listón del banco en que se sienta, acariciando con los dedos la madera suave, notando la diferente textura de los desconchones de la pintura y las protuberancias de las

vetas de la madera. «Murió con otros, 1938», está grabado en otro banco, y George dijo que había enviado una postal al obispo de Bath and Wells y escribió el verso que sabía, no hay árboles más grandes bajo el sol que el cedro, el fresno y el espino. Alguien había grabado «Carmel» dentro de un corazón en un árbol de la Plaza; Rose creía que había sido Packy Egan o Lomasney. Rose podría ser la señora Logan ahora y vivir en una casa ostentosa de la calle Mountrath. Cosas más extrañas suceden.

Ya no le duele el hueco del diente que le sacaron hace quince días. Se lo toca con la lengua, aprieta con la punta en la cavidad y recuerda cuánto le había dolido.

—Hay una dentista que te atenderá —le había dicho el galés, Davo, y la había acompañado porque sabía el camino. Pocos se preocuparían por tu dolor de muelas, dijo Davo; a pocos se les ocurriría pensar siquiera que a un vagabundo puedan dolerle las muelas.

—Vuelve siempre que lo necesites —le había dicho la dentista—. No tienes por qué aguantar el dolor.

Felicia dobla la sección de deportes y negocios varias veces y la guarda en una de las bolsas.

—¿De acuerdo? —le había preguntado el conductor de un camión que transportaba estufas, y ella contestó que sí porque era justo a cambio de un viaje de más de trescientos kilómetros, lo único con que podía pagarle, y tenía que volver. Tardó una noche y parte de la mañana siguiente, tres camiones distintos y una furgoneta, pero tenía que hacerlo, no podía dejar de volver a Duke of Wellington Road. Tenía que enterarse y lo hizo: vio el anuncio de la agencia inmobiliaria delante de la casa y alguien se lo explicó. Luego oyó que la llamaban cuando estaba descansando en un banco público.

—Hija —gritó la señorita Calligary, y le pidió perdón, con lágrimas en las mejillas, y vilipendió al difunto.

Felicia se quita el pañuelo y se abre el abrigo para tomar el sol. La gaviota sigue inmóvil en el pretil, sigue mirándola fijamente. La brisa agita los árboles del paseo y caen las primeras hojas secas de

otro septiembre. Una flota suavemente, descendiendo despacio hasta que Felicia estira el brazo y la coge en la palma de la mano. Se queda mirándola unos minutos, todavía no está marchita, ha caído antes de tiempo; luego empiezan de nuevo sus pensamientos.

Aquel pobre hombre espantoso, lastimosa parodia de ser humano, con sus gafas gruesas y aquellas manos pequeñitas que no correspondían al resto, con su impulso de verdugo. El que ella siguiese viva había sido la causa de que muriese él, aunque no lo dijo cuando oyó cómo le vilipendiaban aquel día; no dijo que no se trataba simplemente de un hombre que le había robado su dinero a una chica en apuros, sino algo mucho más terrible; no mencionó el asesinato, porque ¿de qué serviría ahora que se había suicidado?

—Por favor, hijita, ¡vuelve con nosotros! —le suplicó la señorita Calligary, pero ella rechazó con un gesto la propuesta, a pesar de que recordaba la generosidad y la afabilidad con que la habían tratado la primera vez que llegó a la Casa de la Congregación. Rechazó con un gesto cada nueva invitación, escuchando entre súplica y súplica el relato de las visitas que habían hecho al número 3 de Duke of Wellington y enterándose así de que el comportamiento de su ocupante le había parecido locura a la señorita Marcia Tibbitts y que habían ido a la comisaría después de que se produjera la muerte y un sargento no les había hecho caso. Y finalmente, la señorita Calligary y la señorita Marcia Tibbitts se marcharon de mala gana y salieron para siempre de su vida.

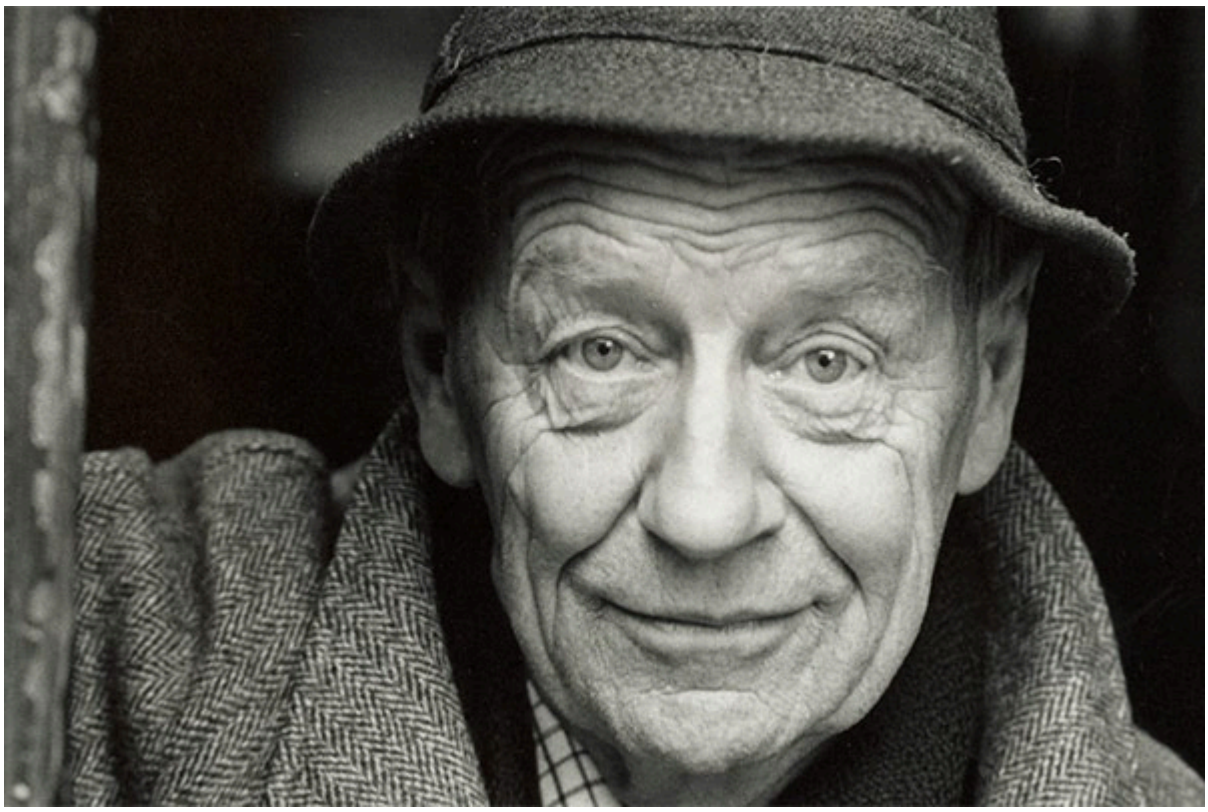
Sus pensamientos cambian de nuevo: a una madre desmayada en el suelo de la cocina y a las conchas marinas traídas después como compensación; a los huevos verdes moteados de los pájaros y a John Count cantando, ni rastro de amargura en los ojos de su padre entonces; a la herida infligida que respondía a la ignominia de un marido que se había ido y el amor por un hijo, suave como un cáncer. Perdida en el interior de un hombre que asesinaba había un alma como cualquier otra y que había sido en tiempos sin duda la pureza misma.

Estas consideraciones, ajenas a ella en otros tiempos, ocupan ahora los días de Felicia. No busca significado en los pensamientos que se le ocurren, lo mismo que no lo busca en su vagar sin rumbo, ni encuentra un esquema en la confusión del tiempo y de la gente, pero aun así sus pensamientos están allí. Sola, ni niña ni muchacha ya, va de un lugar a otro con la tenacidad del agradecido, de una calle a otra, vendándose los pies, empapada por la lluvia que le cala la ropa, congelada cuando hay hielo en las charcas de las cunetas. Durante el día las nubes corren o apenas se mueven o se alejan del sol con tonos grises o avanzan oscuras cada vez más densas como ominosos monstruos celestes. Ahí están otra vez con penachos de humo arrastrados por el viento, con grandes bultos blancos suaves como plumón, con vetas rojizas matutinas. A veces el cielo está despejado durante todo el día, brumoso por la niebla o claro y nítido, telón de fondo de los altos árboles invernales y telón de fondo de nuevo del verdor estival. Y de noche, el resplandor crepuscular de la ciudad. Hay una dicha en su soledad al amanecer.

Otra ráfaga de viento le arranca la hoja de la mano. La gaviota vigilante se aferra al pretil, esperando todavía las migas que no llegan. Alguien que no tenía por qué haberlo hecho se paró y llamó pidiendo una ambulancia para Hanna, que se había desmayado en la calle. Las señoras iban de noche con sopa, bien intencionadas, no se olvidaban nunca, por muy mal tiempo que hiciera. La dentista le había dicho que no tenía por qué aguantar el dolor. La dentista ha consagrado su vida a los dientes estropeados de los vagabundos, al olor y la inmundicia de los vagabundos. Su bondad es un misterio mayor que la maldad que distorsionó todas las palabras y todos los actos de un hombre. Lo dirías si pudieras, es un nuevo pensamiento, pero a veces no es fácil decirlo.

Tonta, idiota, vagabunda estúpida que anda sin rumbo: jirones de piedad cansina lanzados hacia un bulto que hay a un lado del camino antes de que la mirada rápida salte a otra cosa. Habrá otras ciudades y las calles de otras ciudades, y otras carreteras y otros Tappers y Georges y Lenas, Kevs y Davos y Hannas. Habrá caridad y

asilo y compasión y desprecio; y siempre, y en todas partes, el azar que separa los vivos de los muertos. Las mismas personas vuelven a poblar sus pensamientos: la santa y las hermanitas, Elsie Covington y Beth, Sharon y Gaye y Jakki y Bobbi; y su madre, tan joven como siempre. ¿Estarán realmente ahora todas juntas entre las flores fragantes, felices y a salvo? Ella podría acompañarlas ahora si hubiera ocurrido; pero piensa, con duda modesta, que lo único que sabe con certeza es lo que decidió. Vuelve las manos para que les dé el sol de una forma distinta y alza un poco la cabeza para calentar el otro lado de la cara.



WILLIAM TREVOR (Mitchelstown, Irlanda, 1928 - Dublín, 2016) Nacido como William Trevor Cox en una familia protestante de clase media, se mudó varias veces a otros pueblos debido al trabajo de su padre como funcionario de banco. Fue educado en el Saint Columba's College y en la Universidad de Dublín, ambos en Dublín y del último de los cuales obtuvo un grado en historia.

Trevor trabajó como escultor, complementando sus ingresos como profesor. Se casó en 1952 con Jane Ryan y emigró a Inglaterra en 1954. Su primera novela, A Standard of Behaviour, fue publicada en 1958, pero tuvo poco éxito entre la crítica. Tras abandonar la escultura, se dedicó a la concepción y redacción de eslóganes publicitarios en Londres, antes de convertirse en escritor a tiempo completo en 1965.

Trevor era miembro de la Academia Irlandesa de Letras y Aosdána. Fue nombrado caballero comendador de honor de la Orden del

Imperio Británico en 1977 por sus "servicios a la literatura" y fue nombrado Companion of Literature en 1994. En 2002, fue nombrado caballero honorario en reconocimiento por sus servicios a la literatura.